



KIM HOLDEN

GLUS

LA OTRA MITAD DEL CORAZÓN

«Una emotiva y cautivadora historia
sobre la búsqueda de la esperanza.»

VILMA IRIS

OZ
EDITORIAL

GUS

La otra mitad del corazón

KIM HOLDEN

Traducción de Idaira Hernández



GUS

V.1: enero, 2018

Título original: *Gus*

© Kim Holden, 2015

© de la traducción, Idaira Hernández, 2018

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2018

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: gpointstudio / iStock Photo

Publicado por Oz Editorial

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-16224-88-3

IBIC: YFM

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Gus

¿Es posible amar cuando has perdido lo más importante de tu vida?

Tras la marcha de Bright Side, Gus es incapaz de ver el lado positivo de las cosas. Bright Side no solo era su mejor amiga, era su media naranja... la otra mitad de su corazón.

El joven y su banda se van de gira por Europa, pero, incapaz de hacer frente a la pérdida, Gus recurre al alcohol y las drogas para olvidar. En medio de este caos, conocerá a Scout MacKenzie, una tímida asistente que esconde un pasado muy duro. Poco a poco, Gus y Scout forjarán una bonita amistad y descubrirán que es posible volver a amar cuando crees que lo has perdido todo.

Kim Holden vuelve con una historia de superación y esperanza que te enamorará

«Leer este libro ha sido como volver a casa. Cuando leí Gus, sentí que sus personajes y sus vivencias me recibían con los brazos abiertos. Me ha hecho sentir muy bien.»

The Never Ending Book Basket

«Increíblemente bello y poderoso, pero, al mismo tiempo, fácil de leer... Gus es todo cuanto esperaba y mucho más.»

Up All Night Book Blog

*A los que veis el lado bueno de las cosas, este libro es para vosotros.
Inundáis el corazón hasta hacerlo rebosar.
Al doctor John Okerbloom (1952-2014).
Y a Kate Sedgwick, mi heroína.*

CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre Gus

Dedicatoria

Sábado, 22 de enero

Martes, 24 de enero

Miércoles, 25 de enero

Jueves, 26 de enero

Viernes, 27 de enero

Viernes, 3 de febrero

Domingo, 5 de febrero

Martes, 7 de febrero

Jueves, 9 de febrero

Sábado, 11 de febrero

Domingo, 12 de febrero

Sábado, 18 de febrero

Martes, 28 de febrero

Lunes, 6 de marzo - martes, 7 de marzo

Lunes, 27 de marzo

Martes, 28 de marzo

Miércoles, 19 de abril

Jueves, 20 de abril

Viernes, 21 de abril
Sábado, 22 de abril
Domingo, 23 de abril
Miércoles, 26 de abril
Jueves, 27 de abril
Viernes, 28 de abril
Sábado, 29 de abril
Jueves, 4 de mayo
Viernes, 5 de mayo
Miércoles, 10 de mayo
Sábado, 13 de mayo
Sábado, 20 de mayo
Miércoles, 24 de mayo
Viernes, 26 de mayo
Sábado, 27 de mayo
Sábado, 3 de junio
Lunes, 5 de junio
Martes, 6 de junio
Sábado, 10 de junio
Martes, 27 de junio
Miércoles, 28 de junio
Sábado, 1 de julio
Domingo, 2 de julio
Miércoles, 5 de julio
Viernes, 14 de julio
Lunes, 17 de julio
Viernes, 21 de julio
Domingo, 23 de julio
Lunes, 31 de julio
Domingo, 6 de agosto
Viernes, 11 de agosto
Sábado, 12 de agosto
Sábado, 19 de agosto

Domingo, 20 de agosto
Domingo, 27 de agosto
Martes, 29 de agosto
Sábado, 2 de septiembre
Domingo, 10 de septiembre
Martes, 19 de septiembre
Lunes, 25 de septiembre
Miércoles, 11 de octubre
Jueves, 19 de octubre
Martes, 24 de octubre
Sábado, 28 de octubre
Martes, 31 de octubre
Miércoles, 1 de noviembre
Sábado, 4 de noviembre
Domingo, 5 de noviembre
Jueves, 9 de noviembre
Viernes, 10 de noviembre
Lunes, 13 de noviembre
Martes, 14 de noviembre
Miércoles, 15 de noviembre
Jueves, 16 de noviembre
Viernes, 17 de noviembre
Sábado, 18 de noviembre
Domingo, 19 de noviembre
Jueves, 23 de noviembre
Sábado, 25 de noviembre
Domingo, 26 de noviembre
Lunes, 27 de noviembre
Martes, 28 de noviembre
Jueves, 30 de noviembre
Viernes, 1 de diciembre
Domingo, 3 de diciembre
Lunes, 4 de diciembre

Martes, 5 de diciembre
Miércoles, 6 de diciembre
Viernes, 8 de diciembre
Sábado, 9 de diciembre
Miércoles, 13 de diciembre
Jueves, 14 de diciembre
Sábado, 16 de diciembre
Miércoles, 20 de diciembre
Viernes, 22 de diciembre
Sábado, 23 de diciembre
Domingo, 24 de diciembre
Lunes, 25 de diciembre
Martes, 26 de diciembre
Miércoles, 27 de diciembre
Domingo, 31 de diciembre
Lunes, 1 de enero
Sábado, 6 de enero
Jueves, 18 de enero
Sábado, 20 de enero
Jueves, 25 de enero
Sábado, 27 de enero
Domingo, 28 de enero
Domingo, 4 de marzo
Martes, 27 de marzo
Sábado, 31 de marzo
Jueves, 5 de abril
Viernes, 6 de abril
Sábado, 23 de junio
Miércoles, 22 de agosto
Jueves, 23 de agosto
Viernes, 31 de agosto
Sábado, 20 de octubre

Agradecimientos

Sobre la autora

También de Kim Holden

Sábado, 22 de enero

Gus

Cada paso que doy me cuesta más que el anterior. No sé adónde voy; solo sé que mi destino es una cantidad ingente de alcohol.

Al pasar del césped del cementerio al hormigón de la acera, siento que algo cambia en mi pecho. La suavidad del dolor se endurece de nuevo hasta convertirse en ira. Ha sido así durante días. Dolor. Ira. Dolor. Ira. Dolor... Ira... Ya no quiero sentir nada más. Estoy hasta los cojones.

Me he pasado los últimos días intentando atraer a la muerte en la habitación de un motel cutre de la zona turbia de la ciudad. Hay una licorería en el edificio de al lado que vende Jack Daniel's y tabaco. Eso es todo lo que necesito.

Hablando de tabaco... casi se me ha acabado. Me estoy fumando el último cigarro. Cuando lo pienso, escucho su voz en mi cabeza. Dice: «Deberías dejarlo».

—No empieces, Bright Side —respondo.

La mujer que acaba de pasar por mi lado me rehúye y se aleja, lo que me hace creer que lo he dicho en voz alta. Me paso la mano por la cara con la esperanza de que eso acabe con el delirio. No lo hace.

—Necesito dormir, joder.

Sí, ya estoy hablando solo otra vez. Da igual, necesito una copa.

Hay un bar en la siguiente esquina. Tiene un aspecto sombrío y sucio: es perfecto.

Cuando abro la puerta, un hedor a cerveza rancia, sudor y humo de

cigarro me golpea. Estoy en casa. Al menos lo estaré durante las próximas horas.

A medida que me acerco a la barra, me percató de que una docena de hombres de mediana edad me escudriña. El ambiente de este local indica a gritos que son clientes habituales. Aquí es donde se gastan a diario el dinero del alquiler y la comida en bebida. Y yo soy un intruso. Miro hacia abajo y me doy cuenta de que el traje y la corbata no ayudan. Aflojo el nudo, me quito la corbata y me la meto en el bolsillo. También me deshago de la americana y desabrocho los botones superiores de la camisa mientras me siento en un taburete en el extremo de la barra.

El camarero me saluda con la cabeza y coloca una servilleta delante de mí cuando me remango la camisa. Me llevo las manos al paquete de tabaco y pido:

—Jack Daniel's. Que sea doble. —Es un hábito; ya sabía que el paquete estaba vacío—. Y un paquete de Camel.

Sin pedirme el carné de identidad, me señala la máquina expendedora que hay en una esquina. Luego lo veo tomar un vaso largo y la botella de *whisky*. Me levanto del taburete y compro dos paquetes. Cuando regreso, mi bebida me está esperando...

Y también una mujer que probablemente tenga la edad de mi madre. Apuesto a que era atractiva hace veinte años, pero la crueldad de la vida y las malas elecciones están grabadas en las arrugas de su piel. La rodeo para agarrar la copa. Huele a perfume barato y a sexo aún más barato. Antes de que pueda escapar, empieza a hablar.

Yo no quiero hablar.

—¿Qué hace un chico tan guapo como tú en un sitio como este?

¿Por qué no me pregunta simplemente si me apetece un polvo de cincuenta dólares o una mamada de veinte y nos saltamos la charla? No respondo y me siento a tres taburetes de distancia.

Ella la acorta a dos taburetes.

—¿Puedo ayudarte en algo, monada?

Le tiemblan las manos. Quiere dinero para su próximo chute. No la tocaría ni con un palo de tres metros, pero una parte de mí quiere darle algo de dinero, porque ahora mismo me identifico con ella; yo también necesito escapar de la realidad. Aunque me da pena, no soy capaz de sentir auténtica

compasión. Niego con la cabeza. Normalmente no soy un capullo, pero hoy todo es diferente. Me inclino hacia ella y la miro a los ojos.

—¿Puedes resucitar a los muertos? Porque me vendría bien un poquito de ayuda con eso.

Me apuesto lo que sea a que esta mujer nunca había oído a nadie decir algo así. Parpadea en mi dirección, a toda pastilla; está muy confusa.

Fijo la vista en el vaso lleno del líquido ámbar mientras lo hago girar con la mano derecha y contesto mi propia pregunta:

—Ya me lo imaginaba.

Me acerco el vaso a los labios y lo vacío en dos tragos. Lo dejo en la barra bocabajo y le hago gestos al camarero para que me ponga otro. Entonces miro a la mujer de nuevo.

—Déjame en paz. —Es una orden.

Su sonrisa tensa me indica que eso sí que lo ha oído antes, probablemente con más frecuencia de lo que a su adicción le gustaría.

La soledad es mi compañera y nos llevamos bien, hasta que sentarse derecho en el taburete se convierte en una tarea difícil. No sé cuánto tiempo ha pasado, pero sé que no el suficiente como para que haga mella en mi corazón roto. Me he bebido diez o doce *whiskies* dobles cuando el camarero se niega a servirme más. Quiero gritar y liarla, pero la verdad es que estoy demasiado cansado para tanto dramatismo. Veo borroso, tengo las extremidades más que adormecidas y he pasado a un estado en el que mi cuerpo se muestra poco cooperativo. Caminar me supone un gran esfuerzo. Solo necesito dormir, así que dejo que el tipo me pida un taxi en vez de intentar irme por mi propio pie.

El taxista me lleva de vuelta al motel. Subo las escaleras despacio y con torpeza. No estoy seguro de si he cerrado o no la puerta antes de tambalearme hasta la cama y caer de bruces sobre las sábanas sucias. Huelen a humedad y a moho: una mezcla asquerosa de años, mugre y Dios sabe qué. La habitación da vueltas, me succiona hacia un vórtice en el que siento alivio abrumador, una vía escape del aquí y el ahora. No sé si me quedo dormido o si mi cuerpo toma la decisión inconsciente de dejar de funcionar. En cualquier caso, me siento agradecido.

Martes, 24 de enero

Gus

¿Alguna vez has dormido un día entero? Me refiero a quedarte dormido, despertarte y descubrir que han pasado veinticuatro horas de las que no has sido testigo ni un solo minuto.

Joder, es maravilloso... terapéutico... sedante. Yo no sueño. Bueno, probablemente sí, pero nunca me acuerdo. Jamás he apreciado tanto ese don como lo hago esta mañana. Ha sido todo un día de no hacer nada. Como decía... una puta maravilla.

Recuerdo que la madre de Bright Side, Janice, se refugiaba a menudo en su habitación durante días y dormía. Siempre pensé que era una pena... una pérdida de tiempo. Ahora creo que la entiendo, porque lo último que quiero hacer es levantarme de esta cama, salir de esta habitación y enfrentarme a lo que sea que la vida tenga preparado para mí al otro lado de esa puerta. No me avergüenza admitir que estoy escondiéndome. Estoy escondiéndome, joder.

Después de mear busco mi americana, que encuentro tirada al lado de la puerta. Durante dos segundos pienso en lo mucho que odio ese maldito traje. Tiene menos de un año y solo me lo he puesto dos veces: en los funerales de las dos Sedgwick. Lo quemaré en cuanto me lo quite. Rebusco en los bolsillos el tabaco, el mechero y el móvil.

Dudo, y recorro con una fugaz mirada la habitación, antes de encender el cigarro. No suelo fumar en sitios cerrados, pero al contemplar el mal estado general de este lugar es como si prácticamente estuviera suplicándome que lo haga.

Enciendo el móvil. Hace días que lo tengo apagado, desde que me marché de casa porque no quería lidiar con nadie. Le mandé un mensaje a mi madre por lo del funeral, pero eso es todo. Solo pensar en ver el número de llamadas perdidas, mensajes y correos que encontraré me asusta, porque sé que van a ser demasiados.

87 llamadas perdidas.

72 mensajes.

37 correos.

—Tío —digo y exhalo para mostrar mi irritación, mi rechazo o mi indiferencia. En este momento no sabría decir cuál de estas emociones siento, así que tiro el teléfono sobre la cama y me termino el cigarro, y después otro... y otro. Han pasado cinco minutos en los que solo he respirado a través de mi adicción.

No puedo dejar de pensar en ella. No pienso en nada en concreto ni que visualice o recuerde. Solo siento dolor y vacío. Oscuridad. La luz, la luz de mi vida, se ha ido. Me esfuerzo por succionar la calma a través del cigarro con cada calada profunda que le doy; por dispersar la oscuridad.

La calma no llega.

Vuelvo a agarrar mi vida (mi teléfono) y echo un vistazo primero las llamadas perdidas: mi madre; los compañeros de mi grupo de música (Franco, Robbie y Jamie); el productor, el

P. A. S. (el Puto Amo de los Sueños. Su verdadero nombre es Tom, pero le encanta que lo llame P. A. S.); y el jefe de producción de la gira, Hitler (no se llama así de verdad, obviamente, pero le pega, pues tiende a ser un insensible. Nuestra próxima gira se ha pospuesto, pero, por lo visto, en su mente dicha gira y el todopoderoso dólar priman sobre el cuidado de una persona con una enfermedad terminal y la muerte de un ser humano). El único nombre que quiero ver en mi móvil, tanto por instinto como por egoísmo, no aparece en la pantalla. Y nunca lo hará.

No abro ni los mensajes ni los correos; en su lugar, llamo a mi madre. Responde al segundo tono.

—Gus, cielo, ¿dónde estás? ¿Estás bien?

Odio oírla tan preocupada, pero saber que es por mi culpa hace que me sienta aún peor.

—Hola, mamá.

—¿Dónde estás? —repite—. Tu furgoneta sigue en la iglesia.

—Sí, lo sé. Me he quedado en un motel. —Siento la garganta seca al hablar.

—Gus, deberías volver a casa. —Mi madre nunca ha sido de las que te dicen lo que tienes que hacer. ¿Que si me insinúa lo que tengo que hacer? Totalmente. Pero rara vez me ha dicho directamente.

No respondo.

Ella suspira.

—Cielo, sé que es difícil...

La interrumpo.

—¿Difícil? Por favor, dime que no acabas de decir que es difícil, mamá, porque eso sería quedarse muy corto. —Sorbe por la nariz y sé que ha empezado a llorar, lo que hace que me sienta como una mierda porque yo soy el causante—. Lo siento, mamá.

—Lo sé. —El dolor que rezuman esas dos palabras me recuerda que los dos sentimos lo mismo. Ella también la echa de menos.

Me pongo la americana, agarro el mechero y el tabaco y los meto en el bolsillo.

—Llegaré a casa en media hora. Te quiero.

—Te...

Cuelgo antes de que acabe.

Entre que pago el motel, tomo un taxi hasta la iglesia para recuperar mi furgoneta y llego a casa, ya es la hora de comer.

Cuando abro la puerta principal, el aroma a ajo y cebolla caramelizada me golpea. Tacos vegetarianos. Me ruge el estómago justo en ese momento. No recuerdo la última vez que comí.

Le doy un beso a mi madre en la frente de camino a la cocina.

—Tengo que quitarme este maldito traje. Vuelvo enseguida.

Al regresar, comemos en silencio. Mi madre se parece mucho a Bright Side. O quizá Bright Side se parecía mucho a ella. Las dos entendían el poder del silencio. Algunas personas se sienten amenazadas por él e intentan evitarlo, o llenarlo con tonterías innecesarias. Pero el silencio no es el

enemigo. Te ayuda a sentirte cómodo, a ver las cosas con claridad y a reafirmarte como persona. Te recuerda qué es el tiempo: presencia. Lo cual, tristemente, ahora no significa tanto como hace una semana.

Tras ocho tacos, mi estómago me pide a gritos que me apiade de él.

—Gracias por los tacos, mamá.

Ella sonrío, pero la sonrisa no se le refleja en los ojos.

—De nada. —Parece cansada—. Por cierto, Franco ha venido todos los días para ver cómo estabas.

Es su manera de decirme que lo llame.

—Sí, lo llamaré cuando salga de la ducha.

Dos llamadas (a Franco y al puto Hitler) y ya quiero tirar el teléfono por la ventana al mar, arrastrarme a la cama, taparme con las sábanas hasta la cabeza y olvidarme de todo. Nos vamos a Europa el jueves por la mañana para comenzar con la gira que se había pospuesto. Nuestro álbum debut homónimo, *Rook*, ha tenido una buena acogida en Estados Unidos desde su lanzamiento el año pasado, pero no es nada comparado con el éxito que ha alcanzado en Europa. Hitler se muere por llevarnos allí. Sé que soy un cabrón desagradecido y un egoísta por no querer retomar la gira, pero la verdad es que ya ni siquiera sé cómo continuar con mi vida. Bright Side no era solo mi amiga; era mi otra mitad... la otra mitad de mi cerebro, la otra mitad de mi conciencia, la otra mitad de mi sentido del humor, la otra mitad de mi creatividad, la otra mitad de mi corazón... ¿Cómo vuelves a hacer lo que hacías antes cuando tu otra mitad se ha ido para siempre?

Miércoles, 25 de enero

Gus

Hoy es mi cumpleaños. Cumplo veintidós, pero me siento como si tuviera ochenta y dos, joder.

Mi madre me ha preparado magdalenas, veintidós magdalenas de chocolate con una vela en cada una. Tengo que soplar dos veces para apagarlas todas.

Supongo que mi deseo no se cumplirá.

Ya lo sabía.

Este es el primer cumpleaños de mi vida que me he querido saltar. Quiero viajar en el tiempo hasta mi último cumpleaños. Bright Side y Gracie estaban aquí, y no de manera metafórica. Me refiero a que estaban aquí físicamente, en esta habitación, con nosotros. Sonrieron, rieron y comieron magdalenas hasta que se hartaron. Esbozo una sonrisa al pensar en ellas, pero me duele el estómago.

No quiero comer magdalenas sin ellas.

No quiero celebrar más cumpleaños.

No quiero tener más recuerdos.

Odio los putos recuerdos.

Jueves, 26 de enero

Gus

Sé que no he metido bastante ropa en la mochila, pero ahora es demasiado tarde. Franco me está esperando en la cocina mientras habla con mi madre. La discográfica ha enviado un coche, que ya está afuera, para recogernos y llevarnos al aeropuerto. El avión sale a Alemania en dos horas. Agarro un puñado de calzoncillos y los meto en la maleta, donde acaban al lado de dos vaqueros, tres camisetas, un bote de desodorante, la pasta y el cepillo de dientes, el portátil, la cartera, el pasaporte y el móvil.

Me cuelgo la mochila al hombro y compruebo que tengo el tabaco y el mechero en los bolsillos del pantalón. No puedo evitar mirar fijamente el portátil de Bright Side al salir de mi habitación. Lleva más de una semana en mi cómoda y todavía ni lo he tocado. Me lo dejó a mí. Toda la música que compuso. Me siento afortunado por tenerlo. Mi mente me grita que vuelva a por él, pero mi corazón abusa de su autoridad y me ordena que me vaya sin él. El disco que me dejó está encima del portátil. Bright Side sabía que estaba muriéndose cuando lo grabó. Sé que es una despedida y estoy muy seguro de que no estoy preparado para eso. Apago la luz y camino por el vestíbulo hacia la voz de Franco.

Él levanta la barbilla cuando me ve.

—¿Qué pasa, capullo?

Sacudo la cabeza.

—No mucho, marica.

Mi madre ni se inmuta. Franco y yo siempre nos hemos hablado así. Son

palabras cariñosas. La verdad es que, ahora que Bright Side se ha ido, Franco es la única persona que me queda en la vida que me dirá las cosas tal y como son. Nada de edulcorantes ni de vender la moto; él es sinceridad pura y dura. Por eso lo quiero. A pesar de su fachada de chico duro, con la cabeza rapada y los tatuajes, es un blandengue... con un fuerte sentido de la lealtad.

Franco señala mi maleta.

—¿Solo te vas a llevar eso, tío? Estaremos fuera dos meses.

Me encojo de hombros.

—Y mis guitarras. Puedo comprar más cosas por el camino cuando las necesite. En marcha, tío.

Franco asiente, y le agradezco que no me psicoanalice. Abraza a mi madre.

—Gracias por el desayuno, señora Hawthorne. —En las manos lleva dos magdalenas de arándanos grandes envueltas en una servilleta.

Ella lo estrecha entre sus brazos con fuerza.

—Claro. Diviértete, Franco.

—Lo haré.

Cuando me abraza a mí, quiero romperme en mil añicos entre sus brazos. Quiero llorar, como hice cuando tenía ocho años y me rompí el tobillo, pero no lo hago. Los dos tardamos más de lo normal y vacilamos al soltarnos.

—Asegúrate de que activas la alarma todas las noches mientras esté fuera —le digo.

Esboza una ligera sonrisa y sé que se está haciendo la valiente por mí.

—Siempre lo hago. No te preocupes por mí. Ve a ver el mundo, Gus. Estoy muy orgullosa de ti.

Asiento. Los cumplidos siempre han conseguido avergonzarme, como si de alguna manera no fuera digno de ellos. Estas últimas semanas he sentido que no los merecía en absoluto.

—Gracias, mamá. Te quiero.

Me besa en la mejilla y me da algunas magdalenas de arándanos envueltas en una servilleta.

—Yo también te quiero, cielo. Cuídate.

Normalmente respondería con un «siempre», pero no soy capaz de hacerlo. Siento que la estaría traicionando prematuramente, pues no tengo ni

idea de lo que me deparará el futuro en los próximos dos meses. No tengo ganas de tener cuidado. Ni lo más mínimo.

—Adiós, mamá.

—Adiós, Gus.

Viernes, 27 de enero

Gus

Es oficialmente viernes cuando aterrizamos en Berlín. Nunca había salido de Estados Unidos y enseguida me doy cuenta de por qué la gente se queja tanto: el *jet lag* es una puta mierda.

Voy arrastrando los pies desde que salimos del avión, cuando paso por aduanas y durante todo el camino al hotel. Hoy el tiempo no está de mi parte. Tenemos una reunión tras otra antes de la prueba de sonido de esta tarde y, luego, dos entrevistas antes del concierto de esta noche.

Es difícil poner buena cara. Odio fingir, joder. Se me da fatal. Así que me siento agradecido de que Hitler nos escolte a todos lados. El tío está tan enamorado del sonido de su propia voz que estoy más que encantado de dejar que hable por nosotros durante las reuniones. Al fin y al cabo, la mayoría de los temas de los que habla son cosas de las que se encarga él. Casi quiero abrazarlo cuando advierte a los entrevistadores de que no se aceptan preguntas personales, así que no tendremos que esquivar cuestiones sobre por qué se pospuso la gira o por qué hemos estado inactivos durante un mes. Menos mal, porque probablemente le arrancaría la cabeza a alguien si mencionara su nombre. Yo digo el nombre de Bright Side en mi cabeza un millón de veces al día, pero ¿escuchar a un desconocido pronunciar su nombre real, Kate Sedgwick...? ¿A un periodista que finge preocupación o compasión? Estaría tentado a hacerlo callar de un puñetazo.

La cena empieza y termina con varias jarras de cerveza.

Tengo bastante alcohol en el cuerpo como para sentirme cómodo con la guitarra en las manos cuando subimos al escenario. La multitud es solo un

borrón de colores en movimiento. Mi mente se tambalea en el borde del olvido, así que necesito únicamente concentrarme en los acordes que toco y la letra que canto. De este modo, no me queda espacio en el cerebro para pensar en nada más durante una hora entera. Parece que he encontrado la fórmula para salir adelante: una combinación de cantidades excesivas de alcohol y música en directo. Es magia.

Viernes, 3 de febrero

Gus

Llevamos una semana de gira y las borracheras y los conciertos ya no me distraen. Creo que no he estado sobrio desde que llegamos a Europa. Durante los primeros días, no podía dormir lo suficiente. Estas últimas noches, no he querido hacerlo. Es como si no me bastase con sentarme y pensar en ella: en su risa, profunda pero femenina, siempre presente; en las pecas que le cubrían la nariz, las mejillas y los omóplatos; en cómo le encantaba contemplar la puesta de sol; en el sonido de su voz cuando decía «te quiero»; en lo bien que tocaba el violín... Sé que esta obsesión es totalmente malsana, pero tengo miedo de olvidarla si no sigo pensando en ella. Y el olvido me aterra.

Franco piensa que debería ir al médico y tomar pastillas para dormir o antidepresivos. Yo creo que esa es una solución para cobardes. No voy a empezar a tomar pastillas para evitar el dolor. Beber alcohol es mi única estrategia. Algunos dirán que los medicamentos serían una mejor alternativa, pero no me gusta la idea de darle a un médico carta blanca para que me manipule con recetas. Si alguien va a manipularme... ese seré yo.

Intento no pensar en la noche que estuvimos juntos. Trato de no pensar en ello porque nada se compara con lo que viví aquella noche. Fue la mejor de mi vida. Fue algo inesperado para los dos. Pero, joder, pasó. Así que, ahora que estoy tumbado en la litera del autocar de la gira, en mitad de la noche, atravesando la campiña europea, voy a permitirme revivirlo en mi mente una vez más. Cierro los ojos y dejo que los recuerdos se apoderen de mí.

Entro en el cuarto de invitados desde el pasillo, al mismo tiempo que Bright Side sale del baño de al lado. Se está lavando los dientes. Siempre hace otras cosas mientras se lava los dientes. Ahora mismo está en el suelo, rebuscando algo en su maleta.

—¿Qué buscas? —pregunto.

Verla haciendo eso me entristece. Ya lo ha guardado todo y está lista para marcharse a Minnesota mañana por la mañana. No sé cuándo volveré a verla. Nunca hemos pasado más de un día o dos seguidos sin vernos, y hasta eso es raro.

Bright Side se coloca el cepillo a un lado e intenta hablar a pesar de tener toda la boca llena de pasta de dientes.

—El pijama —dice. Al menos, creo que eso es lo que ha dicho. Se gira, corre hacia el baño, escupe la pasta de dientes y regresa sonriendo—. El pijama —repite—. Creo que está en mi otra maleta, pero ya la he metido en el coche.

—Dame las llaves. Iré a buscarlo —me ofrezco.

Ella niega con la cabeza.

—No, no pasa nada. Me las arreglaré sin él. ¿Puedes apagar la luz? —pregunta.

Voy a echar de menos esto. Nuestra amistad. La confianza que hay entre nosotros. Ella siempre ha estado aquí, conmigo. Lo hacemos todo juntos. Desde que éramos niños, todas las veces que hemos pasado la noche bajo el mismo techo hemos dormido juntos, en la misma habitación. Ya fuera en mi cuarto, en el sofá del salón o, más recientemente, durante las últimas semanas, aquí, en la habitación de invitados. Siempre juntos. Joder, no sé cómo podré dormir sin ella entre mis brazos a partir de ahora.

Apago la luz y me quito los pantalones cortos y la camiseta. Duermo en ropa interior, pero siempre me espero a que la luz esté apagada para desvestirme, lo que es raro porque, por la mañana, salgo de la cama y ella me ve. Sin embargo, por la noche todo es siempre más íntimo. La oscuridad trae consigo un cierto deseo y, maldita sea, he estado enamorado de esta chica desde siempre. Pero ella no lo sabe.

Me meto en el lado izquierdo de la cama, porque Bright Side siempre duerme en el derecho. Con la luz de la luna que se filtra a través de las

persianas, solo vislumbro su silueta cuando se baja los pantalones. Es un movimiento rápido, pero para mí ocurre a cámara lenta. Cuando le caen hasta los tobillos siento la familiar sensación de la excitación sexual. La miro fijamente cuando sus manos desaparecen detrás de la espalda, desliza las tiras del sujetador por los brazos y las saca por la manga hueca de la camiseta. Sin las tiras, mete las manos debajo de la camiseta y, mágicamente, el sujetador aparece en su mano. Lo deja caer sobre la maleta junto a los pantalones y camina hacia la cama. Bajo la luz de la luna que la ilumina, veo sus braguitas rosas de algodón. Quienquiera que dijera que las bragas de algodón no son sexy, no ha visto a Bright Side con unas puestas. Mierda. Puede que me haya metido en un lío. Empiezo a empalmarme muchísimo y no tengo donde esconderme. Entonces hecho un vistazo a su camiseta. Es de color amarillo pálido y la tela está desgastada por haberla lavado a menudo. Hace años que la tiene. Sus pezones, oscuros y preciosos, presionan la tela. Cierro los ojos y respiro profundamente para calmarme. Hablo conmigo mismo: «Contrólate, tío. Es Bright Side. La has visto en bikini millones de veces». Pero, maldita sea, esta vez es diferente, así que añado: «Ella no sabe que la ves, perverso. Deja de mirarla boquiabierto». Y, entonces, ya que es mi polla la que piensa por mí en este momento, añado: «Y de mirar su puto cuerpo despampanante».

En cuanto se mete debajo de las sábanas, se arrima a mí, en busca de calor. Las sábanas frías le provocan un escalofrío, como siempre, cuando me coloca el brazo sobre el pecho y apoya la cabeza en mi hombro. Yo paso el brazo por debajo de su espalda y dejo la mano en su cadera. Al hacerlo, siento que todo va bien en el mundo.

Su voz no es más que un susurro cuando habla. Es tranquila, pero corta la noche como si fuera un cuchillo.

—Voy a echarte de menos, tío. Mucho.

La beso en la frente y respondo en un susurro:

—Yo también. No tienes ni idea.

—Tendrás que comprar una de esas almohadas enormes o una muñeca hinchable para abrazarla cuando yo no esté.

Me río porque es muy propio de ella hacer una broma en un momento como este.

—¿Crees que encontraría una que hable y se tire pedos mientras

duerme? Ya sabes, para que sea una sustituta realista.

Bright Side me golpea en el estómago, pero se está riendo.

—Cállate. Yo no hago eso. Gracie me lo habría dicho.

La lógica detrás de su negación me hace reír incluso más fuerte y confieso:

—No, no lo haces. Era broma.

Con una sonrisa de satisfacción en los labios, rueda hacia el otro lado y yo la imito. La bestia que se esconde bajo mis calzoncillos se ha calmado, así que la acerco a mí para hacer la cucharita. Así es como nos dormimos siempre. Me gusta tanto sentirla entre mis brazos que juraría que Dios la hizo solo para mí. Presiono la frente contra su nuca y no puedo evitar sentir melancolía. Y entonces me vuelvo a dar cuenta; se marcha... Bright Side se marcha. Cuando le doy un beso en la nuca tengo la inquietante sensación de que es el último que le voy a dar. Es una intuición, pero mi corazón la aparta a un lado rápidamente.

—Te quiero, Bright Side.

Bright Side pasa la mano por el dorso de la mía, que descansa sobre su estómago. Es un gesto de cariño, igual que todo lo que hace.

—Yo también te quiero, Gus. —Siempre ha sabido cómo hacer que la gente se sienta querida. Es una maldita experta.

Cuando su mano se queda quieta, me doy cuenta de que se le ha levantado un poco la camiseta y que mi meñique y mi anular están sobre su piel, justo encima del borde de sus bragas. He tocado su piel un millón de veces, pero nunca de esta forma.

Y, joder, noto que la sensación de tirantez en la entrepierna empieza de nuevo. Es un anhelo instantáneo y crece a toda velocidad. Para evitar la vergüenza y estimularme más, deslizo las caderas hacia atrás, para no presionarlas contra ella, pero no puedo contenerme y empiezo a mover las manos. Es un gesto intenso pero sutil, egoísta pero con la intención de calmarnos a ambos. Me centro exclusivamente en ese único centímetro de Bright Side. Las puntas de mis dedos flotan sobre su piel, la saborean. Está suave. Tras acariciarla varias veces, me doy cuenta de que está tensa, así que paro.

—Lo siento —susurro.

Sin embargo, cuando levanto la mano, ella la agarra y la guía hasta el

mismo sitio; me da permiso. Sin pensarlo ni un momento, acepto. Esta vez la meto por debajo del dobladillo de su camiseta, de manera que toda la mano, los dedos y la palma, está sobre Bright Side. Es como un fantasma que se desliza sobre su piel, cada vez con más intensidad, dirigido por un propósito espontáneo, hasta que extendiendo los dedos en un acto de adoración y satisfacción táctil. Ambos respiramos con pesadez. Aunque está relajada entre mis brazos, siento su respiración en el movimiento de su estómago: es lenta y comedida. Bright Side solo es lenta y comedida cuando está concentrada en algo.

Cuando arrastro la mano por su estómago otra vez, le trazo con el pulgar la parte baja del pecho. Su respiración es irregular y la polla se me endurece al instante. Sé que la siente; la punta presiona contra mi ropa interior. Al mismo tiempo que alejo más la entrepierna, Bright Side me coloca la mano en la cadera y me atrae hacia ella.

No puedo contener el profundo gruñido que emito al pegarme a su culo. Es una sensación de alivio mezclada con una estimulación física; una necesidad satisfecha e intensificada al mismo tiempo. Noto como suspira bajo mi mano. Siente lo mismo que yo. Entonces, como la sensación es tan y tan agradable, balanceo las caderas varias veces. Dios mío, es posible que haya muerto y que esto sea el cielo.

Y no quiero marcharme nunca.

Desliza la mano hacia atrás hasta que me cubre la nalga con la palma. Mis caderas están ocupadas, moviéndose despacio y con anhelo, rozando su cuerpo. Cuando Bright Side se levanta la camiseta, deja sus pechos al descubierto y me dirige la mano hacia allí, no dudo. Le agarro uno y lo acaricio con cuidado antes de pellizcarle el pezón. Se le endurece cuando lo toco y Bright Side gime.

Joder. Ese gemido me mata. Es la mujer más sexy del mundo. Ese gemido lo demuestra.

No aguanto más.

—Necesito tocarte —susurro.

Ella asiente. Es más que un permiso; es una invitación.

Deslizo la mano hacia abajo por la parte delantera de las bragas, la toco con los dedos y empieza a mover la parte inferior del cuerpo. Respondo a su súplica física y dejo que mis dedos se deslicen más abajo. Bright Side separa

las piernas y me da la bienvenida. Está muy húmeda. Trazo círculos varias veces antes de introducirme en su interior y ella acompaña cada embestida con sus caderas.

—Gus...

—¿Sí? —Mi voz suena débil; apenas es perceptible en medio de toda esta atracción mutua.

—Necesito que me beses. —Nunca la he oído hablar con esa voz: es lujuria. Y hace que envidie a todos los tíos que la han escuchado antes que yo.

Nunca he deseado algo con tantas ansias en toda mi vida. Saco los dedos de su interior y me muevo para que se ponga bocarriba. Me incorporo, apoyado en los codos, y la miro.

—Eres tan hermosa... —digo en una voz tan baja que creo que ni siquiera me ha escuchado.

La ligera sonrisa de su cara me indica que sí lo ha hecho.

Maldita sea, he soñado con este momento desde siempre: besar a Bright Side. Si voy a hacerlo, tengo que hacerlo bien. Mientras está bocarriba, me levanto y me coloco encima de ella, apoyado en las manos y las rodillas. Le tomo la cara entre las manos y doy gracias a Dios por lo que está a punto de pasar. Entonces, cierro los ojos y acerco los labios hasta los suyos. La beso con delicadeza y los separo con la lengua. Cuando la suya se encuentra con la mía, sé que los dos deseamos lo mismo. Nunca he sentido nada igual al besar a alguien. Veo fuegos artificiales a través de los párpados. Estoy enamorado de esta chica. Me gusta todo de ella. Y lo que más me gusta ahora mismo es besarla. Cómo contesta a cada uno de mis movimientos con su cuerpo. Cómo se adapta a mí cuando aumento el ritmo y la intensidad. Tras besarnos durante unos minutos, estoy tan cachondo que ya no veo con claridad. Todo mi cuerpo vibra. Agarro el dobladillo de su camiseta con la mano, tiro de ella y le pregunto mientras la beso con una pasión ardiente:

—¿Te la quito?

Ella responde sin aliento:

—Sí.

Ahora que la camiseta ha pasado a la historia, solo quiero sentir su piel contra la mía. Ruedo, la pongo encima de mí y ella deja caer todo su peso sobre mí y me coloca una rodilla a cada lado de las caderas. No sé si puedo

estar más cachondo, pero todavía me pone más que Bright Side esté en la posición dominante. Me roza el pecho con los pezones, un recordatorio delator de su excitación que se arrastra deliciosamente por mi piel y aviva todos los nervios de mi cuerpo, que gritan de puro placer. La acerco para besarla de nuevo y su boca choca con la mía. El beso es intenso. Ella también lo desea. Su cuerpo se balancea contra el mío. Coloco la mano entre los dos y tiro de la banda elástica de mis calzoncillos de manera que mi miembro queda expuesto. Es como si otra barrera hubiera caído y me siento muy bien. Entonces acerco la mano hacia su espalda y paseo los dedos de arriba abajo, intentando relajarme mentalmente y concentrarme. Se me ha ido la cabeza en los últimos minutos y quiero prolongar el momento, para recordar cada segundo, cada detalle. Solo tengo una oportunidad, lo sé. Quiero que sea perfecto para ella. Bright Side traza un camino de besos desde mi cuello hacia mi pecho, alternando entre la presión cautelosa y adorable de sus labios, los punzantes y juguetones mordisquitos que me da con los dientes y la sexy y provocadora tortura que me provoca su lengua. Revelo la euforia que su boca me hace sentir, cuando le paso la mano por la espalda hasta llegar a sus bragas y aparto la fina tela que tiene entre las piernas. Cuando empiezo a acariciarla con el dedo corazón, no aguanto más, necesito que desaparezcan. Agarro la banda elástica con ambas manos a la vez que ella lleva las manos a la de mis calzoncillos. Por lo visto, las grandes mentes piensan igual. Sin pausa, se levanta para quitarse las bragas y yo tengo la intención de deshacerme de mi ropa interior al mismo tiempo... hasta que observo como sus pulgares desaparecen dentro de la tela y se contonea para bajarse las bragas. Ahora estoy totalmente paralizado ante la mujer desnuda que tengo delante de mí.

Cuando se deshace de la ropa interior, digo:

—No te muevas.

—¿Qué? —pregunta con delicadeza.

—Solo quiero mirarte un minuto.

La observo con atención. Y ella hace lo mismo. No me he quitado la ropa interior del todo, pero todo mi cuerpo está a la vista.

Le doy un último repaso a su cuerpo y, cuando nuestros ojos se encuentran, veo la necesidad que refeljan. Me quito los calzoncillos y ella se deja caer, apoyada en manos y rodillas, sobre mí. Cuando me besa, sé que

los dos estamos más que preparados.

—Tengo que pillar un condón si vamos a hacerlo, Bright Side.

Quiere hacerlo. Lo veo en su cara, pero, aun así, siento que debo darle la oportunidad de escapar de esta situación.

Entonces, me agarra el miembro con la mano. Es la primera vez que me toca ahí.

—Ah, mierda, Bright Side. No pares nunca.

—¿Nunca?

—Jamás —respondo.

—No puedo quedarme embarazada, Gus. Mi cuerpo no funciona como debería, ¿recuerdas?

—Pero... —Maldita sea, si está sugiriendo lo que creo que está sugiriendo...

Ella me interrumpe:

—¿Lo has hecho alguna vez sin condón?

—Nunca.

—Yo tampoco. Si quieres usar uno... —Su voz se apaga y me mira fijamente solo durante unos segundos antes de continuar—. Pero si no...

Termino sus pensamientos.

—No quiero. —No quiero, joder.

Me mira para que le indique que siga adelante. Asiento con una mirada suplicante.

Todavía me tiene entre su mano cuando me guía hacia su zona húmeda, desciende encima de mí y me rodea. Y entonces pierdo la puta cabeza cuando me deslizo en su interior. Nunca he sentido nada así. Sin barreras; es solo piel cálida y húmeda. Esto es intimidad. Ahora lo pillo.

La agarro de las caderas con las manos y la ayudo a subir y bajar, a mecerse hacia adelante y hacia atrás. Nos movemos juntos y no puedo quitarle los ojos de encima mientras está sentada encima de mí, cabalgándome. Bright Side es súper sexy.

La sostengo contra mí y nos doy la vuelta. Cuando estoy colocado entre sus piernas, le acaricio con la punta de la lengua en medio de los pechos y la arrastro despacio hacia arriba para succionarle con cuidado la base del cuello mientras empiezo a mover las caderas. Se aleja cuando lo hago y

responde a mis embestidas. Sabía que Bright Side era grácil. La he visto hacer surf. La he visto bailar. La he visto tocar el violín. Sin embargo, nada de eso es comparable a lo que estoy viendo debajo de mí ahora mismo. ¿Qué está haciéndome? Me cautiva; no puedo dejar de mirarla.

Y, entonces, decido que necesito más de ella. Le agarro las rodillas con las manos y las empujo hacia arriba, para penetrarla más hondo. Jadea cuando lo hago.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí —susurra, satisfecha. Su voz refleja pura lujuria.

Joder. Incremento el ritmo porque siento que estamos cada vez más y más excitados. Bright Side gime, y se tensa conmigo en su interior. Me libera de todos mis deseos, de todos mis antojos y hasta de la última pizca de pasión que habita en mi interior, se lo doy todo ávidamente y de buen grado.

Mis labios se encuentran con los suyos una vez más y ella responde como si el mundo fuera a acabarse. El beso es el precursor de una detonación eufórica y, entonces, Bright Side se rompe en mil añicos debajo de mí; y es la cosa más hermosa que he visto nunca. Yo estallo al unísono.

—Te quiero —jadeo.

Ella respira aceleradamente y sonríe, pero, de repente, parece avergonzada y se muerde el labio. Está cansada.

Le beso la punta de la nariz, la acerco a mí y nos miramos el uno al otro durante un buen rato. Ni siquiera decimos nada cuando su vergüenza desaparece. Creo que los dos estamos intentado procesar lo que acaba de pasar. ¿Y yo? Yo trato de recordar cada segundo porque sé, en lo más profundo de mi corazón, que esto no volverá a ocurrir. Me acaban de dar un regalo y lo apreciaré el resto de mi vida.

Abro los ojos de repente cuando oigo a Franco toser en la litera de arriba. Me ha devuelto al presente. Menuda mierda Odio el asqueroso presente. Quiero volver atrás en el tiempo. Quiero revivir el pasado. Por eso no pienso en aquella noche. Magnifica el puto desastre en el que se ha convertido mi vida actual.

Domingo, 5 de febrero

Gus

Parece que anoche las dos o tres cervezas de más me dejaron hecho mierda. Sinceramente, no recuerdo nada. Supongo que cancelaron el concierto debido a mi repentina «enfermedad». Lo reprogramarán y tocaremos al final de la gira. Todos están cabreados conmigo, y sé que debería importarme, pero no es así. ¡Qué triste, joder! Robbie me gritó anoche. Me dijo que dejara de pensar solo en mí y que era un puto egoísta. Hace cinco años que conozco a Robbie y nunca lo había escuchado gritar. Debería haberme impactado más, pero no fue así.

 Mi yo racional sabe que los estoy decepcionando a todos.

 Al resto le da igual.

Martes, 7 de febrero

Gus

Es por la tarde y he estado durmiendo desde anoche. Me despierta el sonido de la voz de Franco desde la parte delantera del autocar. Está hablando con una mujer, lo cual me intriga porque el autocar está en movimiento. Eso significa que aún no hemos llegado a nuestro destino, por lo que no debería haber ninguna chica en el vehículo. Escucho con atención durante un rato y me entero de que Hitler se ha ido a casa por asuntos personales; eso es un asco para él, pero fantástico para mí porque su puta condescendencia me estaba poniendo de los nervios, y ya estaba bastante crispado. Nos ha dejado con una sustituta; alguien que se encargará de organizar todo durante la gira. Escucho a la chica enumerar sus referencias a Franco. Por lo que llevo a escuchar, es bastante nueva en esto, pero parece preparada: o sabe lo que hay que saber, o se le da bien el arte del engaño. Cualquiera de las dos opciones me parece bien. Además, suena ambiciosa porque dice cosas como que está decidida a ayudarnos a alcanzar el éxito y a mantener a esta panda de locos por el buen camino. Casi me río para mis adentros: buena suerte con eso.

Me bajo rodando de la litera y me tambaleo hacia ellos. La suplente está sentada en la mesa que hay detrás del conductor. Lleva una falda tan corta que es casi inexistente. Tiene las piernas delgadas y kilométricas, cruzadas. Las muestra en el pasillo como si fueran parte de una exhibición. Son lo primero en lo que me fijo. Lo segundo es su blusa, abotonada estratégicamente para enmarcar su impresionante escote. Lo tercero en lo que me fijo es... en nada, porque sigo concentrado en sus piernas y sus pechos. Es febrero y estamos en Suecia (creo), además está nevando y hace

un frío de cojones. Definitivamente no lleva la ropa adecuada.

Sexo. No voy a mentir, es lo único en lo que pienso en este momento. En tirarme a esa tía. En alguna parte de mi mente me siento como un capullo por pensar en eso de inmediato.

Antes, el sexo para mí era la exploración del cuerpo de una mujer, una apreciación del acto en sí mismo, el dominio de ese arte y, bueno, intimidad. Ver a una mujer desquiciada de placer y pasión como resultado directo de mis caricias, de mi cuerpo, es muy fascinante y *sexy*. Nunca he salido con nadie, pero he estado con muchas chicas. Perdí la virginidad cuando tenía catorce años con una de diecisiete, nada menos, y desde entonces no he parado. Yo no diría que soy guapo, pero tengo un aspecto decente y a las damas parece gustarles mi cuerpo. Mido algo más de metro noventa y antes hacía mucho surf, lo que me mantenía en buena forma. Soy un tío grande, musculoso. A las chicas les molan los tíos grandes.

Sin embargo, todo lo que sabía sobre el sexo cambió el pasado agosto, cuando me acosté con alguien a quien quería, con Bright Side. Nos conocíamos de toda la vida. Era la vecina de al lado, mi mejor amiga. Estaba muy enamorado de ella, pero ella nunca lo supo. Era divertida, inteligente y tenía talento. Además era preciosa, joder. La criatura más perfecta creada por Dios. Y aquella noche fue todo exploración, apreciación e intimidad. Ha sido la amante más receptiva que he tenido, pero fue mucho más que eso. Fue algo conmovedor, la mejor puta noche de mi vida. Punto.

¿Cómo se supera eso? La respuesta es esta: no se supera. Al menos, no sin esfuerzo de verdad. Todas las mujeres con las que he estado desde entonces han sido simples polvos. Solo hemos follado; nada más. Lo hago para correrme y ya está; es rápido y sucio. ¿Soy un egoísta? Por supuesto. ¿Hace que me sienta como un capullo? Absolutamente. Sin embargo, todavía me resulta sorprendente que haya tantas participantes dispuestas. Es triste lo ansiosas e indiscretas que son: no tienen vergüenza... ni orgullo. Pero ¿y qué? No es mi obligación hacer de padre de una mujer de veinticinco años solo porque otra persona fracasó claramente en ese aspecto. Así que sí, dejo que me complazcan.

Vuelvo a centrarme en la suplente de Hitler y le examinen la cara. Es lo que comúnmente se definiría como «guapa»: tiene los ojos grandes y oscuros, unos pómulos altos y prominentes y los labios carnosos, además de

una buena capa de maquillaje. Soy fan de la belleza natural, pero últimamente no me importa pasar por alto ese tipo de cosas. Probablemente tenga unos treinta y pocos, a juzgar por las arrugas que enmarcan su sonrisa. Me mira fijamente con sus ojos delineados. Ha dejado de hablar con Franco ahora que ha visto que estoy despierto. Es un libro abierto: me resulta fácil saber qué piensa. Se disculpa por dejar la conversación, se levanta, camina hacia mí, que estoy en el pasillo, y extiende la mano.

—Tú debes de ser Gustov.

Le está hablando a mi pecho desnudo.

Le estrecho la mano.

—Sí, eso creo —digo, para nada avergonzado por el hecho de estar aquí de pie, en ropa interior, a punto de tener una erección.

Por el rabillo del ojo veo a Franco, que está detrás de ella. Niega con la cabeza despacio y tiene una expresión suya. Casi nunca utiliza esa expresión. Lo que básicamente quiere decir es: «No lo hagas». Es mi mano derecha desde hace años y tiene un don increíble para detectar una locura a kilómetros de distancia.

La chica todavía me sostiene la mano y dirige la vista a mi abdomen.

Yo la imito y fijo la vista en su pecho. No quiero mirarla a la cara. Esto no va a ser nada íntimo. El contacto visual hace que todo sea más íntimo.

Luego me pide que retroceda. Yo obedezco y, cuando llegamos a la puerta del baño, la abro. Es una invitación que ella acepta sin dudar cuando me sigue al interior. Empiezo a desabrocharle el resto de la blusa antes de que la puerta se cierre. Cuando consigue echar el pestillo en el diminuto cuarto de baño, ya tiene los hombros desnudos y las tiras del sujetador bajadas hasta los codos, y deja al descubierto sus enormes tetas, obviamente de silicona. Repito que prefiero lo natural, pero una vez las tengo en las manos y en la boca no me quejo. Ella gime de manera teatral. Yo desconecto.

Cuando empieza a contonearse para quitarse la falda microscópica y las bragas, la detengo.

—No te molestes. No tengo condones aquí.

Ella me susurra al oído:

—No pasa nada. Tomo la píldora.

Tiene la voz ronca. No es *sexy*; está necesitada. Las chicas necesitadas no me gustan en absoluto. Después intenta besarme. Eso tampoco va a pasar, es demasiado íntimo. No he besado a nadie desde Bright Side. Giro la cabeza.

—Sí pasa. Me parece que solo tenemos una opción...

Ni siquiera tengo que terminar mi ultimátum porque ella se ha puesto de rodillas y me ha bajado los calzoncillos. Cuando se mete mi polla en la boca, no puedo reprimirme.

—Ah, mierda. Me encanta.

Es agresiva. Es evidente que esta no es su primera vez. No está jugueteando solo con la punta; se la ha metido toda en la boca. Y la tengo grande; esto es una garganta profunda digna de una peli porno. Me agarra el culo con las manos y me sostiene con fuerza contra ella. Me preocupa hacerle daño, así que la saco. Ella me pide que continúe. Bueno, joder, no hace falta que me lo pida dos veces. No pasa mucho tiempo antes de que tenga su pelo enredado en las manos y la embista con ímpetu.

Cuando me corro, siento algo distinto. Es una satisfacción sedante y momentánea, seguida demasiado rápido por una vuelta a la deprimente realidad. Me llevo las manos a los calzoncillos y me los subo mientras ella se pone de pie y se limpia los labios y la barbilla con el dorso de la mano. Tiene las pupilas dilatadas. Eso quiere decir que, aunque yo haya terminado... ella no.

—Soy Clare, por cierto.

Asiento distraídamente.

—Menuda forma tienes de presentarte.

Me recorre el pecho con un dedo.

—Como tú. Tengo ganas de trabajar contigo. —La expresión de sus ojos me dice que «trabajar» puede intercambiarse por «follar».

Quito el pestillo de la puerta desde detrás de ella.

—Nos vemos. —Y la dejo en el baño para que se las arregle ella sola.

Cuando salgo, Jamie está sentado con Franco en la mesa, jugando al póker. Levanta la barbilla a modo de saludo. No hablamos mucho últimamente. Franco niega con la cabeza. Sé que lo he decepcionado. Ha intentado disuadirme. Es extraño, porque antes era yo quien cuidaba del grupo. Era el líder. Ahora es Franco. Puede que tenga sentido; él es el mayor,

tiene veinticinco años. O quizá solo es algo inevitable debido a que todo me va de pena.

Jueves, 9 de febrero

Gus

Nuestro productor, el P. A. S., me ha llamado hoy. Dice que ha estado hablando con la discográfica y que quiere relanzar nuestro álbum en unas semanas e incluir una pista adicional. El tema en cuestión es una canción llamada *Finish Me* que Rook grabó el diciembre pasado con Bright Side. Compuse la canción después de que la bomba estallara (la bomba fue descubrir que Bright Side tenía cáncer terminal). Todos los miembros del grupo fuimos en avión a Minneapolis y la grabamos en un estudio de allí, más o menos un mes antes de que ella muriera. Bright Side compuso y tocó los arreglos para violín y cantó conmigo. Esta es nuestra mejor canción hasta la fecha, pero también es personal. Demasiado personal. Ni de coña voy a poder tocarla en directo, que es lo que esperarían que hiciéramos después de publicar el disco. Joder, acabamos de empezar a volver a tocar *Missing You* en directo esta semana, y eso después de que compusiera unos nuevos arreglos para guitarra y aumentara el ritmo. Ha pasado de ser una balada triste a un grito furioso e intenso. Porque, últimamente, se me da de fábula enfadarme. Sé que la discográfica se saldrá con la suya. Ya es hora de sacar un nuevo *single*. Menuda coincidencia...

Sábado, 11 de febrero

Gus

Clare se ha convertido en una distracción agradable. Además de las reuniones telefónicas, ayudarnos en las entrevistas, interactuar con el personal de los distintos lugares en los que tocamos, solucionar los putos líos en los que me meto día a día y el resto de cosas que hace, las dosis frecuentes de sexo (donde y cuando sea) se han convertido en una rutina. Puede que tenga que comprar condones al por mayor. Ella parece feliz de cumplir con su parte durante nuestros intercambios no correspondidos. Lo sé, soy un capullo que cada vez va a peor, pero nadie la obliga. A parte de en los descansos que nos tomamos para fumar, no pasamos mucho tiempo juntos, lo cual es ideal. Solo hablamos de negocios, y no mucho, porque Franco es quien se encarga de todo eso últimamente.

Domingo, 12 de febrero

Gus

—Gus, ¿puedo ser directo contigo? —Franco me mira con dureza y sé que me he metido en un lío. Antes no me gustaba tener problemas con él, y supongo que sigue sin gustarme demasiado, pero no lo bastante como para cambiar mi comportamiento.

—Por supuesto. —En realidad, no quiero oír lo que tiene que decirme.

—Tío, llevamos dos semanas de viaje. Aunque me gusta la coleta y la barba de vagabundo... —Intento no reírme, pero se me escapa una risotada que parece más un gruñido—. En serio, te queda muy bien el aspecto de vagabundo ermitaño *hipster* —continúa Franco—, pero tienes que ducharte. O sea, todos los días. Este autocar es pequeño, tío. La higiene es la prioridad número uno. Hueles como un animal muerto.

Asiento.

—Tienes razón.

Ya no tengo prioridades.

Sábado, 18 de febrero

Gus

Esta noche daremos nuestro concierto más importante hasta la fecha. Es en Londres, en un estadio llamado «O2». Veinte mil personas. Veinte mil putas personas. Esto es muy diferente a cuando tocamos en Joe's Bar, en San Diego, delante de doscientas, hace solo dos años. A veces me gustaría seguir tocando en Joe's. Bar

Estoy nervioso. Nunca me pongo nervioso, pero me tiemblan las manos durante toda la prueba de sonido. Quizá necesito una copa. ¿En qué estoy pensando? Por supuesto que necesito una copa. No he bebido nada desde anoche. No había cerveza en el autocar. Sospecho que Franco ha iniciado un intento de intervención pasiva.

Me molesta que sea pasiva.

Y que haya intervenido.

A dos horas de que empiece el concierto, necesito pillar algo de comer. Regreso al autocar a por un paquete de tabaco cuando veo a Clare correr detrás de mí. No sé cómo corre con tacones de aguja de doce centímetros, pero lo hace. Está jadeando. Siempre le falta el aire, probablemente porque es la única persona que conozco que fume más que yo.

—Gustov —dice, y jadea. Incluso mi nombre es un resoplido.

Aminoró el paso, pero no me detengo a esperarla. Giro la cabeza para que sepa que la he oído, pero no lo bastante como para mirarla a los ojos. Me cuesta hacerlo. Siempre que lo hago veo a Bright Side decepcionada conmigo, devolviéndome la mirada, como un fantasma que me persigue. No

puedo enfrentarme a ello. Bright Side habría odiado a Clare. Son dos putos polos opuestos.

—Clare. —Hasta ahí llega mi saludo.

—Parecías un poco incómodo durante la prueba de sonido —dice como si nada.

No me siento ofendido. Es la verdad.

—Necesito una copa —respondo.

Ahora está a mi lado y se inclina sobre mí hasta que tiene la boca cerca mi oreja.

—Tengo algo mejor que el alcohol.

Entonces, me giro para estar cara a cara con ella; esta mujer es insaciable.

—Joder, hemos follado hace una hora, Clare —contesto, exasperado—. Estaré satisfecho durante unas horas más. Gracias de todas formas.

Me irrita muchísimo y no intento esconderlo.

Clare sonrío de forma seductora y coquetea. Es mi señal para desviar la vista. Ella suelta una risita irritante: es una risa aguda que contrasta con su voz profunda y ronca; la ofrece con demasiada facilidad, cuando nadie se la ha ganado, así que quizá sea un tic nervioso; y es increíblemente ruidosa.

—No, cariño, aunque me parece una idea estupenda, estaba pensando en otra cosa.

Llegamos al autocar en ese momento. La sigo y subo escalones antes de unirme a la conversación de nuevo.

—Bueno, ¿y de qué se trata?

Se lleva la mano al bolsillo del abrigo, saca un pequeño tubo de cristal que contiene un polvo blanco y lo menea delante de mi cara sosteniéndolo con el índice y el pulgar.

Mi reacción inicial es «ni de coña», pero no lo digo en alto.

Clare me agarra de la muñeca y me lleva a la parte de atrás del autocar, al interior de la pequeña habitación que eligió para sí el día que se unió a nosotros.

—Vamos. Solo una raya conmigo. Te ayudará a aguantar mejor el concierto.

Debería detenerme en ese instante y articular de verdad las palabras «ni

de coña», pero me limito a seguirla como un gilipollas.

Mientras extiende el polvo sobre una revista *Vogue* que tiene sobre la cama y forma dos rayas pequeñas de manera eficiente, la miro a la cara de cerca por primera vez. Sus ojeras son visibles a través de la gruesa capa de maquillaje y se le notan unas ligeras arrugas en el rabillo del ojo. Está más demacrada de lo que pensaba.

—¿Cuántos años tienes? —suelto.

Clare sorbe por la nariz como si estuviera adelantándose a su necesidad y me mira con ojos fieros.

—Veinticinco.

Ya me lo temía. La coca la ha envejecido. Yo creía que tenía diez años más. Observo el polvo que hay frente a nosotros.

—No es la primera vez que esnifas coca, ¿verdad?

Se frota la nariz con el dorso de la mano, que le tiembla. Me recuerda a la prostituta que se me lanzó en el bar el día del funeral.

—No. Te va a encantar. Te hará sentir como Superman.

A pesar de todo lo que estoy viendo, que es, como mínimo, una evidente campaña antidroga y, como máximo, simplemente triste, mi boca toma la decisión por mí.

—Vale.

Ella lo hace primero. Es rápida. Una profesional. Hace que me pregunte cuánto tiempo lleva metiéndose coca.

Yo soy el siguiente. Soy lento y me lleva varios intentos. Soy un principiante. Me pica la nariz y me lagrimean los ojos.

Mientras la droga penetra en mi mente y en mi cuerpo, me disculpo en silencio. «Lo siento, Bright Side. Solo será una vez. No me convertiré en Janice». La madre de Bright Side era adicta a la coca. Me estoy justificando. Fumo maría en ocasiones y he tomado pastillas algunas veces. Me digo a mí mismo que esto no será diferente.

Pero sí que lo es.

Clare viene conmigo a un *pub* a la vuelta de la esquina aunque yo no la he invitado. Como, aunque no tengo hambre. Ella solo fuma. Nunca come. Me parece raro.

Cuando empieza el concierto, todavía estoy colocado. Esa noche no estoy

aletargado. No puedo decir que esté completamente bajo control, porque sé que no es así, pero hay una fuerza en mi interior que se apodera de mí. Incrementa mi ira y la canaliza para que haga una actuación brutal. Sorprendentemente, la multitud disfruta del concierto. Es la puta experiencia más extraña de mi vida. Es como si viera todo lo que ocurre desde el exterior, pero, al mismo tiempo, lo siento todo tanto, en lo más profundo de mi ser, que juraría que nunca había experimentado algo así antes. Es totalmente surrealista.

El tiempo es intrascendente, irrelevante. Cuando me doy cuenta, el grupo me dice que eso es todo, que se ha acabado el concierto, que es la hora de irse. Franco se queda conmigo mientras me fumo un cigarro antes de subirnos al autocar.

—No estoy seguro de qué ha pasado esta noche —dice—, pero al público le ha gustado.

Es verdad. A mí también me ha gustado.

—Ha sido el nuevo Gus.

Él entrecierra los ojos y mira en mi dirección como si intentara resolver un enigma.

—¿Estás bien, cabrón?

Le sonrío. Es cierto... sonrío. Hacía tiempo que no sonreía.

—De puta madre, tío.

Martes, 28 de febrero

Gus

Los últimos ocho conciertos han ido como la seda. Clare ha venido todas las noches y le ha dado energía a Superman. Una ventaja inesperada de ser Superman es que ya no pienso mucho en Bright Side. O sea, pienso en ella, pero no estoy obsesionado.

Sin embargo, me cuesta la vida dormir. Clare me dio anoche unas pastillas después del concierto. No sé qué eran, pero dormí como un bebé.

Lunes, 6 de marzo – martes, 7 de marzo

Gus

No hay concierto esta noche.

Tengo el día libre.

Es un puto milagro.

Cada vez estoy más cansado. El efecto rebote del alcohol y la cocaína durante las horas en las que estoy despierto y las pastillas para dormir me están destrozando, pero mi cuerpo aún funciona. Todas las noches lo peto en el escenario.

Ahora estamos en Ámsterdam. Sí, eso es, la tierra de los bares de hachís y el Barrio Rojo. Es como si fuera Navidad. He convencido a los chicos de hacer una excursión. Se han sorprendido porque no he salido con ellos durante todo el tiempo que llevamos en Europa. Clare está molesta porque no la he invitado. Da igual. Que la mayor parte del tiempo la haya pasado en la cama con Clare no quiere decir que vaya a tener una cita con ella. No estamos saliendo, tenemos un trato. Son dos situaciones totalmente diferentes.

Después de caminar por los canales y alimentar a las palomas en la plaza Dam, cenamos temprano para resguardarnos del frío. Todas las personas con las que nos topamos son muy amables y la mayoría habla inglés, lo que me sorprende por alguna razón. Tras la cena, salimos en busca de las maravillas únicas de Ámsterdam. Cuando entramos en el primer *coffee shop* que vemos, no me cuesta mucho convencer a Franco,

Jamie y Robbie para que se unan a mí, aunque ellos no suelen consumir

marihuana.

Treinta minutos después, estamos colocados, recordando cómo creamos el grupo y lo malos que fueron nuestros primeros conciertos. Hacía tiempo que no me reía y me siento bien. Estoy relajado, viviendo el momento. Es justo lo que necesitaba.

Nos marchamos al cabo de unas horas y nos dirigimos al Barrio Rojo. Todos estamos colocados y felices mientras pasamos y miramos un escaparate tras otro. No logro convencer a los chicos para entrar en un prostíbulo de verdad, así que nos decidimos por un espectáculo de sexo en directo. Es porno de verdad, un tío y una chica haciéndolo. No debería ser gracioso, pero, por alguna razón, lo es. Es muy gracioso. Y ninguno de nosotros es capaz de verlo con la cara seria. Nos estamos descojonando como si tuviéramos trece años y nunca hubiéramos visto unas tetas ni una polla.

Nos echan incluso antes de que el espectáculo llegue al clímax. Mierda.

Es casi media noche cuando volvemos al autocar. Todo está en silencio. Aún seguimos riéndonos del espectáculo de sexo en directo cuando Clare sale de su habitación. Debemos de haberla despertado. Nos mira como si quisiera matarnos cuando abre la puerta y frunce el ceño.

—Estaba intentando dormir.

Lleva una camiseta sin mangas, fina como el papel, y un tanga. No tiene ni idea de que cuatro tíos tienen la vista fija en ella.

—Alguien está de mal humor. —Me río porque ni ella puede amargarme la noche.

Clare entrecierra los ojos en mi dirección y luego exhala con resentimiento.

—Bueno, ¿qué tal el hachís?

Sonrío.

—De puta madre. —Es la primera vez que le he sonreído.

Clare se da cuenta. De repente, parece que su enfado desaparece y esboza una sonrisa. Es su sonrisa seductora, la única que ofrece. Estoy muy seguro de que su sonrisa es una invitación.

—Excelente —ronronea mientras me agarra de la camisa y me mete en su habitación.

Cierra la puerta y, sin más, se pone manos a la obra.

—¿Te has tirado a alguien?

Me río.

—¿Perdona?

Clare es directa mientras me quita la camiseta.

—Te he preguntado que si te has tirado a alguien. ¿Te has follado a alguna puta?

Me cuesta pillarlo.

—Ah, no. Pero hemos visto un espectáculo en directo. ¿Eso cuenta?

Su sonrisa regresa y sus ojos oscuros tienen una expresión posesiva.

—Bien. ¿Listo para divertirte un poco?

Para ella, divertirse siempre incluye drogas y sexo.

—Sí, joder.

Empieza a rebuscar en el cajón de su mesita y saca una bolsa de plástico llena de pastillas de diferentes colores. Mete la mano y toma dos cápsulas idénticas. Se mete una en la boca antes de pasarme la otra.

—¿Qué es esto? —Normalmente ni le pregunto.

—¿Importa? —me reta juguetonamente.

—Probablemente no —respondo, porque sé que en realidad me da igual.

Se quita la camiseta y el tanga.

—Esa pastilla hará que lo que está a punto de pasar en esta cama sea lo más intenso que hayas experimentado jamás —contesta mientras me desabrocha los pantalones.

Me la meto en la boca y trago.

—Suenan bien, tío.

—¿Acabas de llamarme «tío»? No soy un tío. —Se mira los pechos—. Obviamente. —Se siente insultada, pero no lo bastante como para no desnudarme.

Nunca la había llamado «tío». Para mí es un término cariñoso, algo que solo reservo para mis amigos más cercanos. Ella no es mi amiga y no siento nada de cariño por ella. Ojalá pudiera retirarlo. Me siento como si hubiera compartido algo personal.

—No lo decía en serio.

—Eso está mejor. —Se apacigua.

Si supiera que «no lo decía en serio» es más un insulto que una disculpa, se cabrearía, pero las drogas han empezado a nublarne la mente. De repente, no me importa nada más que llevármela a la cama.

Con Clare, el sexo siempre es violento. Solo le gusta follar así. Es como una especie de puta masoquista. Quiere que la dominen y le van algunas cosas pervertidas. A veces mola, otras no. Pero esta noche es diferente. Todo ocurre a cámara lenta, todo se dulcifica. Esta vez el sexo es dulce comparado con lo que solemos hacer, lo cual debería ser aburrido con ella, pero no lo es. Me gusta. Me tomo mi tiempo. La beso. La toco. La complazco. Y ella me complace muchísimo a mí. Cuando terminamos, no quiere que me vaya de la cama, así que no lo hago.

No lo sabía entonces, pero aquello fue un error. La culminación de muchos, muchos errores.

Cuando me levanto, varias horas más tarde, siento como si un grupo de música estuviera tocando a todo trapo en mi cabeza. Me estiro y me duele todo. Entonces, noto un cuerpo cálido a mi lado.

No debería haber un cuerpo cálido a mi lado.

«Por favor, que sea una desconocida la que está en la cama conmigo», pienso, pero sé que no lo es. Y sé que la he cagado completamente. Echo un vistazo y, por supuesto, veo a Clare.

—Mierda —digo en voz alta.

Ella tiene los ojos cerrados.

—¿Qué? —pregunta. Su voz aún suena somnolienta.

Pongo los ojos en blanco.

—Nada.

Salgo de la cama y empiezo a buscar los pantalones. Los encuentro al lado de la puerta y me los pongo. Buscaré mi ropa interior después, necesito salir de aquí. Clare me está observando. No entiendo cómo me puede sonreír del modo en que lo hace si tomó la misma mierda que yo anoche. ¿Por qué no se encuentra fatal?

—Lo de anoche fue increíble —dice—. Eres dulce cuando quieres. Cuando bajas la guardia.

Mierda. Mierda. Esto se pone cada vez peor. Repaso a toda prisa los recuerdos de anoche y no recuerdo de casi nada de lo que ocurrió después de

que nos metiéramos en la cama. Es como si los recuerdos no estuvieran relacionados con nada físico y, en su lugar, fueran un sueño. Además, no están relacionados con Clare, no tienen ninguna conexión con ella. Son apresurados y vagos, pero cálidos y tiernos; como si hubiese estado en un lugar completamente a salvo, un lugar del que no quería marcharme. Me sentí amado y amé.

Su voz interrumpe mi trance.

—Nadie me había hecho nunca el amor.

Clare tiene aspecto de haber ganado un premio, y eso hace que se me revuelva el estómago, porque, por un motivo que no puedo explicar, sé que tiene razón. No me la follé; le hice el amor. Estoy muy confundido, necesito salir de aquí.

Deslizo la puerta de la habitación y estoy a punto de escapar cuando sus palabras lo explican todo.

—Anoche me llamaste Bright Side. ¿Qué significa?

Siento la bilis en la garganta y las lágrimas me quemán los ojos. Que ella pronuncie ese nombre es una profanación. No puedo pensar en nada peor ahora mismo que escuchar a Clare decir su nombre. Me giro hacia ella al instante y me pongo de pie, la amenazo y la señalo con el dedo a un centímetro de su cara.

—¡No te atrevas a decir otra vez ese nombre, joder! —grito.

La expresión de su cara pasa de triunfante a estupefacta. Franco sale de su litera, me agarra del brazo y tira de mí para sacarme de la habitación. Me sienta en la mesa, cerca del conductor, y me pasa un cigarro y un mechero mientras le dice a este:

—Para un momento, Ed. Gus necesita salir y tranquilizarse.

Las manos me tiemblan tanto que apenas puedo encender el cigarro.

Ed, nuestro conductor, detiene el autocar a un lado de la carretera. Me pongo las Vans y un abrigo, sin camiseta ni calcetines. Salgo del vehículo al arcén nevado, por lo que asumo que todavía estamos en tierras holandesas. Paseo al lado del autocar y casi me he terminado el primer cigarro cuando Franco se une a mí.

—¿Qué pasa, caraculo? —Adopta su expresión de preocupación: frunce el ceño y tensa los labios, curvados hacia abajo. Es la misma cara que pone siempre que ocurre algo malo.

Me encojo de hombros y meto más nicotina en mi cuerpo. No me calma como suele hacerlo. La cabeza está a punto de estallarme, tengo el corazón acelerado y todo el cuerpo me tiembla por dentro y por fuera.

—¿Has escuchado la conversación de esta mañana?

Las paredes son finas; si estaba despierto, la ha escuchado.

Asiente y se disculpa.

—Y la de anoche.

Me pongo de cuclillas y entierro la cara entre las manos. No solo estoy avergonzado, estoy perdido. Me froto los ojos y las manos terminan húmedas. Enciendo otro cigarro. Preferiría cortarme el brazo derecho a escuchar la respuesta a la pregunta que estoy a punto de hacer, pero me obligo a hablar:

—¿Qué le dije anoche?

Él me mira.

—¿No te acuerdas? —En realidad, no es una pregunta; sabe que no. Está ganando tiempo.

Niego con la cabeza.

Franco se rasca la calva. No quiere responder, pero sé que lo hará, porque eso es lo que hacen los buenos amigos. Te dan malas noticias incluso cuando no quieres oírlas.

—No voy a entrar en detalles, pero no dejabas de llamarla Bright Side... mientras follabais. Le dijiste que la querías, tío.

Me giro y grito con todas mis fuerzas. Siento como si me hubiera abierto la cabeza. El dolor es insoportable, pero solo hace que quiera gritar más y más alto. Cuando el grito termina no puedo recuperar el aliento y, antes de darme cuenta, estoy inclinado hacia delante, vomitando en la nieve. No recuerdo qué comí, pero ahora está todo en el suelo y encima de mis zapatillas. Se me vacía rápido el estómago, pero mi cuerpo no cede. Sigo jadeando. Parece que se me van a salir los ojos. Y cuando dejo de jadear, me doy cuenta de que estoy llorando a moco tendido. Estoy en el suelo, con las rodillas empapadas por el vómito y la nieve. Entierro la cara entre los antebrazos y me agacho en el suelo, húmedo y cubierto de nieve. Estoy llorando como en el momento en que ella murió, llorando como si mi puto mundo estuviera a punto de terminar. Franco se arrodilla a mi lado y me

pone la mano en la espalda.

—Me duele tanto el corazón, tío —jadeo—. La echo de menos. La echo mucho de menos.

—Lo sé, hombretón. —No me juzga.

Agradezco que sea Franco quien está conmigo porque sabe cómo hablarme. No podría hacer esto con nadie más ahora mismo. Ni siquiera con mi madre.

—No sé cómo ser Gus sin ella, tío. Estoy muy perdido, joder.

—Lo sé.

Me arrodillo y lo miro. Él duda, como si fuera a decir algo y se lo pensara mejor. Y, entonces, lo dice igualmente:

—Escucha, sé que no es asunto mío, colega. Si te gusta Clare, es cosa tuya, pero...

—No me gusta —lo interrumpo—. No sé qué coño hago con ella. —Él levanta las cejas. Me está retando—. Vale —resoplo—. Sé qué estoy haciendo con ella. Me la estoy follando. La estoy utilizando. Es una distracción, no significa nada. Eso es todo.

—Pero también te ha ayudado a conseguir tus medicinas.

Esa es una expresión demasiado informal incluso para Franco.

—¿Así es como lo llamas? ¿Medicinas?

Él entrecierra los ojos.

—Sí —dice con cautela—. Hablé con ella hace unas semanas sobre ti. No hablamos de nada personal, pero le dije que necesitabas ir al médico. Unos días después, me dijo que lo había organizado todo para que un doctor fuera al lugar del concierto, mientras los demás estábamos cenando, y que te había recetado ansiolíticos y somníferos.

—¿Médico? No sabía que Clare tuviera licencia para ejercer de médico.

No me gusta el hecho de que ella no le dijera la verdad a Franco, pero lo cierto es que yo también he estado mintiéndole. De repente, su expresión cambia, la vena de su frente empieza a latir y sus ojos se vuelven oscuros e intensos. Sé lo que viene ahora.

—¿Qué has estado tomando?

—Coca, pastillas, cualquier cosa a lo que Clare le echara el guante.

Franco se pone de pie en un instante y vuela hacia la puerta del autocar.

Yo me sorprendo a mí mismo cuando me levanto de un salto después de él, y esta vez soy yo quien lo agarra del brazo y lo intenta alejar de la habitación de Clare. El hijo de puta es muy fuerte cuando está enfadado. No suele enfadarse tanto; solo lo he visto así una o dos veces en cinco años. Puede llegar a dar mucho miedo cuando está así de cabreado. No cede. Clare está de pie al lado de la cama, envuelta en una bata fina. Tiene la cara pálida, aunque se muestra implacable. Franco empieza a gritarle.

—¿Qué le has hecho? —Cuando no le contesta y se queda de pie, desafiándolo con los brazos cruzados, Franco vuelve a explotar—: ¡Te he preguntado qué coño le has hecho!

Una sonrisa de suficiencia aparece en la cara de la chica y me mira.

—Nada que él no quisiera, ¿verdad, cariño?

Agarro a Franco de los bíceps desde atrás. Los brazos le tiemblan de la rabia.

—¡Me mentiste, joder!

No sé cómo cada vez grita más alto, pero lo hace. No hay respuesta.

Él la señala.

—Aléjate de él, ¿me oyes? Aléjate de él, joder. No le des nada. No le hables. Ni lo mires.

Clare me mira, hay miedo tras su fría fachada. No hace mucho que se dedica a esto y sabe que su trabajo podría estar en riesgo.

—Gustov es un adulto, Franco. Nunca lo he obligado a hacer nada que no quisiera.

No me gusta Clare y nunca me ha gustado, pero tengo que admitir que siento un poco de pena por ella ahora mismo. Está en el camino del huracán Franco y quien debería estar ahí soy yo.

—Tiene razón, tío. —Resoplo—. Nunca me ha obligado a hacer nada. Si tienes que enfadarte con alguien, debería ser conmigo.

Franco se gira, se deshace de mí y me encara. Clava los ojos en los míos y sé que me la tiene jurada.

—Estoy cabreado, Gus. —Lo sé porque casi nunca me llama Gus—. Cabreado de cojones. ¿En qué coño estabas pensando? Escucha. —Hace una pausa mirando a Clare, como si deseara que no pudiera escucharnos. Se vuelve hacia mí y continúa—: Sé que todo es una mierda ahora mismo. Lo

sé. —Baja la voz—. Todos la echamos de menos, tío, pero esta no es la manera de superarlo. ¿Sabes lo decepcionada que estaría si viera este desastre?

Estaría cabreadísima. Lo sé, joder.

—Bueno, no está aquí, ¿no? —No puedo tener esta conversación. No necesito que me lo recuerden. Soy consciente de ello todo el tiempo—. Está muerta, joder.

Ya no escucho nada. Me alejo hacia la mininevera y saco una cerveza. Franco se gira hacia Clare y me señala a mí, que estoy sentado en la mesa.

—Aléjate de él. —No es un recordatorio sutil. Entonces me mira y señala a Clare—. Lo mismo te digo. Aléjate de ella, encuentra una nueva follamiga.

Clare cierra la puerta de su habitación. Me siento algo aliviado al tener esa separación. Franco se sienta frente a mí. Parece satisfecho y se ha calmado.

—Lo siento, montón de mierda. No debería haber sacado el tema de Kate delante de ella.

Me bebo la mitad de la lata de cerveza antes de respirar.

—Ya se me había ido la lengua a mí, tío. Por lo visto, la lie muchísimo anoche. —Me paso los dedos por el pelo y me hago una coleta—. No puedo creer que hiciera eso.

Franco golpetea la mesa con los nudillos.

—Fingiste que estabas con la persona con la que deseabas estar. Todos hemos tenido alguna fantasía. No hay de qué avergonzarse.

Lo miro a los ojos.

—Tú no fantaseas con gente muerta.

—Estabas colocadísimo, joder. —Exhala y me mira durante un rato; sus ojos suplican que sea sincero—. La amabas. Sé que es así. No me vengas con lo de que solo era tu mejor amiga, colega. ¿Te culpo? Joder, no. Kate era la mujer más increíble que he conocido en toda mi vida. Todos nosotros seremos unos capullos con suerte si terminamos con alguien la mitad de buena que ella.

Asiento, me recuesto y me termino la cerveza.

Franco me deja tranquilo.

Fin de la discusión.

Lunes, 27 de marzo

Gus

Cuando el avión toca el asfalto del Aeropuerto Internacional de San Diego, suelto un suspiro de alivio. Me siento como si hubiera estado conteniendo el aliento durante dos meses. Sé que es totalmente irracional pensar que estar en otro país cambiaría lo que está pasando en mi cabeza, pero estar tan lejos de casa y de todo lo que me resulta familiar no me ha ayudado. La gira europea finalizó anoche en París. Estoy supercansado y lo único que quiero es dormir durante tres semanas seguidas antes de que vuelva a empezar la gira por Estados Unidos.

Franco me da un codazo cuando el pasillo se vacía lo bastante como para apretujarnos entre las personas que circulan por él. Tras recuperar el equipaje del compartimento superior, camino con dificultad hasta la zona de recogida de equipaje. Sigo a Franco. Él no habla. Sé que está tan agotado como yo por todas las mierdas que hemos vivido de estos dos meses.

Aunque no he consumido drogas desde aquella noche fatal con Clare, no he estado sobrio durante los últimos sesenta y pico días. En mi sangre ha habido de manera constante ochenta grados de alcohol. Eso me tiene hecho polvo, si soy sincero. Lo hice para esconderme de la vida, pero ahora siento que me han enterrado vivo.

Clare se quedó el resto de la gira y terminó el trabajo. No volvió a hablarme desde la gran pelea, y yo tampoco a ella. La distancia me hizo darme cuenta de algo: puede que esté incluso peor que yo. No sé por qué es así, pero sin duda ha tenido algunos problemas que la han llevado a caer en picado. Apuesto a que se va a estrellar. Bien fuerte.

Martes, 28 de marzo

Gus

El P. A. S. ha conseguido aplazar el relanzamiento del álbum hasta hoy. Sabía que no podía soportar que se publicase *Finish Me*, por lo que tocarla mientras estábamos de gira era imposible.

Quiero a este tío; lucha por nosotros.

Miércoles, 19 de abril

Gus

He pasado las últimas tres semanas evitándolo todo. Durmiendo lo máximo posible. Ceno todas las noches con mi madre, pero hasta ahí llega mi contacto con el mundo real. Es la única parte del día que espero con ansias: pasar tiempo con mi madre, a pesar de que no hablamos mucho. Nos consuela a ambos.

Jueves, 20 de abril

Gus

Tengo el teléfono en la mano. Lo miro como si no tuviera ni idea de por dónde empezar. O quizá me estoy pensando mejor si debo llamar o no a Keller. No he visto al novio de Bright Side ni he hablado con él desde el funeral, pero, durante los últimos días, no he podido dejar de pensar en él ni en su hija, Stella, ni de preguntarme cómo estarán. Es un buen chico, y Bright Side lo quería con locura, así que espero que esté comportándose mejor que yo. Marco su número. Antes de que empiece a dar tono, el corazón empieza a latirme tan rápido que siento que va a darme un paro cardíaco. Cuelgo.

Supongo que no estoy preparado para esto.

Viernes, 21 de abril

Gus

La gira empieza esta noche en Las Vegas. Es temprano, solo son las ocho de la mañana, y Franco está en la cocina hablando con mi madre. Tenemos que irnos pronto, pero yo aún no he hecho la maleta. Saco el macuto que tengo en el armario y lo tiro abierto sobre la cama. Meto varias camisetas, pantalones, calcetines y ropa interior así como mi portátil, el cepillo, la pasta de dientes y el desodorante. Compruebo que tengo en los bolsillos la cartera, el teléfono, el tabaco y el mechero. Me cuelgo el asa de la mochila al hombro y miro el portátil de Bright Side. Aún sigue en la cómoda, intacto. Maldita sea, tengo muchísimas ganas de cogerlo, abrirlo y echar un vistazo a lo que contiene. Revisar todo lo que dejé atrás. Tenerla de vuelta en mi vida. Sin embargo, no es tan fácil; joder, es tan íntimo que me dan ganas de llorar al pensar en ello.

En su lugar, agarro las guitarras, en sus estuches, y cierro la puerta. Le cierro la puerta a Bright Side. Otra vez.

Mi madre y Franco siguen hablando. Los escucho desde el pasillo, pero cuando entro en la habitación, se hace un silencio instantáneo. ¿Coincidencia? No lo creo.

—No pasa nada. No dejéis que el hecho de que esté aquí, en la habitación, con vosotros, os impida hablar de mí.

¿Soy hostil? Sí.

¿Me importa? Sí, no me gusta ser así con mi madre y Franco.

¿Puedo dejar de comportarme como un capullo? No.

Mi madre frunce el ceño y me abraza. Le devuelvo el abrazo. Es una

disculpa.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, Gus. —Me está perdonando. La quiero a morir por hacerlo, porque no debería perdonarme.

El vuelo es corto y aterrizamos enseguida. Un taxi nos deja frente a un hotel enorme en el centro. Son las once. Estoy listo para unas cuantas copas y una siesta, pero Hitler viene a buscarnos a la puerta y no pierde el tiempo. Nos mete prisas para que nos dirijamos al ascensor a través de las masas. Cuando las puertas se cierran, empieza a hablarnos.

—Jamie y Robbie llegaron hace una media hora. Vosotros dos tenéis... —Se remanga la camisa para echarle un vistazo al Rolex—... veinte minutos antes de que empiece la sesión de fotos.

Jamie y Robbie llevan unos días en Las Vegas, unas minivacaciones. Bien por ellos.

Me miro en el espejo que tengo enfrente. Da la impresión de que he dormido con esta ropa puesta. Ahora que lo pienso, puede que haya sido así. No me he lavado el pelo en varios días y lo tengo recogido en una coleta. Lo tengo largo otra vez. Agradezco llevar puestas las gafas de sol porque así no veo como mis ojos cansados y rojos me devuelven la mirada. Reprendiéndome.

Hitler no dice nada más.

Nosotros tampoco.

El ascensor se para en el decimoquinto piso y cuando las puertas se abren, lo seguimos. Todo en Las Vegas es opulento y exagerado. Nunca me ha gustado. Todo en esta ciudad pretencioso y falso, solo una cortina de humo. Hitler se detiene tras pasar por delante de varias puertas y abre una que pertenece a una *suite* que parece una casa dentro de un hotel. Han arrinconado el mobiliario a un lado de la habitación y el personal está colocando los telones de fondo, las luces y las cámaras.

Franco y yo dejamos caer nuestras maletas y él se sienta en uno de los numerosos sofás de cuero con Robbie y Jamie. Camino hacia el mueble bar y me sirvo un vaso de *whisky*. Tres tragos después, el vaso está vacío. Lo vuelvo a llenar y me lo llevo para sentarme con los chicos.

Debo de haber empezado a quedarme dormido, porque unos minutos

después una rubia muy mona que lleva vaqueros apretados y una camiseta negra de tirantes, me despierta.

—Ven conmigo, Gustov. —Su voz es hipnótica. O quizá lo sea su culo. O sus pequeñas pero increíblemente perfectas tetas.

—Con mucho gusto —respondo. Y, como si nada, los dos estamos detrás de unas puertas cerradas y me quita la ropa.

—No tenemos mucho tiempo —dice.

Joder, sí, es verdad. «Te necesito ahora mismo».

Me pasa unos pantalones negros.

—Póntelos.

Estoy confuso.

—Espera, ¿quieres que me los ponga?

Pestañea con sus ojos almendrados hacia mí.

—Eso es lo que he dicho. Date prisa, tenemos que hacer algo con tu pelo antes de que vengan a maquillarte.

Maldita sea. Sí que quiere que me vista. Pensaba que estaba a punto de pasar algo. Ahora estoy aquí de pie, en ropa interior, empalmado, y ella quiere arreglarme el pelo. No se me pasa por alto el hecho de que sus ojos descienden hasta mi miembro antes de darme la espalda para rebuscar entre la pila de camisetas que hay encima de la cama.

Me pongo los pantalones. Me quedan bien a pesar del bulto que tengo en la entrepierna.

—Soy Lindsey, por cierto —dice cuando se vuelve a girar hacia mí. Me estrecha la mano antes de pasarme una camiseta.

Ahora me siento como un idiota porque parece una chica bastante guay.

—Y yo un capullo, por cierto. —Ella se ríe al oír mi confesión—. Lo siento.

Normalmente no me disculparía por algo así, porque ella no parece nada ofendida y aún tengo la sensación de que es posible que nos liemos después, pero es que tiene pinta de... simpática.

—No pasa nada. Llevo trabajando en esto diez años. He oído y visto de todo. —Parece mayor que yo, pero nunca habría adivinado que lleva haciendo esto una década.

Es mi turno de reír y siento como si me hubiera quitado un peso de

encima. Me pongo la camiseta.

—Siéntate aquí, por favor —dice, y señala una silla.

Tras quitarme la goma del pelo, pasa los dedos por él unas cuantas veces. Está enredado.

—Mmm —murmura, pensativa.

Giro la cabeza hacia atrás y la miro.

—Es el nido de una puta rata. No sabía que hoy teníamos una sesión de fotos planeada. Lo siento.

Me vuelvo a disculpar. Me siento mal, como si estuviera haciendo más difícil su trabajo.

Ella sonríe amistosamente. Hace que quiera quedarme en esta habitación para siempre.

—No dudes nunca de lo que soy capaz de hacer —contesta—. Hay un producto para todo. —Empieza a peinarme con los dedos otra vez—. Incluso para esto.

Cinco minutos después, mi pelo tiene mejor aspecto que en todos estos meses. Supongo que no debería haber dudado de ella.

Cuelga las camisetas y dobla los pantalones que no ha escogido mientras alguien me maquilla la cara. Normalmente odio que me pongan esta mierda, pero no le presto atención porque no puedo apartar los ojos de Lindsey.

Cuando el maquillador o maquilladora (no me fijé en si era hombre o mujer) se marcha de la habitación, suelto:

—¿Vas a ir al concierto esta noche?

Ella se ríe y es como música para mis oídos.

—No. Aunque he oído algunas de vuestras canciones en la radio. Sois buenos.

—Deberías venir, puedo conseguir que te dejen entrar. —Sueno ridículo. Y desesperado. Por supuesto que puedo hacer que la dejen entrar; soy parte del puto grupo.

—No puedo. Tengo que pillar un vuelo de vuelta a Seattle esta noche. Gracias de todas formas, Gustov.

—¿Qué tal una cena? ¿Antes de que te marches? —Joder, el empeño que le estoy poniendo es casi vergonzoso. Y ni siquiera estoy nervioso ante la posibilidad de acostarme con ella. Estoy solo... por ella.

Lindsey pestañea unas cuantas veces y ya sé que va a rechazarme.

—Gustov, me halagas. De verdad. —Sonríe para suavizar el rechazo, supongo—. Y no eres un capullo —añade rápidamente—. Pero tengo novio.

Asiento. Lo entiendo. Y, si es posible, siento más respeto hacia ella. Yo no me meto en las relaciones de otras personas. Fin de la historia.

Alguien carraspea detrás de mí. Me giro y veo a una mujer de pie en la puerta. Su pose me dice que preferiría estar en cualquier otra parte. Tiene puesta toda su atención en el marco de la puerta. Solo puedo verle el lado izquierdo de la cara y parece tensa, no tiene pinta de ser amable. Me pregunto cuánto tiempo lleva ahí. A juzgar por su postura, un buen rato. Cambia el peso al lado derecho del cuerpo. Sostiene un bloc de notas con firmeza en la mano. Parece impaciente. Impaciente, ese es su segundo nombre, como si comiera, durmiera y respirara impaciencia. Ya no me cae bien.

—Gustov, si ya has terminado aquí... —dice en un tono tranquilo y mueve los ojos en nuestra dirección sin girar el cuerpo. El apresurado contacto visual me dice que lo ha escuchado todo. Me está juzgando—. Te están esperando. —El tono de su voz refleja que está muy molesta.

Sin quitarle los ojos de encima a Lindsey, le levanto un dedo a la señorita Impaciente para pedirle que nos dé un minuto. Ella se gira y desaparece rápidamente.

Acorto la distancia que nos separa y le ofrezco la mano otra vez. Estoy nervioso. Odio estar nervioso. Ella la estrecha. Está tranquila. Su tranquilidad me llega a través del contacto, y lo agradezco. La miro a los ojos y le digo:

—Es un hombre con suerte, Lindsey. —Lo digo en serio.

Ella asiente con una sonrisa y guiña el ojo.

—Gracias, Gustov. Y, para que lo sepas, si no estuviera completa y locamente enamorada de él, habría aceptado la cena.

Sonríe como un tonto, le suelto la mano y camino hacia la puerta.

La sesión de fotos, algo que normalmente aborrezco, no es tan horrible como esperaba. Y ni siquiera estoy borracho. Jack no es como el resto de fotógrafos con los que hemos trabajado en el pasado. Normalmente, se lo toman demasiado en serio y se cuelgan el título de «artistas», como si eso de alguna manera los elevara a un estado en el cual son incapaces de

comunicarse con «artistas» indignos. Jack tiene sentido del humor y es humilde. Es una combinación agradable, una de mis favoritas. Consigue que todos nos relajemos y que actuemos con naturalidad. Joder, ya no sé qué es natural, pero estoy actuando de ese modo.

Cuando termino de ducharme, después de la sesión, y me pongo la ropa limpia que tengo en la maleta, Lindsey ya se ha ido. Tenía ganas de y verla de nuevo, pero sé que es un poco acosador por mi parte. Simplemente me gustó sentirme atraído por alguien tan normal; pero ya está pillada y eso significa que tengo que quitármela de la cabeza.

Vuelvo al presente de un sobresalto con el sonido de los gritos de Hitler, que me llama desde el salón.

—Gustov, ven con nosotros. Tenemos que discutir algunas cosas antes de la prueba de sonido. —Lo dice como si él estuviera involucrado en la prueba de sonido. Me sorprendería que alguna vez hubiese tocado un instrumento.

Camino hacia el mueble bar para llenarme un vaso de *whisky* antes de sentarme en el sofá al lado de Franco. Apenas he apoyado el culo en el asiento cuando me doy cuenta de que no puedo escuchar a Hitler estando sobrio, así que me levanto otra vez de inmediato, agarro la botella del mueble bar y la pongo en la mesita de centro que hay frente a mí antes de acomodarme.

Él me mira con una de esas expresiones suyas. Es su mirada degradante, la de «no me pagan lo bastante por aguantar tus mierdas».

—¿Necesitas algo más antes de empezar? —Sarcasmo puro.

Al cual, por supuesto, respondo con un poco del mío porque no puedo quedarme con la boca cerrada.

—¿El almuerzo y una puta? Estamos en Las Vegas, ya sabes.

Sacude la cabeza con asqueado. Está tan harto de mí que ya no me hace gracia. Me encojo de hombros y bebo un trago de *whisky*.

—Tenía que intentarlo.

Franco me lanza una mirada de advertencia para que me calle, pero se le escapa una sonrisa.

Hitler ignora mi réplica y carraspea.

—Como sabéis, estaré con vosotros durante toda la gira. Y aunque la de Europa fue un éxito a pesar de conciertos que tuvimos que reprogramar —

dice, mirándome con odio—, os estáis jugando mucho con vuestra vuelta a Estados Unidos. La gira del año pasado fue bien, pero es ahora cuando vuestro disco está despegando aquí. *Finish Me* está en el top 10 de los *rankings* de música alternativa de esta semana. No podéis permitir os errores ahora. —Me mira como si esperara una respuesta a una pregunta que no ha formulado. Al ver que no respondo, continúa—: Los directivos tienen algunas peticiones.

«Peticiones» significa «órdenes». Me bebo el resto del vaso.

—Primero, empezareis los conciertos tocando *Finish Me*.

Franco, Robbie y Jamie me miran. Sus expresiones dicen que también es la primera vez que oyen esto. Niego con la cabeza y resoplo.

—Eso no va a pasar.

Más carraspeo. Hitler sabe que se avecina una pelea.

—Gustov, esto no es negociable.

Agarro la botella y doy un largo trago. A la mierda el vaso.

—Vamos, esto es Estados Unidos. Todo es negociable —contesto. Voy a intentarlo dándole un toque de humor, porque estoy a punto de perder el control y de lanzar la botella de *whisky* al otro lado de la habitación.

Hitler sonríe con hostilidad.

—Como decía, empezareis todos los conciertos con *Finish Me*.

—Eso ya lo veremos, capullo —digo entre dientes antes de volver a dar otro trago a la botella.

Franco me ha escuchado. Me quita la botella de la mano y él mismo bebe antes de pasársela a Robbie y a Jamie, quienes hacen lo mismo antes de devolvérmela. He estado tan metido en mi propia mierda que me había olvidado de lo bonita que es la solidaridad. Los quiero por apoyarme en esto. Por esto somos un grupo.

Hitler está en silencio. Me lo tomo como una señal y me levanto.

—Necesito un cigarro.

Por lo visto, él no ha acabado aún con los ultimátums.

—Aún no hemos terminado.

Suspiro y me siento; aún no me he rendido. Estoy irritado, y él lo sabe.

—Esta va a ser la gira más exigente de todas las que habéis hecho. Tendréis conciertos casi todas las noches, viajaréis de una punta a otra del

país. Por estas y otras razones, Gustov, creemos que, por el bien de esta gira y del disco, debéis tener una asistente personal mientras dure.

Entrecierro los ojos y miro alrededor, a los chicos. Todos parecen confusos, así que vuelvo a mirar a Hitler.

—Espero que una asistente personal no sea en lo que estoy pensando. — Llegados a este punto, el humor no servirá.

—Scout MacKenzie viajará con nosotros en el autocar de la gira. Os ayudará con todo lo relacionado que esté con la gira, pero principalmente se encargará de los horarios, la comunicación y las relaciones públicas. La trataréis con dignidad y respeto. —El énfasis que pone en esta última palabra y la manera en la que me está mirando me dicen que me castrará si toco a esta mujer. Así que ahora, aunque estoy cabreado, siento curiosidad.

—Scout. —Gira la cabeza hacia atrás y la llama.

Impaciente, la chica de antes, entra en la habitación. Ni siquiera llevo a mirarle a la cara antes de levantarme.

—Y una mierda —digo, y me dirijo a zancadas hacia el balcón. Ya tengo un cigarro entre los labios.

El enfado de Hitler y su voz retumban detrás de mí.

—Esto no es negociable, Gustov.

Enciendo el cigarro, inhalo y, con él agarrado entre los dedos, lo señalo.

—No necesito una puta canguro.

Su risa pomposa resuena en mis oídos mientras abro bruscamente la puerta corredera que lleva al balcón. Hitler está prácticamente gritando.

—Me temo que, después de tu comportamiento en Europa, sí que la necesitas.

Le cierro la puerta a su condescendencia y me dejo caer en una tumbona.

Estoy encendiendo el segundo cigarro cuando Franco se une a mí. Abre la boca para hablar, pero yo lo hago primero. Estoy furioso.

—No pueden hacer esto, joder —digo amargamente. Entonces, levanto la vista hacia Franco—. ¿Verdad?

Él se encoge de hombros.

—No lo sé, tío.

Tiro el cigarro y resoplo.

—Los próximos meses van a ser una pesadilla. ¿Qué va a hacer una

asistente aparte de chivarse al puto Hitler?

Franco levanta las cejas; coincide conmigo.

—Yo tampoco estoy seguro de qué pensar. —Se ríe un poco; por lo visto, esto lo divierte—. Sin duda no es una nueva follamiga. Se ha asegurado de que eso no pase. Es una chica muy seria, colega.

Estoy mirando al suelo, perdido en mi propia rabia, pero su risa me devuelve a la realidad. Sacudo la cabeza.

—¿Has hablado con ella, tío? Es una estrecha de cojones.

Él ríe con más fuerza.

—Sí, me he dado cuenta. Nos la presentó a todos después de que te marcharas. Pero no te pases con la chica; creo que solo es tímida. Y quizás un poco estirada —añade.

—¿Un poco? Se quedó completamente asqueada conmigo cuando me oyó ligando con la estilista. —Lo miro a los ojos y no puedo evitar reírme con él—. Esto es una maldita pesadilla.

Franco me da un golpecito en el hombro antes de alejarse.

—Bienvenido al infierno de Hitler, colega.

Nueve semanas de infierno.

Nueve semanas más y estaré en casa.

Nueve semanas más.

Sábado, 22 de abril

Gus

La actuación de anoche probablemente haya sido la mejor de este año. Estaba más o menos sobrio cuando llegó la hora del espectáculo, pero funcionó. La multitud hizo mucho ruido y fue fácil alimentarse de su energía.

No tocamos *Finish Me*. Hitler se puso furioso. Empiezo a sentir placer de verdad cuando veo como le late la vena de la frente.

Me fui a dormir en cuanto nos subimos al autocar después del concierto y no me he despertado hasta este mediodía. Nunca había dormido tanto en la carretera. Me siento casi humano.

Antes de abrir la cortina de mi litera, me pongo una camiseta. Sé que tengo que comportarme con algo de decencia esta vez. Lo último que necesito es que Impaciente me acuse de acoso sexual.

Después de ir al baño, me doy cuenta de que el autocar no se mueve y de que soy el único a bordo. Tras ponerme los vaqueros, los calcetines y los zapatos, pillo lo imprescindible y salgo a la luz del sol. Estamos en Phoenix y hace calor. Pero no me importa; es mejor que el frío con diferencia. Con el que he pasado este invierno, tengo bastante para el resto de mi vida.

Mientras enciendo el primer cigarro de muchos, inspecciono los alrededores. El autocar está aparcado en la parte de atrás del lugar del concierto. Hay un restaurante mexicano al otro lado de la calle y me empieza a rugir el estómago al verlo. Necesito tacos.

El local es pequeño y la limpieza no parece ser una de las prioridades,

pero servirá. Cuando veo que tienen tacos vegetarianos en el menú, me siento como en casa. Pido seis y una botella de agua, y me siento frente a la ventana principal. No saben como los de mi madre, pero están muy buenos.

Cuando termino, me doy cuenta de que no quiero marcharme. Fuera del restaurante, la acera no está a rebosar, pero hay bastantes transeúntes. Me encanta observarlos. Podría quedarme aquí sentado todo el día e intentar adivinar sus historias. O inventármelas en la cabeza. Es entretenido y me permite ser creativo. Así que me recuesto y observo. Todas las persianas están cerradas, excepto una que está doblada. Me siento como un espía escudriñando a través de ella.

Unos cinco minutos después, veo a una morena alta y delgada que lleva una sudadera roja holgada con capucha y pantalones cortos. No son obscenamente cortos, pero muestran sus espectaculares piernas, largas y estilizadas. Diría que corre. Está hablando por teléfono. Algunas personas caminan cuando lo hacen y no prestan atención a lo que les rodea, pero, por los sutiles movimientos que hace, sé que ella, aunque lleve la capucha puesta, está observándolo todo. Sería una excelente testigo de un delito; apuesto a que no se le escapa nada. Es fascinante. Llega un momento en el que se detiene y se apoya en una pared. Parece seria y concentrada. No gesticula con las manos. La mano que tiene libre está metida en el bolsillo frontal. Aunque se ha detenido, no está quieta, como si hubiera un nerviosismo del que no pudiese deshacerse. O quizás es la impaciencia. La entiendo. La tranquilidad es muy escurridiza la mayor parte del tiempo; la echo de menos.

Aún sigue hablando por teléfono cuando se separa de la pared y cruza la calle. Camina hacia mí. Cuanto más se acerca, menos puedo apartar la vista de ella. No sé si son esas malditas piernas o la gracia natural con la que se mueve. Es como el equivalente humano de una gacela.

Estoy absorto en ella hasta que me doy cuenta de quién es. Es Impaciente. Desvió la mirada instintivamente, pero solo durante un momento, antes de volver a mirarla. Probablemente está a seis metros de distancia cuando soy consciente de que la estoy mirando fijamente.

No debería mirarla así. Especialmente teniendo en cuenta que ella no puede verme a través de las persianas.

Pero, aun así, lo hago. No quiero ser maleducado, solo siento curiosidad.

Tiene una cicatriz en la mejilla derecha, parece que de una quemadura grave. El pelo le cae alrededor de la cara, pero veo el tejido cicatrizado igualmente. Parece que le empieza por debajo del ojo, sin llegarle a la nariz ni la boca, continúa por la mejilla y el cuello, y desaparece dentro de la blusa. Me pregunto hasta qué parte del torso le llega la cicatriz, porque tiene las piernas impecables. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Llevo dos días viviendo con ella. Normalmente soy un poco más observador. Ahora es obvio que he estado ignorándola; a ella y al trabajo que se supone que está haciendo.

Entra en el restaurante. Por suerte, una planta me mantiene escondido. No la veo, pero la oigo. Aunque habla en voz baja, parece de todo menos tímida. Habla con un tono autoritario pero tranquilo y relajante. Además, tiene un ligero acento del que no me di cuenta ayer; quizá sea de la costa este. Decido escuchar.

—Sí, son solo nueve semanas. De verdad que necesito el dinero. Puedo hacer lo que sea durante nueve semanas, ¿no?... Aún no he hablado con Gustov, pero parece la típica estrella del *rock*... —Suenan un poco amargada—. Parece que el ego mana de él. Ya sabes, te tropiezas con su ego incluso antes de conocerlo. En serio, parece un capullo... Escucha, Jane, tengo que pillar algo para comer antes de que empiece el segundo día. Hazme un favor y sal hoy. Da un paseo. Toma un poco de aire fresco... Vale. Hablamos más tarde. Adiós.

Bueno, qué mala suerte. Esperaba que pudiéramos ser amigos o, al menos, aceptar todo el rollo de la asistente personal. Ya sabes: si no puedes vencerlos, únete a ellos. Sé que la he juzgado mucho desde el principio, pero es solo que la idea de la asistente personal no me gusta. No me dio una buena primera impresión, pero, igualmente, no voy a oponerme. O sea, joder, no necesito otro obstáculo. Aunque supongo que no está dispuesta a entablar una amistad. Tiene razón en una cosa: últimamente soy un capullo. Aunque, en mi opinión, se ha pasado de la raya con lo de «la típica estrella del *rock*». Siempre me he sentido orgulloso de no ser un cliché.

Tras escuchar su pobre descripción sobre mí, decido que lo mejor es salir discretamente del restaurante mientras ella pide, para no encontrarnos.

No veo a Impaciente hasta la tarde. Estoy sentado en mi litera cuando se me

acerca. Sé que es inmaduro por mi parte, pero me siento un poco dolido por lo que a dicho sobre mí y le he estado dando vueltas. Además, puede que esté un poco enfadado conmigo mismo porque empiezo a preguntarme en qué me he convertido. No quiero ser un cliché. Sea cual sea la razón, ni siquiera la miro cuando empieza a hablar. Sé que soy un maleducado, pero no puedo evitarlo. Ella responde a mi actitud evasiva de manera similar y empieza a mirar a otro lado mientras habla. *Touché*. Con la cabeza ligeramente inclinada, me mira por el rabillo del ojo, pero va directa al grano. La conversación es algo así:

Scout: «Tienes que bla, bla, bla. Y cuando termines con eso, tenemos que bla, bla, bla».

Yo: Ignoro, pero asiento como si estuviera escuchando.

Scout: Silencio. Responde a mi mala educación con irritación. Está cabreada y no intenta esconderlo. Al menos no hace el ridículo ni me besa el culo. No le caigo bien y no le da reparo demostrarlo.

Cada vez me doy más cuenta de que hay mucha gente sin orgullo en este negocio. Sacrifican sus ideas morales y éticas y, joder, hasta a su propia madre, si con eso sacan algo de ello. Es una farsa. Todos quieren ser tu amigo. Todos quieren algo de ti. Me asquea y pervierte mi sentido de la realidad. Casi me alegro de no caerle bien a esta chica de una manera tan abierta. Me devuelve la fe en la humanidad.

Domingo, 23 de abril

Scout

Puede que no tenga muchos amigos, pero intento darle una oportunidad a todo el mundo. Intento brindarles el beneficio de la duda, probablemente porque la gente nunca ha hecho lo mismo por mí. Sin embargo, estos últimos meses tengo poca paciencia. Juzgo a la gente al segundo de conocerla y rara vez me retracto. Y suelo hacerlo de forma negativa. He estado con Gustov Hawthorne durante poco más de cuarenta y ocho horas. Es un capullo. Mi primera impresión fue acertada. Lo sorprendí ligando con la estilista. Rezuma un falso y resuelto encanto, como una especie de trampa venenosa preparada para su siguiente conquista. Los hombres son unos cerdos. Gustov podría ser uno de sus líderes, por no mencionar que mantenerse sobrio no parece estar entre sus planes para los siguientes dos meses. Estará a la altura de su título de «estrella del *rock*» aunque eso lo mate. Y puede que eso ocurra. Qué desperdicio.

Estoy aquí por el dinero. Eso es todo. Tengo un trabajo que hacer y voy a hacerlo, aunque me destrozé no poder volver a casa. No puedo. Vale, para ser justos, estoy aquí por dos razones: por el dinero y para escapar. Quizás más por lo segundo, gracias al oportuno cambio de aires temporal. Estoy terminando por internet las dos asignaturas que me quedan para graduarme y me darán el título el mes que viene. Con suerte, un título y el dinero que gane me permitirán marcharme de forma permanente cuando termine este trabajo. Sé que estoy huyendo de mis problemas. Lo sé. Y lo odio. Pero estar en casa me recuerda a él. Hace que me sienta fatal por dentro. Que me sienta usada. Un fracaso total. Y odio fracasar.

Por tanto, cuando me ofrecieron este trabajo a última hora, lo acepté sin apenas pensármelo dos veces. Es un mal menor y me permite escapar.

Además, hasta ahora, Gustov no ha necesitado muchas atenciones, al menos por mi parte. No necesito que contribuya en mis tareas diarias, con comunicarnos cuando sea necesario basta. Y, para hacerlo, uso un enfoque pasivo. Al parecer, ser directa no funciona con él. Se me da genial ser pasiva, y lo prefiero; he vivido la mayor parte de mi vida así. La gente responde mejor cuando adopto una actitud pasiva. De todas formas, creo que a Gustov tampoco le caigo bien. No pasa nada. Es mejor así. Él es solo un trabajo. Estoy aquí para actuar como amortiguador entre él y los directivos, porque ellos no quieren hacerse cargo de él. Sinceramente, no los culpo. Quiero que se termine este trabajo, pero lo tengo todo controlado. Eso es lo que me digo para motivarme... Lo tengo todo controlado.

Nueve putas semanas.

Dios, necesito ayuda, joder.

Miércoles, 26 de abril

Gus

Scout es fan de las notas adhesivas.

Y es una especie de sabelotodo.

Acabo de volver al autocar para coger el teléfono porque me lo he olvidado. Está sobre mi litera con una nota adhesiva en la que pone: «Te has olvidado el teléfono. Otra vez. Estaba muerto. No tenía batería. Ya está cargado. De nada».

No sabría decidir si me encanta o si lo odio.

Me decanto más por el odio, por lo que he decidido torturarla con mis propias notas adhesivas. A este juego podemos jugar los dos.

Le doy la vuelta al papel y escribo por detrás: «No me lo he olvidado. Se pone de un humor de perros cuando no duerme un rato en mi litera. Estaba echándose la siesta, no estaba muerto». Dejo la nota en su litera antes de marcharme.

Jueves, 27 de abril

Scout

Ha pasado una semana.

He descubierto que Gustov bebe muchísimo.

Bebe durante todo el día.

Pensaba que lo hacía para hacerse la estrella del *rock*, pero ahora me da la impresión de que lo hace para pasar el día, como si necesitara una ayuda para lidiar con la realidad. Al principio no me caía bien. Ahora, además, me da un poco de pena. Trato de evitarlo la mayor parte del tiempo. Cuando no puedo, lo tolero. Aunque tengo que admitir que las respuestas que escribe en las notas adhesivas son brillantes. Es como una especie de sabelotodo, lo cual está bien, porque el sabelotodo es mi segunda lengua.

El resto de los chicos, Franco, Jamie y Robbie, parecen simpáticos. No hablo mucho con ninguno de ellos. Eso no es nada nuevo. Siempre he sido una chica solitaria. Intento ser reservada, pero todos ellos son educados y están sobrios casi todo el tiempo, lo cual es un punto extra para mantener una conversación inteligente. No he visto ninguno de sus conciertos y tampoco planeo hacerlo. Me quedo sentada en el autocar, leyendo, mientras ellos tocan y, cuando el caos se disipa después de la actuación, entro y me encargo de los daños provocados si es necesario. Normalmente no es nada. Lo único con lo que me he topado es con algunas *groupies* entusiastas que toqueteaban a Gustov. Él desaparece en habitaciones oscuras con ellas todas las noches.

Quedan ocho semanas.

Lo tengo todo controlado.

Viernes, 28 de abril

Scout

Ahora estamos en Kansas City, en Missouri. Nunca he estado en el Medio Oeste. Me siento cómoda y segura de una manera que no puedo explicar. Es como si la gente de aquí tuviera la vida resuelta. Nadie tiene prisa y eso me encanta. Ojalá pudiera vivir así, pero mi cerebro nunca desconecta. Quizás es lo que pasa cuando creces en Nueva York, en una ciudad que nunca descansa ni duerme. A veces desearía poder apagar mi mente para siempre, pero no puedo. Es estúpido y poco realista. La vida es una lucha, y yo soy una luchadora. Además, se me da bien luchar. Se me da bien protegerme cuando tengo que hacerlo.

Estoy de pie, fuera del autocar, cuando me suena el móvil.

—Hola, Jane —respondo con alivio. Hacía días que no hablábamos, y estaba preocupada. Necesito saber que está bien.

—Hola, Scout. —Parece feliz. Me alegra, porque raras veces escucho felicidad auténtica en su voz.

—¿Qué tal va el día? ¿Ha pasado algo interesante? —pregunto.

Así es como empezamos siempre las conversaciones. Aunque no quiero estar en casa, sigo interesada en saber lo que pasa, y si Jane está bien. Por eso hablamos cada pocos días. No echo de menos mi casa, pero sí esa sensación hogareña. Añoro la seguridad, o la ilusión de seguridad. Soy un animal de costumbres. Echo de menos tener una rutina.

—Paxton está en casa este fin de semana. Vamos a ir a almorzar en una hora. Hemos quedado en Pasqual's Deli.

Ahora suena nerviosa y puede que hasta asustada. Paxton es su hijo y tienen una relación extremadamente tensa. Él tiene diecisiete años. Es mi primo y crecimos juntos. Aunque nos llevamos seis años, tenemos una relación estrecha y es mi mejor amigo. Va a un internado en Boston y odia todo: el colegio, a los niños mimados que lo rodean, estar aislado... No lo culpo. El internado ha reprimido a Paxton. Lo ha cambiado y ha retrasado sus habilidades sociales, y eso me rompe el corazón. Básicamente, un internado es una estrategia alternativa para criar a los hijos. El internado cría a los niños para que los padres no tengan que ser, pues, eso, padres. Porque, sinceramente, a estas alturas Jane no puede criar a su hijo, y Paxton no quiere que lo haga. Odio estar en medio de los dos. Intento que haya paz, pero suelo fracasar estrepitosamente.

Tengo el teléfono en la oreja y no sé qué decir. No quiero darle falsas esperanzas, pero conozco a Paxton. No creo que vaya a almorzar con ella, pero no tengo el valor de decírselo, así que solo añado:

—Salúdalo de mi parte. Y que me llame. —Suelo tener noticias tuyas todos los días, pero no quiero que ella lo sepa.

Jane suspira y me transmite sus dudas a través del auricular. Casi puedo sentir las. No quiere titubear, quiere ser optimista. Sueña con el optimismo como las niñas sueñan con ser princesas y tener finales felices. Pero, en realidad, es una pesimista en potencia. La enfermedad controla su destino. Es la razón por la que Paxton se niega a estar con ella.

—Lo haré —contesta, finalmente. Trata de sonreír y fracasa. Lo percibo en su voz entrecortada.

En un intento de animarla, digo:

—Oh, y para en Sweet Treats de camino a casa y cómete un trozo de tarta de queso y zanahoria por mí.

A Jane le encanta esa tarta y siempre le sube el ánimo. A mí también. Vamos allí como mínimo una vez al mes y ahogamos las penas en tarta de queso. Es la cura para casi todo, al menos, durante un rato.

Se le alegra la voz.

—Lo haré. No he ido desde que te fuiste, ¿sabes? Creo que ya es hora.

Le ofrezco consuelo con un gesto que ella no ve.

—Sin duda, ya es hora.

Ella cambia de tema.

—¿Qué tal te va a ti?

Me encojo de hombros.

—Igual. Me quedan ocho semanas. Lo tengo todo controlado. —Es verdad. Tiene que ser así.

—Puedes hacer lo que sea, Scout. Lo que te propongas.

Siempre me ha animado solo a mí, casi como si viviera a través de mí, para compensar todas las decisiones erróneas que he tomado y las cosas que odia de sí misma. Hace que sienta pena por ella. Siempre he pensado que es una de esas personas que nunca se dan cuenta de su potencial o de su poder para crearlo. Para ella la vida simplemente pasa, pero no vive de verdad. No participa en ella.

—Gracias, Jane. Bueno, será mejor que te prepares para el almuerzo. —No quiero decir lo que viene a continuación, porque, si él no aparece, la destrozará—. Mándame un mensaje o llámame más tarde para saber qué tal está Paxton.

—Vale. —Ya percibo duda y decepción en su voz. Desearía poder hacer desaparecer ambas cosas.

Me llega un mensaje de Jane cuatro horas después. «Paxton no ha venido».

Se me cae el alma a los pies y no quiero contestar. No quiero reconocer el dolor que siente porque, entonces, será real. Respondo con sinceridad, lo único que se me ocurre: «Lo siento».

Ella no contesta. ¿Qué iba a decir de todas formas?

Sábado, 29 de abril

Scout

Ayer no hablé con Paxton. Sé que está con sus amigos porque ha vuelto a casa por el puente. No es algo que ocurra a menudo, así que sé que está ocupado, pero tengo que saber cómo le va. «¿Estás en Nueva York este fin de semana?».

Su respuesta es casi inmediata: «Vuelvo a la cárcel mañana por la noche».

«¿Te lo estás pasando bien?». Dios, espero que sí.

«Hoy he salido con Cisco». Eso es un sí. Cisco es uno de sus mejores amigos. Se conocen desde que tenían cinco años.

«Qué bien. Avísame cuando llegues al internado mañana por la noche». Me gusta saber dónde está y si está bien.

«Claro».

Jueves, 4 de mayo

Scout

Odio reconocerlo, pero si hay algo de Gustov que me parece adorable es lo mucho que quiere a su madre. Habla con ella por teléfono todos los días. Hasta ayer, nunca me había dado cuenta de que es a ella a quien llama todas las tardes.

Todas y cada una de ellas.

Ahora no puedo evitar escuchar a escondidas. ¿Qué estrella del *rock* llama a su madre día sí, día también? Hace que parezca más humano.

No me malinterpretéis. Sigue sin caerme bien, pero le hace parecer una persona más real. Eso es todo.

Cinco semanas más y se acabó.

Solo cinco semanas más.

Viernes, 5 de mayo

Gus

Cuando vuelvo al autocar después de la prueba de sonido, alguien ha hecho la colada y la ha dejado doblada en mi litera. Mis sábanas. Mi ropa. Todo. O sea, están tan limpias que solo quiero enterrar la cara en ellas e inhalar su aroma durante las siguientes horas porque huelen como un puto rayo de sol. No he lavado la ropa desde que empezamos la gira, y solo tengo unas pocas prendas. Estaban podridas.

Impaciente sale del baño y me pilla oliendo unos calcetines. Entonces ato cabos.

—¿Tío, me has lavado la ropa?

Ella se encoge de hombros, pero no me mira a los ojos. Nunca hace contacto visual.

—Olía como un muerto. Ya tocaba lavarla. O sea, hace dos semanas que ya tocaba.

Mientras habla, veo una de sus notas adhesivas en la litera, al lado de la ropa. Dice: «Cuando unos pantalones se ponen de pie por sí solos, ya toca lavarlos. De nada».

Asiento y vuelvo a oler los calcetines. Joder, huelen tan bien.

—Sé que no es tu trabajo, pero gracias.

Hago un inventario visual de mis prendas y me doy cuenta de que tengo el doble de ropa interior y de calcetines que antes.

—Oye, o mis calcetines y calzoncillos le han dado al tema como conejos en la lavandería y se han multiplicado, o alguien me ha comprado más. —Me

giro y la miro inquisitivamente.

Impaciente agarra el bolso de su litera y se dirige rápidamente a la puerta.

—No puedes seguir llevando la misma ropa interior día tras día sin lavarla. Es asqueroso —contesta sin tapujos.

Cuando habla va directamente al grano, pero esa maldita voz suaviza el golpe. No es solo suave y femenina, sino también seductora, e incluso serena. No estoy seguro de por qué, pero me gusta escucharla.

¿Me ha comprado calcetines y ropa interior?

Sí, lo ha hecho.

—¿Quién dice que haya llevado calzoncillos? No me pongo ropa interior mugrienta. Esta última semana he ido como mi madre me trajo al mundo.

Una expresión de asco aparece en su cara y niega con la cabeza.

Ahora me he pasado de la raya.

—Lo siento. Demasiada información. Pero, tío, gracias.

—No ha sido nada. De verdad. Tenía que lavar mi ropa de todas formas. Y esos calcetines y calzoncillos son de un supermercado. Nada especiales. Usé la tarjeta de crédito de la empresa.

Entonces, desaparece por la puerta. Quizá no ha sido nada para ella. Puede que lo haya hecho porque no podía soportar más la

peste. Probablemente lo hizo por eso. Sin embargo, aunque tuviese sus razones, lo ha hecho sin esperar nada a cambio. Solo estaba siendo amable.

Y me encanta la amabilidad, joder.

Dos puntos para Scout.

Miércoles, 10 de mayo

Scout

No hay concierto esta noche. Estamos cruzando Texas y, aunque estoy atrapada en el autocar con el grupo, doy las gracias por este cambio en nuestra agenda. Los chicos están cada uno con sus cosas: leyendo, escuchando música o con los portátiles. Todos están metidos en su propio mundo. Se agradece el silencio.

He estado enviándome mensajes con Paxton durante esta última hora. Por alguna razón, comenzamos a citar nuestras frases favoritas de películas, la mayoría de ellas divertidas. Empezó como una especie de juego y ahora se ha convertido en una conversación extraña en la que solo usamos citas de películas. Se nos da bien ser raros. Es muy listo y tiene una memoria muy buena, lo que significa que me lleva al límite y me obliga a pensar a tope, y tengo que buscar en lo más profundo de mi mente la siguiente respuesta. Es divertido. Pronto tendrá que ir a clase, así que empiezo a leer un nuevo libro que he pillado en el área de descanso esta mañana. Es una novela policíaca que se llama *El canto del cuco*. No es lo que suelo leer, pero está muy bien escrito. Quizás necesite ampliar mis horizontes y leer otros géneros más a menudo.

Gustov baja de la litera, regresa unos minutos después y vuelve a subirse. No me distrae tanto como para dejar de leer, pero soy consciente de sus movimientos. El silencio se rompe cuando rasga un envoltorio de plástico, seguido del ruido de un bote que se abre. De repente, el olor a crema de cacahuete me golpea. Es como si me dieran un puñetazo en la nariz. Me encanta la crema de cacahuete y, ahora que invade mis sentidos, estoy

famélica. Mataría por un sándwich de crema de cacahuete.

Por lo visto no soy la única atraída por el olor del tentempié de Gus, porque Franco grita:

—Oye, pásame alguna, mamón.

Mi visión periférica capta el movimiento, el intercambio de comida. Cualquier cosa que tenga que ver con la crema de cacahuete activa mi sentido del olfato. Pagaría por una cucharada.

Como si me leyera la mente, veo la gran mano de Gus extendida hacia mí desde el otro lado del pasillo.

—¿Quieres una?

Tiene dos galletitas saladas en la palma de la mano con las que ha hecho un sándwich diminuto de crema de cacahuete. Me inclino, alejándome de mi litera, para ver mejor.

—¿Quieres una? —vuelve a ofrecerme.

Se me hace la boca agua al mirarlo. No sé por qué dudo, pero lo hago. Intenta ser amable y lo único con lo que yo puedo responder es con recelo. Es algo que hago por defecto. Desearía poder ser amable con él, así que hago el esfuerzo.

—¿Qué es?

A ver, sé lo que es, pero nunca he visto a nadie comer galletas saladas con crema de cacahuete.

—Es el aperitivo más rico que haya probado el hombre. Necesitas una. En serio. Toma.

Lo hago y me deshago del recelo por el momento.

—Gracias.

Le doy un mordisco y, sí, es el aperitivo más rico que haya probado el hombre. O la mujer. Antes de terminármelo, ya quiero otro, a pesar de las migas que estoy dejando en la cama.

—No se puede comer solo una —dice él.

Su mano reaparece y, esta vez, hay en ella dos pequeños sándwiches celestiales. Sonrío, aunque él no me ve la cara, y los acepto.

—Gracias.

—De nada. Tengo una caja entera de galletas. Avísame si quieres más. Ah, sí. —Hace una pausa y sostiene una botella de zumo de uva—. También

tengo zumo de uva, por si necesitas bajarlas con algo. Nada combina mejor que el zumo de uva con galletitas saladas y crema de cacahuete.

Vuelvo a negar con la cabeza, pero sonrío.

—¿Cuántos años tienes? ¿Cinco?

Franco se ríe desde su litera.

—Casi. Mentalmente, al menos.

Gustov no parece ofendido. Su voz indica que está totalmente de acuerdo. Su admisión acaba de convertir mi comentario sarcástico en un halago. Hace que me ablande un poco.

—No, gracias. Tengo agua.

—Como quieras. —Me pasa dos galletas más.

Me las como y, mientras mastico, pienso que este aperitivo es como una ofrenda de paz que me acaba de ofrecer sin ni siquiera darse cuenta.

Sábado, 13 de mayo

Scout

Me he levantado temprano. Estamos en Tennessee. Ya he salido a correr, me he duchado y voy a ir a buscar una lavandería, aprovechando que todos están durmiendo. Estoy quitando las sábanas de la litera y metiéndolas en el bolso de viaje en silencio cuando alguien me da un golpecito en el hombro y me sobresalto.

Cuando me giro, Gustov está apoyado en su litera. Veo que mueve los labios; debe de estar susurrando, porque no lo oigo. Levanto un dedo para detenerlo antes de que termine.

—Espera. —Abro el bolso y saco el estuche en el que guardo mi audífono. Tras metérmelo en la oreja izquierda, añado—: Perdona, ¿qué?

Él se queda mirándome un minuto, como si lo hubieran pillado con la guardia baja.

—¿Y no llevas uno en el oído derecho? —pregunta.

Es una pregunta completamente inocente, pero hace que me sonroje. Me señalo el oído derecho.

—Por este no escucho nada.

Asumo que hará más preguntas o que se quedará estupefacto, pero él no pierde el tiempo.

—¿Vas a lavar la ropa? —Ya no susurra, aunque todos están durmiendo.

Asiento y devuelvo la atención al bolso.

—¿Te importa si voy contigo? Necesito empezar a hacer de esto de la limpieza un hábito semanal.

Me encojo de hombros porque sé que va a venir de todas formas.

—Puedo lavar la tuya con la mía —respondo—. No hay problema. No hace falta que vengas.

La verdad es que no quiero que venga. Prefiero estar sola. Además, estoy un poco avergonzada ahora que sabe lo de mi audífono. ¿Y que pasa si lo reconocen mientras estemos fuera? Odio llamar la atención. Lo odio. Me incomoda. Hablar con él en el autocar es una cosa, pero hablarle en el mundo real es otra.

Viene de todas formas. La buena noticia es que está sobrio. Es posible que sea la primera vez que lo está.

La lavandería no está lejos, así que decidimos ir andando. De camino, entramos en una panadería de estilo holandés para tomar un café y Gustov entabla conversación con la amable dependienta del local. Envidio lo fácil que le resulta hablar con un desconocido como si fueran viejos amigos. Nunca he sido capaz de hacer eso. Gustov paga los dos cafés y le deja una propina de diez dólares. Ella nos da un dulce de hojaldre a cada uno y nos dice: «Es un dulce muy famoso en Holanda». Después, nos desea un buen día.

Tras salir, Gustov lo devora en tres mordiscos. Tiene los ojos muy abiertos, como un niño, cuando se come el último trozo.

—Dios mío, este dulce está de putísima madre. Pasaremos por aquí otra vez de vuelta al autocar y compraremos más. O sea, hasta el último que tenga Debbie.

Vi el nombre de la mujer en su placa porque me obsesiona observar todos los detalles, pero no pensaba que Gustov se daría cuenta. Estoy sorprendida. Por otra parte, tengo que darle la razón: este dulce holandés está delicioso.

—Sí, deberíamos comprar más para todos.

—¿Quién ha dicho que para todos? Voy a alimentarme únicamente de estos deliciosos pedacitos de cielo rellenos de almendra durante los próximos días. —Me guiña el ojo y sé que está bromeando. Más o menos. No me cabe duda de que podría comerse una docena.

Cuando llegamos a la lavandería, Gustov procede a vaciar todo el

contenido de su mochila en una lavadora y sobrepasa la capacidad máxima. Estoy de pie junto a él, separando mi ropa de las sábanas en una mesa plegable. Dejo lo que estoy haciendo y mis ojos saltan de la lavadora a él una y otra vez, a modo de pregunta.

Él siente mi evidente consternación.

Vuelvo a desviar la mirada de Gustov a la lavadora y, de nuevo, a él. Siempre me detengo en su barba porque no puedo mirarlo a los ojos. A la mayoría de personas no le gusta mantener el contacto visual a escasa distancia. Además, no sé cómo explicarlo, pero no quiero mirarlo a los ojos y ver que me escudriña. No quiero ver cómo se emboba con mis cicatrices. Normalmente la gente les habla a mis cicatrices, no a mí. Estoy tan acostumbrada como supongo que se puede estar, pero no quiero que solo vea mis cicatrices... ni él ni nadie.

Levanta las manos, con las palmas hacia arriba, en ademán inquisitivo.

—¿Qué, tío?

Niego con la cabeza y pregunto:

—¿Alguna vez has hecho la colada?

Asiente y responde:

—Por supuesto.

Lo dudo.

—¿Te suena lo de que hay que separar la ropa? —No sé por qué me irrita tanto. Probablemente, porque estoy analizando todo demasiado y me estoy haciendo un lío. ¿Por qué no puedo tener una conversación normal?

—Eso requiere demasiado tiempo. La ropa se lava igualmente — responde en su defensa.

Empiezo a sacar la ropa que había metido.

—Bueno, también te vas a cargar la lavadora si la llenas tanto.

Una vez que la he sacado toda, la separo con la mía. Gustov retrocede, con los brazos cruzados, y no intenta detenerme. También me doy cuenta de que sonrío con suficiencia.

Cuando la ropa está separada en tres lavadoras distintas, me siento y abro mi novela de misterio mientras él vuelve corriendo a la panadería. Para ser una lavandería, todo está muy tranquilo. Normalmente hay mucho ajeteo, suciedad y ruido. En esta no hay nada de eso. Justo cuando finaliza el ciclo

de aclarado, Gustov vuelve con tres cajas de dulces.

Después de encontrar tres secadoras disponibles, saca una caja de cartón de su mochila.

—¿Te apetece jugar a un juego? —pregunta. Entonces, la abre y saca otra caja del interior, esta de madera.

Me pica la curiosidad.

—¿Que quieres jugar a un juego?

Él se encoge de hombros.

—Claro. Tenemos tiempo de sobra. —Mira a la secadora que hay detrás de nosotros—. Cuarenta y siete minutos para ser exactos. Más que suficiente para jugar un par de rondas al mancala.

—¿Mancala?

—Sí, mancala —repite. Me mira de manera burlona—. Por favor, no me digas que nunca has jugado al mancala. Si es así, tenemos que arreglar eso cuanto antes.

—No me suena de nada.

Abre la caja de madera, que resulta ser un juego de mesa doblado por la mitad con bisagras. Empieza a distribuir equitativamente unas piedras planas de colores en las hendiduras circulares que hay a cada lado de la caja.

—Antes jugaba a esto con mis amigos todo el rato —explica, emocionado—. Lo vi ayer en el área de descanso y tuve que comprarlo. Hace años que no juego y me muero por un chute de mancala.

Paxon y yo jugábamos mucho a juegos de mesa cuando éramos pequeños, pero de eso hace años. Mi primer instinto es decir que sí y, antes de poder retractarme, acepto. ¿Qué mosca me ha picado?

Gustov me explica las reglas y jugamos. Es un juego muy simple en el que hay que mover las piedras por el tablero e intentar capturar más piedras que el oponente, pero sin duda, se necesita una estrategia. Me da una paliza. Jugamos otra ronda. Me vuelve a dar otra paliza y esta vez me provoca. Jugamos una última ronda y, entonces, la victoria es mía. No me da apuro restregárselo en la cara. Siento como si estuviera jugando con Paxton, y la verdad es que es relajante. Sonrío por dentro porque, aunque prefería estar sola, esta mañana ha sido perfecta de una forma un poco rara, inesperada y no planeada. Normalmente soy muy organizada, pero esto ha sido

espontáneo y, bueno... también agradable.

Y me encanta el mancala. ¿Quién lo habría dicho?

También sé que esto no puede ocurrir otra vez. Ha sido un momento de debilidad. No puedo confiar en este chico. El último hombre en el que confié y al que le ofrecí mi amistad me destrozó.

Gus

He pasado una mañana estupenda, inesperadamente genial. Joder, casi me ha parecido normal. No pensaba que eso estuviera permitido durante el viaje. «Pasar un rato como alguien normal». Creía que ni siquiera podría pasar un rato así nunca más.

Además, he resuelto el misterio de por qué Impaciente a veces no me responde cuando le susurro por la noche o temprano por la mañana, cuando todos están durmiendo. Siempre pensé que simplemente me ignoraba. No sabía que tenía problemas de audición. Hace que no me sienta tan mala persona. No me malinterpretéis, todavía se muestra distante y reservada. Es solo que ahora creo que quizás tiene más que ver con ella que conmigo.

Sábado, 20 de mayo

Gus

Por lo visto estaba equivocado. Lo de que se muestre distante y reservada tiene que ver conmigo, totalmente. He invitado a Impaciente a ir a la lavandería esta mañana, pero supongo que hizo la colada ayer, lo cual está bien, pero ha rechazado todos los intentos que he hecho por ser amable con ella esta semana. Me está evitando; quiero decir, que es obvio que me evita de forma intencionada. No sé qué he hecho, pero estoy seguro de que algo. Pensaba que habíamos dado un paso adelante en nuestra amistad, pero supongo que estaba equivocado. Tacha la parte en la que he dicho que podíamos ser amigos. Hemos vuelto a las notas adhesivas.

A la mierda.

Lo he intentado.

Da igual.

Miércoles, 24 de mayo

Scout

He vuelto a mostrarme reservada. Es mejor así. Me siento más cómoda. Hablo con Paxton todos los días; es mi contacto con la vida real, fuera del extraño mundo de estrellas del *rock* en que estoy atrapada en este momento. Me hace muchas preguntas sobre el grupo porque le encanta su música. No tengo muchas respuestas que darle, porque, bueno, no conozco su música y, desde luego, no voy a hablar de ellos a nivel personal; esa es un límite que no voy a traspasar.

Y, además, solo son personas.

Paxton los idolatra.

Yo vivo con ellos... y desearía que no fuera así.

Son dos puntos de vista totalmente diferentes que no puedo conciliar en mi mente.

Viernes, 26 de mayo

Gus

Hemos estado de viaje durante poco más de un mes. Aunque cada noche estemos en una ciudad diferente, la rutina siempre es la misma: duermo, como, bebo, llamo a mamá, bebo, como, bebo mientras actúo, duermo. Y otra vez igual. De nuevo, el alcohol se ha convertido en mi amigo, porque me resulta demasiado complicado lidiar con la gente ahora mismo.

Es monótono, pero no tengo que pensar mucho a este ritmo. Es mecánico y es fácil. Y he dejado de lado a las mujeres. Nunca me faltan las proposiciones, pero el sexo tampoco me gusta tanto como antes. Verlas tan entusiasmadas por complacerme hace que me sienta como un fraude. Quieren estar con Gustavo, no con Gus. No es que actúe como si fuera dos personas diferentes; yo soy yo. Sin embargo, ellas no saben quién soy en realidad. Yo sí, esa es la diferencia. Se ha acabado. Prefiero pasar el rato en el autocar. Qué triste, joder... Pero es la verdad.

Cuatro semanas más y volveré a casa.

Cuatro semanas.

Que le den a mi vida. Cuatro semanas más.

¿Y que hay de Impaciente? Es otro rompecabezas que no consigo resolver. No le caigo bien. Estas dos últimas semanas, evitar toda interacción verbal conmigo ha sido clave para ella. Es como si nunca hubieran existido esos días en los que hablamos y nos comportamos de manera amistosa, como si solo fueran un sueño extraño. Ojalá nunca hubiese pasado, porque entonces no lo echaría de menos. Desearía que no me molestara tanto, pero

lo hace. Es como si la gente se me echara encima porque quiere un pedazo de mí, a cualquier hora, todos los días. Me encanta que ella no haga eso, lo cual también significa que no quiere relacionarse conmigo en absoluto. Mierda, estoy bebiendo demasiado estos días por analizar lo que está pasando.

Impaciente ha vuelto a usar las notas adhesivas para todos sus recordatorios e instrucciones; vuelve a ser su medio de comunicación. No sé qué ha ocurrido entre nosotros, pero estoy un poco cabreado. O quizás me siento solo. Joder, no sé, pero últimamente ya no respondo. Solo quiero hablar, no escribir notas. Aun así, ella consigue que las cosas sigan adelante, a pesar de mi falta de participación o cooperación. No es un asunto de vida o muerte, pero se toma en serio su trabajo. Y por mucho que en un principio no me gustara la idea de tener una asistente personal, todo va mejor gracias a ella. Es eficiente y minuciosa, y tengo que admitir que, incluso aunque no le caigo bien, me cubre las espaldas en lo que al trabajo se refiere. Hace más de lo que debe para cumplir con sus obligaciones. Empieza a molestarme ser una obligación, especialmente si eso es todo lo que soy para ella.

Son las cinco y media y ya hemos terminado la prueba de sonido. En el lugar donde se celebrará concierto venden *pizza*, así que pillo unos cuantos trozos y varias cervezas y vuelvo al autocar, mientras los chicos se van a un restaurante de carne asada que hay al final de la calle. Los vegetarianos y la carne no se llevan bien, así que me conformo con tres trozos de *pizza* vegetal y tres de queso.

El autocar está en silencio cuando subo y me siento en la mesa. El silencio es poco habitual cuando compartes un espacio con tanta gente; no voy a desaprovecharlo. Siento que este es el único momento en el que voy a poder quedarme en blanco y relajarme de verdad.

Cuando me termino la *pizza*, llevo la mano al bolsillo para sacar el móvil. No está ahí. Busco en el otro. Tampoco ahí. El terror es inmediato. Siento ese relámpago de pánico que notas cuando te das cuenta de que has perdido algo importante. Al calmarme, decido mirar en la litera. Espero no haberlo perdido otra vez. He tenido cuatro móviles en cuatro meses y siempre es un rollo reemplazarlos.

Miro entre las sábanas y la manta, debajo del portátil, también bajo la

almohada, y rebusco entre algunos documentos que Impaciente me ha dejado para que los firmara. Nada.

—Mierda. ¿Dónde coño está?

Hablo en alto, como si el maldito aparato fuera a salir de su escondite.

—Se está cargando.

Pego un salto y me giro. Impaciente está sentada en su litera, al otro lado del pasillo. Esas son las primeras palabras que me ha dicho en todos estos días. Está leyendo un libro y se ríe de mí. Intenta controlarse, pero, igualmente, se ríe. Su risa me pone de mejor humor de inmediato.

—Hostia puta —digo—. Me has dado un susto de muerte. Pensaba que estaba solo. Podrías ser una asesina a sueldo, ¿lo sabías?

Ella vuelve a concentrarse en el libro. Cualquier señal de que esta persona tiene sentido del humor se ha desvanecido. Sin mirarme, dice:

—En la encimera, al lado de la tostadora.

Camino hacia donde me indica y ahí está mi móvil, enchufado, exactamente donde lo había dejado antes. Lo desconecto y me lo llevo de vuelta a la litera, aparto el desastre que he creado con mi búsqueda enloquecida y subo. No dejo de dirigir la vista a Impaciente mientras echo un vistazo los mensajes y los correos. Desde este ángulo alto, no veo nada del pecho para arriba, pero veo el libro que tiene sobre el regazo y sus largas piernas estiradas. Esas malditas piernas. Las tiene cruzadas por los tobillos. Tenía razón sobre lo de que le gustaba correr. Corre todos los días. Es lo primero que hace cuando el autocar se detiene.

No sé por qué, pero tengo que hablarle. No quiero dejar pasar esta oportunidad.

—¿Cómo sabías que estaba buscando mi móvil?

Impaciente no duda.

—Siempre llamas a tu madre sobre esta hora.

Lo sabía. Presta atención. Como decía, no se le escapa nada.

—¿Qué estás leyendo?

Impaciente permanece guarecida en su litera, pero contesta:

—Es la biografía de una mujer afgana. Dirige la lucha por los derechos igualitarios de las mujeres en Oriente Medio.

Siempre se oculta. Incluso si está hablando cara a cara con alguien, se

oculta. Se posiciona en un ángulo alejado y evita el contacto visual. Al principio pensaba que era parte de su personalidad (la impaciencia y la irritación), pero cuando la vi, cuando la vi de verdad, y la observé con otras personas, me di cuenta de que se estaba escondiendo. Esconde el lado derecho de su cara. No soy un experto, pero supongo que ha vivido con esas cicatrices durante mucho tiempo. Es como si las estuviera protegiendo, como si se protegiera a sí misma. Se oculta. Desearía que no lo hiciera, pero no me corresponde a mí juzgarla. Yo mismo llevo meses escondiéndome.

—Suenas divertido. —Solo bromeo porque estoy un poco nervioso, pero sueno como un insensible y un maleducado. Y así es como ella se lo toma.

—Hay un mundo enorme ahí fuera donde las mujeres son valoradas por más cosas que su su vagina —responde sin tapujos. Es una mujer de pocas palabras, pero cuando dice algo, es en serio.

Me deja sin palabras. Es dura. A estas alturas ya tendría que haberme acostumbrado a ello.

—¿Es eso lo que piensas de mí de verdad?

—No te hagas el sorprendido. Es tu *modus operandi*. Lo veo todas las noches, después de los conciertos.

No sé cómo responderle, intento bromear con ella a pesar de haber fracasado estrepitosamente hace solo unos segundos.

—¿Estás celosa? —No sé por qué lo he dicho. Me he tomado unas cervezas esta noche, pero eso no es excusa. Tengo que cerrar la maldita boca.

—No seas tan egocéntrico, Gustov. —Suenas cabreada; ni siquiera su suave tono modera el enfado—. Ni aunque fueras el último hombre sobre la faz de la tierra —añade con disgusto. Entonces, vuelve al insulto, se inclina para salir de la litera y levanta la vista hacia mí con odio—. ¿Tan narcisista eres que no puedes concebir que haya mujeres que no están interesadas en acostarse contigo?

Me encojo de hombros porque me siento como una mierda. ¿Cuándo me he convertido en ese tipo de hombre?

No, yo no soy así.

Impaciente sacude la cabeza, deja el libro de mala gana encima de la cama, sale de la litera y desaparece por la puerta del autocar. Me quedo mirando su litera. Quiero revivir los últimos cinco minutos. En su lugar,

llamo a mi madre, ya que siempre me saca de este loco mundo en el que vivo y me pone los pies en la tierra. Mientras escucho sonar el tono del móvil, me repito entre dientes: «Un mes más y estaré en casa. Un mes más y estaré en casa».

—Hola, cariño. —Reconfortante. Así es como suena su voz.

—Hola, mamá. ¿Qué está haciendo la persona a la que más quiero?

—Pues almorzando tarde en la oficina, con Mikayla.

Estamos en la costa este, así que allí son tres horas menos.

—¿Qué tal le va a ella?

Mi madre suspira; es un suspiro de felicidad, pero oculta tristeza.

—Ha vendido la casa. Se irá el mes que viene. Finalmente, la jubilación va a alejarla de mí.

Mikayla ha sido la secretaria de mi madre desde que abrió su empresa de publicidad hace veinte años. Son buenas amigas, y sé que mi madre se sentirá perdida sin ella.

—Es bueno para Mikayla. Aunque lo siento por ti.

—Tienes razón en que es bueno para ella. Se merece disfrutar de su jubilación. Solo estoy siendo egoísta.

—Sé que sabías que este día llegaría. No es que eso lo haga más fácil, pero ¿qué vas a hacer? Mikayla tiene superpoderes.

Es cierto. Mi madre es muy buena en su trabajo. Es una empresaria de la hostia, pero Mikayla siempre ha sido su apoyo, su otro par de ojos y oídos. Han trabajado tanto y durante tanto tiempo que se acaban las frases la una a la otra. Juraría que hasta se comunican por telepatía.

Mi madre se ríe.

—Sí, es cierto, Mikayla tiene superpoderes. Y no sé qué voy a hacer. No quiero ni pensar en hacer entrevistas y contratar a alguien nuevo. La actitud cruda de Mikayla y su habilidad para hacer que las cosas sucedan de la nada son irremplazables.

En cuanto lo dice, mis ojos se dirigen como un dardo a la litera vacía de Impaciente. Actitud cruda, habilidad para hacer que las cosas sucedan sin más... Mi mente se pone en marcha y, antes de darme cuenta, mi boca se adelanta.

—Puede que yo conozca a alguien.

—¿Puede que tú conozcas a alguien?

No sé por qué suena tan sorprendida.

—Sí. Viaja con nosotros. Se llama Scout, pero yo la llamo Impaciente. Es mi niñera.

Mi madre se ríe por lo de la niñera, pero sé que la alivia que alguien aparte de Franco cuide de mí.

—No creo que tenga trabajo para cuando termine la gira. La escuché hablar con alguien por teléfono hace unos días.

Impaciente estaba hablando con Jane (aún no sé si Jane es una familiar suya o una amiga) a principios de esta semana y le dijo que había empezado a enviar currículums. Sonaba un poco desesperada.

Mi madre me interrumpe.

—Gus, no deberías escuchar conversaciones ajenas.

—Mamá, vive a un metro de mí en el autocar. Es difícil no hacerlo. Bueno, ¿le digo que te llame o te envíe un correo?

—Claro. No me hará daño hablar con ella.

—Gracias. Y hazme un favor y no le digas que nos conocemos.

—¿Por qué no?

—Me odia. —Es tan simple como eso.

—Estoy segura de que no te odia.

Mi madre nunca cree cosas como esa. Que a alguien pudiera no gustarle su hijo.

—Estoy muy seguro de que sí —confirmo.

—¿Entonces cómo vas a convencerla de que me llame si no le caes bien?

—Haré que Franco hable con ella.

—Vale. —Suena dubitativa.

—Gracias, mamá. Te dejo para que sigas almorzando con Mikayla. Salúdala y dale un abrazo de mi parte.

—Lo haré, cielo. Buena suerte esta noche. —Lo dice antes de cada concierto. Siempre lo ha hecho.

Yo respondo como suelo hacerlo.

—No necesito suerte; tengo a Franco, a Jamie y a Robbie.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, mamá.

—Adiós, cariño. —Adiós.

Cuando Franco vuelve después de la cena, le resumo la situación y le pido que hable con Impaciente a la mañana siguiente. Al principio, creo que no está escuchando nada de lo que digo porque solo me observa, como si, finalmente, me hubiera vuelto loco, pero cuando termino, acepta colaborar. Si conozco bien a Franco, hará como si esto fuera un juego. No es que a Franco le guste engañar, pero sí que le gustan los retos. Creo que quiere ver hasta dónde puede llegar esto. Además, es un buen tío, así que sabe que, si él gana, ella también.

Que empiece el juego.

Sábado, 27 de mayo

Gus

Es temprano. El autocar recorre kilómetros hacia el norte de Nueva York. Llevo un rato despierto, pero no he oído despertarse a nadie todavía, así que estoy sentado en la litera, leyendo un libro que me descargué en el portátil. No suelo leer por diversión. Mi mente se distrae con facilidad y tengo problemas para concentrarme. Me cuesta, la verdad. Bright Side estaba leyendo todo el tiempo. Leía cualquier cosa: libros, periódicos, revistas. Era una de las razones por las que era tan inteligente.

Mientras estoy pensando en Bright Side, escucho como alguien corre una cortina y se dirige hacia el baño. Los sonidos están amortiguados y apenas se oyen deliberadamente. Incluso con la cortina de mi litera cerrada sé que es Impaciente. Se mueve por el autocar como un fantasma. Gracias a su actitud silenciosa, se mimetiza con el fondo, a menos que interactúes con ella cara a cara. Es como si no quisiera que la vieran, como si quisiera fingir que no está ahí.

Ahora escucho a Franco moverse. Su litera está debajo de la mía, justo enfrente de la de Impaciente. Además del ruido de su cortina al abrirse, oigo el chirrido de las bisagras de la puerta del baño, que suenan cada vez que se abre y se cierra. Luego, se escucha una colisión: la de dos personas somnolientas en el pasillo.

—Mierda. Lo siento, Scout. No te he visto. ¿Estás bien?

La voz de Impaciente suena grave, como siempre que se acaba de despertar.

—Estoy bien. Y no me has visto porque tienes los ojos cerrados, Franco.
Casi oigo la sonrisa a través de su voz. Franco tiende a causar ese efecto en la gente. Es uno de sus dones.

Él se ríe.

—Intento no abrirlos antes de las diez de la mañana. Soy un experto en salir de la litera, ir al lavabo y volver a la cama sin abrirlos.

—Por favor, no me digas eso. Compartimos el baño.

Impaciente ya no sonrío, pero no está siendo maleducada.

—Tengo que mear, pero quiero hablar contigo antes de que vuelvas a la cama. Te prometo que usaré el meadero con los ojos abiertos esta vez.

—Vale.

Cuando Franco sale del baño, escucho cómo le vende rápidamente el trabajo. Aún tengo la cortina echada, pero le oigo darle el trozo de papel con el número del móvil de mi madre y el correo electrónico. No puse su apellido porque eso podría atraerla.

Impaciente parece feliz y, por primera vez en mucho tiempo, me siento más ligero, como si me hubiera redimido un poquito. Quizás así pueda deshacerme del capullo detrás (o debajo, o dentro) del cual llevo meses escondiéndome.

Sábado, 3 de junio

Scout

Oficialmente, me he graduado y tengo un título universitario. Bueno, no lo tengo físicamente, porque no he ido a la ceremonia de graduación, que era hoy. Pero no pasa nada. Estoy orgullosa, de todas formas. Llevo todo el día sonriendo por dentro. Paxton y Jane me han llamado para darme la enhorabuena. Sus felicitaciones fueron como un abrazo que sentía a través del teléfono. Normalmente no necesito ese tipo de cosas, pero hoy no puedo negar que me han hecho sentir bien. Estaban conmigo en espíritu. No me hace falta más para celebrarlo.

Lunes, 5 de junio

Gus

Esta tarde he llamado a mi madre desde una pequeña cafetería al final de la calle, a una manzana o así del lugar en el que tocaremos esta noche. Quería que me dijera si sabía algo sobre Impaciente sin que nadie del autocar me escuchara. Ha sido un poco raro, porque no ha querido soltar prenda, lo cual no es propio de ella. No sé si es porque Impaciente y yo no nos llevamos bien, si es que está intentando ser una mamá osa protectora, o si quiere mantenerlo en secreto debido a nuestra relación de trabajo y a que, por eso, quizá no quiera comprometerse como posible contratante. Solo he conseguido sacarle que Impaciente la ha llamado esta mañana y le ha enviado el currículum por correo.

Eso es todo.

Nada más.

Martes, 6 de junio

Gus

He tenido una revelación esta mañana.

Me estoy poniendo gordo.

Y fofo.

Es como si me hubieran rellenado las extremidades con queso de untar. Probablemente haya ganado nueve kilos este último mes. Siempre he sido una persona activa, y estar en forma nunca había sido un problema; era una consecuencia de hacer surf casi todos los días. Sin embargo, es imposible mantenerse activo cuando estás de gira. Vale, no es imposible. Impaciente corre todos los días y, por lo que sé, está en muy buena forma; pero ser activo requiere esfuerzo, y estos últimos meses no me ha interesado esforzarme. Únicamente me afano por sobrevivir a mi propia autodestrucción. Lo cual es una locura. La supervivencia y la autodestrucción no deberían coexistir en un mismo pensamiento, pero para mí ha sido la norma.

Durante la gira europea, mi energía procedía del acohol, las drogas y la poca comida que me metía en el cuerpo, lo cual probablemente explicaría por qué el peso no era un problema entonces. En esta gira de Estados Unidos, mi combustible es el alcohol y la comida basura, porque he vuelto a tener apetito. Por todo esto, he decidido que tengo que hacer algunos cambios y añadir algún tipo de ejercicio en mi agenda.

He intentado correr esta tarde. Un fracaso deprimente. Mis pulmones de fumador se han burlado de mí tras unos cuantos metros. Oí una carcajada que

emanaba del interior de mi pecho y un «Gus, ¿qué coño crees que haces?». Estoy seguro de que la voz burlona provenía de mis pulmones y mis piernas, que se compincharon en mi contra. El intento no duró mucho y se convirtió en un largo paseo por las calles de Madison, en Wisconsin. No me malinterpretéis; Madison mola, pero sentirme como un hombre de mediana edad es una mierda. Las malas elecciones que he tomado me acaban de dar una bofetada, y eso no me gusta. ¿Sabéis quién se pondrá en forma de nuevo? Este culo gordo, eso es.

Tres semanas más y estaré en casa. Podré surfear otra vez.

Todos los putos días.

Por ahora me conformaré con dar paseos largos.

Sábado, 10 de junio

Scout

He hablado con Audrey esta mañana. Estaría mintiendo si dijera que no me hace muchísima ilusión este trabajo. Lo quiero más que cualquier otra cosa que haya querido en la vida. Es un trabajo de ensueño. Y no solo eso, sino que es un trabajo de ensueño al otro lado del país. Lo necesito.

Sé que es mejor no hacerme ilusiones, así que intento no obsesionarme, pero Audrey es muy amable y agradable. Siento que he conectado con ella. Y yo no suelo conectar con la gente.

También sé que es la madre de Gustov. La busqué por internet después de hablar con ella por primera vez. Cuando vi su foto en la página web de la empresa, me quedó claro que su apellido no era una coincidencia. Lo que significa que Gustov me ha facilitado esta oportunidad. Es un favor anónimo que, casualmente, es de los que más me gusta. Cuando alguien es amable desde el anonimato, sabes que ese gesto proviene de su lado más puro y bondadoso, porque lo que, lo más probable, es que nunca se reconozca, ni agradezca. Dice mucho de él.

Todavía siento que debo mantener las distancias. En realidad, este no es mi mundo. No es que él sea la típica estrella del *rock*, como pensaba al principio. Es reservado la mayor parte del tiempo, pero su estilo de vida es algo que todavía no comprendo, aunque haya estado con él en este autocar las últimas semanas. Mientras la gente acude en bandadas hacia él, conmigo mantiene la distancia. Somos opuestos. Y si este trabajo que me ha ofrecido Audrey no sale bien, sé que nunca volveremos a vernos. ¿Qué sentido tiene empezar algún tipo de amistad ahora?

Así que Gustov y yo seguimos sin hablar, pero, además de con las notas adhesivas, me comunico con él de otras formas. Es como jugar a las adivinanzas de manera sutil, y a él se le da bien. No había visto unos ojos tan expresivos en toda mi vida. Su mirada siempre cuenta una historia, y nunca es benévola. Cada vez que me guiña el ojo, me mira con los ojos entrecerrados, fijamente, con sorpresa, de reojo, me escudriña o mueve las cejas significa algo diferente. Y siempre me distrae. Es una reacción interna que suelo esconder, pero tampoco puedo negarla. Es una conexión extraña que nunca había sentido con nadie más.

Martes, 27 de junio

Gus

Siento un repentino dolor en las costillas. En ambos lados. Franco me está dando un puñetazo por el lado izquierdo y Jamie por el derecho.

—Levántate, idiota —dice Franco, prácticamente gritándome al oído.

—Hemos aterrizado, Gus. —Esta vez es Jamie.

Tengo los ojos llenos de lagañas, y la nariz (la cabeza entera, en realidad) congestionada. Me duele la garganta, como si hubiera estado tragando cuchillas. Me he resfriado. Los síntomas empezaron anoche, después del último concierto de la gira; pero, tras varias horas de sueño durante el vuelo a casa, los gérmenes han asaltado mi sistema inmunitario. Resfriarse en verano es una mierda. Mientras me aclaro la garganta y abro los ojos con esfuerzo, Franco vuelve a darme un puñetazo. Con fuerza.

Levanto la mano para protegerme de más ataques físicos.

—Parad. Estoy despierto, maldita sea. Estoy despierto. —Mi voz suena como el serrín: seca y polvorienta.

Mientras esperamos a que salgan del avión los de las primeras filas, Jamie se levanta del asiento y baja nuestro equipaje de mano. Robie se une a él desde el otro lado del pasillo. Cuando llega nuestro momento de salir de forma más o menos ordenada, mi cuerpo protesta con vehemencia en contra de ponerse en pie y caminar.

Me duelen todas las articulaciones. Qué idiota. Esto no es un resfriado; sin duda es gripe. Avanzo con dificultad detrás de Franco, Robbie y Jamie, que no dejan de provocarme diciéndome que voy muy lento durante todo el

camino, hasta que llegamos a la zona de recogida de equipajes. Sin embargo, no puedo decir que me moleste. Estas últimas semanas, las cosas con los chicos han vuelto a la normalidad. La tensión y las asperezas han desaparecido.

Después de encontrar las maletas, nos dirigimos a la parada de taxis. Franco, Robbie y Jamie comparten uno. Jamie y Robbie viven juntos en un piso de Carlsbad, junto a un par de tíos más, pero esta noche se quedan en el de Franco, en San Diego. Los tres se van mañana a Hawái de vacaciones. Una semana. A surfear, nada menos. ¿Y yo? Yo soy feliz con irme a casa, con mi madre. No necesito unas vacaciones. Necesito volver a mi hogar.

El viaje en taxi dura unos treinta minutos y, aunque lo único que quiero hacer es dormir, no puedo deshacerme de la molesta sensación que tengo en la cabeza. Impaciente se marchó el domingo por la tarde de Dallas. Escuché una conversación amortiguada entre ella y Hitler en el autocar, justo antes de la prueba de sonido. Cuando volvimos al autocar después de la cena, ella ya se había ido. Su litera estaba vacía. Desapareció como por arte de magia. Era como si nunca hubiera estado ahí. Fue como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. No sé si fue por el hecho de que la normalidad se había alterado o porque sabía que estaba solo otra vez, aunque solo fuera durante dos días. Pero lo que más me perturbó fue que no se despidió, lo cual es una locura, porque no le caigo bien. Nunca hablamos, aparte de esa mañana en la lavandería de Tennessee. Sin embargo, establecimos una rutina de comunicación silenciosa a través de notas adhesivas y, durante estas últimas tres semanas, añadimos gestos faciales y de manos. Lo que empezó siendo algo impersonal se convirtió en íntimamente impersonal. Cuando no hablas con alguien en voz alta, prestas mucha más atención sus gestos y su lenguaje corporal. Llegas a conocerlos a otro nivel. Bright Side y yo éramos así. Podíamos tener toda una conversación sin mediar palabra.

Cuando nos detenemos en la entrada de la casa de mi madre y pago al taxista, mis pensamientos sobre Impaciente se han vuelto borrosos y se han rendido al cansancio. Me subir los escalones del porche y solo puedo pensar en dormir el día entero mientras mi madre está en el trabajo.

Veo borroso y me pican los ojos cuando los abro. El sol se está poniendo por

mi ventana. Pestañeo un par de veces en un intento de enfocar y observar el paisaje. No veo bien la puesta de sol; no es más que un difuso naranja chillón. Siento una repentina oleada de dolor. Pestañeo otra vez y me doy cuenta de que tengo los ojos llenos de lágrimas. Las puestas de sol siempre me han recordado a Bright Side. A ella y a su hermana, Gracie, les encantaba contemplarlas; lo hacían todos los días. Era un evento planeado y lo llamaban «la hora del espectáculo». Ver cómo el sol se sumerge en el océano esta noche me provoca una sensación agri dulce, porque me recuerda que nunca volveré a ver una puesta de sol con ninguna de las dos. El dolor aumenta hasta que se convierte en sollozos. No había llorado así desde hacía semanas. Cuando por fin recupero el aliento, estoy cubierto de sudor. Siento que mi cuerpo no me pertenece y que mi mente parece flotar en la distancia. Me lleva más esfuerzo de lo normal salir de la cama, quitarme la camiseta empapada y ponerme unas bermudas que hay en una pila de ropa sucia junto a la cama. No quiero caminar hasta la cocina, pero tengo mucha sed y necesito una aspirina. Siento un martilleo en la cabeza.

Escucho a mi madre hablando con alguien cuando giro la esquina y entro en la cocina. Se detiene a media frase cuando me ve.

—Gus, cariño, ¿qué pasa? —Me coloca el dorso de la mano en la cabeza en un santiamén—. Tienes fiebre.

—Gripe —confirmo—. Será mejor que te alejes de mí, mamá. Hola, por cierto. Te he echado de menos.

—Hola, Gus. Oh, yo también te he echado de menos.

Me abraza, a pesar de que le he advertido que tenga cuidado, y se lo agradezco. La estrecho con fuerza entre mis brazos y mis músculos se quejan, pero los ignoro. Sin soltar a mi madre, abro los ojos y me doy cuenta de que hay una persona de pie al otro lado de la cocina cortando cebollas, champiñones y pimientos. Cuando la veo, confirmo que no solo tengo fiebre, sino que estoy delirando.

Es Impaciente.

¿Qué coño...?

Su postura muestra que está tensa, pero también parece avergonzada. O asustada. No sé cuál de las dos cosas. Ninguna le pega. Impaciente asiente con la cabeza. En el autocar eso era «buenos días», «hola» o «buenas noches». Estoy tan aturdido ahora mismo que no estoy seguro de que

signifique lo que antes quería decir.

Suelto a mi madre y la miro inquisitivamente. Sabe que busco respuestas. Se aclara la garganta.

—Supongo que no necesitáis que os presente. Gus, he contratado a Scout para que sea mi nueva asistente —dice de manera vacilante. Es extraño viniendo de ella. Intenta fingir que no tiene mayor importancia.

Sin embargo, Impaciente está en nuestra cocina y me doy cuenta de que sí es un problema.

Sacudo la cabeza y el dolor incesante que siento entre las orejas aumenta. Unas horas antes, mi mente había transformado a Impaciente en un extraño remordimiento, y ahora estoy bajo el mismo techo que ella y siento toda su tensión. Lo único que quiero es marcharme y volver a la cama. No sé si es porque me encuentro como una mierda, pero espero que no siga aquí cuando me despierte, porque esta casa parece estar patas arriba con Impaciente dentro. Quizás todo esto solo sea un puto sueño.

Me doy la vuelta, pero mi madre me detiene al salir de la cocina.

—Es martes. Hoy hay tacos, Gus. ¿No quieres cenar nada?

—No, gracias, mamá. No tengo hambre.

Vuelvo a mi habitación y me quedo dormido al instante.

Miércoles, 28 de junio

Gus

Ya casi es por la tarde cuando por fin me despierto. Me estiro involuntariamente y mi cuerpo no protesta. Sin embargo, se me han inflamado los ganglios del cuello hasta alcanzar diez veces su tamaño normal. Trago saliva y siento como si intentara meter a la fuerza un maldito pomelo por una pajita.

Toso y de inmediato siento que un antojo intenso e incontrolable me recorre el cuerpo. Quiero fumar. Agarro el paquete de tabaco y el mechero de la mesita de noche y salgo a la terraza. Cada calada sacia mi mente, pero al mismo tiempo agita a la bestia que se ha apoderado de mis ganglios.

Me cuesta horrores fumarme dos cigarros. Y no es una exageración; en todo caso, me estoy quedando corto. Siento que mis pulmones están preparándose para rebelarse.

Tras una larga ducha, llamo a mi madre al trabajo.

Responde al segundo tono.

—Buenos días, cariño. ¿Cómo te encuentras?

—Buenos días, mamá. Como una rosa. —Mi voz rasposa me contradice—. Siento lo de anoche, no pretendía dejarte colgada. Es que necesitaba dormir.

—No pasa nada. Tienes tacos en la nevera, por si tienes hambre.

—Suená bien, gracias. Tengo que hacer unos recados. ¿Necesitas algo?

Estoy hablando de cosas triviales, esperando a que se sincere sobre Impaciente. Que me explique por qué no me lo contó antes. No entiendo por

qué lo ha mantenido en secreto.

—Ay, cariño, eres muy amable, pero no necesito nada. Gracias.

Sabe que estamos evitando el tema y parece dubitativa.

—Vale. Supongo que te veré cuando vuelvas a casa.

—Llegaré sobre las seis menos cuarto. Y no te olvides de que esta noche es la fiesta de despedida de Mikayla, en Delgado's. Empieza a las siete.

—No me la perdería por nada del mundo —respondo. Porque no me la voy a perder. Enfermo o no, iré.

Mi madre llega justo a las seis menos cuarto. Siempre ha sido ridículamente puntual. Nunca llega ni tarde ni temprano, sino a la hora exacta. Yo siempre llego tarde. Obviamente, no es hereditario.

Deja la puerta principal abierta y temo preguntar por qué, pero entonces entra Impaciente. Joder. Si lo de anoche fue una sorpresa, esto no es nada en comparación. Lleva un vestido negro. La tela cae en cascada por su cuerpo desde el cuello hasta los puños de las mangas, largas y sedosas. Es discreto, excepto por el hecho de que termina un poco más arriba de la mitad del muslo... y dejan al descubierto unas piernas fantásticas, especialmente con los tacones que lleva. Me pirran los tacones, son tan *sexy*. Tiene las puntas del pelo ligeramente onduladas, lo que, de alguna manera, le suaviza las facciones y aplaca la inflexible intensidad que alberga en su interior. Estoy acostumbrado a ver a Scout con pantalones cortos, una camiseta de manga larga que no le queda bien y el pelo liso. Normalmente tiene un aspecto muy corriente. No es que eso sea malo. Para nada. Ella es natural, y eso tiene mérito. Lo prefiero. Y todavía es natural. No lleva maquillaje; me alegra que no trate de esconder las cicatrices con él. No lo necesita. Tiene los ojos verdes y dorados, sin una pizca de marrón; es una extraña mezcla. Son despampanantes y están rodeados por unas pestañas largas y espesas.

Sin embargo, ahora lleva un vestido elegante, de corte profesional, y... ¡joder!, increíblemente *sexy*. A pesar del nuevo atuendo que me distrae, siento curiosidad por saber por qué Scout es la nueva sombra de mi madre. Entiendo que trabajan juntas, pero ¿por qué estaba aquí anoche? ¿Por qué está aquí ahora?

—¿Qué hay, mamá?

Otra vez busco respuestas mientras la abrazo. Ella me estrecha con fuerza antes de contestar:

—Hola, Gus. ¿Cómo te encuentras?

Me pone de nuevo la mano en la frente para comprobar si tengo fiebre. Toso. El dolor de garganta se ha convertido en una molesta tos esta tarde. Qué suerte tengo.

—Estoy bien, mamá.

Ella niega con la cabeza.

—No parece estar bien.

Asiento para convencerla.

—Estoy bien.

El vestido pasa por mi lado sin decir una palabra, solo asiente con brusquedad, y de nuevo me siento confundido sobre qué significa eso aquí, en mi territorio. ¿Es un «Hola, ¿qué tal?» o un «Que te den»?

Me giro y la observo caminar por el pasillo. ¿Adónde coño va? Y entonces, lo digo en voz alta:

—¿Adónde coño va?

Mi madre empieza a echar un vistazo a las cartas en el extremo de la mesa. Es una distracción para no tener que mirarme cuando me dice algo que no quiero oír.

—A su habitación.

Entonces, pierdo los papeles.

—¡¿Qué?! ¡¿A su habitación?!

Ella continúa revisando con atención la pila de correo basura. No hay nada en esa pila por lo que merezca la pena distraerse. Lo sé porque yo mismo le he echado un vistazo cuando he recogido el correo del buzón esta tarde. Está haciendo tiempo, así que repito:

—¿Qué quieres decir con «su habitación»?

Mi madre suspira y endereza los hombros para encararme.

—Scout se va a quedar en la habitación de invitados hasta que ahorre lo bastante para conseguir su propio piso.

Niego con la cabeza y siento cómo la ira crece en mi interior. Durante toda mi vida, el enfado se ha manifestado despacio, si es que lo ha hecho. Estos últimos nueve meses, en cambio, me enfado a la mínima, paso de cero

a cien en dos segundos. Lo odio. Y sé que lo que siento es un enfado irracional, pero es la situación lo que me fastidia. No es culpa de mi madre, pero no lo soporto. Señalo hacia el pasillo para enfatizar y bajo la voz cuando digo:

—Esa es la habitación de Bright Side.

Ella se queda callada, mirándome, mientras sus ojos se vuelven brillantes y se le pone rígida la barbilla. Mi madre nunca ha sido de las que esconden sus emociones, pero rara vez llora. La tristeza espanta mi enfado cuando veo como la primera lágrima le cae por la mejilla. Ella asiente; está de acuerdo conmigo. Es la habitación de Bright Side. Siempre lo ha sido. Siempre lo será.

Me acerco a ella y la abrazo. Se agarra a mí, como si meses de dolor le estuvieran pasando factura, y se desahoga llorando sobre mi hombro.

—No tiene otro sitio adonde ir, Gus. No conoce a nadie aquí. Está intentado empezar de cero.

La dejo llorar. Y hablar. Mantengo la boca cerrada y escucho. Odio verla sufrir, me destroza. Ella siempre ha sido muy fuerte.

—Yo también echo de menos a Kate. Lo sabes. Nadie la reemplazará nunca en mi corazón. Era como una hija para mí, ella y Gracie; pero Scout necesita ayuda. Es muy inteligente y tiene muchas cosas buenas; mucho potencial. Necesita un lugar donde quedarse un tiempo, pero, sobre todo, necesita que la apoyen, Gus, y tengo la intención de ayudarla en ambas cosas.

Cuando sorbe por la nariz, la suelto. Me sonrío débilmente y se limpia con los pulgares la máscara de pestañas que se le ha corrido por debajo de los ojos.

—Será mejor que me arregle para la fiesta de Mikayla.

Asiento y la beso en la frente.

—Yo estoy listo, así que cuando quieras.

Mi madre desaparece en su habitación y yo decido que necesito un cigarro antes de marcharnos, porque no puedo fumar en su coche. Salgo a la entrada y espero delante del garaje sosteniendo las flores que compré para Mikayla esta tarde. Toso mientras me fumo el segundo cigarro. Entonces, oigo abrirse y cerrarse la puerta principal a mi espalda. Esa es mi señal para tirar el cigarro al cenicero del garaje.

—¿Quieres que conduzca yo, mamá? —pregunto, como siempre.

Ella, como de costumbre, rechaza mi oferta. Siempre ha sido muy independiente.

—Ya conduzco yo.

Me siento aliviado porque planeo beber mucho esta noche. No hasta estar como una cuba, pero sí hasta sedarme.

Miro a Impaciente.

—¿Quieres ir delante?

Ella niega con la cabeza sin mirarme a los ojos. Vale. Solo intentaba ser amable. Da igual.

Mi madre me sonrío mientras me abrocho el cinturón y pregunta:

—¿Cuál era tu número?

Le devuelvo la sonrisa porque esta mujer me conoce. Sabe en qué estoy pensando, así que respondo:

—Nueve.

Ella levanta una ceja.

—¿No has dicho cinco? El primer intento siempre es cinco. Nueve es peligroso.

Estoy de acuerdo.

—El nueve es peligroso. ¿Qué puedo decir? Soy un rebelde.

Mi madre se ríe y eso me reconforta por dentro.

—Había pensado en el ocho. Tu vena rebelde se ha llevado el premio esta noche.

Bright Side y yo solíamos pelearnos por el asiento del copiloto. Siempre. Era una disputa que arrastrábamos desde la infancia. Para resolverla, mi madre pensaba en un número del uno al diez y, quien se acercara más, se sentaba delante. Sospecho que llevaba la cuenta en su mente y alternaba entre uno y otro a la hora de darnos el premio, para contentarnos de manera igualitaria.

Tiene los ojos puestos en la carretera mientras habla. Siempre ha sido una conductora cautelosa.

—Las flores son preciosas. Lirios, qué coincidencia.

Son las favoritas de Mikayla. Siempre le regalo lirios en su cumpleaños. Es como de la familia; mi seudotía favorita.

Levanto el ramo envuelto en papel de celofán que descansa en mi regazo.

—Mikayla se merece lo mejor.

Una sonrisa aparece en sus mejillas.

—Le encantarán.

Mi madre ha reservado una sala privada en el restaurante de marisco favorito de Mikayla, Delgado's, para su fiesta de jubilación. La sala es amplia, con el techo alto y manteles de tela blancos. Hay veinte empleados de la oficina y la mayoría ha venido con su pareja. Me alegro de que haya venido tanta gente. Mikayla se merece una despedida como Dios manda.

Como era de esperar, exagera mucho cuando me ve.

—Oh, Dios mío, ¿quién es este desconocido tan guapo?

Estira los brazos y me da golpecitos en el pelo, que ha crecido y ahora me llega hasta la mitad de la espalda, aunque lo llevo más corto que cuando ella me vio por última vez, cuando lo tenía por la cintura. Me abraza. Me río por el cumplido, dejo las flores en la mesa detrás de mí, abrazo a la pequeña mujer y la levanto del suelo.

—¿Cómo está mi Mikayla favorita? —pregunto.

Ella suelta unas risitas como siempre que hacemos esto. Es una de las cosas que más me gusta de Mikayla. Tiene sesenta y cinco años, pero se ríe como una niña. Su risa es pura y carece del cinismo que plaga la risa de la mayoría de los adultos. También contrasta de forma curiosa con su personalidad seria. Es muy inteligente y el trabajo es su prioridad. Es algo que siempre ha hecho que mi madre y ella conectaran muy bien. Ambas están cortadas por el mismo patrón. Sin embargo, cuando Mikayla se ríe, se deshace de toda esa seriedad. Eso siempre me ha encantado.

Cuando la bajo y agarro el ramo, que está detrás de mí, Mikayla se deshace en elogios sobre las flores.

—Oh, Gus. Son tan bonitas... Gracias, cielo.

Asiento y guiño el ojo.

—No hay de qué, Kay.

Después de ponernos al día durante unos minutos, me excuso para ir a la barra a pedir un Jack Daniel's con hielo. Los demás también quieren pasar un rato con Mikayla, así que me retiro por el momento.

Cuando vuelvo a la sala, todos están sentándose para cenar. Me siento en una silla vacía en un extremo de la mesa, al lado de Ted, el tipo de la sección de correos, mi sustituto cuando me fui de gira el otoño pasado con Rook. Es un tipo callado, pero muy relajado. Creo que es por toda la hierba que fuma.

La cena es excelente. Mi madre ha tirado la casa por la ventana. Es una ocasión especial, y hay langostas enteras al vapor para los amigos del marisco y un plato de pasta al que llamo «fantasía de espaguetis celestiales» para mí. Y vino. Mucho vino.

La cena prosigue hasta que llega el momento del postre, y esto nos lleva a beber más vino, lo que nos lleva a beber... adivinad... más vino. Aunque la tos me agarrota la garganta y es persistente de cojones, me estoy divirtiendo. Es lo que tiene beberse una botella o dos de vino tinto.

Tras una rápida parada en el aseo para vaciar la vejiga, salgo a fumarme un cigarro. Ted ya está fumando fuera también. Termina antes que yo y me comunica que tiene que «echar una meada» antes de marcharse. Me giro y aspiro la última calada antes de tirar lo que queda. Cuando me giro, tropiezo con Impaciente.

—Vaya, eh —digo. Y, como le he hecho perder el equilibrio, añado—: Lo siento. —Sus tacones no ayudan.

Ella asiente con rapidez y se endereza.

—Audrey te está buscando. Van a cortar la tarta de Mikayla.

Me acaricio la barriga. Siempre me queda un hueco para la tarta.

—Genial. —Me vendrá bien un poco de pastel y, además, me siento bien porque estoy pedo.

El silbido de un tren suena en mi bolsillo. Es una notificación de un mensaje de Franco. Saco el móvil y echo un vistazo mientras entramos en el restaurante. El mensaje dice: «¡Llevo aquí cinco minutos y ya he echado un polvo!». Hay una foto adjunta de Franco, Jamie y Robbie de pie en la entrada del hotel con collares de flores hawaianos puestos. Al parecer, han llegado a Hawái.

Me río y respondo: «Diviértete, pringado. Será tu único polvo de la semana». Después de pulsar el botón de enviar, levanto la vista hacia Impaciente, que me mira de manera inquisitiva. Por mucho que no quiera, sé que siente curiosidad.

Me encojo de hombros y sonrío por el mensaje de Franco.

—¿Qué?

Ella sacude la cabeza como si fuera a ignorarme, pero entonces pregunta:

—¿Franco?

Asiento.

—¿Cómo lo has sabido?

—Estás sonriendo. Es la única persona que te hace sonreír así.

Se aleja y entra en el restaurante antes de que pueda hacerle preguntas, y me quedo pensando durante un segundo. Tiene razón. Últimamente, ese capullo es mi conexión con cualquier pizca de felicidad.

Sábado, 1 de julio

Gus

Aún tengo esa voz molesta en la cabeza que me suplica que llame a Keller otra vez. La voz es persistente, pero esta semana ha aumentado su entusiasmo y su carácter mandón y, esta mañana, ha conseguido acosar al resto de mis pensamientos hasta expulsarlos de mi cabeza.

Es temprano, así que pillo el tabaco, el mechero y el teléfono, y salgo a la terraza. Tras fumarme un cigarro, busco su número en el móvil. Iba a enviarle un mensaje, pero los dedos me tiemblan tanto que no puedo teclear, así que en su lugar, opto por llamarlo. Temo escuchar su voz porque va a abrir la herida de Bright Side. Keller era su novio. Estuvo sentado a su lado, sosteniéndole una mano mientras yo le sostenía la otra, cuando ella murió. Cuando el cáncer nos la arrebató. Es un buen tipo, pero no puedo dejar de relacionarlo con Bright Side. No puedo pensar en él de manera independiente. El maldito chaval la amaba con locura, razón por la cual tengo que llamarlo. Es la única persona que puede entender mi sufrimiento, mi dolor. El teléfono da tono, pero no hay respuesta. Estoy a punto de colgar, pero entonces me doy cuenta de que tengo el estómago encogido y que no quiero volver a pasar por esto más tarde, así que, cuando salta el contestador automático, empiezo a hablar.

—Keller. Tío, soy Gus. Hace tiempo que no hablamos. —Hago una pausa y las náuseas me agitan el estómago—. Sí... bueno... Solo llamaba para saber cómo os va a ti y a la señorita Stella. Llámame un día de estos para saber... que todo va bien en Minnesota. Ya sabes... Para saber que estáis bien. Vale. Hasta luego.

Pulso el círculo rojo de la pantalla táctil para colgar. Quiero arrojar el teléfono por encima de la valla de la terraza, tan lejos como pueda, pero, en cambio, lo aprieto en la palma de la mano y lo coloco bruscamente bocabajo sobre la mesa de madera.

Entonces, enciendo otro cigarro. La llamada de teléfono ha sido una mala idea. Mi corazón no lo soporta.

Cuando me fumo el cigarro, decido que es hora de desayunar. Impaciente está en la cocina. Lleva puestos unos pantalones cortos de correr y una camiseta ancha de manga larga. Tiene la cara roja y gotas de sudor en la frente. Está bebiendo un vaso de agua. Me pregunto, de repente, cuántas cicatrices tendrá en los brazos, porque nunca la he visto con otra cosa que no sea manga larga y fuera hace un calor de cojones.

—Eh —digo. Es nuestro saludo estándar si no decidimos sustituirlo por un gesto de cabeza. Funciona. Es lo que se nos da bien. Así nos toleramos, supongo.

—Eh —responde, también sin interés.

Saco un cartón de huevos de la nevera junto con la mantequilla y la leche.

—¿Cuántos kilómetros? —pregunto.

—¿Eh? —Se gira hacia mí, sorprendida.

Señalo sus zapatillas de correr.

—¿Cuántos kilómetros has hecho hoy?

Se mira los zapatos, como si necesitara visualizarlos para procesar la pregunta.

—Ah... Unos doce.

Estoy sorprendido.

—¿Has corrido doce kilómetros esta mañana?

Yo he estado corriendo un poco últimamente, pero solo un par de kilómetros supone un esfuerzo monumental para mí. Y camino la mitad del tiempo.

—Me he apuntado a un maratón que hay dentro de unas semanas.

Empiezo a romper los huevos y a vaciarlos en un bol, y luego vierto un poco de leche.

—¿Alguna vez has corrido un maratón?

Niega con la cabeza.

—No. Esta es la primera vez.

Entonces, coloco la sartén en el fogón y pregunto:

—¿Quieres huevos?

Impaciente niega con la cabeza. No esperaba que dijera que sí, porque nunca acepta nada de lo que le ofrezco, pero entonces se detiene.

—¿Habrá bastante para los dos?

Abro el cartón para mostrarle los cuatro huevos que quedan.

—Vale, supongo. No he comido nada desde anoche.

Cocino los huevos. Ella continúa bebiendo agua.

Mientras comemos en silencio, me suena el teléfono en el bolsillo. Lo saco y lo primero que veo, porque no puedo evitarlo, es la pantalla rajada. Debe de haber ocurrido cuando lo he colocado bocabajo sobre la mesa con fuerza.

—Mierda —murmuro. Entonces, me doy cuenta del nombre de la persona que llama y me quedo paralizado—. Mierda —repito.

Impaciente me mira de forma socarrona. Quiero que me pregunte si estoy bien. «Solo pregúntamelo, joder», porque necesito decirle a alguien que no estoy bien. No lo estoy. Ni un poquito. Pulso el botón de ignorar y dejo el teléfono en la mesa. El nombre de Keller permanece en la pantalla unos segundos más antes de que salte el contestador y desaparezca.

«¡Pregúntame quién era!», quiero gritar. «Pregúntame por qué mi corazón no puede soportar mantener esa conversación ahora mismo. Pregúntame por qué no puedo superarlo. Pregúntame por qué tuvo que morir mi mejor amiga. O no, mejor aún, dime por qué tuvo que morir mi mejor amiga. Dímelo, por favor. Explícamelo. Quiero saberlo. Necesito saber por qué se supone que tengo que continuar con mi vida sin poder hablar con ella. Sin abrazarla. Sin oír su risa. Sin ver la puesta de sol con ella. Sin ver como toca el violín. Sin besarla en la frente. Sin decirle que la quiero. Sin oírle decir que me quiere. ¿Por qué? ¡¿Por qué?!».

Me paso las manos por la cara e intento deshacerme de la histeria que se acumula en mi interior. Me levanto de la silla y me marcho sin terminarme los huevos.

Salgo y me fumo un cigarro.

No ayuda, pero lo hago igualmente.

Domingo, 2 de julio

Gus

Hay una nota adhesiva en la puerta de mi habitación cuando la abro. «Tu nuevo móvil está en la encimera de la cocina».

Perdí el teléfono varias veces cuando estábamos de gira, e Impaciente siempre me conseguía uno nuevo. Después de la primera vez que me ayudó, puse su nombre en mi cuenta, para que pudiera encargarse de las cosas sin tener que involucrarme yo. Supongo que aún sigue haciendo cosas por mí. No sé si sentirme molesto o aliviado.

Decido que ambas cosas.

Miércoles, 5 de julio

Gus

La gripe o el resfriado, lo que fuera, ha desaparecido. Mi madre me ha estado atiborrando de vitamina C en todas sus variantes, y la maldita enfermedad no ha tenido otra opción que salir huyendo y molestar a otra persona.

Los chicos han vuelto de Hawái. Esta mañana hemos ido a surfear todos juntos y a almorzar. Las historias de Oahu han llenado las primeras horas y, luego, hemos pasado a hablar de música. De nuestra música, en concreto. Del próximo álbum, el que, según nuestro contrato, se supone que debemos tener grabado para finales de enero. Estamos en julio. Quedan siete meses, lo cual no sería demasiado precipitado si tuviéramos material nuevo. No es así, y eso me cabrea porque todo depende de mí. Yo compongo la música. Yo escribo las letras. Y no he escrito nada que valga la pena desde *Finish Me* el otoño pasado.

No puedo hacerlo. Estoy bloqueado. No sé si es una elección inconsciente de mi mente o de mi corazón. En cualquier caso, estoy jodido. La música siempre ha sido parte de mí, una extensión de mis sentimientos, de mi vida, de mis experiencias. Desde que murió Bright Side, mi yo creativo está reprimido. Silenciado. Si ella no estaba componiendo conmigo, siempre era la primera persona con la que compartía una nueva canción. Tenía más oído para la música que nadie que haya conocido. Me encantaba contar con su aprobación, ansiaba tenerla. Hacía que quisiera escribir más solo para ver cómo se le iluminaban los ojos cuando tocaba algo nuevo delante de ella. Daría lo que fuera por ver ese brillo en sus ojos otra vez, porque sin él, sin ella, me siento vacío. Mi vida ya no tiene un propósito y mi

creatividad se ha desvanecido por completo.

¿Cómo se lo digo a los del grupo? ¿Al P. A. S.? ¿A la discográfica? ¿Al encargado de la gira? «Me encantaría ayudaros, a hacer vuestro trabajo, a que ganéis pasta, pero soy un puto páramo estéril. Me rindo». Sería un aguafiestas. Dependen de mí y no tengo nada para ellos. Me siento como una mierda.

Así que esquivo el tema. Otra vez.

—Estoy trabajando en algunas canciones, pero todavía no estoy listo para compartirlas, tíos. Dadme unas semanas más.

Sí, dentro de un mes seguiré siendo un barco a la deriva. La cosa empeora rápidamente. Me siento mal por los demás, porque ni siquiera tengo salvavidas para ellos.

Franco ha venido a casa esta noche. Ha cenado con mi madre, con Impaciente y conmigo. Ha sido agradable. Me he sentido relajado y calmado. Me he reído de verdad. Mi madre también. Hasta Impaciente se ha divertido, cosa que casi nunca ocurre. Me gusta oír su risa. Pero así es Franco. Es agradable, tiene carisma y nadie es inmune a sus efectos.

Tras lavar los platos, Franco se dirige a la terraza.

—Vamos fuera, Scout. Démonos a los placeres de la vida para que este soplapollas fume.

—Es señor soplapollas —replico.

Me siento bien al estar cerca de él y no tener que trabajar en nuestra música. No hay presión. Impaciente hace una pausa en la puerta corredera de la terraza. Sé que no va a seguirnos. Nunca sale a pasar el rato con nadie. Siempre tiene alguna excusa. No pasa nada; yo tampoco querría pasar el rato conmigo.

Por eso, me sorprendo cuando sale a la terraza. Camina hacia la barandilla y se inclina para ver las vistas. Sé que Franco y yo no acabaremos sobrios esta noche, así que cojo la botella de *whisky* de mi habitación. Cuando vuelvo, está sentada en la mesa, delante de Franco. Tiene apoyada la espalda en el lado izquierdo de la silla, como siempre, con las piernas cruzadas por la rodilla hacia la derecha. Eso la coloca en la posición perfecta para mostrarnos la parte izquierda de la cara y, al mismo tiempo, esconder la

mayoría de las cicatrices. Hace que me pregunte si es un hábito o si lo hace de manera consciente.

Después de abrir la botella y tomar un trago, la coloco frente a ella. Sacude la cabeza al instante. Es un rechazo bastante contundente, pero no sé si es que me está juzgando o si es un gesto sin intención de ofender. A veces me cuesta pillarla.

—Yo no bebo, Gustov.

Pongo los ojos en blanco, agarro la botella y vuelvo a dar un trago. Entonces, Franco me la quita y vierte un poco en un vaso de agua que ha traído. Sabía que se apuntaría. Hace tiempo que no bebemos juntos. Ya no vamos a la discoteca, ahora que Rook es cada vez más popular. Siempre nos reconocen en ese tipo de lugares, y eso hace que me sienta un poco incómodo. Todo eso de tener «fans» aún me resulta raro. Entiendo que les guste nuestra música. Lo pillo. Joder, yo también soy un fanático de ciertos tipos música, pero esa es la diferencia. Yo aprecio lo que crean. Las personas son solo personas. No es que no sean guays, al menos algunos músicos sí lo son, pero, al fin y al cabo, solo son personas. Es extraño cuando la gente te idolatra. Cuando se olvidan de que eres humano y te conviertes en un nombre. En tu carcasa. Ya no eres tú.

—Vamos, beber un poco con tus amigos no te hará daño.

Ella me mira rápidamente y no puedo evitar sentir que utilizar la etiqueta «amigos» es tentar a la suerte. ¿Somos realmente amigos?

Le ofrezco la botella.

—Salud, cielo.

—Yo no bebo —repite. Entonces, se le iluminan los ojos—. ¿Quieres jugar al mancala? —Casi sonrío, como si fuera un reto.

—Claro que sí, joder —digo, y esbozo una enorme sonrisa—. Franco y yo siempre estamos dispuestos a jugar al mancala. —No sé por qué esto me acaba de hacer tan feliz, pero lo ha hecho. Lo ha hecho.

Viernes, 14 de julio

Gus

He estado trabajando esta semana en la sección de correos de la empresa de publicidad de mi madre. Ted está de vacaciones y ella iba a contratar a un sustituto, pero sé todo cuanto hay que saber sobre este trabajo, ya que estuve aquí varios años. Además, no hay que ser un genio para encargarse del correo, así que me ofrecí voluntario. Mi madre no sabe que esto me ayuda. Hago surf todas las mañanas, pero no puedo seguir sentado solo en esa casa durante más tiempo; de lo contrario, perderé la cabeza. Me he quedado solo en casa unas semanas. No me gusta estar solo. No en este momento de mi vida. No es que quiera estar rodeado de personas tampoco, pero necesito estar ocupado, y este trabajo no requiere pensar. Es mecánico, y eso hace que sea mejor que mi trabajo de verdad: la música. Los músicos tienen que pensar demasiado.

Lunes, 17 de julio

Gus

Ted no ha vuelto de sus vacaciones. Le he dicho a mi madre que la ayudaré todo el tiempo que necesite, hasta que encuentre a alguien. En realidad, espero que tarde uno o dos meses.

Viernes, 21 de julio

Gus

Mi madre ha contratado a alguien para que se encargue del departamento de envíos.

Empieza el lunes, lo que significa que yo vuelvo a mi vida real ese mismo día.

No quiero volver a mi vida real tan pronto.

Domingo, 23 de julio

Gus

Ya es media tarde y estoy inquieto de cojones. Hay demasiada gente en el agua como para surfear. No dan nada en la tele. Mi madre está en un *baby shower* esta tarde. El porche está demasiado silencioso. Llevo aquí sentado unas horas, borracho, y me he fumado un paquete entero de tabaco. Ahora estoy ansioso. No puedo estar quieto. No puedo apagar mi maldita mente.

No quiero estar fuera.

No quiero estar dentro.

He llegado a un punto en el que simplemente... no. Sé que eso no tiene puto sentido, pero es como me siento. No.

Cuando vuelvo a mi habitación a por otro paquete de tabaco, escucho la voz de Impaciente. Primero la ignoro, pero me doy cuenta de que parece que le duele algo. Corro a su habitación y la puerta está abierta, lo cual es raro. Está tumbada en la cama, destapada, y lleva puesto unos pantalones cortos de chándal y una camiseta de manga larga. Duerme profundamente, tanto que da miedo. Si un meteorito cayera del cielo en medio de su habitación, ni se inmutaría. Mi primer instinto es despertarla, porque creo que tiene una pesadilla, pero cuanto más tiempo me quedo parado y la observo, más confusa se vuelve la escena. No deja de decir «Michael» una y otra vez. Cada vez que lo dice, su cara pasa del dolor al placer, de una tristeza inconsolable al éxtasis. Entonces, empieza a gemir. Sigue profundamente dormida, en fase REM, y sé que mi mente ya está hecha mierda y que he tenido bastante por hoy, pero... ¡joder! Esto acaba de volverse erótico de cojones. Y ahora los gemidos se mezclan con «Michael» otra vez. Suena

como si apenas tuviera aliento.

No debería estar aquí. No me cabe duda de que ahora mismo está echando un polvo alucinante en su cabeza. Me siento como un mirón. No solo mi mente borracha está excitada, sino que mi cuerpo borracho va dos pasos por delante. Estoy más que cachondo.

Tengo que irme. Sin embargo, al alejarme de la puerta, recorrer el pasillo y volver a mi habitación, la intensidad y el volumen de su voz aumentan. Toda emoción negativa ha desaparecido de Impaciente y lo que queda es una satisfactoria necesidad pura. Una necesidad carnal. No hay espacio para nada más y, de alguna manera, yo también siento esa necesidad.

Ahora estoy en mi habitación, con la puerta abierta, los ojos cerrados y la mano en los pantalones. Tocándome.

Joder, estoy tocándome.

La hostia...

Estoy fatal.

Tengo que darme una ducha fría.

Y olvidar que esto ha ocurrido.

Lunes, 31 de julio

Gus

Mi madre y yo tuvimos una larga charla anoche. Está preocupada por mí. Por mi vida. Por mi salud. Por mi estado emocional. Por mi trabajo. Por mi futuro. Ha pedido cita para que mi médico de cabecera me haga una revisión. Estoy en la sala de espera. Odio los médicos. Me recuerdan a Bright Side. Al final de Bright Side.

La doctora Donnelly ha ido al grano y me ha dicho lo básico «come mejor, deja de fumar y bebe menos». Aparte de eso, estoy bien. Le gusta que corra o surfee casi todos los días.

No le he contado nada de mis mierdas emocionales.

Yo lidiaré con ellas.

Me curaré.

Algún día.

Domingo, 6 de agosto

Gus

Mi madre se ha marchado este fin de semana. Se ha ido en coche por la costa, a desmelenarse en San Francisco. Le irá bien; trabaja mucho y se merece un respiro. Siempre vuelve desestresada cuando pasa un fin de semana fuera de la ciudad.

La casa está tranquila. Sé que debería estar componiendo, pero todavía sigo bloqueado. Si soy sincero, ahora mismo es como una fuerza que me aplaca con toda su fuerza. Es todo en lo que puedo pensar: en el hecho de que no puedo pensar. Creativamente hablando, estoy paralizado; totalmente jodido. Al principio era irritante, pero después de un mes y con la presión acumulada de todos los que están involucrados con el grupo (agentes, encargados, productores, la discográfica, etc., puto etc.), me siento como si estuviera condenado a la cárcel. La música me invade de ansiedad. Antes me llenaba. Supongo que es la diferencia que marca el dinero, los contratos y las fechas límites. Todo es una puta mierda.

Así que bebo.

Mucho.

Cuando llega el lunes por la mañana, me pregunto si he vivido el sábado y el domingo o si he estado alucinando todo este tiempo debido a todo lo que he bebido.

Tras un rápido viaje a la licorería para comprar Jack Daniel's y tabaco, me apoltrono en el diván del porche. Una hora después, voy por la mitad de la primera botella y necesito levantarme para ir al baño.

De camino a la terraza de nuevo, me encuentro a Impaciente en la sala de estar. Tiene el ceño fruncido y parece que su gesto va dirigido a mí. No estoy de humor para sus tonterías. Normalmente nos comportamos de manera civilizada, no necesariamente amistosa, pero civilizada. Pero hoy no. Estoy ansioso y cabreado y, desafortunadamente, parece que lo voy a pagar con ella.

—¿Sabes cuál es tu problema? —suelto—. Necesitas un polvo. —Si no fuera por el alcohol, no le habría dicho eso, pero mi filtro no funciona en este momento.

Ella retrocede como si la hubiera abofeteado.

—¿Qué?

Estoy lo bastante pedo como para que este espectáculo me entretenga y tengo la intención de continuar.

—Follar —digo despacio, articulando cada letra y señalándola—. Tú. Eres demasiado estirada. Necesitas un polvo. Y urgentemente. —Y ahora estoy pensando en su sueño de hace unas semanas y en cómo sonaba cuando, al parecer, pasaba a la acción.

Impaciente resopla. No está contenta, y no esperaba que lo estuviera. La verdad es que esa es la razón por la que he dicho todo esto.

—No todo es sexo —contesta.

—Solo una puta virgen diría algo así. ¿Es eso lo que pasa? No me extraña que seas tan frígida.

No sé por qué le hablo así, pero lo hago. Y no puedo parar. Lo odio. Hace unos meses que la conozco y sé que, simplemente, es tímida. La introversión es su mecanismo de defensa. Además, tras escucharla en ese sueño, sé que no es virgen en absoluto, joder.

Le arde la cara. Está enfadada, tanto que podría agarrar la lámpara y tirarla al otro lado de la habitación.

—Que te den, Gustov. No sabes nada de mí.

Mierda. Nunca había usado palabrotas conmigo. Ahora le estoy mirando las piernas desnudas y mi cabeza se está haciendo un lío. No puedo concentrarme en otra cosa que no sea el hecho de que estamos discutiendo sobre sexo. Mi enfado está transformándose rápidamente.

—Dime cuándo fue la última vez. Quiero oírlo. —También quiero

detalles, porque, por lo visto, soy un puto enfermo.

Me mira con odio. Sus ojos color avellana me perforan la frente. Sé que debería dejar el tema, pero hace semanas que no hablamos tanto y, aunque nos estamos peleando, no quiero parar. Lo necesito, a pesar de que es raro e irracional, así que continúo:

—¿Cuándo?

Impaciente baja la vista al suelo y su coraza también cae. Son solo unos instantes, pero percibo arrepentimiento y vulnerabilidad, algo que no esperaba.

—Nochevieja —susurra. Y entonces, igual de rápido, vuelve a levantar la coraza y me mira a los ojos. Me observa fijamente y se muerde la mejilla por dentro. Pestañea rápidamente y tiene los ojos vidriosos. La coraza se desvanece de nuevo—. Es un cabrón.

—¿Tu novio? —pregunto.

Mi corazón late un millón de veces por minuto. Odio ver a una persona herida y, aunque yo estaba haciéndoselo pasar mal, ahora que está destrozada, me siento fatal. Es como si mis emociones estuvieran montadas en una puta montaña rusa: un segundo están arriba y, al siguiente, abajo. El alcohol no me ayuda. En serio, necesito dejar de beber.

Una sola lágrima le cae por la mejilla. Se la seca rápidamente con el dorso de la mano y me mira con enfado. Entonces se le escapa una risa que denota desprecio.

—Sois todos iguales, ¿verdad? El sexo lo es todo, como dijiste antes. Quizás por eso nunca has estado enamorado.

Esa simple frase despierta una tormenta en mi interior. La cara de Bright Side aparece ante mí, sonriendo, con los ojos verdes iluminados después de haber hecho alguna travesura. Hace meses que se ha ido y todavía estoy enamorado de ella hasta las trancas. Ahora me toca a mí. Le devuelvo sus propias palabras.

—Que te den. No sabes nada de mí.

Mi ataque no la desconcierta. Impaciente niega con la cabeza. Le resta importancia.

—Oh, sí te conozco. Te he visto con una chica diferente cada noche durante la primera mitad de la gira. Eso no es amor.

Doy un paso hacia ella. Estoy tan cerca que veo el anillo verde que le rodea las pupilas.

—Quizá no busco amor. —La miro de arriba abajo. Joder, esas malditas piernas largas... Vuelven a distraerme. De repente, estoy muy cachondo.

Ella levanta la barbilla, desafiante, y me mira a los ojos. Pocas veces hace contacto visual.

—Obviamente.

Lo dice de forma sarcástica y desdeñosa, pero la emoción que muestra es real. Ahora ha bajado la guardia completamente. Es vulnerable pero fuerte al mismo tiempo. Es como si, cuando se ve presionada, su fuerza aumentara.

—Obviamente —repito. Entonces, fijo la vista en su boca. Tiene sus carnosos labios fruncidos. Está haciendo ese pucherosuyo tan molesto.

Impaciente cambia el peso del cuerpo de un pie al otro, desafiante. No va a retroceder. Estamos casi frente a frente y mi puta entrepierna está a punto de explotar. No sé exactamente cuándo este espectáculo ha pasado del enfado a la lujuria. Supongo que están en el mismo rango de emociones: todo se reduce a la pasión.

Vuelvo a mirarla a los ojos; los tiene clavados en mi boca, con las pupilas dilatadas. Su respiración aumenta y se sonroja. Reconozco esa expresión. La he visto cientos de veces. Siento la tensión sexual que emana de su cuerpo en oleadas.

Normalmente, en una situación así pienso en sexo, solo en sexo, en un acto para satisfacer una necesidad. Sin embargo, cuando la miro, tan abierta y vulnerable, lo único que quiero es besarla.

Inclino la cabeza hasta que mi frente descansa sobre la suya. Impaciente no se aparta, pero ladea la cabeza ligeramente a la derecha. Trata de esconderse, incluso ahora que nuestras frentes están en contacto.

—Eh —la persuado suavemente. Mis emociones han dado un giro de ciento ochenta grados. He pasado de sentir hostilidad a lujuria, y ahora siento que quiero protegerla. Es la puta montaña rusa.

Ella se encoge y ladea más la cabeza, y hace que el contacto visual sea imposible. Con la frente aún sobre su sien izquierda, me doy cuenta de que tengo que alejarme antes de que esto se me vaya de las manos. Si la beso, no querré parar, y su expresión de hace unos segundos me dice que ella no me detendría.

—Eres demasiado buena para él —le digo—. Y deberías buscar el amor, razón por la cual ahora tengo que volver a salir. También eres demasiado buena para mí. —Lo es. Es inteligente y tiene unos objetivos, trabaja duro, se cuida y es preciosa. Y, sobre todo, es frágil. No quiero ser otro capullo que la destroce. La beso en la frente de la manera más tierna posible. Es una disculpa—. Siento todo lo que te he dicho antes —añado en voz baja, y me giro para marcharme, de vuelta con mi botella de Jack Daniel's.

Scout

Joder.

Mi cabeza me martillea tanto y tan rápido que realmente me preocupa que explote. No sé qué cojones ha pasado. La discusión. Mi confesión. La atracción. Todo le ha surgido de la nada y, aunque Gustov ha vuelto a salir, aún sigo pensando en lo que ha ocurrido. Todavía siento el calor de su cuerpo contra el mío. Aún veo la pasión que había en sus ojos. Siento la necesidad que me provoca cosquillas por el cuerpo. El calor que se propaga. Nunca había experimentado algo así. Era una lujuria innegable e irracional. Necesito salir a correr y despejarme.

Viernes, 11 de agosto

Gus

Hay una nota adhesiva en mi puerta cuando me despierto. «El maratón es mañana. Audrey y yo saldremos a las siete, por si quieres venir».

Es una invitación inesperada. Sé que debe de haberle costado mucho escribir esa nota, especialmente después de lo que pasó el fin de semana pasado. Si está dispuesta a invitarme, supongo que yo estoy dispuesto a aceptar.

Además, necesito salir de esta casa.

Sábado, 12 de agosto

Scout

Hoy he corrido mi primera maratón. No he sido rápida, pero me he sentido realizada de una manera que creo que nunca había experimentado. Me he esforzado en prepararme. Al principio, solo corría para lidiar con todo lo que ocurrió la primavera pasada. Era una vía de escape, una distracción, una manera de aislarme de la vida. Pero ha resultado ser un modo de demostrarme a mí misma que soy fuerte.

Soy fuerte. Físicamente, lo soy.

Mentalmente, bueno... eso es otra historia.

Sin embargo, hoy, durante la carrera, cada vez que sentía que me costaba y tenía ganas de rendirme, Audrey y Gustov aparecían en el camino y me animaban. Nadie me había animado así nunca, con tanto entusiasmo. Para nada. Era el apoyo que necesitaba para sobreponerme al esfuerzo mental, para que mi cuerpo siguiera corriendo.

No sé si volveré a correr otro maratón. Siento que hoy veo las cosas desde otra perspectiva. Nunca dejaré de correr, pero ya he cumplido con mi objetivo. Ahora puedo continuar corriendo, por mí. Solo por mí. Porque me recuerda que soy fuerte. Soy fuerte en todos los sentidos, y cada día que pasa lo soy más.

Le he dado las gracias a Audrey antes de irme a la cama.

He intentado dárselas a Gustov también, pero tenía la puerta de su

habitación cerrada. Sé que estaba dentro porque se escuchaba música, una canción deprimente, triste hasta la médula y emotiva. No he querido llamar a la puerta, así que le he dejado una nota. «Gracias por venir hoy. Creo que no habría terminado sin vosotros». Siento que la barrera que hay entre nosotros está desvaneciéndose lentamente. Incluso cuando nuestras interacciones no son tan positivas, siempre acabo aprendiendo algo sobre él. Los dos nos enfrentamos a nuestros problemas, pero después del día de hoy, esos problemas parecen menores. Hoy lo he visto sonreír más que nunca. Es un pequeño paso, pero es real.

Sábado, 19 de agosto

Gus

Suena el timbre de la puerta. Lleva sonando unos minutos. Dios, ¿es que nadie en esta casa puede ir a abrir? Estoy cansado y tengo resaca. No quiero salir de la cama. Echo un vistazo al reloj de mi mesilla de noche. Las diez menos diez. Supongo que debería levantarme. El timbre vuelve a sonar, como si apoyara la moción.

Tras ponerme unos pantalones cortos, me dirijo a la puerta principal. Las persianas están echadas y toda la casa está a oscuras. Me froto los ojos con las manos y abro la puerta, somnoliento. Recibo la luz cegadora del sol, entrecierro los ojos y levanto la mano para protegerlos del resplandor que molesta a este estado de posembriaguez. Pestañeo, para acostumbrarme a la claridad, y me doy cuenta de que quienquiera que esté de pie delante de mí no ha dicho una palabra. Despacio, retiro la mano de la cara para revelar al hombre que está frente a mí. Tiene un aspecto cuidado y su estilo es de «soy un rico gilipollas»: traje caro, corbata a juego, zapatos brillantes, pelo perfecto y unos dientes blanquísimos salidos directamente de un anuncio de pasta dentífrica. Aún no ha dicho ni una palabra, pero su ego lo precede. Lo rodea a modo de advertencia. O como si fuera un galardón. Tengo la tentación de cerrarle la puerta en la cara. Pero en vez de eso, hablo:

—¿Qué puedo hacer por ti, tío? —pregunto, con sarcasmo. A decir verdad, no podría importarme menos quién es.

Se aclara la garganta y, con la voz que siempre acompaña a un gilipollas creído, esa que da aires de importancia, responde:

—Busco a Scout MacKenzie.

Lo miro con dureza. No sé quién es, pero no me da buenas vibraciones.

—¿Para qué la buscas?

Él sonríe con suficiencia y, si es posible, lo detesto aún más por ser directo y pretencioso.

—Scout y yo somos viejos amigos. Pasaba por la ciudad y quería saludarla.

Durante dos segundos, considero cerrarle la puerta en las narices de nuevo, pero entonces pregunto:

—¿Ella sabía que pasarías por aquí?

Él niega con la cabeza y su sonrisa desaparece antes de ser reemplazada por una mueca lobuna.

—No. Pensaba darle una sorpresa.

No me gusta este tipo y, por alguna razón, no quiero que busque a Impaciente. No quiero que ella quiera que él la busque. Tengo que volver a la cama y empezar el día de nuevo. Suspiro.

—Espera. No sé si está en casa. Deja que lo compruebe. —Le cierro la puerta en las narices y termino la frase—: Capullo.

Justo entonces, llega Impaciente. Va vestida para ir a correr, como todas las mañanas. Señalo por encima de mi hombro.

—Es para ti.

Ella frunce el ceño.

—¿Para mí?

Asiento y la esquivo para que sea ella quien abra la puerta esta vez y así yo pueda desentenderme. Sin embargo, no me marcho de allí. Sé que debería darle privacidad, pero este tío ha activado mi estado de alerta, así que no voy a dejarla sola con él. Desaparezco de la entrada, pero me mantengo a una distancia en la que los oigo.

Cuando Impaciente abre la puerta, jadea. No es miedo; es asombro.

—¿Michael?

El puto Michael. El puto Michael al que llama cuando está a punto de tener un orgasmo.

—Hola, cariño mío. —Su saludo es adulator y demasiado perfecto, como si lo hubiera ensayado. Ella no se lo va a tragar, ¿no?

—Hola —responde sin entusiasmo.

Un punto para Scout. Cero puntos para el puto Michael.

—¿Cómo me has encontrado?

Me acerco un paso por instinto. No me ha gustado nada cómo ha sonado eso.

—Hablé con Jane. Me dio tu nueva dirección. Necesitaba verte. Te he echado de menos, cielo.

Está haciéndole la pelota. No puedo verle la cara para observar el teatro que está montando, pero percibo la falsedad de su voz. Sabe exactamente qué decir, pero se ha olvidado de que tiene que sentir lo que dice.

Tampoco veo a Impaciente, porque estoy detrás de la puerta, pero siento el tira y afloja que lleva a cabo en su interior. No está asustada, pero sí nerviosa.

—Michael. —Su voz acaricia su nombre con dudas, como si lo hubiera dicho exactamente así miles de veces antes—. Creo que tienes que marcharte. —Sus palabras dicen una cosa, pero su voz dice otra completamente diferente. No me gusta escuchar la necesidad que hay en su voz, el amor que todavía siente por él en lo más profundo de su ser.

—Oh, vamos, cariño. Deja que te lleve a desayunar. Tenemos que hablar. He terminado con Melissa. Tenemos que hablar sobre nosotros.

Hay un movimiento al otro lado de la puerta. Tengo la sensación de que la está tocando, y cierro los puños a ambos costados.

—Vete, Michael, por favor. —Es una débil súplica. Nunca se ha molestado tan frágil. No creo que quiera que se vaya.

No puedo contenerme.

—Ya has escuchado a la chica, jefe. Es hora de que te vayas.

Me adelanto y abro la puerta del todo para mirarlo fijamente. Le saco siete u ocho centímetros al tipo y él me saca unos quince o veinte años. Normalmente no intento intimidar a la gente, pero ahora lo hago con todas mis malditas ganas.

Él mira a Impaciente y tiene una expresión posesiva en sus ojos... Está cabreado.

—¿Quién es este?

Ella suspira como si prefiriera estar en cualquier otro sitio.

—Michael —vuelve a decir, con ese afecto dubitativo—, este es Gustov

Hawthorne. Trabajo para su madre. Ella ha sido muy amable y me ha dejado vivir aquí unos meses hasta que ahorre lo bastante para permitirme mi propio piso.

La sonrisa de suficiencia vuelve a aparecer y quiero estirar la mano y arrancársela de la maldita cara. Cuando él me mira, su aire de autoridad ha vuelto y, con él, veo desaparecer la determinación de Scout. Ella es como arcilla en sus manos. Él sabe manipular sus emociones, como si fuera una marioneta. Es consciente de ello y lo odio por eso.

—Coge la chaqueta, Scout. Te llevo a desayunar —ordena.

Quiero que ella le diga que no y que se largue, pero en su lugar, Scout baja los hombros y obedece como una niña.

—Dame un minuto. Volveré enseguida. —Scout vuelve a su dormitorio y regresa con una sudadera puesta sobre la camiseta de manga larga, sin cambiarse los pantalones ni las zapatillas de deporte.

Y se va con él. Algo que no puedo explicar ocurre en mi interior. Se me tensa el pecho y tengo un nudo en la garganta. Son celos. Siento que quiero protegerla... y deseo. Y también una puta impotencia aplastante.

Scout

Me grito a mí misma mentalmente : «¡¿Qué coño haces, Scout?! No seas estúpida. No te compliques. No lo necesitas». Sin embargo, mi cuerpo me traiciona. Lo sigue hasta su coche de alquiler y se mete en él cuando Michael abre la puerta. Ha sido así de fácil. Me he aventurado en lo desconocido... otra vez.

Cuando se coloca tras el volante, tiene una expresión triunfante en la cara. Sabe que ha ganado... de nuevo.

Parece que yo soy la tonta. Y que estoy jodida... otra vez.

Comemos en un pequeño restaurante de burritos, en la misma calle de la casa

de Audrey. Él habla de cosas sin importancia. Me cuenta que ha estado viajando mucho, me habla de todos los clientes nuevos que ha conseguido para su empresa en los últimos meses, del barco nuevo que se compró el mes pasado... Nada de eso es importante. Solo quiere impresionarme. Antes funcionaba. Probablemente fue lo que me atrajo de él hace tres años, cuando era estudiante de primer año en la Universidad de Nueva York, joven e impresionable. Nos conocimos en una cafetería en la esquina de mi parada de metro. Él vivía en Miami, pero viajaba a Nueva York una vez al mes por trabajo. Era mayor que yo, guapo y encantador, y me miraba como si fuera lo más hermoso que hubiera visto. Nadie me había mirado así. Además, cuando hablábamos, me escuchaba. Quería pasar tiempo conmigo. Me enamoré de eso. Mi primer y único amor. Ahora que ha pasado tiempo, sé que no duró, pero era incapaz de verlo. No me di cuenta de que se fijaba en otras mujeres cuando estaba conmigo. No me di cuenta de que su mente divagaba cuando hablábamos. Y tampoco me di cuenta de que nuestro tiempo juntos cada vez se componía de más sexo rápido y duro, para su disfrute, no para el mío. Sin embargo, no podía separarme de él. Se convirtió en mi adicción. Por lo visto, aún lo es, porque estoy aquí sentada con él, en su compañía, cuando sin duda debería estar en otro sitio. Me siento sucia. Usada. Inferior. Pero no puedo marcharme. Eso es lo que más odio. Odio necesitar marcharme pero no poder.

Así que cuando terminamos de comer y me confirma que lo ha dejado con Melissa, me sugiere que volvamos a su hotel, y yo asiento. Voy con él.

Las luces permanecen apagadas, como siempre, pero en cuanto oigo el pestillo detrás de mí, me atrapa contra la puerta de la habitación del hotel con su cuerpo. Posa su boca sobre la mía, caliente y exigente. La acepto y mi cuerpo empieza a encenderse. No quiero que mi cuerpo reaccione con él, ante su ausencia, pero lo hace. Él es el único hombre con el que he estado. El latido que siento entre las piernas aumenta, lo que hace que me sienta débil. Como una fracasada. Como una traidora. Una mala persona. Pero no puedo evitarlo. Él me brinda una sensación de cercanía.

Ya se está desabrochando el cinturón y los botones del pantalón y yo le estoy desabotonando la camisa. Él siempre se quita la ropa primero. Cuando

ha terminado, me ordena que me desvista de cintura para abajo. Lo hago. Entonces, me inclina por encima del reposabrazos del sofá y me toma por detrás. Es duro. Durante los primeros seis meses que estuvimos juntos, nos satisfacía mutuamente. Los últimos años, él me follaba. Eso no me gusta, pero estoy acostumbrada. Siento que me castiga con sus embestidas. Clava las manos en mis caderas con tanta fuerza que sé que me dejará una marca. Mi cuerpo golpea el sofá con cada penetración. Siento el comienzo de un moretón en las caderas debido al impacto continuo. Gruñe, como hace siempre, como un animal que satisface una necesidad primigenia. Antes pensaba que era *sexy*, pero ya no. Yo estoy callada, como siempre. No le gusta que haga ruido. A veces creo que es porque quiere fingir que no estoy aquí. Callada, solo soy un cuerpo utilizado para satisfacer una depravación carnal. Siento su cálido aliento en la espalda, a través de la tela de mi camiseta. Hace que me broten lágrimas en los ojos. Los gemidos se transforman en una voz grave en mi oreja.

—Mi polla te ha echado de menos, cariño —dice, y entonces añade—: Joder. Joder. Joder. Joder. —Como siempre dice, con los dientes apretados, cuando se corre. Y siempre suena como si se estuviera dando la enhorabuena con desdén a sí mismo por hacerlo, como si le hiciera cumplidos a su ego por haber hecho un buen trabajo.

No he tenido un orgasmo con él desde hace un año.

Cuando sale de mí, me planta un beso solitario y casi casto en la parte baja de la espalda. Es mi consuelo, el toque romántico final por complacerlo. Entonces, se va al baño y escucho que abre el grifo. Siempre se ducha inmediatamente después de acostarse conmigo, pero no sé si así se deshace de la culpa. No lo creo. Ni siquiera creo que se sienta culpable. Creo que solo quiere deshacerse... de mí.

Y yo se lo permito.

Hasta la próxima vez.

Pensaba que yo era más fuerte. Pensaba que había cambiado. Pensaba que era mejor que esto.

Supongo que no.

Michael lo acaba de demostrar.

Cuando sale del baño, vuelve a llevar puesto el traje, como si no hubiera pasado nada. Hablará de cosas sin importancia de nuevo cuando me acompañe a fuera. Nunca me lleva a casa. Las cosas siempre han sido así.

Extiende la mano con la palma hacia arriba.

—El móvil. —Me pide que se lo dé. Me lo ordena.

No debería, pero obedezco. Es un teléfono nuevo que compré cuando me mudé a San Diego. Un nuevo número de teléfono. Un número que él no tenía. Hasta ahora.

Michael guarda su número de teléfono en el mío y se envía un mensaje a sí mismo. Sonríe con una expresión lobuna mientras abre la puerta de la habitación del hotel y me devuelve el teléfono. Su sonrisa parece decir «de nada» y «adiós». Es narcisismo puro.

—Nos vemos pronto —añade entonces, y finalmente me cierra la puerta en las narices y me echa. Me deja de pie en el pasillo, odiándome a mí misma.

Me siento tan débil. No soy fuerte.

Pero también sé que no volveré a verlo.

Estoy harta.

Esto se ha acabado.

Domingo, 20 de agosto

Scout

Después de lo de ayer, sé que tengo que controlarme. Necesito empezar a hacer cambios y encaminar mi vida en una dirección positiva. Tras hablar con Audrey esta mañana, escuchar sus ánimos y que me ofreciera su ayuda de forma desinteresada, sé por dónde necesito empezar. Paxton.

He llamado a mis tíos primero. Pensaba que ellos se resistirían más a la idea, pero, sorprendentemente, me han animado y casi han sonado aliviados, lo cual ha sido agri dulce y me ha alegrado y entristecido al mismo tiempo: me alegra porque sé lo que significará para Paxton, y me entristece porque, una vez más, ellos se desentienden de criarlo y le ceden sus responsabilidades como padres a otra persona. Por suerte, es una responsabilidad que yo acepto de buena gana.

Llamo a Paxton a continuación.

—Hola, Scout. —Suena preocupado.

—Hola, Paxton. ¿Qué pasa?

—Estoy jugando con la Xbox. —Eso explica la preocupación.

—¿Crees que podrías apagarla durante unos minutos y hablar conmigo?
Es importante.

Lo escucho balbucear y su voz suena afilada, nerviosa.

—¿Qué pasa?

Sonrí para tranquilizarlo con mi voz.

—No pasa nada. Son buenas noticias, creo.

—Vale. —No parece muy convencido.

—Quiero que te mudes a San Diego. El próximo fin de semana. Termina el último curso de secundaria aquí.

Silencio. Sé que no dice nada porque está sorprendido, pero me pongo nerviosa de todos modos.

—¿Paxton?

—Sí —responde, estupefacto, aunque eso es quedarse corto.

—¿Qué piensas? Vivirías en el sótano de la casa de mi jefa. Nos ha invitado a quedarnos a los dos el tiempo que necesitemos, hasta que consiga un coche y un piso para nosotros. Es muy buena persona. Te encantará.

Más silencio. Sé que es mucho que asimilar.

—¿Paxton?

—Sí —contesta. Está pensando. Oigo como su mente va a toda pastilla.

—¿Qué piensas? —repito.

—No puedo creerlo —se dice a sí mismo por lo bajo.

—¿Eso es un sí?

—¿Va en serio, Scout? —La esperanza en su voz es casi desgarradora.

—Sí.

Sorbe por la nariz. No está llorando; intenta no hacerlo con todas sus fuerzas.

—Sí, quiero ir, sin duda. —Hace una pausa—. ¿Estás segura de que no es una broma?

Y ahora sonrío porque nunca he sido capaz de dar un regalo como este a nadie, de cambiar una vida. Es la mejor sensación del mundo.

—Va en serio. Así que ahora voy a dejarte y a comprarte un billete de avión para el próximo fin de semana. Te enviaré un correo electrónico con el itinerario en cuanto lo tenga. Empieza a hacer las maletas, ¿vale?

—Vale —responde—. Gracias. De verdad. —Su voz expresa felicidad pura. Y me encanta oírla.

—Que pases buena tarde, Paxton. Hablaremos pronto.

—Gracias, Scout. Tú también.

Domingo, 27 de agosto

Scout

El avión de Paxton aterriza en quince minutos y estamos en un atasco. Vamos a llegar tarde. Odio llegar tarde. Tengo abierta la página de la aerolínea en el móvil. Estoy en la sección de llegadas y la he estado actualizando cada treinta segundos durante la última media hora, como si ahora que el avión está tan cerca pudiera haber algún retraso. Está claro que estoy obsesionada.

Tamborileo con los dedos en mi rodilla al ritmo de la canción de la radio, no porque me guste la canción, sino porque no puedo estar quieta. Moverme con nerviosismo es un hábito que tengo, y lo odio. Ojalá pudiera calmarme. He intentado meditar, pero no puedo acallar mi mente. A veces es una bestia.

Miro por la ventana del copiloto, mordiéndome el interior de la mejilla, y siento la mano de Gustov sobre la mía, que me la presiona contra contra el muslo. Me giro para mirarle la mano. Nunca me ha tocado así antes y no puedo negar que lo noto en todas partes, no solo en la mano. Envía corrientes eléctricas que me recorren todo el cuerpo. Y, rápidamente, su mano desaparece.

—Relájate. Llegaremos. Te lo prometo. —Siempre suena muy seguro de sí mismo, incluso cuando no lo está.

—Es que no me gusta llegar tarde —explico, en un intento de justificar mi preocupación.

Él resopla de buen humor.

—Probablemente deberías haberle pedido a otro que te llevara. Tío, tarde es mi segundo nombre.

Lo miro y suspiro. Sé que tiene razón. No tiene sentido que esté tan nerviosa. Gustov está completamente relajado, con esa sonrisa somnolienta que veo cada vez más estos días.

—Lo siento —digo.

—No pasa nada, Impaciente.

Lo miro con los ojos entrecerrados y pregunto:

—¿Me acabas de llamar «Impaciente?»

Él asiente y finge una tos.

—Sí, en realidad es el mote que te puse la primera vez que te vi. Me sabe mal decir esto —dice, y baja la voz un poco—, pero eres muy impaciente, joder. —Tiene los ojos bien abiertos cuando lo dice y esboza una sonrisa sin malicia.

Yo resoplo... y respiro profundamente... Luego lo admito.

—Lo sé. —Lo miro con los ojos abiertos—. Soy una maldita impaciente.

—Admitir el problema es el primer paso para mejorar. Quizás haya un programa de doce pasos.

Sonrío.

—¿Te molesta? Es obvio que te diste cuenta hace tiempo. No tenía ni idea de que mi impaciencia fuera merecedora de un mote.

Él niega con la cabeza.

—Puede que al principio sí, pero eso era porque mi propia vida estaba patas arriba. Pero ya no. No puedes ir juzgando por la vida cuando no sabes la mierda a la que se ha tenido que enfrentar una persona. Lo he aprendido estos últimos meses. Tengo la impresión de que llevas un gran pesar en el corazón y, cuando es así, todo suele ser más difícil. La vida es más difícil. Créeme, lo sé. Lo negativo se magnifica y, a veces, hace que la paz desaparezca.

—Paz. —Vuelvo a resoplar—. Creo que nunca he tenido paz.

—La encontrarás. Algún día la encontrarás. —Guiña el ojo—. Confía en mí.

—Lo hago —susurro.

No sé ni siquiera si me ha escuchado, pero confío en él. No sé por qué, pero es así. Nos quedamos en silencio el resto del camino. Cuando nos detenemos en las puertas, fuera de la zona de recogida de equipajes, Paxton está ahí, de pie, con una gran sonrisa en la cara. Creo que ha visto la furgoneta de Gustov antes de que lo hayamos localizado. Es difícil no ver la furgoneta de Gustov: es vieja, está oxidada, es destartada y de dos colores diferentes (la cabina es de uno y el resto de otro). Sin embargo, me encanta. Me encanta porque sé que tiene bastante dinero como para comprarse el coche que quiera, pero ¿qué conduce? Conduce esta furgoneta que tiene desde hace años. Y estoy muy segura de que si alguien le ofreciera un millón de dólares por ella mañana, él los rechazaría. Me encanta eso.

Mi pecho se tensa de emoción y felicidad cuando Paxton abandona las maletas y empieza a correr hacia mí. No me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos tenerlo cerca... hasta ahora. Es mi familia. Mi único y verdadero amigo. Lo abrazo y me siento como en casa. Hacía años que no me sentía así. Siempre he podido contar con Paxton.

—Gracias, Scout —dice con una voz llena de alivio mientras me abraza. Puede que sea un adolescente, pero nunca ha reprimido sus emociones conmigo.

Lo abrazo más fuerte.

—De nada. Me alegro de que estés aquí.

Lo suelto y doy un paso atrás. Sonríe de oreja a oreja. Está más alto que cuando lo vi por última vez; ahora me llega a la altura de los ojos. No debería crecer tan rápido. Debería seguir siendo un niño, no un hombre de diecisiete años.

La puerta de Gustov hace un ruido al abrirse y se cierra de golpe. Eso atrae la atención de Paxton, que lo mira fijamente con un asombro innegable en los ojos. Como decía, cuando está conmigo, nunca reprime sus emociones.

— Tú eres Paxton, supongo. A menos que a tu prima le vayan los autoestopistas, lo cual está bien. Todos necesitamos una afición. —Ahora Gustov está a mi lado.

Paxton suelta una risa nerviosa. Mira a Gustov como si fuera un Dios. Paxton siempre ha sido terriblemente tímido y cauto con los extraños. No confía en nadie con rapidez. Y no lo culpo; no lo criaron en una casa en la

que hubiera confianza. Las promesas nunca se cumplían. Yo me adaptaba porque estaba acostumbrada y era más madura, pero Paxton nunca se acostumbró del todo. Era joven y vulnerable, y cuando sus padres decían que iban a hacer algo, él esperaba que lo hicieran. La mayoría de las veces no era así. Paxton es la única persona en el mundo a la que no mentiría, supongo que porque todos los demás ya lo han hecho.

—Paxton, este es Gustov Hawthorne. Gustov, este es Paxton.

Gustov le tiende la mano y Paxton se la estrecha a regañadientes.

—Solo Gus, Pax. Bienvenido al sur de California, tío. ¿Qué tal el viaje en el gran pájaro?

Paxton sigue sosteniéndole la mano, pero ya no la sacude. Solo mira a Gus fijamente. Le doy un golpecito en el hombro para sacarlo de su estado de veneración.

Él vuelve en sí y suelta la mano de Gus, pestañeando con rapidez. Tiene el pico totalmente cerrado, así que vuelve a insistir con la pregunta.

—¿Qué tal el vuelo?

Él asiente.

—Bien. Ha ido bien. Muy bien. Excepto por las turbulencias en el Medio Oeste; eso no me ha gustado. Pero, por lo demás ha estado bien. Muy bien —divaga. Es muy raro que divague; es por culpa de los nervios.

Si Gustov se ha dado cuenta de ello, lo disimula.

—Bueno, Pax, metamos tus maletas en la parte de atrás de la furgoneta. —Gustov coge una y Paxton la otra—. ¿Esto es todo?

Paxton asiente, pero parece avergonzado por alguna razón.

—Sí.

Gustov le da palmaditas en la espalda mientras pasa a su lado para entrar en la cabina de la furgoneta.

—Hay que viajar ligero. Eres de los míos, Pax. Nos llevaremos muy bien.

Al oír las palabras de Gustov, Paxton pone cara de alivio. Sé que es un gesto muy pequeño, pero se lo agradezco. Su amabilidad acaba de alegrarle el día a Paxton. Sonrío. Siento que todo irá bien.

Martes, 29 de agosto

Gus

Pax empieza hoy las clases. Impaciente lo llevó ayer al instituto y lo matriculó, pero no había razón para que ella llegara tarde hoy al trabajo. Yo estoy aquí, sin hacer absolutamente nada. Además, me gusta este chico. Ayer hicimos buenas migas. A veces conoces a gente y sabes que ese primer encuentro no ha sido casualidad. Que te necesitan o tú los necesitas, o a veces ambas cosas. Este chico necesita a alguien. Necesita amigos. Tengo la sensación de que no tiene muchos.

Mientras espero a Pax, engullo algunas rebanadas del bizcocho de plátano que Impaciente preparó anoche. Cuando entra en la cocina parece muy nervioso, como si estuviera a punto de vomitar o desmayarse. No quiero decírselo y empeorar las cosas, así que finjo no darme cuenta.

—Hola, caracola. —Sus ojos se fijan en el bizcocho de plátano que tengo en la mano—. ¿Quieres algo de energía? —pregunto, y señalo las bolsas herméticas que hay en la encimera a mi espalda.

—¿Eso lo ha hecho Scout?

Le doy otro mordisco y hablo mientras como:

—Sí. Está de puta madre.

Él sonríe como si el hecho de que haya soltado esa palabrota sea la cosa más guay que ha escuchado nunca.

—Mi madre nunca cocina. A veces creo que Scout aprendió a cocinar solo para que yo no muriera de hambre.

Es un comentario extraño, porque tengo la sensación de que lo dice en

serio. Literalmente. No sé nada del pasado de Impaciente, excepto que la madre de Paxton es su tía, Jane, con la que a veces habla por teléfono. Además, conozco al puto Michael. Eso es todo.

Cuando Pax se come unas cuantas rebanadas, le sugiero que nos pongamos en marcha.

—Será mejor que nos vayamos, tío. Tu prima me mataría y me convertiría en cebo para peces si llegaras tarde el primer día. Es un poco insistente con eso de la puntualidad.

Como si fuera una señal, me suena el teléfono en el bolsillo. Es un mensaje de Impaciente. «¿Estáis ya de camino?». Levanto el teléfono para que Pax lo lea. Él entrecierra un poco los ojos, así que hago una nota mental para preguntarle más tarde a Impaciente si lleva lentillas o gafas. Le cuesta mucho leer el mensaje. Me mira con unos ojos confundidos.

—¿Quién es Impaciente?

Me río porque había olvidado que, hace meses, guardé su número de teléfono así.

—Lo siento, es Scout.

Él piensa durante un minuto y entonces sonrío.

—A veces es un poco impaciente.

—¿A veces? —pregunto—. Joder, qué generoso eres.

Pax sabe que bromeo. Más o menos. También se ríe. Su risa es contenida, más como una risilla. Es como si en su interior tuviera ataduras de las que se quiere deshacer desesperadamente, pero no sabe cómo. Eso me entristece un poco. Solía dar la risa por sentado. Estuve rodeado de ella durante años, pero entonces la risa murió con Bright Side. Siento que tengo que volver a aprender a reír. Entiendo a Pax. Los dos necesitamos encontrar la luz.

Mientras nos acercamos al colegio, lo miro de reojo.

—Tío, ¿quieres que te deje delante del instituto o al final de la calle? No quiero mancillar tu reputación con mi furgoneta de mierda el primer día de clase.

Me encanta mi furgoneta, pero sé que no todo el mundo siente lo mismo. Además, tengo la impresión de que este chico tiene problemas mayores. No quiero que se burlen de él porque un idiota lo vea bajarse de mi furgoneta y

decida hacérselo pasar mal. Solo trato de evitar un problema.

Él sonrío.

—Déjame enfrente. Me da igual que tu furgoneta sea una mierda —dice.

—Qué honesto. —Levanto la mano y me choca los cinco.

Cuando detengo la furgoneta, él me mira con los ojos muy abiertos y una fina capa de sudor en la frente. Es una clara muestra de pánico, así que le doy un discurso motivacional de los míos.

—Pax, molas mazo, recuérdalo. Ahora ve a por ellos.

Él sonrío.

—Gracias, Gus.

—De nada. Nos vemos a las tres y media. Intentaré aparcar aquí. Si veo que llego tarde, te enviaré un mensaje. Es una advertencia; hay un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que llegue tarde, porque siempre llego tarde. Así soy yo.

Adivinad quién ha llegado quince minutos antes para recoger a Pax. El menda. Estoy orgulloso de mí mismo. No quiero decepcionar al chaval porque, aunque eso sería ya lo bastante malo, además decepcionaría a Impaciente. Y tampoco quiero hacer eso. Pax camina con la cabeza agachada. Me pregunto si ha estado así todo el día, intentando que no lo vean, intentando pasar desapercibido. Cuando levanta la vista, sonrío y yo esbozo una amplia sonrisa.

—¿Qué tal el primer día del resto de tu vida?

—Muy bien. —Una respuesta neutral y que podría significar muchas cosas. No lo conozco lo bastante como para leerle la mente.

—¿Has conocido a alguna chica?

Me mira como si lo estuviera molestando.

Levanto las cejas.

—¿Qué? Es una pregunta legítima. Somos chicos y las chicas nos gobiernan. Es un hecho de la vida.

Curva los labios ligeramente y se le sonrojan las mejillas.

—Ajá. Ya le has echado el ojo a una chica. ¿Cómo se llama, tío?

—Mason. —Tiene las mejillas de color escarlata.

Me río y le doy un puñetazo en el hombro.

—Te voy a llevar a Ice Shack a por un helado para que me cuentes todo sobre esa encantadora Mason.

Vamos a por un helado.

Y él me lo cuenta todo.

No había visto al chaval tan feliz hasta este momento.

Sábado, 2 de septiembre

Gus

—Pax, te aviso —digo mientras enciendo las luces de las escaleras que llevan al sótano—, si duermes en pelotas, cúbrete la serpiente, porque estoy bajando.

Es temprano. Y es sábado. Los dos deberíamos estar durmiendo. Me siento mal por despertarlo, pero era la única hora disponible que había con tan poca antelación.

Pax cambia de postura en el sofá cama y se cubre los ojos con el antebrazo para protegerse de la luz.

—Lo siento, tío. Levanta el culo. Tenemos lugares a los que ir y gente a la que ver.

No mueve el brazo, pero habla adormilado oculto tras él.

—¿Qué hora es, Gus?

—Son las siete menos diez. Como decía, lo siento mucho, pero tenemos que irnos pronto. Dúchate y nos vemos arriba en veinte minutos.

Él retira el brazo. Tiene los ojos entrecerrados.

—¿Adónde vamos?

—Es un secreto. —No lo es. Vamos al oculista, pero se lo diré cuando esté despierto del todo.

Llegamos unos minutos antes de la hora prevista. Pax está confundido cuando nos detenemos y salimos del coche.

—¿Por qué estamos aquí?

—¿Alguna vez te has hecho una revisión de la vista? —Niega con la cabeza—. Bueno, siempre hay una primera vez para todo. Vamos, tío.

Pax rellena unos formularios y, antes de que le dé tiempo a sentarse, ya está con el médico. Yo, mientras tanto, charlo con la señora mayor que está sentada a mi lado. Está esperando a que salga su marido, a quien le están examinando las cataratas. Probablemente tenga unos ochenta años, y es una mujer muy guay, con el pelo blanco. Cuando Pax sale, sé cuántos hijos, nietos y bisnietos tiene, y he visto fotos de la mayoría de ellos. También sé que nació en Maine pero se mudó a San Diego hace cuarenta años, por el trabajo de su marido. Tiene un pomeranian llamado Bitsy y huele a polvos de talco. Me cae bien. Pax tiene la cabeza agachachada cuando se acerca a mí.

—¿Cuál es el veredicto?

—Necesito gafas.

«Joder, claro», pienso. Llevo días viendo cómo entrecierralos ojos.

—Genial. A por ellas.

Nos sentamos en una mesa con una adorable y vivaz oculista llamada Brandy. Cuando le pregunta a Pax si quiere gafas o lentillas, él me mira a mí.

Yo me encojo de hombros.

—¿Qué quieres, Pax? Es para ti.

Él se encoge de hombros.

—No me gusta tocarme los ojos. No creo que pueda ponerme lentillas; pero tampoco quiero parecer un idiota con las gafas.

Me río.

—¿Idiota? Eres un tío guapo. Las gafas te sentarán bien. —Miro a Brandy, añado—: Mira, ella lleva gafas y le quedan genial. —Le guiño un ojo, para que me siga la corriente.

Brandy sonrío y se sonroja por el cumplido. Pax tartamudea cuando se da cuenta de que quizá la ha insultado.

—Lo siento, no quería ofender. Las tuyas son bonitas —dice.

Ella le devuelve la sonrisa con dulzura.

—¿Por qué no te pruebas algunas monturas para ver cuál te gusta?

Pax se pasa los siguientes treinta minutos probándose todo lo que le damos. Al final, elige una montura negra. Le sientan bien, porque tiene

el pelo oscuro y la piel clara.

Cuando Brandy nos dice que volvamos a recogerlas después de las dos, lo pago todo y vamos a algunas tiendas. Este chaval necesita ropa nueva. Llevaba uniforme en su antiguo instituto y no tiene mucho más aparte de polos azul marino, camisas blancas y pantalones *beige*. No conozco a Pax, pero sé que no es de los que llevan polos y pantalones *beige*. Se muestra indeciso cuando le digo que elija unas cuantas camisetas y unos vaqueros. O no sabe lo que le gusta, o no quiere que me gaste dinero en él. Supongo que ambas cosas.

Cuando por fin empieza a mirar ropa, siempre pregunta:

—¿Qué te parece, Gus? ¿Te mola?

Las primeras veces respondo con un: «Yo no me lo voy a poner. ¿Te mola a ti?». No quiero que elija ropa solo porque cree que a mí me gusta. Cuando me doy cuenta de que parece un poco agobiado, entiendo que es probable que nunca haya hecho esto. Apuesto a que su madre siempre le ha comprado la ropa.

—Cierra los ojos.

—¿Por qué? —pregunta.

—Tú hazlo, joven padawan.

Lo hace.

—Ahora, cuando te diga que abras los ojos, quiero que cojas lo primero que te diga: «Eh, Pax, molo mucho. Me necesitas». ¿Vale?

Él sonrío y asiente.

—Vale.

—Abre los ojos.

Lo hace y, tras dudar dos segundos, camina hacia una camiseta que hay en un estante en la que pone: «Vive a lo épico». Es una camiseta negra con un estampado blanco desteñido.

—Buena elección. No es que quiera robarte el protagonismo, pero creo que yo también la necesito.

Él me ayuda con entusiasmo a buscar mi talla.

A partir de ahí, no tarda mucho en reunir varias camisetas, sudaderas con capucha y vaqueros, y en ver cómo le queda todo en el probador. Me aseguro de que tenga un conjunto para cada día, para que solo tenga que hacer la

colada los fines de semana.

Después del almuerzo, vamos a una tienda de deportes para comprarle unas zapatillas de deporte. Lleva unas que están destrozadas y que probablemente le vengan pequeñas. Además, su otro par de zapatos son unos de vestir de piel marrón que estoy seguro de que eran parte del uniforme, si me baso en el hecho de que tienen pinta de ser de un hombre de mediana edad. Pax elige unas Vans Half Cabs de color azul marino y se las lleva puestas; deja las deportivas viejas en la tienda.

Recogemos sus gafas nuevas de camino a casa. Yo no digo nada, pero lo observo por el rabillo del ojo durante todo el viaje de vuelta. El chaval mira a su alrededor como si hubiera sido ciego toda su vida y le acabaran de devolver la visión. Está en silencio. Simplemente se fija en todo, observa las cosas de cerca y de lejos. Me hace feliz.

—Pax, esas gafas te quedan de puta madre. Solo digo eso. Espera a que Mason te vea.

Él sonríe con timidez y se sonroja, justo como hace cada vez que menciono el nombre de la chica. Mira por la ventana del copiloto. Sé que está sonriendo. Lo noto.

Cuando llegamos a casa, se lleva toda la ropa nueva al sótano y vuelve unos minutos después con unos vaqueros nuevos y una camiseta de Nirvana.

—Ven conmigo —digo, y gesticulo para que me siga a mi habitación.

Es la primera vez que está en mi cuarto y lo mira con los ojos bien abiertos. No hay mucho que ver, si no cuentas los montones de ropa sucia del suelo. Solo hay una cama, una mesita de noche y una cómoda pequeña. Tengo tres guitarras: dos eléctricas, metidas en sus estuches al lado de la puerta del armario, y una acústica vieja, que siempre está de pie en la esquina.

—Está hecha una pocilga, lo sé. Hace como dos semanas que tendría que haber hecho la colada.

Saco una caja de cartón llena de camisetas de Rook del armario y la dejo en el suelo.

—No sé si has escuchado nuestra música, pero si quieres unas cuantas camisetas, sírvete. Si no, no hay problema.

Se le iluminan los ojos.

—¿De verdad?

Asiento.

—Claro.

Se arrodilla frente a la caja y empieza a rebuscar en ella. Tras elegir dos, levanta la vista hacia mí.

—Rook es mi grupo favorito. Gracias por las camisetas.

Eso me sorprende.

—¡No jodas!

Él asiente con entusiasmo.

—Sí. Os escucho desde que salió el disco, en otoño.

—Vaya. Gracias, tío. —Sé que a veces nos reconocen en la calle, pero aún me sorprende cuando alguien conoce a Rook.

—En realidad, mi padre es Jim Ridgely, vuestro mánager de gira. —Lo dice a modo de disculpa.

—¿Tu padre es el puto Hitler? —pregunto, deseando de inmediato no haberlo dicho en voz alta.

Él se ríe y me alivia no haberlo insultado. También le estoy dando vueltas al asunto en mi cabeza. Intento averiguar cómo encajan todas las piezas. Si Hitler es el padre de Paxton, eso quiere decir que es el tío de Impaciente. No me extraña que trabajara con él mejor que los demás. No es que pareciera que tuvieran una relación familiar, pero era la única que lidiaba con sus mierdas y le hablaba con franqueza sin quedar como una imbécil. Y ahora sé por qué él confiaba en ella.

Pax deja de lado el puto comentario de Hitler.

—En realidad, no me puedo creer que esté en tu habitación. ¿Aquí es donde compones?

—Normalmente. Hace tiempo que no escribo.

Ahora parece confuso.

—¿Y qué pasa con el siguiente disco? Habrá otro disco, ¿verdad? Por favor, dime que habrá otro disco.

Asiento, pero no con muchas ganas.

—Habrá otro álbum.

Pax sonrío. No ha notado la duda en mi voz.

—Bien. Necesito otro álbum. No me malinterpretes; podría escuchar el

primero todo el día, todos los días, durante el resto de mi vida, pero... —
Levanta la vista hacia mí con expectación.

Pero.

Esa es mi vida.

Un «pero».

Y toda la indecisión y lo desconocido que contiene.

Domingo, 10 de septiembre

Gus

Mi madre, Impaciente y Pax han ido al cine. En otra ocasión, los habría acompañado, pero fui con Franco hace unos días a ver la misma película. Debería hacer algo aparte de estar tumbado en el sofá, cambiando de canal sin pensar, pero me da demasiada pereza ahondar en qué debería hacer.

Cuando llaman a la puerta, maldigo a quienquiera que sea, porque no me apetece levantarme. Los golpes persisten y no puedo ignorarlo más, así que levanto mi culo gandul del sofá. Ya estoy cabreado con quien llama a la puerta antes de abrir. La cosa empeora. Es el puto Michael. No tengo ni una pizca de paciencia para este hijo de puta.

—No está.

Mira con odio el reloj caro de su muñeca y parece irritado.

—¿A qué hora volverá?

—Estará fuera toda la tarde. —Me encojo de hombros; es un «que te den».

Lo ha pillado. Levanta las cejas con irritación y frustración.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí. Muy seguro. —Se acabó la conversación. Estoy listo para volver al sofá y ver mierdas en la tele.

El tío empieza a dar golpecitos con el pie derecho mientras piensa. Es una especie de tic nervioso de macho alfa. Lo odio.

Estoy a punto de cerrar la puerta, pero él estira el brazo y la detiene con la mano. Es un movimiento arriesgado, teniendo en cuenta que ya había dado

por zanjada nuestra conversación.

—Dile que he pasado por aquí —dice. Es una orden, no una petición.

Le miro la mano, que aún sujeta la puerta.

—¿Debería hacerle saber también que se te ha olvidado quitarte la alianza o prefieres que omita ese detalle?

Aparta la mano rápidamente y la mete en el bolsillo de los pantalones. Lo acabo de empujar por un acantilado del valle de la culpa, y eso hace que se avergüence. No es una vergüenza con remordimientos; es la vergüenza de un cabrón escurridizo que nunca en su vida ha aceptado la responsabilidad de sus malos actos. A juzgar por la expresión de su cara, Impaciente no lo sabe.

No espero a que diga algo.

—Vete de mi puta casa. —Y entonces, le cierro la puerta en las narices.

Martes, 19 de septiembre

Scout

Ha sido un día largo. Acabo de llegar a casa de trabajar y ya estoy deseando que llegue la hora de irme a dormir. Lo anhelo como si no hubiera descansado nada en días. El cansancio me lo ha hecho pasar mal estas dos semanas. La ansiedad es mi némesis. Me preocupo por cualquier cosa. Trabajar con Audrey es como un sueño, pero, aun así, me preocupo: por mi forma de trabajar, mis habilidades para aprender lo que hay que saber sobre el negocio de manera rápida y eficiente, por cómo interactúo con los clientes... Ella siempre me asegura que está contenta con mi trabajo, pero tengo tantas dudas, y están tan arraigadas en mí, que me cuesta dejar de preocuparme.

Me preocupo por Audrey. No es mi trabajo como asistente preocuparme por ella, pero lo hago porque le he cogido mucho cariño a nivel personal. Es mi mentora y todo un modelo a seguir para mí. La admiro mucho y solo quiero lo mejor para ella. Y, de alguna manera, transformo ese sentimiento en preocupación.

También me preocupo por Paxton y por cómo le va en el instituto. Me preocupo por Jane, por su bienestar y su estado mental. Me preocupo por mi pasado con Michael y, aunque ya he dejado eso atrás, la preocupación aún me da la lata. Me preocupo por Gustov, tanto por él como por nuestra amistad. A veces siento que no sé cómo tener una relación de amistad con alguien que no sea Paxton, pero sé que quiero ser su amiga.

Nuestra amistad es un poco complicada, debido a la atracción que a veces siento por él. Se hace patente en los momentos más insospechados: cuando hace algo agradable, cuando me mira con una expresión bobalicona

en la cara o cuando dice algo inesperado. Simplemente ocurre y no sé cómo enfrentarme a ello todavía. Es algo nuevo y desconocido para mí.

Así que me preocupo por todo. A veces está justificado, a veces no. Solo me preocupo. Forma parte de mi personalidad. Y resulta agotador.

Cuando escucho un maullido, abro los ojos y camino por el pasillo hacia mi habitación, en guardia. Es un gatito gris y blanco. Da vueltas alrededor de mí, y me roza con dulzura las piernas. Cuando me agacho para acariciarlo, ronronea.

—Ey, hola —susurro. No puedo evitar sonreír hasta que inclina la cabecita hacia mí. Entonces, jadeo de sorpresa y lo cojo—. Oh, pobrecito.

Está herido.

Las heridas no son nuevas, pero parecen haber sanado de forma natural. Le falta el ojo izquierdo y tiene la cuenca deformada por un golpe. También le falta la mitad de la oreja izquierda y tiene la pata delantera de ese mismo lado doblada hacia fuera de manera grotesca, como si se la hubiera roto y nunca hubiera sanado correctamente.

El ronroneo se intensifica.

—Eres una puta traidora. —Es Gustov.

Sorprendida, me quedo paralizada, aún con el gatito en los brazos.

—¿Qué?

Él señala al gato.

—Costillas.

Ahora sí que estoy muy confundida.

—¿Costillas?

—Sí, se llama así. Costillas. La he encontrado esta mañana en la calle. Se había metido en la basura de los Cominsky y estaba comiéndose unas...

Lo interrumpo con una sonrisa:

—Costillas. Lo pillo.

Él asiente.

A veces... la mayoría de las veces... su originalidad me divierte. Es refrescante. ¿Quién llama a su gata «Costillas»?

—No es un nombre muy femenino para una señorita —contesta.

—«Costillas» es un nombre genial. Y no es ninguna señorita, Impaciente. No dejes que te engañe: es una embaucadora de primera. —Levanta los

brazos para mostrarme las marcas de las uñas en los antebrazos—. Peleó con valentía. Ahora somos amigos. —Vuelve a mirar a la gata en mis brazos—. O algo así. Creo que tú le gustas más. No voy a mentir, me siento herido, Costillas. Te ofrezco refugio y tú me cambias por la primera tía que se te cruza. Eso no mola.

Sonríó cuando repite lo de «Costillas», porque es gracioso.

—¿La has llevado al veterinario? Esto tiene mala pinta —digo, y le toco la cabeza, herida.

—La he llevado esta mañana. Son heridas viejas. Se curarán bien. Está fuerte como un roble. No sientas pena por ella; eso es lo que quiere.

Sus palabras me llegan al corazón: viejas heridas... se curarán bien... fuerte como un roble... pena por ella... eso es lo que quiere. Trago saliva con dificultad. Esa soy yo. Estoy curada. Tengo salud. Pero no quiero que la gente sienta pena por mí. Quiero que me ignoren. Al menos, eso era lo que siempre había querido, hasta que me mudé a San Diego. La duda es el principio del cambio. Quizá sea momento de cambiar.

Gustov levanta el brazo para taparse la boca, como si la gata no fuera capaz de oírlo.

—Pero es una chica increíble. Es solo que no quiero que se le suba a la cabeza, de lo contrario seré suyo, más de lo que ya lo soy, y me convertiré en la loca de los gatos. Puede que ya lo sea en un noventa y siete por ciento, y solo la conozco desde hace ocho horas. Me va a dejar KO. Mucho. Lo sé.

Estoy segura de que Gustov acaba de ganar diez puntos por simpático. Físicamente, es un hombre enorme. También es una estrella del *rock*, que vive con su madre, a la que adora. Se hizo amigo de Paxton en un instante. Y, ahora, acaba de rescatar a una gata herida y abandonada. Definitivamente, no es el hombre que yo creía hacía unos meses. Es... solo... una buena persona. Y, maldita sea... eso es atractivo.

Lunes, 25 de septiembre

Gus

Mi madre me ha dicho que la abuela del chico del departamento de envíos ha fallecido este fin de semana. El funeral es en Seattle, lo que significa que no trabajaré el resto de la semana. Me ofrecí voluntario para ayudarla porque, para ser sincero, prefiero hacer cualquier cosa antes que estar en casa sentado y solo; solo yo y esta puñetera casa. Estoy harto de pasarme todo el día mirando un trozo de papel en blanco como un tonto. O de sostener la guitarra y no escuchar nada. O de sentarme al piano y dejar que las teclas se burlen de mi falta de cooperación musical.

No puedo componer.

No quiero componer.

Todos necesitan que componga.

Odio esto.

Así que vuelvo a trabajar felizmente en la sección de correos.

—Es la hora del almuerzo. —Su voz me saca de la monotonía de clasificar y amontonar sobres. Impaciente está en la puerta.

Asiento.

—Sí, gracias.

No me ha traído nada de casa esta mañana y no quiero ir a la tienda de la esquina. La última vez que fui allí me reconocieron... y no fue muy bien. Sentí claustrofobia y entré en pánico, así que me conformo con fumarme unos cigarros en la parte trasera del edificio, aunque mi estómago ruja.

Ella levanta una bolsa.

—Había una oferta especial en Antonio's. Compré dos trozos y me dieron otros dos gratis. ¿Quieres la mitad?

Me encojo de hombros.

—Claro. ¿Te ofreces voluntaria para darme de comer?

—Me ofrezco voluntaria para proveerte de comida. No voy a darte de comer. — contesta, y se ríe. Las cosas son mucho más fáciles entre nosotros últimamente. Puedo bromear con ella. No es tan estirada conmigo y nos reímos juntos.

Comemos en silencio en una mesa de plástico en la parte trasera del edificio. Cuando terminamos, en lugar de marcharse, se queda conmigo mientras me fumo un cigarro.

—Sé lo que estás haciendo —dice sin tapujos.

—Matándome —contesto, y miro con cinismo el cigarro que tengo en la mano.

—Te escondes —dice—. ¿Por qué te escondes aquí? No me malinterpretes, me encanta esto, trabajar para Audrey. Pero tú... tú no deberías estar aquí. —Esa es la Impaciente directa que conozco.

—¿Por qué no?

Suspira.

—Gustov, tratas de ganar tiempo, pero estás perdiéndolo. No vives. No estás haciendo lo que te gusta.

—¿Y qué es lo que me gusta?

—Componer música. Tienes un montón de seguidores; los he visto en los conciertos. —Hace una pausa—. Te quieren.

Impaciente está mirando al suelo, como si le costara admitirlo. Yo asiento aunque no me esté mirando. Acepto el cumplido, sin reconocerlo verbalmente, porque eso estropearía el momento y la avergonzaría. Scout es muy cautelosa y sé que le ha costado mucho decirlo.

—Sí, bueno, componer música es un poco... como un desafío... ahora mismo.

Sus ojos se vuelven a encontrar con los míos.

—¿Un desafío? ¿Qué se supone que significa eso?

No quiero hablar con ella de esto. No quiero hablar con nadie de esto.

—Nada.

Ella no lo deja estar.

—Sí, significa algo. Lo es todo para ti. Es tu mundo. —Entonces, se levanta y se va.

Yo me quedo solo, pensando en lo que acaba de pasar. Tiene razón. Sé que tiene razón. Necesito empezar a mover el culo.

Pero no puedo.

Miércoles, 11 de octubre

Gus

—Creo que ha llegado la hora de que nos mudemos. —Habla en voz baja, demasiada baja hasta para ella.

Es como una bofetada. Una alarma que me despierta.

—¿Qué? ¿Mudarnos?

Está mezclando masa de galletas en un bol sobre la encimera. Cocina muchos postres, pero casi nunca se los come. Creo que lo hace para contentar a los demás. Y nos hace felices porque se le da muy bien, aunque creo que, si supiera a mierda, me lo comería igualmente, porque es su manera de demostrar su amor. Tiene problemas para hacerlo; está bloqueada. No es que ella no quiera expresarlo, porque lo siento en las pequeñas cosas que hace, sino que, más bien, no sabe cómo.

Mantiene los ojos en el bol.

—Paxton y yo no podemos vivir aquí para siempre, Gustov. Audrey ha sido muy amable por dejar que nos quedemos tanto tiempo.

—A ella le encanta que estéis aquí. No te preocupes por eso.

Es verdad. Mi madre y yo hablamos mucho, y cuando ella habla de ellos, solo percibo amor en su voz. Es de las que dan sin esperar algo a cambio y nada la hace más feliz que ayudar a los demás, especialmente cuando se encariña por alguien. Es una madre para todos, desinteresada y cariñosa. Trata a las personas que quiere como si fueran de la familia, porque eso es exactamente lo que son para ella.

—Me preocupo. Además, Paxton ha sido una sorpresa para ella. No

formaba parte del plan cuando me dio trabajo y me ofreció un lugar donde vivir.

—Pax es la hostia. Es un chaval increíble.

Ella sonríe por fin y me mira. Es la primera vez que lo hace en toda la mañana.

—Lo es.

—Es a Costillas a la que no soporta —añado. Intento hacerla reír. A mi madre le encanta Costillas. Demasiado. Esa maldita gata tiene a todos los humanos de la casa comiendo de su adorable patita.

Scout ignora la broma y continúa:

—Y Pax te idolatra. Estoy segura de que te has dado cuenta, pero le encanta estar contigo. Y creo que es bueno para él que tenga un referente masculino en el que fijarse.

Me río al oír eso.

—No digas tonterías. Yo no soy el referente de nadie.

Ella no se ríe conmigo.

—Gustov,   puedo ser sincera un minuto?

—Por supuesto. Y aprecio la sinceridad siempre, no solo esta vez, para que lo sepas.

Impaciente oculta muchas cosas, lo s e. No es que sea una mentirosa, sino que se reprime. Oculta información, emociones... es retraída hasta el punto en que me pregunto si eso no la asfixia.

Baja la vista al bol. Est  colocando cucharadas de masa de galletas en el papel de horno. Est  pensando en lo que acabo de decir, mucho más de lo que yo pretendía, pero no tanto como necesita hacerlo para creerlo. Tras unos segundos, asiente.

—Tienes razón. —Me mira otra vez. Yo asiento para indicar que la he escuchado, y ella continúa—: Cuando te conocí, pensaba que eras un capullo.

Asiento de nuevo.

—Probablemente tuvieras razón. Sobre todo por aquel entonces.

Scout niega con la cabeza para ignorar mi comentario.

—Para. Déjame terminar. —Toma aire—. Me equivoqué. Estaba tan inmersa en mis propios problemas que dej  que eso me nublara el juicio.

Todos los chicos que veía, todos a los que conocía, eran unos capullos de forma automática. No solo eras tú. Pero como estaba obligada a trabajar contigo, la hostilidad creció. Tengo un pasado. —Hace una pausa, como si estuviera pensando en detenerse ahí, y entonces suspira—. He tomado malas decisiones. He hecho cosas de las que no estoy orgullosa. Durante mucho tiempo, traté de echarles la culpa a otros. Ahora intento responsabilizarme de mis actos. —Vuelve a hacer una pausa para recomponerse—. Lo siento. Yo no quería hablar mí. Lo que intento decir es que me equivoqué contigo. Eres un modelo a seguir, eres amable y tienes un carisma que atrae a la gente. No te esfuerzas en ello, sucede porque a la gente le hace feliz estar a tu alrededor. Sé que sufres por algo ahora mismo, algo oscuro, pero en lo más profundo de tu corazón eres... feliz. Y bueno... Yo no puedo ser así. Pero tú sí, y lo admiro, y quiero que Paxton tenga un modelo así. Creo que él también es como tú, pero nunca ha podido demostrarlo. Hice lo que pude con él, pero no soy como tú o Audrey.

Me entristece escucharla dudar de sí misma; ella es mucho más de lo que cree. Me pregunto si alguna vez alguien se lo ha dicho.

—No te ves a ti misma, Impaciente. No ves a la persona que los demás vemos.

Impaciente niega con incredulidad mientras camina hacia el horno para meter las galletas. No siente pena de sí misma, sino un odio arraigado en lo más profundo de su ser. Cuando cierra la puerta del horno, la agarro del brazo y la giro cuidadosamente, para que me mire a la cara. Ella cierra los ojos cuando estamos cara a cara.

—Mírame, por favor. —Lo hace—. Nadie es perfecto. Créeme, lo sé. Pero te infravaloras demasiado, joder. Eres muy inteligente. A mi madre le encanta trabajar contigo, y eso es decir mucho, porque ella necesita a alguien que pueda seguirle el ritmo, intelectualmente hablando. El hecho de que hayas podido sustituir a Mikayla y estar al mismo nivel no es un milagro en absoluto. Además, prestas atención a todo cuanto te rodea. Aunque no tenga que ver contigo; siempre prestas atención. Y no eres indiscreta ni te entrometes, sino que eres muy consciente de todo. Eso indica que te importa. Y eso por no hablar de Pax. El chaval te quiere. Estaría perdido sin ti y tengo la sensación de que siempre ha sido así. Y mi instinto me dice que nunca lo has decepcionado. ¿Te has decepcionado a ti misma? Probablemente. Pero a

él no. Nunca. Y eso dice mucho de ti. Joder, Pax ahora está aquí, contigo. No sé cómo es tu familia, pero el hecho de que lo estés cuidando tú porque Jim no lo hace dice mucho de ti.

—¿Sabes lo de Jim? —Parece sorprendida, supongo que porque nunca había sacado el tema.

Asiento.

Impaciente trata de contener las lágrimas.

—Solo quiero que Paxton tenga una vida mejor que la mía.

La acerco hacia mí para abrazarla y digo:

—Ambos estaréis bien.

—¿De verdad?

—Ya lo creo. Y no os vais a ninguna parte. Mi madre se vuelve una fiera cuando el nido está amenazado. Créeme, no te gustaría verlo.

Jueves, 19 de octubre

Gus

Me suena el móvil. No reconozco el número ni el prefijo. Normalmente dejo que salte el contestador, pero estoy aburrido, así que respondo:

—Hola.

—¿Hola? —repite una mujer con voz confundida al otro lado.

—¿Hola? —pregunto yo también. Tengo la impresión de que se han equivocado de número, pero no quiero ser maleducado y colgar sin más.

—¿Gustov? —dice la mujer confundida.

—Sí.

—Gustov, soy Clare. —Hace una pausa larga—. ¿Cómo estás?

Me quedaría corto si dijera que su voz refleja nerviosismo. ¿Clare? Mi mente tarda unos segundos en caer en cuenta. Es Clare, de la gira europea.

—Oh... eh... Clare. Todo bien por aquí. ¿Tú cómo estás? —No la he visto ni he oído nada de ella desde la gira. No estoy seguro de qué va esto, pero siento curiosidad.

—Bien. Mejor. —Suena nerviosa y suspira—. He estado muy ocupada desde la última vez que te vi. Solucionando mis problemas. Superando mi adicción.

Ella hace una pausa y siento la necesidad de intervenir, porque lo está pasando mal y tartamudea. Aunque no me gustaba Clare en especial, no puedo abandonarla ahora que es evidente que quiere hablar conmigo.

—Eso está muy bien.

Escucho un suspiro de alivio.

—Lo siento mucho, Gustov. Siento haberte metido en aquel lío en primavera.

—No es culpa tuya, Clare. Yo tomé mis propias decisiones. Mi vida también era un lío en esa época.

—La razón por la que te llamo es, bueno... para ver si te gustaría cenar conmigo esta noche. Vine hace unos días a San Diego para visitar a mi tía y me voy por la mañana. Me gustaría verte y disculparme como es debido.

Esta no es la Clare que yo conocía. Habla claramente, como una persona normal. Sé que está siendo sincera conmigo. Suena vulnerable. Parece... agradable. Me pirran las personas agradables y tampoco puedo guardarle rencor, así que respondo:

—Suena bien. ¿Quieres que te recoja?

—No, te recojo yo. Forma parte de la disculpa. —Se ríe y me doy cuenta de que no es la risita chirriante y aguda que recuerdo. Suena más delicada, como una carcajada grave y relajada.

—Sí, señora. —Le doy la dirección y quedamos a las siete.

Me estoy poniendo la camiseta de Catfish and the Bottlemen cuando llaman a la puerta.

—Gus, ¿estás ahí?

Abro y Pax está de pie en el marco, con una mueca en la cara medio de asombro, medio de susto. Yo reprimo una sonrisa.

—¿Qué pasa, *my friend*?

Él hace gestos con el pulgar hacia atrás y susurra:

—Hay una chica que pregunta por ti.

Echo un vistazo al reloj de la mesita de noche y veo que son las siete menos cuarto.

—Mmm, ha llegado temprano.

La expresión combinada de Paxton sigue en su sitio, aunque parece más asombrado.

—¿Tienes una cita?

Niego con la cabeza.

—No, no es una cita. Es solo... —Por alguna razón, me trabo, porque no

sé lo que Clare es en realidad para mí—. Es solo una amiga. Hace tiempo que no la veo. Vamos a cenar, eso es todo.

Él niega con la cabeza lentamente.

—Está buena, Gus. Quince puntos en una escala del uno al diez.

Me río porque el chaval nunca habría dicho nada semejante hace unas semanas, cuando llegó aquí.

—Está bien, ¿eh? Te conseguiría una cita con ella si no fuera ilegal. — Guiño el ojo.

—Cumplo dieciocho dentro de unas semanas —se defiende.

—Tío, no podrías con una depredadora como esa. Tú concéntrate en Mason.

Pax sonrío y se sonroja cuando menciono a la chica del instituto que le gusta.

Me pongo los calcetines y las Vans, y me dirijo a la sala de estar con Pax, que me sigue de cerca. Clare está de pie detrás de la puerta corredera de cristal, contemplando el mar. No digo nada durante un minuto y dejo que disfrute de las vistas. Perderse en la calma y en la belleza es un regalo. Si no supiera que es la misma Clare, no lo creería. Su complexión extremadamente delgada se ha vuelto más curvilínea y suave, y en lugar de promocionar su cuerpo para el sexo, lo esconde discretamente en unos vaqueros y una simple camiseta blanca. Su pelo oscuro brilla y le cae sobre los hombros. Me aclaro la garganta para llamar su atención.

—¿Qué hay, Clare?

Ella se gira al oír el sonido de mi voz. Parece más joven y más feliz que hace meses. Tiene la piel limpia y casi brillante. Parece despejada, como si se hubiera deshecho de todo lo malo y negativo junto con el maquillaje y la ropa seductora para revelar esta nueva persona que escondía debajo.

—Hola, Gustov.

—¿Gustov? ¿La gente te llama así de verdad? Pensaba que Scout era la única que lo hacía —dice Pax, que todavía es mi sombra.

Me río.

—Es mi nombre, Pax.

Él se avergüenza.

—Lo sé. Supongo que creía que todos te llaman Gus.

Asiento.

—La mayoría. También me llaman gilipollas. Ese mote también es popular. Respondo a casi todo. Si no, pregúntale a Franco.

Clare sonríe.

—Eso es verdad. ¿Cómo está Franco?

—Bien. Está reparando una vieja moto ahora que estaremos un tiempo en casa. Así se mantiene ocupado. —Está obsesionado con esa chatarra y le dedica todo su tiempo, lo cual es bueno. Me alegro de que se mantenga ocupado con algo que le gusta.

—Bien por él. —Clare mira a su alrededor y sonríe—. Tu madre tiene una casa preciosa. Son unas vistas preciosas. —Gria la cabeza hacia atrás, hacia la ventana.

—Es increíble. Tenemos suerte. —Ella asiente—. Pax, ¿quieres apuntarte y comer algo? —Él cierra la boca y niega con la cabeza. Por dentro, sé que intenta parecer calmado, pero por fuera muestra otra cosa diferente. Parece que vaya a desmayarse—. Vale, soldado. Protege el fuerte mientras no estoy.

Mientras Clare y yo decidimos dónde vamos a cenar, Impaciente cruza la sala de estar desde su habitación hacia la puerta de la entrada. Va vestida para correr, lo cual es extraño porque siempre corre por las mañanas. No dice nada y Pax la detiene en la puerta.

—Scout, ¿adónde vas? Pensaba que íbamos a cenar. Has hecho lasaña.

Scout mira hacia atrás y sus ojos se detienen en Clare y en mí antes de posarse en Paxton.

—No tengo hambre. Puedes empezar sin mí.

Tiene la cara pálida, los labios fruncidos y la mirada dolida. Su voz suena muy triste, triste como si el mundo estuviera desmoronándose a su alrededor y no pudiera hacer nada, como si quisiera con todas sus fuerzas que la vida fuera en una dirección, pero en realidad fuese en otra. Yo he sentido ese tipo de tristeza. Y, cuando pestañeo, ella ya ha desaparecido por la puerta.

Clare y yo terminamos yendo a un pequeño restaurante italiano a unas cuantas manzanas de la casa de mi madre. Vamos caminando porque está muy cerca y hablamos de cosas sin importancia hasta que estamos dentro y sentados en una mesa diminuta para dos. Entonces, todo adquiere un tono serio.

—Lo siento, Gustov. Desde lo más profundo de mi corazón. Estaba hecha un lío. Durante mucho, mucho tiempo estuve hecha un lío. —Sonríe, pero es una sonrisa de disculpa, como sus palabras. Sé que está siendo sincera. Hay algunas cosas que simplemente no pueden fingirse—. En realidad, salí de un centro de rehabilitación hace solo unas semanas.

—¿Cuánto tiempo estuviste ahí? —pregunto. Lo necesitaba. Ya lo sabía, pero al verla aquí y ahora, al ver su transformación, es evidente que los beneficios han sido milagrosos.

—Seis meses. Fui en cuanto volví a Estados Unidos. Al principio, me lo pidió mi jefe, pero yo ya sabía que lo necesitaba. Hacía años que lo necesitaba, pero no podía afrontarlo. Vivía de forma temeraria. A veces, castigarte a ti mismo es más fácil que enfrentarte a tus demonios, ¿sabes?

Asiento. Lo sé.

—Amén, hermana.

Ella levanta las cejas al oír mi confesión.

—Lo sé, y también quiero decirte que siento tu pérdida. Entonces no sabía que te ocurría, aunque supe que estabas pasándolo mal en cuanto te vi. Sufías, como yo. Creo que esa es la razón por la que me sentía tan atraída por ti. Necesitaba alimentarme de esa agonía. Necesitaba sentir el dolor de otra persona. Sentía que tenía un compañero con el que compartir mi dolor. Alguien que me entendía, aunque sabía que yo no te gustaba.

Asiento. Lo entiendo. Los adictos no eligen vivir una tragedia; la tragedia los elige a ellos, y la adicción es el resultado.

—Como decía, estoy de acuerdo contigo. No te culpo por lo que pasó, Clare. Por favor, no pienses así. Aceptaba lo que me dabas. Podría haberlo rechazado. Debería haberlo rechazado. Pero no lo hice. —Tomo aire profundamente—. Nos usamos el uno al otro. Aquella relación llenó el vacío de ambos. Te pido disculpas. Nadie se merece que lo utilicen de ese modo.

Las lágrimas se arremolinan en sus ojos claros.

—Gracias por no odiarme. Estaba muy asustada cuando te he llamado esta tarde. Tenía miedo de enfrentarme a ti. Aún estoy en seguimiento y probablemente lo estaré durante mucho tiempo. Tengo otros problemas con los que todavía estoy lidiando. Me he disculpado con todas las personas a las que he hecho daño por culpa de mi adicción. Tú eres la última persona a la que sentía que le debía una disculpa. Así que, de nuevo, lo siento, Gustov.

Le paso la servilleta y ella la acepta con una sonrisa y se seca los ojos.

—Disculpa aceptada —contesto—. Y te la devuelvo. Yo también lo siento. Sabía que tenías problemas y nunca intenté ayudarte, porque fui egoísta y me estaba ahogando en mi propia mierda.

Ella se da toquitos en los ojos con el papel otra vez y sonrío.

—Ahora estoy bien. Estoy limpia. Llevo limpia seis meses. No estaba limpia desde los dieciocho, aunque cueste creerlo. Me siento bien. También estoy afrontando mi trastorno alimenticio, lo cual es más difícil de lo que parece. O sea, no necesito coca para vivir, pero sí necesito comer. Es una lucha diaria, pero la estoy ganando. Hoy he ganado. Estoy sana y quiero estarlo. Aunque aún no puedo dejar el puto tabaco —añade entre risas—. Pero algún día lo haré.

Resoplo, porque coincido con ella.

—Es una mierda. Yo tampoco puedo dejarlo. —Me lo pienso dos veces antes de preguntar, pero, entonces, sigo mi instinto—. Entonces, ¿qué pasó?

—¿Qué quieres decir? —Parece confundida.

—¿Qué pasó cuando tenías dieciocho? —Tengo la sensación de que me ha traído aquí para algo más que disculparse. Que quizás tiene más cosas de las que quiere hablar, más cosas que quiere contarme. Y escuchar se me da de miedo.

Ella baja la vista al plato que tiene delante.

—Me violaron.

Al oír esas palabras, siento náuseas. Siempre me ha pasado. Pensar en el hecho de que una persona puede forzar a otra para tener relaciones me repugna. Espero a que me mire a los ojos antes de hablar.

—Eso no fue culpa tuya. Y lo siento mucho. —Dios, muchísimo.

Esboza una ligera sonrisa.

—Ahora lo sé. Durante años me castigué a mí misma, pero ahora sé que no fue culpa mía.

—No lo fue —aseguro. No existe ninguna situación en la que una víctima sea culpable de su propia violación. No es posible. Nunca.

Ella asiente.

—Bueno, volvamos a ti... ¿Qué tal estás? ¿Mejor? No quiero preguntar si ahora le resulta más fácil, porque no puedo imaginar que perder a alguien

a quien quieres se vuelva más fácil, pero, ¿lo llevas mejor ahora?

—Ella era mi vida. Mi mejor amiga. Lo era todo, ¿sabes? —Más sincero no puedo ser y entonces, trago saliva para deshacerme del nudo que se me ha formado de repente en la garganta.

Clare asiente.

—Franco me habló de ella. Le pregunté el último día de la gira.

—Sí. No sé. O sea, algunos días solo vivo, solo hago lo que tengo que hacer. Continúo. Y, otros días, la recuerdo y me duele tanto que me siento débil. No sé si tiene sentido. Algunos días estoy bien y otros no.

—¿Has hablado de ello con alguien? —Lo dice de manera amable y sé adónde va a ir a parar esto. Va a sugerirme que vaya a terapia.

Intento responder con humor para evitar el tema.

—Estoy hablando contigo. Eso cuenta, ¿no? —Sonrío, pero ella no se lo traga.

—Me alegra que lo hagas, pero me refiero a gente cercana a ti, y no a alguien a quien ves una vez cada seis meses.

Echo un vistazo al póster de la torre de Pisa que tiene a su espalda.

—Hablar de ella duele. Siento dolor incluso aunque no lo haga. No quiero sufrir más. Así que no, en realidad no.

—Al principio duele. Demasiado. Pero ¿y si con el tiempo ya no doliera? ¿Y si algún día el dolor desaparece? ¿Y si en algún momento te hace feliz hablar de ella, pensar en ella? ¿No merecería la pena?

—Para ser sincero contigo, eso parece un puto sueño inverosímil. No creo que eso pase.

Ella sonrío.

—Podría. Y ocurrirá, con el tiempo. A pesar de todo lo que pasamos y lo mal que nos tratamos el uno al otro, sé que no tienes un corazón de piedra. Eres un buen chico, Gustov.

Le devuelvo la sonrisa.

—Lo intento, tío.

Clare sonrío aún más.

—Lo eres, tío.

Tras compartir una porción de tiramisú, volvemos a casa de mi madre. Nos fumamos juntos un cigarro durante el camino de vuelta y ambos nos decimos que tenemos que dejarlo. Son las nueve y pico cuando nos acercamos a su coche. La invito a entrar, pero dice que tiene que volver a casa de su tía y descansar. Su vuelo sale a las seis de la mañana. Me mira llena de alivio, otra vez.

—Gracias por aceptar verme y perdonarme. Creo que era una de las últimas espinas clavadas de las que necesitaba deshacerme. Ahora la culpabilidad ha desaparecido y me siento más ligera, y es gracias a que tienes un gran corazón. Gracias, Gustov.

Sonrío.

—Me alegra que me llamaras. Ha estado bien. Gracias por perdonarme a mí, por comportarme como un capullo. —Ríe—. Estoy orgulloso de ti, Clare. Eres una persona diferente. Sigue luchando.

Ella asiente.

—Lo haré. Tengo que hacerlo. —Me guiña el ojo—. Mi nueva e increíble vida depende de ello.

Extiendo los brazos.

—Ven aquí.

Clare camina hacia mis brazos y, por un segundo, la sensación me resulta familiar. No es para nada sexual, pero recuerdo su cercanía. Me abraza con más fuerza y no siento más que consuelo y amistad. Sus palabras refuerzan esta sensación.

—Estoy aquí si quieres hablar, Gustov. De lo que sea. He aprendido a escuchar estos últimos meses.

Retrocedo y sonrío.

—Igualmente, señorita. Que tengas un buen vuelo mañana; estamos en contacto. Me gustaría saber si dejas de fumar algún día. Y si lo haces, cuéntame el secreto mágico.

Ella ríe.

—Creo que el secreto es querer hacer el cambio y pasar a la acción. Aún no estoy preparada. Es probable que tú lo dehes antes que yo.

—Deberíamos apostar. Cincuenta pavos para el que lo deje primero.

—Acepto. Buena suerte.

—Buena suerte.

Espero a que arranque el coche y se marche antes de entrar en casa. Mi corazón parece más ligero que hace unas horas. No me he sentido atraído físicamente por Clare, aunque está más guapa que cuando nos liamos hace meses. La energía que desprendía era muy positiva; ha sido agradable estar cerca de ella. Me he cerrado en banda con casi todos últimamente, y quizá Clare tenga razón. Puede que eso solo empeore las cosas.

Scout

Me levanto cuando escucho que la puerta de la entrada se abre. Tardo un minuto en averiguar si es Audrey o Gustov, ya que los dos han salido. Cuando escucho los pasos en el parque, sé que es Gustov. Yo estaba durmiendo en el sofá. No sé por qué. Debería haberme ido a la cama al salir de la ducha, pero no pude. Estoy cabreada conmigo misma porque verlo con otra me ha afectado mucho. La chica era guapa, y era obvio que se conocían desde hace bastante. No era alguien a quien acabara de conocer. No siento celos; al menos, no creo que sea eso. Joder, no sé qué siento, pero no puedo dejar de pensar en Gustov y en el hecho de que yo nunca tendría una oportunidad con un chico como él.

Sus pasos resuenan en el vestíbulo. Se acercan a la sala de estar. Mantengo los ojos cerrados y finjo estar dormida cuando se detiene justo detrás del sofá. Empieza a caminar otra vez y, luego, sus pasos se desvanecen, amortiguados por la alfombra que hay en el comedor. Siento que está cerca de mí. Entonces, me tapa con una manta y noto sus labios en la frente.

—Buenas noches, Impaciente.

Quiero abrir los ojos.

Quiero acercarlo a mí.

Quiero hacerlo.

Pero no lo hago.

Él se va a su habitación.
Y yo me quedo aquí, sola.

Martes, 24 de octubre

Scout

Esta mañana me ha llamado Jim, mi tío. Me ha dicho que Jane está en rehabilitación. Me ha informado de manera rápida y eficiente... porque así es como lo hace todo. Su voz sonaba monótona, sin emoción... como siempre. No es un mal tipo, pero es distante. Aunque yo sé lidiar con él; por eso me ha llamado a mí y no a Paxton. Quiere que se lo cuente yo.

Pero no quiero hacerlo. Quiero que sea un secreto para él. Paxton está más feliz que nunca. Se merece un poco más de felicidad antes de hundirse otra vez en el mundo de sus padres.

Así que no se lo digo. Al menos no de momento.

Sábado, 28 de octubre

Gus

Desearía poder quedarme en la cama todo el día y dormir. Quiero saltarme este día. Quiero que sea ya domingo por la noche y olvidarme de todo.

Odio las fechas que me recuerdan que ya no está aquí.

Y hoy es la peor fecha de todas.

Son las cinco y media de la mañana y no puedo volver a dormir. Mi madre está despierta; escucho en ruido de la cafetera al final del pasillo. Siempre ha sido madrugadora, como Bright Side.

Me doy una patada en el culo en voz alta:

—Levántate, pedazo de cabrón. Afrontemos este día.

Busco por el suelo un par de pantalones cortos. Probablemente debería plantearme hacer la colada, ya que la suciedad de mi ropa ha llegado a un nivel crítico. Encuentro unas bermudas y les hago la prueba del olor. Huelen mal, pero parecen limpias, así que me las pongo.

Ella está en la cocina cuando entro. Tiene la taza de café a medio camino de la boca. No parece sorprendida de verme levantado tan temprano. Sin vacilar, deja la taza en la encimera y camina hacia mí. Esta es la parte en la que nos damos los buenos días y hablamos de cosas triviales, la parte en la que nos comportamos como si fuera un día cualquiera.

Pero hoy no es cualquier día.

Mi madre me abraza por la cintura y yo le rodeo los hombros entre mis brazos y la acerco a mí. Ambos necesitamos este abrazo. Ella está tensa e intenta no llorar. Siempre se tensa cuando intenta controlar sus emociones.

Es difícil para ella porque es una persona emotiva por naturaleza. No es que sea una llorona; no lo es, pero siempre expresa sus sentimientos. Es fácil saber qué siente porque comparte las emociones de quienes la rodean.

Nos quedamos abrazados un buen rato, sin decir nada.

—Veintiuno. ¿Te lo puedes creer, mamá? Bright Side habría cumplido veintiún años hoy.

Ella asiente y repite:

—Veintiún años.

No sé por qué, pero sonrío al pensar en ella. Por un momento, me invade la luz, la luz de Bright Side. Era tan contagiosa, joder.

—Apuesto a que lo habría celebrado con una buena fiesta y se habría bebido hasta el agua de las flores.

Siento que mi madre tiembla de la risa y oigo una suave carcajada. Oír como se ríe me llena de felicidad.

—No sé, cariño, pero estoy segura de que lo habría aprovechado al máximo. Eso es lo que mejor se le daba a Kate. Siempre sabía cómo aprovechar al máximo cada día.

No dejo de sonreír.

—Es verdad. Estoy seguro de que habría celebrado una fiesta de cumpleaños por todo lo alto. En serio, habría sido épico.

Vuelve a reírse.

—Quizá tengas razón.

La suelto; me preparo una taza de café, le echo unas cucharaditas de azúcar y le doy vueltas antes de volverme hacia mi madre.

—¿Irás hoy al cementerio?

Ella sonrío y asiente.

—Sí. ¿Quieres venir conmigo?

Me sorprende a mí mismo cuando contesto sin ni siquiera pensármelo.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Después de ducharnos y vestirnos, ella conduce hasta la floristería para comprar dos ramos de tulipanes amarillos y, luego, paramos en una tienda para comprar cuatro Twix. Cuando aparcamos en el cementerio, mi madre

sujeta el volante con tanta fuerza que juraría que va a dejar una marca. Llevo todo el camino intentando no pensar en lo que estamos a punto de hacer. Pensaba que el miedo me dominaría. Es extraño porque, ahora que estamos aquí, me siento tranquilo. Siento como si Bright Side estuviera cerca. No he venido aquí desde el funeral porque pensaba que me destrozaría. Creía que aumentaría mi enfado. Que me recordaría que mi vida es una mierda sin ella. Sin embargo, ahora mismo, en este momento, me siento más entero que en todos estos últimos meses. Típico de Bright Side: solo ella me acosaría desde la tumba y, en lugar de asustarme, haría que todo fueran rayos de sol, arcoíris y putos unicornios.

—¿Estás bien, mamá? —pregunto.

Ella asiente. No puede hablar. Le doy golpecitos en la mano derecha, salgo del coche y recojo las flores, las barritas de chocolate y la manta del maletero, antes de rodear el coche y abrir la puerta del conductor. Sigue aferrada al volante. Cambio todo lo que tengo a la otra mano y, con cuidado, le despego los dedos del volante. Le tomo la mano e insisto para que salga del coche. Así, caminamos de la mano hacia la tumba de Bright Side y Gracie. Cuando llegamos a sus lápidas idénticas, pequeñas y simples, suelto la mano de mi madre y extiendo la manta. Ella se sienta sin apartar la vista de las tumbas. No pestañea y tiene los ojos llenos de lágrimas.

No sé si habrá venido de visita alguna vez, así que pregunto.

—¿Es la primera vez que vienes, mamá? —Bright Side falleció en enero. Han pasado nueve meses.

Niega con la cabeza lentamente y se obliga a apartar la vista de las lápidas para mirarme.

—Las visito todas las semanas. No me quedo mucho... solo lo bastante para saber que mis niñas están bien.

Tengo la mejor madre del mundo. Las quería como me quiere a mí. Con locura y con todo su corazón.

—Bueno, al parecer soy un capullo de verdad entonces, porque es la primera vez que vengo.

Ella sonrío. Sabe que estoy bromeando.

Les quito el celofán a los ramos y dejo uno delante de cada tumba, sobre la hierba. Hoy hace calor; se marchitarán rápido, pero ahora mismo son flores frescas y bonitas. A Gracie le encantaban los tulipanes y a Bright Side

le gustaba todo lo que le gustara a Gracie, así que sé que las dos estarán contentas. Entonces, desenvuelvo un Twix para cada una de ellas y los pongo al lado de las flores.

—Siento que no esté congelado, Bright Side. Ha sido una visita improvisada y no he tenido tiempo de prepararlo, tío. Te aguantas —la chincho.

Mi madre se ríe a mi espalda.

—Le gustaban congelados, ¿verdad? Lo había olvidado.

Vuelvo a la manta, le doy a mi madre su Twix y abro el mío.

—Sí. Era una quisquillosa con el café y el chocolate. Solo le gustaba el café solo y el chocolate tenía que estar congelado.

Ella vuelve a reír y, entonces, comemos en silencio. El silencio es agradable.

Cuando nos terminamos las barritas, nos contamos historias de Gracie y de Bright Side. Éramos una familia. Lo hacíamos todo juntos. Hay millones de historias entre las que elegir.

El sol está en su punto más alto cuando mi madre y yo decidimos que es hora de marcharnos. No ha venido nadie más desde que hemos llegado. Ha sido una mañana tranquila y cálida, con el cielo de un precioso azul brillante como el mar. Mi madre se arrodilla y pasa la mano con cariño por las dos lápidas y por sus nombres. La ternura y la adoración de su cara y su tacto resultan entrañables. No hay otra manera de describirlo. Me recuerda que el corazón de un ser humano es capaz de hacer cosas preciosas. Les dice a las dos que sean buenas. Les dice a las dos que las quiere. Que las quiere y que les manda un abrazo. Y entonces se despide. Tengo la sensación de que hace esto todas las semanas cuando las visita. Es un ritual. Un ritual sincero y hermoso.

Espero a que camine hacia el coche para doblar la manta y agacharme frente a la lápida de Gracie. Me inclino y la beso. Siempre las besaba en la frente, así que esto es algo simbólico.

—Adiós, Gracie. Cuida de tu hermana por mí, ¿vale, tío? Te quiero.

Entonces, me giro hacia la lápida de Bright Side y también la beso. Miro su nombre. Kate Sedgwick. Ese nombre ejerce un poder enorme sobre mí... Un poder increíble: es una fuerza que me inspira, me alienta y me hace sentir respeto. Es un nombre que siempre he asociado con la valentía. Es un

nombre que siempre ha significado que todo es posible. Es un nombre que era amor, bondad y amabilidad.

—Feliz cumpleaños, Bright Side. Ojalá esta noche estés a cargo del espectáculo. Que sepas que espero algo increíble por tu día. No te sientas presionada, pero será mejor que le des caña y hagas que sea épico.

Me detengo, no porque me sienta raro hablando con ella, sino porque no me quiero marchar.

—Te echo de menos, tío. Te echo tanto de menos...

Acaricio su lápida una vez más y me giro para ver a mi madre. Está esperando pacientemente al lado del coche. Esperaría horas si fuera necesario.

—Te quiero, Bright Side. Nunca dejaré de quererte. Cambio y corto.

Cuando llegamos a casa, llamo a Franco. Contesta al segundo tono.

—¿Qué pasa comemierda? —Sueno preocupado. E inquisitivo. Sabe qué día es hoy.

—*Namasté*, soplagaitas. Oye, necesito un favor.

—Lo que sea. —Ya está de acuerdo. Eso es lo mejor de los amigos de verdad; están donde y cuando los necesitas.

—Necesito concertar una cita con tu hermano para hoy. ¿Puedes hacerlo?

—¿Quieres un tatu? —Sueno sorprendido. Él está cubierto de tatuajes de cintura para arriba, mientras que mi cuerpo es un lienzo en blanco. Siempre pensé que sería así, pero después de lo de esta mañana, sé que no es posible.

—Sí.

—¿Uno grande? Tengo que preguntarle a Julian cuánto tiempo necesitaría. Normalmente no trabaja los sábados.

—Pequeño. Dos palabras —respondo. Eso es todo cuanto necesita saber.

—Vale. Deja que lo llame. Te digo algo en unos minutos, colega. —Está tan emocionado que cuelga sin decir adiós.

Mi teléfono suena al cabo de menos de cinco minutos. Pasamos de nuestros típicos insultos y vamos al grano.

—¿Y bien?

—Te recojo en quince minutos. Nos encontraremos con Julian en la

tienda.

—Genial. Te espero.

Salgo a fumarme un cigarro antes de que llegue Franco. No me dejaría fumar en su furgoneta, así que necesito zanjar este asunto ahora.

La sonrisa de Franco refleja felicidad, emoción, curiosidad, y quizás un poco orgullo cuando llega a casa. Me da un golpe en el hombro al entrar en el coche.

—No me lo creo. El gallina. Pensaba que te asustaban las agujas.

Trago saliva y seme retuerce el estómago. Odio las putas agujas.

—No me lo recuerdes. —Y, entonces, escucho lo que suena por la radio —. Ahora cállate, que quiero escuchar esta canción. ¿Es el nuevo álbum?

Él sube el volumen.

—Sí, Sunset Sons es la hostia, ¿eh?

—Son los putos amos, tío. No hacen nada mal.

Seguimos escuchando mientras conducimos. El estudio de su hermano está a unos veinte minutos, lo bastante lejos como para darle vueltas a lo que estoy a punto de hacer y que me aparezcan nudos en el estómago.

Cuando nos detenemos delante de la tienda de Julian, mi ansiedad llega al máximo. Estoy mareado cuando entro, pero lucho contra las náuseas. Ya me he decidido. Voy a hacerlo.

Julian, un tío guay y un artista con mucho talento, nos saluda. Me ofrece la mano y yo se la estrecho. Entonces, me acerca a él y me da dos golpecitos en la espalda.

—¿Qué hay, Gus? Cuánto tiempo. —Está relajado y de buen humor.

Yo no. Asiento.

—Me alegro de verte, tío. Escucha, no quiero ser un capullo, pero ¿podemos acabar con esto antes de que pote todo el desayuno?

Los dos se ríen mientras Julian se sienta y coge un lápiz y un papel.

—¿Qué quieres hacerte, hombretón?

Julian siempre me ha llamado así. Es unos veinte centímetros más bajo que yo y el cabrón está muy delgado. Básicamente, es una versión más pequeña de Franco y con la cara un poco más infantil, lo que hace que parezca más joven que él, a pesar de que tiene un par de años más que él.

Me señalo el antebrazo y describo el diseño que tengo en la cabeza. Veo

la sonrisa de Franco por el rabillo del ojo antes de que me dé un puñetazo en el brazo.

—Lo sabía.

—Quiero que sea simple —continúo—, pero guay, ¿sabes? Y solo negro; nada de color.

Julian asiente. Ya está dibujando. Al ver como las letras cobran vida, sonrío. Lo ha pillado. La letra es fluida a la vez que masculina y atrevida.

—Eso es, tío. Eso es.

Franco no deja de molestarme mientras sigo a Julian a la habitación. Quiero girarme y decirle que se largue, o darle un puñetazo. Lo hace a propósito, lo sé. Intenta alterarme porque sabe que estoy nervioso. Para qué mentir. Estoy cagado de miedo.

Cierro los ojos con fuerza mientras Julian me limpia y prepara el antebrazo y solo los abro cuando me pone la plantilla del tatuaje. Me pide que le eche un vistazo para que le dé luz verde antes de empezar a tatuar.

Mola mucho, pero solo asiento. Si abro la boca, me darán arcadas.

Cuando el aparato empieza a zumbiar, vuelvo a cerrar los ojos.

—¿Quieres que te dé la mano? —pregunta Franco con voz aguda y ridícula.

—Que te den, tío. Sé que siempre has querido meterme mano, pero no estoy disponible ahora mismo.

Se ríe y aplaude, divertido. Esa es una de las cosas que más me gustan de Franco: su sentido del humor. Siempre sabe cuándo usarlo, y su puntería no puede ser mejor. Siempre es lo que necesito.

Sorprendentemente, noto que se me irrita la piel en lugar de un dolor físico. Si puedo no pensar en que una aguja me está pinchando y agujereando la piel una y otra vez y a toda pastilla, es casi soportable. Casi.

—¿Vas bien? —pregunta Julian—. ¿Necesitas un descanso? Vamos por la mitad, más o menos.

Mantengo los ojos cerrados y niego con la cabeza.

—Continúa. Parar sería peor.

—Vaya, creía que nunca vería algo así. —dice una nueva voz que se ha unido a la velada.

—¿Qué coño...? Pensaba que solo se podía venir con invitación —me

quejo con los ojos cerrados.

—Franco nos ha enviado un mensaje —contesta Jamie—. Todos hemos venido a verlo con nuestros propios ojos. No nos lo creíamos.

Cuando entreabro un ojo, Jamie y Robbie están en el marco de la puerta, estirando el cuello porque no hay más espacio en la abarrotada habitación.

—Créetelo, cabrón.

Intento concentrarme en respirar con normalidad, pero necesito un cigarro y las ansias me dan la lata hasta convertirse en una distracción que no puedo ignorar. Necesito calmarme. Mi cuerpo necesita calmarse con un cigarro. Y mi mente también. Además, los pinchazos repetitivos de la aguja ya no me provocan una irritación, sino dolor.

—Necesito un puto cigarro —digo con la voz tensa. No voy a levantarme de esta silla hasta que hayamos terminado, pero admitir en voz alta mi antojo parece acallararlo. Lo hace soportable.

Julian se ríe.

—Lo estás haciendo genial, hombretón. Solo unos minutos más y saldremos a fumar uno juntos.

—Hecho —contesto con los dientes apretados.

Cuando el zumbido de la máquina se detiene, sé que ha terminado. Abro los ojos y me atraganto al ver las palabras en mi brazo.

Sus palabras.

«Hazlo épico».

Maldita sea, quería a esa chica y todo lo que representaba.

—Esto ha sido muy épico, caraculo —comenta Franco. Y lo dice de verdad.

Todos se inclinan para mirar de cerca. Tengo la piel irritada, inflamada y roja, pero el tatuaje es una preciosidad de veinte por cinco centímetros.

—Eres un puto Picasso, Julian. Gracias.

Julian sonríe. Él y Franco tienen la misma sonrisa enorme. Parece orgulloso de sí mismo.

—Me alegra que te guste, hombretón.

Cuando me levanto, Jamie ocupa el lugar que he dejado vacante.

—Soy el siguiente. Mismo tatuaje —dice con aspecto decidido. Tiene unos cuantos tatuajes en la espalda, pero tiene los brazos desnudos.

—Yo también —intervienen Franco y Robbie a la vez.

Miro detenidamente a la pequeña multitud, a mis confidentes.

—¿De verdad?

Todos asienten con solemnidad. Somos una familia.

Jamie da su opinión:

—Recuerda, estaba en la lista de Kate. «Hacedlo épico». Se refería a todos los miembros de Rook. Todos deberíamos tener ese tatuaje. ¿Y qué mejor día que el de su cumpleaños?

Entrecierro los ojos.

—¿Te acordabas de que hoy era su cumpleaños?

Él asiente.

—Por supuesto. —Jamie es el más inocente de todos nosotros. Es... bueno. Por supuesto que se acordaba.

Todos asienten de nuevo. Todos se acordaban. Miro a Julian.

—¿Tienes planes? ¿Puedes hacerlo? Pagaré por todos ellos. El doble, ya que es tu día de descanso.

—Fumémonos un cigarro y entonces lo haremos.

Julian lo hace. Todos salimos de la tienda con tatuajes a juego. Aunque el de Franco es más pequeño y lo tiene en la muñeca, donde termina la manga, porque no le quedaba mucho espacio en el resto del brazo.

Una vez estamos en la acera, me detengo. El sol se está poniendo. Parece que el cielo está en llamas.

Es radiante.

Brillante.

Naranja.

Los cuatro se quedan de pie conmigo contemplando la sobrecogedora escena en silencio. Saben lo mucho que a Bright Side le gustaba ver la puesta de sol. Mi sonrisa se ensancha a medida que el sol desciende hasta el final y se hunde en la oscuridad. Estoy seguro de que Bright Side ha dirigido la puesta de sol esta noche.

—Esa es mi chica.

Martes, 31 de octubre

Scout

Audrey y yo volvemos a casa de la oficina en su coche. Ha estado muy callada los últimos días. No soy una fisgona, pero no es típico de ella. Sus ojos reflejan una tristeza innegable.

No me gusta la tristeza, porque atrae todos los sentimientos que intento contener. Se me da genial contener las emociones. Puedo empujar los sentimientos negativos hacia el suelo y pisotearlos hasta que convertirlos en polvo. Son los buenos sentimientos los que me eluden a veces. Vivo en un mundo de puntos medios. Me muestro estoica e insensible la mayoría del tiempo. Es más fácil así.

Cuando llegamos a casa, Gustov está esperando a Audrey fuera. Está fumando, pero en cuanto ella sale del coche, apaga el cigarro y la abraza. No dicen nada. Solo se aferran el uno al otro. Ese abrazo es puro consuelo. Es amor. Nunca he visto que una madre y un hijo tengan el tipo de relación que tienen ellos. Hay un nivel de respeto mutuo y admiración, de lealtad y amor, con el que al principio me sentía incómoda. Parecía artificioso. Los padres y los hijos no tienen una amistad tan profundamente arraigada. Sin embargo, ellos dos sí. Es hermoso lo mucho que se entienden y se apoyan. Las únicas personas con las que tengo una relación íntima son mi tía Jane y Paxton. Sé que Jane me quiere a su manera y yo la quiero a ella, pero no es como esto. ¿Y Paxton? Nos queremos como hermanos, pero no es de esperar que un chico de diecisiete años me apoye emocionalmente. Nunca le haría cargar con ese peso. Por eso, siempre he estado sola la mayoría del tiempo.

Al entrar, dejo a Audrey y a Gustov a solas para que hablen. Cuando

llego a mi habitación, me siento atrapada, como si estuviera perdida. Todas las emociones que he estado pisoteando durante estos nueve meses empiezan a rebelarse. Y a rebelarse. Hasta que empiezo a llorar y no tengo ni idea de por qué. No quiero llorar. Y, de repente, la cara de Michael aparece en mi mente. No quiero que Michael tenga este poder sobre mí. Solo quiero superarlo, pero no puedo. Le di todo lo que tenía. Ahora siento que lo que puedo ofrecer ha disminuido. Hay un vacío. Estoy incompleta. Mi mente recorre kilómetros en un minuto y la ansiedad se dispara. Quizás una ducha me ayude a calmarme. Siempre me ducho por la mañana después de correr, pero siento que necesito sumergirme en mi miseria durante un rato. Dejo que el agua caliente me azote la piel. Me imagino que el agua expulsa a golpes lo malo. Expulsa a golpes la pérdida. Expulsa a golpes el resentimiento y la amargura. Me quedo ahí un rato y lloro. No he llorado en meses. Estar con Michael el otro día ha hecho que todo lo malo resurja. Y también todo el amor. Maldito Michael. Lo quería, y el amor era importante entonces. Al menos para mí. Al principio, el sexo era más que un acto. Era un compromiso. Era una declaración de amor. Pero entonces el acto se transformó en una simple necesidad y en una aversión hacia mí misma. Antes me decía que yo no era la mala, pero ahora la realidad empieza a colarse y empiezo a odiarme, a arrepentirme de las cosas que he hecho. Los límites entre el sexo y el amor, entre lo correcto y lo incorrecto, están desdibujados. Lo odio.

—Cállate de una puta vez —me digo a mí misma en voz alta. Necesito salir de esta ducha y recuperar mi vida.

Tras ponerme unos pantalones de chándal y una camiseta, decido que lo mejor que puedo hacer para mantenerme ocupada es ir a preparar la cena, para que Audrey no tenga que hacerla. Cuando llego a la cocina, Audrey y Gustov no están ahí, lo que es extraño porque es martes, y Audrey siempre prepara tacos vegetarianos. Normalmente, Gustov la ayuda si está en casa. Casi siempre está en casa, a menos que haya ido a hacer surf. Cada vez pasa más tiempo en el agua, lo cual es bueno. Tiene mejor aspecto. Ha perdido peso y ganado músculo. Tiene algo más de color. Es como si estuviera volviendo a la vida poco a poco. Creo que estar de viaje lo mata. Es una persona diferente en casa. Ahora veo la diferencia.

Escucho la televisión en la sala de estar. Voces de niños. Risas, inocentes

y puras, tan transparente que la felicidad que refleja es innegable. Me dirijo hacia allá y, cuando entro, Audrey y Gustov están sentados en el sofá. Él está tumbado en el extremo del *chaise longue*. Tiene los codos doblados y las manos apoyadas detrás de la cabeza. Parece tranquilo y feliz. Nunca lo había visto con esa expresión. Sonríe ligeramente, parece satisfecho. Audrey está sentada en la otra punta del sofá. Tiene las piernas dobladas encima, hacia un lado. Aún lleva la ropa del trabajo, lo cual es raro porque normalmente se cambia en cuanto llega a casa. También sonríe. Es la misma sonrisa de satisfacción de Gustov. Me fascina lo mucho que se parecen: tienen el mismo pelo rubio, los mismos ojos amables, la misma altura, que casi intimida, pero de alguna manera no asusta porque, aunque tienen mucha confianza en sí mismos. Son unas de las personas más cálidas que he conocido.

No saben que estoy en la sala de estar. El sonido de la voz de la niña pequeña hace que mire la televisión. Es muy pequeña y tiene la cabeza llena de ondas doradas y despeinadas que le caen por la espalda. Se ríe como si no supiera lo que es la tristeza.

«¡A por él, Gracie!», chilla.

Un chico, mucho más grande que la niña, aparece en escena. Tiene el pelo rubio, claro, largo y recogido en una coleta, y la piel bronceada por el sol. Lleva unas bermudas y sostiene unos globos llenos de agua en las manos. Persigue a la niña. Ella grita y el sonido refleja puro gozo. Trata de ocultarse para alejarse de él cuando él grita:

«Puedes correr, pero no puedes esconderte, Bright Side. Además, Gracie es de mi equipo». Mira a un lugar que no sale en la pantalla. «¿Verdad, Gracie?».

Se escucha una voz en *off* que responde en medio de risitas:

«Yo soy del equipo de Kate».

Y tras eso, la niña entra en escena y le arroja un globo de agua al chico, justo en el pecho.

Él parece estupefacto, pero se ríe, sorprendido.

«Gracie, pensaba que yo era tu favorito. ¿A qué ha venido eso?».

Se oye una risa aguda, que asumo que viene de la persona que graba, porque se oye más fuerte que las otras.

«¡Bien hecho, Gracie! ¡A por él!».

El chico se vuelve hacia la cámara.

«¿Qué coño, mamá? ¿De qué parte estás?», dice entre risas. Al oír eso y verle la cara, me doy cuenta de que es Gustov. Parece que tiene trece o catorce años.

La persona que sostiene la cámara —que ahora me doy cuenta de que es Audrey— vuelve a reírse, pero dice:

«Gus, esa boca». Le reprende con delicadeza. Es obvio que Gus ha tenido a su madre comiendo de la mano toda su vida.

La segunda niña sonrío a Gus a modo de disculpa.

«Lo siento, Gus». Su voz es joven e inocente. Entonces mira a Audrey, a la cámara, y se le ilumina la cara. En ese momento me doy cuenta de que tiene síndrome de Down. «Pero ha sido divertido», dice pícaramente.

Justo entonces, la otra chica, la del pelo salvaje, vuelve corriendo y arroja tres globos de agua. Uno golpea a Gus en el lado derecho de la cabeza y dos le golpean la espalda.

«Ya lo creo, Gracie. Es divertido».

La chica chilla cuando Gustov la persigue por las escaleras de la terraza hasta la playa que hay más abajo. Deben de haber grabado este video justo aquí, en la parte trasera de la casa. Reconozco esas escaleras, las de la playa. Ella es rápida y huye de él durante un rato, pero Gustov tiene las piernas largas y corre más deprisa que la chica. Cuando la alcanza, la tira al suelo. Ella se remueve debajo de él y se resiste de una manera impresionante. Gustov se levanta, y la tiene entre sus brazos. Ella se ríe, pero le golpea el pecho con los puños.

—¡Bájame, Gus! Si no me bajas, te vas a arrepentir. Sé dónde vives. Acabará contigo mientras duermes, tío.

Él se ríe.

«¿A que no te atreves, Bright Side? ¿A. que no te atreves?», dice Gustov antes de meterse en el mar y mojarla. La suelta rápidamente y sale del agua caminando, como si estuviera orgulloso de sí mismo.

Ella sale a la superficie y corre rápidamente detrás de él. Gustov no se esperaba que ella saltara sobre su espalda y lo tirara a la arena. Aunque intento mirar sin ser observada, me río. No puedo evitarlo. Quiero darle ánimos a la chica. Él se lo merece. Me gusta esta chica.

Audrey y Gustov se giran al oír mi risa. Ella pone en pausa el DVD con el mando a distancia y sonrío.

—Lo siento —me disculpo de repente. Siento que estoy interrumpiendo un momento muy privado.

—Tonterías —responde Audrey, y entonces le da golpecitos al hueco del sofá que hay entre ellos dos—. Ven a sentarte.

En alguna ocasión, he visto la tele con Audrey, pero nunca con Gustov. Niego con la cabeza.

—No quiero molestar.

Gustov tira un cojín al hueco vacío entre que hay él y su madre.

—Demasiado tarde, tío —dice.

Me ofendería, pero la forma en la que lo ha dicho ha sido solo para chincharme. Suena como en el vídeo. O como cuando habla Franco. Y, por alguna razón, termino sentándome en el sofá y abrazando el cojín contra el pecho. Estoy nerviosa, pero también me siento más ligera. Quizás es por el hecho de que tanto Audrey como Gustov sonrír. Y es innegable que, por el motivo que sea, les encanta ver estos viejos vídeos caseros.

Ella vuelve a darle al *play*. La pantalla se vuelve negra durante unos segundos.

En la siguiente imagen aparece la chica a la que llamaban Gracie sentada en la mesa del comedor de Audrey, frente a un plato de magdalenas. El glaseado es de color rosa. En todas las magdalenas hay una vela. Gracie parece mayor que antes. Cuento las magdalenas y las velas. Diecisiete. Suena como si tres o cuatro personas le contaran el *Cumpleaños feliz*. Ella canta con ellos. Cuando la canción termina, aplaude.

La chica rubia se acerca a Gracie por detrás, esa a la que Gustov ha llamado Bright Side, aunque Gracie la ha llamado Kate. También ha crecido y, aunque antes era mona, ahora es guapísima. Sigue teniendo el pelo largo y despeinado, pero es una de las cosas que la hace hermosa. Parece libre. Feliz. Como si nada pudiera detenerla. Pone las manos en los hombros de Gracie y se inclina hasta que tiene la boca en su oreja.

«Pide un deseo, Gracie», dice.

Gracie cierra los ojos con fuerza. Tiene los labios fruncidos. Está muy concentrada en pedir deseo. Cuando su rostro se relaja un poco, la chica que se llama Kate pregunta:

«¿Has pedido uno bueno?».

«He pedido uno bueno. He deseado que...».

Una voz masculina y profunda la interrumpe.

«No cuentes tu deseo, Gracie. No se hará realidad si nos lo cuentas».

Apostaría lo que fuera a que ese ha sido Gustov.

Gracie se muerde los labios, como si estuviera conteniéndose físicamente para no revelar su deseo, manteniéndolo dentro para que no salga a la fuerza.

«¿Lista para soplar las velas, Gracie?», dice Kate.

Gracie asiente emocionada y pega botes en la silla. Kate se ríe. Tiene una risa genial. Sale de lo más profundo de su ser. Es auténtica.

«Tu puedes. Sopla una sola vez y todas las velas pasarán a la historia, ¿vale?».

Gracie asiente de nuevo. La expresión de concentración aparece de nuevo en su rostro y frunce el ceño. Cierra los ojos cuando Kate empieza a contar.

«A la de tres, Gracie. Uno, dos... ¡tres!».

Gracie se inclina hacia delante, con los ojos cerrados, y sopla las velas. Dos titilan, pero antes de que abra los ojos, Kate y otro rubio que aparece en la pantalla soplan las que quedan.

Gracie se aleja y abre los ojos asombrada porque todas las velas están apagadas.

«¡Lo he hecho!», vitorea.

«¡Lo has hecho!», festejan Kate y Gustov a la vez.

Gracie se gira en el asiento y mira a Kate con esperanza en los ojos.

«¿Entonces mi deseo se hará realidad?», pregunta.

Kate le rodea el cuello con los brazos y la abraza.

«Claro. Me aseguraré de ello».

Y justo cuando estoy disfrutando y me siento absorbida por tanta inocencia, la pantalla vuelve a quedarse negra.

—Maldita sea, a Gracie le encantaban los cumpleaños, ¿verdad, mamá?
—pregunta Gus a mi lado. Parece que añore esos recuerdos.

Audrey asiente.

—Sí. No sé qué le gustaba más, si las magdalenas, las velas o los deseos.

La pantalla vuelve a encenderse. Parece el escenario de un auditorio, quizás el de un colegio o unas instalaciones deportivas.

«Me gustaría presentaros a Kate Sedgwick», anuncia una voz.

El público vitorea y silba con estruendo. Kate aparece con un violín. Parece tener unos dieciocho y tiene la misma elegancia y belleza de antes. Tiene los ojos entornados, como si intentara ignorar a la multitud que hay frente a ella.

«¡Esa es mi chica!», grita alguien del público. Suena como Gustov.

Una sonrisa aparece en la boca de la chica cuando levanta la vista. Sacude la cabeza, pero sonrío. La sonrisa parece decir: «Para, me estás avergonzando» y «Gracias» al mismo tiempo. Se coloca el violín bajo la barbilla y, durante los siguientes diez minutos, no puedo apartar los ojos de la pantalla. Me siento atrapada. Tiene un talento increíble. He visto tocar a la Orquesta Filarmónica de Nueva York, y esta chica tiene ese tipo de talento.

Cuando el violín se detiene, no puedo evitar decir:

—Guau. —Es un susurro que solo oigo yo, pero soy incapaz de contenerme.

Gustov me mira con los ojos brillantes, orgulloso.

—Y que lo digas —contesta.

Audrey sorbe por la nariz a mi lado mientras la pantalla se vuelve negra otra vez. Pone el vídeo en pausa.

—Te contaba una historia con una canción. Era hermoso. Necesito un pañuelo.

Cuando Audrey vuelve y reanuda el vídeo, vemos a Rook tocando una canción en el sótano de esta casa. Sus caras brillantes denotan juventud. Franco no tiene tantos tatuajes. Tras un poco de persuasión, aunque vulgar, Franco convence a Kate para que cante con ellos. Me quedo perpleja al oír su voz. Aunque la calidad del sonido del vídeo no es muy buena, tiene muy buena voz, especialmente para ser una mujer tan pequeña. Es tan buena como Gustov y tengo que admitir que tiene una voz preciosa. Cantan bien juntos.

La pantalla se queda una vez más en negro y suena una canción. Es el sonido de un solo de violín. Entonces, aparece una presentación de diapositivas. Son tres minutos de una canción desgarradora que deben de cantar Rook y Kate juntos, acompañada por fotos de Gustov, Gracie, Kate y

Audrey. Son las fotos de veinte años. En algunas aparecen de pequeños, pero otras parecen más recientes. No sé si es la canción lo que me toca la fibra sensible, pero, mientras observo la secuencia de imágenes, me siento eufórica un segundo y, al siguiente, me duele el estómago.

Al final, estoy cansada. No sé quiénes son Kate y Gracie, pero tengo una sensación desagradable. Es como si estas chicas hubieran sido de la familia durante toda la vida y, sin embargo, no he oído hablar de ellas ni las he visto durante los meses que he estado con los Hawthorne.

Gustov se levanta del sofá.

—Gracias por esto, mamá. Voy a salir.

Necesita un cigarro. O está huyendo. Probablemente ambas cosas, por el sonido de su voz. No esconde sus emociones. Incluso cuando no habla, sus gestos lo dicen todo, alto y claro. Debería dejarlo solo. Lo sé. Me han permitido ser testigo de un momento muy privado; debería aceptar el regalo con elegancia y mantener la boca cerrada. Sin embargo, no puedo. Siento que esto es la clave de algo, que es la razón por la cual hay ciertas cosas de Gustov que no entiendo. Porque el Gustov de los vídeos era... diferente. Se lo veía despreocupado y feliz.

Cuando salgo, está en una de las hamacas del porche, de cara al mar. No me mira mientras me acerco; Se limita a encender un cigarro. Da una calada larga, muy concentrado. Siento la necesidad de preguntar, de hacer las paces antes de entrometerme del todo en su vida.

—¿Puedo sentarme?

Él no aparta los ojos del horizonte, pero me responde con amabilidad.

—Claro. Es la hora del espectáculo.

No sé qué esperaba, pero no puedo creer lo aliviada que me siento de que haya aceptado mi propuesta.

Me siento en una silla a su lado.

—¿La hora del espectáculo? —pregunto.

Señala hacia el mar, sujetando el cigarro firmemente entre los dedos, y me mira como si debiera entenderlo.

—La puesta de sol. Es la hora del espectáculo.

Y entonces me doy cuenta.

—Oh —respondo débilmente.

Me reclino en la hamaca y, durante los siguientes diez minutos, Gustov y yo observamos cómo el agua se traga el brillante orbe naranja. Temo interrumpir la oscuridad con mis palabras, así que digo en voz baja:

—Creo que nunca había visto una puesta de sol. —Porque, sinceramente, creo que nunca lo he hecho. Crecí en Nueva York, un lugar lleno de edificios y caótico. Era consciente de que el sol se ponía todos los días, pero nunca me paré a ver un atardecer. Ahora me siento engañada, porque ha sido impresionante.

Gustov entrecierra los ojos.

—¿Es coña?

Niego con la cabeza.

—No. Nunca.

Admitirlo me hace pensar en cuántas otras cosas importantes me he perdido en la vida.

—¿Cómo es posible que una persona de veintitantos años nunca haya visto una puesta de sol? ¿Te criaste en una cueva o bajo tierra? Es uno de los mejores espectáculos que ofrece la madre naturaleza y ocurre todas las noches. —Abre mucho los ojos provocadores, para enfatizar más sus palabras—. Todas las putas noches.

Quiero reírme, pero, en lugar de ello, suspiro y, aun así, suena como si me estuviera riendo, porque no puedo ocultarlo.

—Lo sé. Crecí en Nueva York...

—Ah —me interrumpe con una sonrisa de suficiencia—, tenía razón con lo de la cueva. Eso también explica el acento.

Lo miro fijamente.

Él me devuelve la mirada.

Y, entonces, los dos nos reímos. Hace que me sienta muy bien, así que continúo.

—Me encanta Nueva York, pero sí, no hay muchas oportunidades para hacer algo como ver una puesta de sol. Solo un montón de edificios altos y muy poco horizonte.

Gustov asiente.

—¿Lo echas de menos?

—A veces. Normalmente no.

—¿Te gusta esto? O sea, San Diego.

La manera en que me mira sería inquietante si no estuviera escuchándome con tanta atención. Quiere saber la respuesta. La mayoría de las personas con las que me he topado en la vida hablan, pero no escuchan, incluso aquellas con las que tengo una relación más íntima. La gente tiene sus propios problemas y eso hace que no me dediquen toda su atención cuando estamos juntos. No pasa nada. Lo entiendo. Yo también lo hago. Escucho con la mitad de mi cerebro y me concentro en todo lo demás con la otra mitad. Así es como hago varias cosas a la vez. Así es como lo asimilo todo. Gustov no. Él presta toda su atención a lo que hace.

No puedo apartar la mirada cuando respondo.

—Sí. La gente es diferente. Nadie tiene prisa. Todos hablan más. Es difícil acostumbrarse, pero me gusta.

—Eso es porque San Diego es lo más. —Me guiña el ojo antes de encender otro cigarro. Tras una primera larga calada, lo mira pensativamente—. ¿Cómo es que nunca te quejas de que fume? O sea, tú no fumas y te cuidas mucho. Sé que probablemente no te gusta.

Me encojo de hombros.

—No es mi casa. Antes fumaba. Sé lo difícil que es dejarlo. —Es tan simple como eso.

Él sigue contemplando el cigarro que tiene en la mano, mirándolo como si fuera una molestia.

—Tengo que dejarlo. —Baja la voz—. Lo sé. Pero no puedo. Lo he intentado muchas veces. —Me mira como si necesitara que lo consolase o le dijera que no pasa nada.

—Lo harás. Cuando llegue el momento adecuado, sucederá. Pero tienes que querer. Nadie puede hacerlo por ti.

Gustov asiente pensativamente y nos quedamos en silencio.

Aprovecho el momento para preguntar:

—¿Quiénes son Gracie y Kate?

Él vuelve a sonreír. Es una sonrisa pequeña y cariñosa, la misma sonrisa que tenía dentro, la misma sonrisa que desearía que esbozara todo el tiempo ahora que la he visto, porque lo transforma.

—Mis mejores amigas —responde.

Me hace sonreír.

—Parece que las conoces de toda la vida.

Él asiente, pero sigue sonriendo.

—¿Dónde están? —pregunto dubitativa, y ese sentimiento inquietante regresa.

Eleva la mirada al cielo.

—En el cielo, supongo. Gracie se fue primero y estoy segurísimo de que Bright Side habría echado la maldita puerta abajo si hubiera sabido que su hermana estaba dentro. Están juntas, no tengo la menor duda.

Me recorre un escalofrío.

—Lo siento.

Gustov me mira y, aunque sigue sonriendo, la felicidad ha desaparecido de sus ojos.

—Sí. Es una mierda. Gracie habría cumplido hoy veintidós años. Hace tres días, Bright Side habría cumplido veintiuno.

—Eran muy jóvenes —digo incrédula.

Él vuelve a asentir.

—Sí, pero tenían un alma vieja. Gracie se puso enferma y murió hace casi año y medio. Nos pilló a todos por sorpresa. Y el cáncer se llevó a Bright Side en enero. —La sonrisa ha desaparecido completamente y unos ojos vidriosos la han reemplazado.

No sé qué decir, así que lo repito:

—Lo siento.

Él sigue asintiendo; es el gesto repetitivo de alguien que está perdido en sus pensamientos.

—Sí.

Quiero abrazarlo, algo que nunca me pasa con nadie que no sea Paxton o Jane. Quiero consolarlo, pero y de repente me siento como una intrusa.

—Lo siento —digo una vez más. Espero que escuche el consuelo en mis palabras. No se me da bien mostrar mis sentimientos.

Entonces me mira, con los ojos brillantes de dolor.

—¿Cuál es tu historia con Michael?

Me pilla desprevenida.

—¿Qué?

—Ya sabes a qué me refiero, ¿cuál es tu historia?

Habla en voz baja, pero lo bastante alto como para que lo oiga. No me exige información; solo pregunta.

—Un antiguo novio —respondo, y lo dejo ahí.

—Lo siento. No quiero desenterrar el pasado... ni el presente —añade. Me pregunta de forma indirecta si estamos juntos.

Niego con la cabeza.

—No. No pasa nada. Me alegro de que se haya terminado... —Mi voz es cada vez más débil.

—¿Pero sigues enamorada de él? —pregunta con delicadeza. Maldita sea, ojalá no me entendiera tan bien.

Me encojo de hombros.

—Sí, pero no. Es complicado. —Decido que es un buen momento como cualquier otro y pregunto—: ¿Qué pasa con la mujer con la que saliste hace unas semanas? ¿Es tu novia?

Gustov parece confundido durante unos segundos.

—¿Clare? Para nada. Es una chica guay. Ahora. Pero no. Desde luego que no.

No sé por qué, pero eso me alivia.

Gustov suspira y vuelve a nuestra conversación, aunque cambia ligeramente. Lo noto. Ahora habla sobre el dolor.

—El amor es una mierda.

Dejo caer la cabeza en el respaldo y la giro para mirarlo. Me mira fijamente de nuevo. Tiene los ojos abiertos, como si me abriese su corazón. Es sincero y amable y, lo más importante, no me juzga. Asiento.

—Sí, ya lo creo.

No sé cómo, pero sé que él también tien el corazón roto.

—¿Alguna vez has estado enamorado?

Gustov no pestañea.

—Una vez.

—¿Durante cuánto tiempo?

Vuelve a mirar al cielo y responde:

—Veintiún años... y tres días.

Me doy cuenta de golpe. Kate. Está hablando de Kate.

Bright Side, la que le hacía ver el lado positivo de las cosas. No me extraña que se comporte como si fuera solo la sombra del hombre que una vez fue. Perdió al amor de su vida. En lugar de luchar contra la repentina necesidad que siento, actúo sin dudar. Levanto las piernas de la hamaca, las coloco en el suelo, entre nuestros asientos, y me acerco a él. Me siento en el borde de su hamaca, cadera con cadera, y lo miro. Supongo que le estoy pidiendo permiso. No suelo hacer estas cosas. No suelo ofrecer consuelo. Gustov me agarra la camiseta con el puño, justo por encima de la cadera. Me mira de forma suplicante, como si pidiera amistad y consuelo. Necesita desahogarse. Podría analizar la situación. Podría darle vueltas hasta convencerme a mí misma de cambiar de idea. Pero no lo hago. En su lugar, me recuesto despacio hasta apoyar la cabeza en su pecho y deslizo las manos por detrás de su espalda, hasta que lo abrazo. Hasta que siento la calidez. Y cuando sus grandes brazos me envuelven, me doy cuenta de que nunca me han abrazado. Esto sí que es un abrazo. Esto es lo que se siente al tener contacto humano. Es algo... humano, se reduce a un humano que transfiere su apoyo a otro a través del tacto desinteresado y de intenciones puras. Y sé que él también lo siente, porque su pecho se eleva al respirar de manera entrecortada y deja que las lágrimas fluyan. Lo abrazo hasta que se le calma la respiración. En ese momento, me levanta hasta que tengo la cabeza apoyada al lado de la suya y la parte frontal de mi cuerpo se amolda a su costado. Nos abrazamos mutuamente y siento la presión que ejercemos los dos, lo que me dice que ninguno quiere soltarse.

—¿Podemos quedarnos aquí tumbados un rato? ¿Así? —pregunta con la voz temblorosa. Al oír la vulnerabilidad que hay en su voz, me duele el corazón.

—Claro —respondo, porque, sinceramente, yo tampoco quiero soltarlo.

Este abrazo, él llorando y abriéndome su alma... Siento lo humana que es esta situación en el corazón. Me siento viva y llena de emoción, como cuando la marea amenaza con volcarte pero, de algún modo, sabes que no lo hará porque tu corazón es tan optimista que te mantendrá a flote pase lo que pase. Es fe ciega... esperanza, o, al menos, es lo más parecido a esperanza que he sentido nunca. Los dos sentimos una especie de fe débil a regañadientes, enterrada en lo más profundo de nuestro ser.

Miércoles, 1 de noviembre

Gus

—¿Puedo preguntarte algo?

Me pone nervioso iniciar esta conversación, porque sé que se pondrá a la defensiva y lo que quiero es que se sincere conmigo como hizo anoche. No quiero dar un paso atrás. Quiero que confíe en mí lo suficiente como para contarme toda la historia. Estoy aprendiendo a expresar todo lo que siento y quiero que ella también lo haga, porque hace que te sientas bien de cojones. Supongo que, más que nada, lo que quiero es que sienta que puede ser ella misma conmigo, incluso si nunca lo ha sido con nadie más. Es muy retraída. Debe de ser muy agotador, joder. Quiero quitarle ese peso de encima. Todos merecemos vivir libremente.

—Puedes preguntarme lo que quieras. Eso no significa que vaya a responderte.

Bueno, eso acaba de confirmar mis miedos, aunque tengo la sensación de que está tan acostumbrada a protegerse a sí misma, que en realidad no lo piensa bien antes de decir cosas como esa.

—¿Cómo te hiciste esas cicatrices? —No voy a andarme con rodeos, porque no soy ese tipo de chico y ella no es ese tipo de chica. Además, ir al grano con ella es la manera más fácil de comunicarnos.

—Eso es de mala educación —dice con poca emoción, aunque hay algo de asombro en sus ojos. Es un tema que evita a toda costa, un tema que no sabe cómo tratar abiertamente.

—No es de mala educación. Forma parte de ti, como tus ojos color

avellana o tu actitud. —Me mira con un odio que es más de vergüenza que de enfado. Yo respondo con una sonrisa para que sepa que bromeo con lo de su actitud, y entonces continúo—: O el hecho de que tienes unas piernas espectaculares.

Scout niega con la cabeza. Es un gesto suave, no beligerante, pero resuelto, y mira al televisor.

Espero varios segundos.

—¿Eso es todo?

—Sí. Eso es todo.

—¿No vamos a hablar de ello?

—*Nop*. —Sus ojos siguen fijos en un anuncio que sé que ni siquiera está viendo. «*Nop*» suena más como un «quizás».

—¿Por qué? —insisto.

—Porque no... hablo de ello.

Esa pausa me dice que sus pensamientos están divididos, como si quisiera contármelo, pero no supiera cómo decírmelo. Así que ahí es donde termina todo. Se acabó.

Maldita sea, tengo miedo de que se levante y se vaya para evitar la situación, así que me callo aunque quiera hacerle un millón de preguntas. Siempre tengo un millón de preguntas por hacerle, pero ¿de verdad quiero saber cómo? ¿Y cuándo? ¿Y por qué? ¿Y dónde? No es curiosidad morbosa y no pretendo hacer que se sienta incómoda. Pregunto porque quiero que se sienta cómoda en su propia piel. Literal y figuradamente. Solo quiero que diga: «A la mierda. Soy quien soy. Nadie es perfecto». Porque nadie es perfecto. Algunas personas llevan las cicatrices por fuera. Otras las llevan por dentro. No es mucha la diferencia. Tu personalidad, tu corazón, tu esencia, eso es lo que es importante, porque es tu yo real. Todo lo demás, ¿nuestro aspecto, lo material?, son solo tonterías sin importancia.

Sábado, 4 de noviembre

Scout

Suena el teléfono mientras corro a primera hora de la mañana. Echo un vistazo a la pantalla. Es un mensaje de Michael que dice: «Te recojo a las 11:30». Se me revuelve el estómago de inmediato y tengo que parar. Me siento mareada. No tengo intención de volver a tener una relación con él. Lo que pasó la última vez que nos vimos fue un momento de debilidad. Además, necesitaba darlo por terminado de una vez por todas. En lugar de seguir corriendo, camino de vuelta a casa de Audrey. Camino lento. Estoy triste y siento vergüenza.

Una vez en casa, me quito la ropa sudada y me digo una y otra vez: «No voy a ir con él». En la ducha, sigo diciéndome: «No voy a ir con él». Mientras me peino: «No voy a ir con él». Mientras me pongo crema en las piernas y los brazos: «No voy a ir con él». Mientras me pongo el vestido: «No voy a ir con él». Mientras me abrocho las sandalias: «No voy a ir con él». Cuando abro la puerta principal a las once y veintisiete: «No voy a ir con él». Cuando estoy de pie en la entrada viendo como se detiene su coche de alquiler: «No voy a ir con él». Mientras me subo al asiento del copiloto: «No voy a ir con él».

Voy con él.

Pero solo porque tengo que decirle que se ha acabado. Y lo digo en serio.

Otra vez.

Porque en mi corazón... por fin se ha acabado. Me he olvidado de él.

Y ahora estoy intentando no pensar en Gustov.

Michael se salta el almuerzo y se dirige directamente al hotel. El mismo hotel al que se puede ir caminando desde la casa de Audrey. Tampoco me pone al día de sus éxitos personales para impresionarme; tiene tantas prisas que se le ha olvidado. No puedo evitar notar el bulto en sus pantalones de vestir. Normalmente se controla más.

Se detiene en el aparcamiento trasero del hotel y, en cuanto apaga el motor, me agarra la mano y se la lleva a la entrepierna. Cierra los ojos y sisea cuando le toco.

—Joder, te he echado de menos, cariño.

Ha echado de menos mi cuerpo, no a mí. Me suelta la mano, se desabrocha los botones del pantalón y se baja la cremallera frenéticamente hasta quedarse desnudo. Hoy no lleva ropa interior; no se anda con tonterías. Con los ojos cerrados, apoya la cabeza en el respaldo.

—Ya sabes qué hacer.

Miro a mi alrededor, estupefacta. No voy a hacerlo. Y, aunque estuviera dispuesta, no lo haría aquí... a plena luz del día... en un puto aparcamiento.

Hago una pausa y Michael abre los ojos con brusquedad. Tiene las pupilas totalmente dilatadas por la excitación y el enfado.

—Ahora, Scout. —Me agarra del pelo por la nuca con violencia y acerca mi cara a su entrepierna—. Chúpamela, cariño. Dame lo que necesito.

Me hace daño y, de repente, me contengo para no llorar. Me niego a abrir la boca.

—No —digo con dificultad.

Michael tira de mi cabeza hacia atrás para que lo mire a los ojos. Siento que me arranca un mechón de pelo. Nunca lo había visto tan enloquecido. Parece un psicópata. Tiene los ojos entrecerrados por el enfado. Entonces, pregunta entre dientes:

—¿Qué acabas de decirme?

Tengo miedo y mi cerebro me advierte a gritos: «¡Escapa! ¡Corre!». Las lágrimas aparecen en mis ojos y no sé si son de miedo, enfado o dolor, porque siento las tres cosas con la misma intensidad.

—Suéltame, Michael. Hemos terminado. Por eso he venido hoy contigo,

para decirte que no puedo seguir con esto y que no volveré a hacerlo.

Me suelta el pelo y, antes de que pueda procesar lo que está pasando, sale del coche y lo rodea corriendo para abrirme la puerta. Yo me adelanto y trato de huir, pero él es más rápido. Me agarra por ambas muñecas con demasiada fuerza. Duele. Sabe cómo infligir dolor. Antes lo hacía porque le daba placer, pero siempre había límites. Esto es otra cosa. Intenta herirme y está saliéndose con la suya. Me retuerce la piel contra el hueso. Un sollozo de dolor abandona mi garganta.

Me presiona la oreja con la boca; su aliento es caliente y desagradable.

—Eres mía, cariño. Solo mía. Eres una buena putita, así que entra conmigo y deja de montar un espectáculo. Te voy a follar hasta que pierdas el conocimiento. Podemos hacer esto por las buenas o por las malas, depende de ti.

Se me eriza la piel y no puedo contener los sollozos. Siento como me sube la bilis por la garganta debido a sus amenazas y, antes de darme cuenta, he vomitado en el asfalto y en su camiseta. Michael me suelta de inmediato y retrocede, pero no antes de que su mano se encuentre con mi cara. Me ha pegado un puñetazo. Caigo al suelo por culpa del impacto y el dolor y veo las estrellas. Sigo llorando; las lágrimas fluyen sin parar por mis mejillas.

—Deja de actuar, Scout. Tú no estás más guapa cuando lloras. —Es un insulto frívolo, pensado para herir mis sentimientos y mi corazón.

Cuando sus palabras calan, me doy cuenta de que tengo el ceño fruncido. Normalmente es un tipo arrogante y ególatra, pero nunca había visto esta faceta suya. Sigo asustada, pero ahora estoy más cabreada que otra cosa.

Continúa amenazándome con la mirada y sé que está a punto de decir algo horrible incluso antes de que abra la boca.

—Al llorar haces que la gente se fije en tu cara. —Sonríe y su expresión se convierte en una mueca malvada—. ¿Recuerdas cuando te dije que eras hermosa?

No respondo. Lo recuerdo. Es la única persona que me ha dicho eso.

—Te mentí. —Su malvada sonrisa se hace más grande y las comisuras se le elevan hasta los ojos. Es como un animal salvaje—. ¿Por qué crees que siempre follamos a oscuras? Porque no puedo mirarte y correrme. Eres fácil. Fácil. —Me escupe—. Y tienes un coño muy dulce, joder.

Es como otro puñetazo; dejo de fruncir los labios y los abro ligeramente.

En ese momento me doy cuenta de cómo ha sido siempre nuestra relación. Soy la presa. Una presa fácil. Un objetivo fácil. La chica herida, por dentro y por fuera. Debió de darse cuenta la primera vez que nos vimos.

Me pongo de pie y, tambaleándome, echo a correr. Corro tan rápido como puedo. Esta vez él no me persigue. Cuando estoy a medio camino de casa, recibo un mensaje de texto: «Te veo en unas semanas». Está muy tranquilo, como si lo que acabara de pasar no hubiera sido una completa locura.

No respondo.

Nunca lo haré.

Jamás volverá a tratarme así.

No hay nadie en casa cuando llego. Ya son las doce pasadas. Nunca había estado tan agradecida de estar sola como ahora. Entro en el baño y me quito el vestido. Está manchado de vómito, así que lo tiro a la basura. Lo siguiente son mis bragas; las tiro junto al vestido; deseo poder prenderle fuego a todo y ver cómo arde hasta quedar reducido a cenizas, justo como desearía hacer con su recuerdo. Con el recuerdo de lo que acaba de pasar. Esta será la última vez. Lo de hoy ha sido una pesadilla retorcida. Esto se ha acabado.

Estoy llorando de nuevo. Bueno, en realidad, no he parado en ningún momento de hacerlo. Estoy de pie en la ducha, bajo el agua ardiendo, y dejo que me queme la piel. El dolor nuevo se lleva consigo el dolor que siento desde hace un rato; el dolor físico que aún noto. Me duele todo. No ha tenido piedad conmigo. El lado derecho de la cara me palpita y está sensible. Me arde el cuero cabelludo justo donde me ha agarrado del pelo. Tengo un círculo púrpura alrededor de las muñecas, un regalo de su agarre. Un recuerdo revelador del tamaño y la fuerza de sus manos. Siento dolor y una debilidad que me hace cosquillas.

Estoy herida.

Sollozo tan fuerte que estoy prácticamente a punto de tener un ataque de histeria.

No puedo deshacerme de él.

Necesito deshacerme de él.

Necesito deshacerme de mí misma.

Me siento asqueada por lo que ha pasado. Nunca había llegado a tanto.

Ni de lejos.

Sin embargo, no puedo evitar sentirme responsable. He accedido a ir con él a pesar de que sabía que no debía. Un momento lo culpo a él y, al siguiente, a mí misma. No, sé que es todo culpa suya. Lo sé, joder. Pero tengo la cabeza tocada y siempre le doy la vuelta a todo. Siempre soy la culpable de que la gente me trate mal; así he vivido mi vida. La gente a la que quiero no sabe cómo devolverme ese amor. Me hiera.

Esa es su forma de amar.

Cuando el agua empieza a salir fría, salgo de la ducha y me quedo de pie, goteando y mojando los azulejos. Me miro de lejos en el espejo que hay sobre el lavabo. Tengo la mejilla derecha amoratada y los ojos hinchados y rojos. Me toco la cara con cuidado. Los moretones de mis muñecas tienen peor aspecto ahora que los veo junto a la mejilla; forman un trío de un púrpura intenso. A medida que aparecen las heridas, jadeo y me acerco al espejo. Tengo un corte que sangra entre las cicatrices y el moretón de la mejilla derecha. Me ha golpeado con la mano izquierda. Con la puta mano izquierda. «Maldito cabrón mentiroso». Llevaba una alianza y yo ni siquiera me he dado cuenta; todo se ha convertido demasiado rápido en una pesadilla.

Llevaba una alianza.

Elevo los hombros para sollozar, pero no me sale nada. Ya no puedo llorar más.

Paso de la ropa, voy a mi habitación y me meto debajo de las sábanas. Necesito dormir. Necesito dormir durante días. Quizás me despierte y me dé cuenta de que esto solo ha sido una pesadilla. Y cuando me despierte, no volveré a hablar con Michael nunca jamás.

Me duermo enseguida; mi mente se apiada de mi cuerpo y desconecto por completo.

Gus

Es casi medianoche cuando llego a casa. Franco y yo hemos ido a Joe's Bar a ver tocar a un grupo de la ciudad. Son buenos. Nos hemos quedado en un reservado, en una esquina oscura de la parte de atrás, y nadie nos ha reconocido. La noche ha ido de perlas.

Mi madre está leyendo en la sala de estar.

—Hola, cariño, ¿te lo has pasado bien?

—Hola, mamá. Sí. —La respuesta me sorprende. Es verdad.

Sonríe.

—Bien. ¿Quieres comer algo? Hay sobras en la nevera. Te las puedo calentar si tienes hambre.

Bostezo.

—No, gracias mamá. —Me doy palmaditas en la barriga—. He comido tres sándwiches de queso y patatas fritas en el Joe's. Estoy lleno.

Se ríe. Me encanta oírla reír. Últimamente lo hace más.

Me acerco y me inclino sobre el respaldo del sofá para besarla en la cabeza.

—Me voy a la cama. Buenas noches, mamá. Te quiero.

Ella me acaricia la mejilla con la mano.

—Voy a ducharme y, después, también me iré a la cama. Te quiero, Gus. Buenas noches. —Mientras camino por el pasillo, me llama—: Gus, ¿puedes ir a ver a Scout antes de irte a dormir? No ha salido de su habitación en toda la noche. Le he tocado a la puerta a eso de las siete para ver si quería cenar conmigo, pero no ha dicho nada.

—Probablemente esté durmiendo, mamá. Es tarde. No quiero despertarla.

—Solo asegúrate de que no esté enferma ni nada —me responde.

Me encojo de hombros, pero hago lo que me pide. Llamo con delicadeza a la puerta. No quiero despertarla, así que no me esfuerzo mucho. Sé que no me oiría a menos que estuviese despierta y llevara el audífono. He descubierto cuáles son sus limitaciones auditivas. No hay movimiento dentro, ni responde. Giro el pomo despacio y empujo la puerta para entrar. Siento como si esto fuera un allanamiento de morada, como si fuera un ladrón en mi propia casa. Con la puerta abierta y bajo la luz de la luna, veo a Bright Side de pie por un instante, con una camiseta de tirantes y en bragas,

justo como la última noche antes de irse a Grant. Pero entonces pestañeo y la imagen desaparece. Maldita sea, solo me he tomado una cerveza esta noche. No debería ver cosas.

Cuando miro la cama, veo a Bright Side tumbada, conectada a una vía intravenosa y al oxígeno, luchando por aprovechar al máximo sus últimos días. No dormí durante sus

últimas semanas. Me quedaba despierto toda la noche mirándola, porque no quería perderme ni un minuto. La observaba por si necesitaba algo. Le sostenía la mano, solo para sentirla, para saber que aún era real. Que aún era mi chica. Maldita sea, no quiero estar en esta habitación con su recuerdo. Es abrumador, claustrofóbico.

Todos mis pensamientos desaparecen como una nube de humo cuando veo algo; algo que no está bien. Abro más la puerta y la luz del pasillo se filtra en el interior. Me acerco a la cama y me detengo cuando confirmo lo que tengo ante mis ojos y se me revuelve el estómago. Impaciente tiene un moretón en la mejilla, que va desde la mandíbula hasta el ojo, y un corte que le recorre el pómulo por el centro. Las cicatrices destacan sobre el fondo púrpura. Recorro el resto de su figura con la mirada y siento más náuseas cuando veo que un moretón de unos siete centímetros le rodea las dos muñecas.

—¿Qué coño...? —Se suponía que no iba a decirlo en voz alta. Lo estaba pensando una y otra vez, pero creía que no saldría de mis labios.

Impaciente se remueve y yo me encojo porque no quiero despertarla. Pero al mismo tiempo, quiero averiguar lo que ha pasado y saber qué puedo hacer para ayudarla. Y también descubrir quién ha sido el hijo de puta que le ha hecho eso para darle caza y matarlo.

—¿Gustov? —Tiene la voz ronca. Siempre la tiene ronca cuando se despierta, pero ahora todavía más, como si se hubiera quedado sin voz.

Me arrodillo en el suelo a su lado, para que nuestros ojos estén a la misma altura. Hablo en voz baja porque no quiero molestarla, pero lo bastante alto como para que me oiga, porque estoy seguro de que no lleva el audífono.

—¿Qué ha pasado?

Incluso en la oscuridad, veo como reconoce lo que le ha ocurrido con la mirada. Parece asustada. Se tapa la mejilla con la sábana y esconde los

brazos y las manos debajo. No sé si se avergüenza más de los moretones o de las cicatrices. Nunca había visto su brazo izquierdo desnudo. Las cicatrices se extienden desde el hombro hasta casi la muñeca.

Costillas estaba enroscada a su lado, durmiendo plácidamente. Se levanta de manera protectora y maúlla, probablemente porque percibe el estrés de Impaciente. Apaciguo a la gata y la acaricio antes de cogerla y ponerla en el suelo.

—Eh. —Retiro las sábanas para verle los ojos. Brillan—. Eh —repito, en voz baja y persuasiva. Necesito respuestas. No estoy seguro de querer oírlas, pero tengo que ayudarla—. ¿Qué ha pasado?

Ahora me mira fijamente. No quiere hablar. Su rostro refleja determinación, pero esta desaparece poco a poco y se convierte en dolor y tristeza cuando frunce el ceño y las comisuras de la boca descienden. Mantiene los labios cerrados con fuerza porque trata de no llorar con todas sus fuerzas. Y entonces comienzan a brotar las lágrimas. Apenas han caído una o dos cuando se desmorona y empieza a sollozar.

No sé qué más hacer, así que me siento en el borde de la cama, al lado de su estómago, donde estaba el gato. No hay mucho espacio. Empiezo a acariciarle el pelo desde la coronilla hacia abajo, hasta los omóplatos. Cuando era pequeño, mi madre me lo hacía cuando estaba triste y siempre funcionaba. Ella sigue llorando, pero siento que se relaja. Cuando abre los ojos y las lágrimas ya no le caen por la cara, no sé qué decirle, así que paso los dedos entre su pelo. Otra vez. Y otra.

Ella sorbe por la nariz e intenta sonreír.

—No eres un capullo, Gustov.

No me esperaba eso. Me encojo de hombros.

—A veces lo soy.

Ella niega con la cabeza.

—No, no lo eres. Eres un buen tío. Créeme.

No sé a dónde quiere llegar con eso, pero tengo que guiarla hacia las respuestas.

—¿Entonces quién es el capullo?

Sabe qué estoy preguntando y mi mente no deja de pensar en el puto Michael.

Impaciente niega con la cabeza.

Le acaricio la mejilla con delicadeza y ella hace un movimiento instintivo para esconder la cicatriz, que refleja dolor. Retiro los dedos rápidamente.

—Lo siento. ¿Quieres hielo?

Ella se encoje de hombros.

—No tiene importancia.

—El dolor importa. La hinchazón importa. Alivie las dos cosas con un poco de hielo. Y entonces hablaremos.

Mi madre está en la ducha cuando vuelvo a la cocina. Escucho correr el agua. No quiero preocuparla hasta que sepa lo que está pasando con Impaciente, así que decido esperar hasta mañana por la mañana para hablar con ella. Si solo le doy los pocos detalles que tengo, se quedaría despierta toda la noche, preocupada.

Tras una parada en la cocina para coger una bolsa de hielo y un paño, vuelvo a la habitación de Impaciente. Casi he llegado cuando oigo un ruido. Diría que alguien está llamando a la puerta, pero el ruido es tan fuerte que deben de estar aporreándola como si se hubieran olvidado de llamar educadamente. Los golpes agotan mi paciencia y acaban por cabrearme. Cuando llego, estoy listo para arrancar la maldita puerta de los goznes y llevarme por delante a quienquiera que esté al otro lado.

Abro la puerta, y grito:

—¿Qué coño quieres?

Y entonces lo veo. El puto Michael. Me hierve la sangre. Está ahí, de pie, vestido con su traje e intentando parecer sereno y profesional, excepto porque casi tiembla y le late una vena en la sien. Huele a ginebra, como si, en vez de bebérsela, se hubiera marinado en ella.

Aún no me ha respondido, así que repito:

—Joder, ¿es necesario aporrear la puerta, capullo? Tenemos un puto timbre.

—¿Dónde está Scout? —ruge.

Me río, aunque la pregunta es de todo menos graciosa. Sé que ha sido él quien le ha hecho esos moretones, aunque ella aún no lo haya admitido. Tengo un mal presentimiento. Frente a mí tengo a un chiflado al borde de la

locura.

—En cuanto le pusiste la mano encima perdiste el derecho a hacer esa pregunta. Debería darte una paliza ahora mismo, hijo de puta, pero no lo voy a hacer, porque, créeme, si empezase no terminaría hasta que estuvieses bocabajo en el suelo y sin respirar. Lárgate.

Él niega con la cabeza y se balancea para enderezarse. Está como una cuba.

—Ella es mía.

Sacudo la cabeza y cruzo el umbral, de manera que quedamos frente a frente.

—¿Qué puta clase de acosador eres? Déjala en paz, joder.

—¿Te la estás follando? —La vena de la sien le late con más intensidad.

—No es asunto tuyo.

De repente, resopla por la nariz, iracundo.

—Lo sabía.

—Escucha, no sé qué te crees que sabes, cabrón, pero tienes que dejar a Scout en paz. Si me entero de que te has puesto en contacto con ella de cualquier manera, te encontraré, pedazo de mierda. Y te mataré. ¿Entendido?

Antes de que responda, vuelvo a entrar y le cierro la puerta en la cara.

—Joder, necesito un cigarro —me digo a mí mismo mientras camino por la sala de estar hacia el pasillo. Tengo que volver con Impaciente.

La lámpara de la mesita de noche está encendida cuando vuelvo. La luz es tenue, pero ilumina la habitación con un ligero brillo suave. Scout lleva una camiseta de pijama de manga larga y unos pantalones cortos. Las almohadas están apoyadas contra el cabezal de la cama y está recostada sobre ellas. Tiene las piernas dobladas contra el pecho y la barbilla sobre las rodillas, el pelo despeinado y enredado, y los ojos hinchados, como si hubiera llorando durante días.

—Aquí tienes —digo, y le entrego la bolsa de hielo. Me siguen temblando las manos por la discusión con Michael y trato de calmarme.

Impaciente la coge y se la presiona contra la mejilla, haciendo una mueca de dolor. Me siento a su lado en la cama. Parece relajada, pero no de una manera normal, es más bien como si le hubieran chupado toda la energía.

—Bueno. Ahora me toca hacer preguntas y, si tengo suerte, responderás.
—Ella asiente—. ¿Cuándo conociste al puto Michael?

—¿Al puto Michael? —pregunta, aunque suena como si estuviera de acuerdo. De acuerdo al cien por cien.

—Sí, así es como lo llamo. Esta noche me parece especialmente apropiado. —Estoy intentando contener mi enfado, pero me resulta difícil.

Ella toma aire profundamente y lo expulsa y, justo cuando creo que va a quedarse callada, dice:

—Lo conocí hace poco más de dos años. Estaba en una cafetería, cerca de mi parada de autobús, matando el tiempo. Había tormenta. Él entró, pidió un café y me preguntó si podía sentarse conmigo porque el resto de sillas estaban ocupadas. No le hice caso a mi instinto y le dije que sí. Pensaba que solo se sentaría y que me ignoraría, porque eso es lo que suele hacer la gente. No quieren quedarse mirando mis cicatrices, así que fingen que no estoy.

—Pero no te ignoró.

Ella sacude la cabeza con tristeza.

—No, me habló de cosas normales, cosas triviales, supongo, pero yo no sentía que lo fueran. Hablamos una hora y, durante esa hora, no me sentí fea ni destrozada ni una vez. —Habla en voz baja, pero con mucha emoción, ese tipo de emoción que podría dar en cualquier momento un giro inesperado. Está triste. Cabreada. Derrotada. Quiere vengarse.

—No eres fea, ni estás destrozada.

Sus ojos se encuentran con los míos, pero no reflejan que esté de acuerdo conmigo y continúa sin aceptar mi comentario.

—Me pidió el número de teléfono cuando me marchaba a la estación de tren —Se encoje de hombros—. Y se lo di. Era guapo e interesante. Llevaba un buen traje y era encantador. No pensaba que fuera a llamarme, en realidad. Nadie me había pedido antes el número. Estaba segura de que lo tiraría en cuanto me fuera.

Se detiene ahí, así que la animo a continuar:

—Pero sí que te llamó.

Asiente y suspira lentamente.

—Lo hizo. Me llamó un mes después. Vivía en Florida y viajaba a menudo a Nueva York unos días al mes por negocios. Me llevó a cenar esa

noche. —Una leve mueca aparece en sus labios, pero en lugar de alegría, refleja asco—. Recuerdo lo nerviosa y feliz que estaba.

—¿Te acostaste con él esa noche? —No sé por qué he preguntado eso, pero pensar que perdió la virginidad con el puto Michael me pone enfermo.

Impaciente niega con la cabeza.

—No nos acostamos hasta la tercera cita. Me llevó a su hotel. Durante los siguientes meses, sus visitas eran una combinación de cena y sexo. Después, solo era sexo.

—¿Pero lo querías?

Esta vez, cuando asiente, su expresión se oscurece.

—Sí. Y fui una tonta por pensar que él también me quería. Decía que tendríamos un futuro juntos y que algún día nos casaríamos. —Me mira y la expresión de su cara es desgarradora. El puto Michael jugó con ella durante años—. Hablaba de eso todo el tiempo, Gus. Y yo fui tan estúpida que me lo creí.

—No eres estúpida, Impaciente. Confiaste en él. Es un capullo de mierda. —Escuchar como se menosprecia por culpa de ese imbécil hace que quiera estrangularlo.

Scout sacude la cabeza y mira directamente por la ventana que hay al otro lado de la habitación. Tiene la mirada perdida.

—Y entonces me quedé embarazada. —El enfado desaparece de su voz; lo único que se oye ahora es tristeza.

«¿Qué?» Intento no mostrarme demasiado sorprendido y mantener la boca cerrada.

Ella está callada, solo mira por la ventana, perdida en sus pensamientos, hasta que se le entristece la cara y las lágrimas le inundan los ojos.

—Ocurrió en Nochevieja. Me enteré a mediados de febrero. —Sorbe por la nariz para contener las lágrimas, pero estas se escapan y empiezan a caerle por las mejillas.

Quiero abrazarla, pero tengo miedo de que deje de hablar, así que le tomo la mano y se la aprieto para que sepa que estoy con ella. Que no está sola.

Cuando empieza a hablar otra vez, toda emoción se disipa, aunque sus lágrimas todavía caen. Su cara refleja estupefacción y devastación, el tipo de

devastación que te deja vacío.

—Lo llamé para darle la noticia, porque aunque estaba asustada, también estaba feliz. —Se encoge de hombros—. Nunca había pensado que tendría hijos. Que alguien querría tener hijos conmigo, así que para mí ese accidente fue un milagro. Un regalo. —Hace una pausa y vuelve a sorber por la nariz—. Él no sentía lo mismo. Entonces me dijo que estaba casado y todo mi mundo se desmoronó. —Se seca las lágrimas con la mano. Se la ve derrotada, como si estuviera reviviéndolo una y otra vez y fuese tan doloroso que la consumiera. Sacude la cabeza—. No lo sabía... Durante todo ese tiempo... No lo sabía. —Es como si me suplicara que la creyera.

Asiento para hacerle saber que la creo.

—Me parece que sentí todas las emociones que un ser humano es capaz de sentir durante esa conversación. Me sentí triste. Traicionada. Y enfadada, muy enfadada. Me sentí como una idiota. Creía que merecía sentir todas esas emociones, me sentía culpable. Muy culpable. Porque había estado con el marido de alguien durante dos años y yo no tenía ni idea. La culpabilidad era insoportable. El matrimonio, las relaciones... deberían respetarse... y yo había estado acostándome con un hombre casado. Me sentía sucia y utilizada, pero también creía que era culpa mía, como si debiera haberlo sabido de alguna forma. Repasé todas las conversaciones que habíamos mantenido y todas las veces que nos habíamos visto, en busca de pistas. Y no encontré ninguna. Los siguientes días me sentí sola. No tenía a nadie con quien hablar del tema.

—¿Y qué hay de tu tía? ¿No podías hablar con ella?

Scout niega con la cabeza.

—No quería molestarla con mis problemas. Febrero fue un mes muy duro para ella. Para toda mi familia. Jane intentó suicidarse a principios de mes. Después de eso, la tuvieron internada unas semanas para hacerle una evaluación psiquiátrica. —Quiere a su tía y se preocupa por ella; se le nota en la voz.

Por eso Hitler tuvo que dejar la gira. Ahora me siento mal por él.

Impaciente continúa:

—Bueno, después de estar unos días ahogándome en mi propia culpa, me di cuenta de que estaba mejor sin él. Podía criar al niño sola. Le daría amor por partida doble... Ya lo estaba haciendo.

Su voz se anima cuando menciona al bebé y se me encoge el corazón porque, aunque no sé cómo, sé que perdió al bebé. Me mira y su sonrisa se retuerce lentamente a causa de la agonía, hasta que solo siente un profundo dolor. Susurra mientras lucha por contener las lágrimas.

—Quería tanto al bebé. Habría sido una buena madre, Gustov.

Trago saliva para deshacerme el nudo que tengo en la garganta antes de darle la razón.

—Habrías sido una buena madre. —Es cierto. Es una de las personas más centradas, responsables y pasionales que he conocido.

Scout intenta sonreírme, pero en lugar de eso, apoya la cabeza en mi hombro. Pesa, como su corazón. Se está permitiendo a sí misma apoyarse en mí.

—Tuve un aborto involuntario el 29 de marzo. Ese día descubrí lo que se sentía realmente al perder a alguien. Perder a Michael no fue nada comparado con perder al bebé. ¿Conoces el dicho «Todo ocurre por una razón»? —Asiento. No me ve, pero lo nota—. Me pregunto si la persona que lo dijo ha perdido a alguien alguna vez. —Pero no es una pregunta.

Recupero la voz y respondo.

—Probablemente no. Perder a alguien es una puta mierda.

—Sí, lo es. Aún me siento culpable. Como si hubiera hecho algo mal. El médico dijo que no podía evitarse, pero aún siento que fue mi culpa.

Le estrecho la mano.

—Los abortos suceden con frecuencia. No es culpa tuya. ¿Cómo se tomó el puto Michael la noticia?

—Le mandé un mensaje al día siguiente y se lo dije, porque creía que merecía saberlo. Era la primera vez que contactaba con él desde que lo habíamos dejado. Le escribí desde un número nuevo de teléfono, uno que él no tenía. Me llamó minutos después y me dejó un mensaje tras otro diciéndome lo mucho que lo sentía. Que su mujer había descubierto lo de su aventura y que lo habían dejado, cosa que yo dudaba que fuera cierto. Me dijo lo mucho que me quería y lo mucho que le gustaría volver a verme. Estuvo así una semana. Cambié de número de teléfono otra vez y nunca volví a saber de él hasta que apareció por aquí hace unas semanas.

—Y te fuiste con él.

Vuelve a sorber por la nariz.

—Sí. No me siento orgullosa de ello. Creo que necesitaba ponerle fin. A todo. Quería que terminara de acuerdo con mis condiciones de una vez por todas. Aunque una pequeña parte de mí aún lo quería.

—¿Y qué ocurrió? ¿Le pusiste punto final a lo vuestro?

Me aprieta la mano, como si prefiriera hacer eso que hablar.

—Lo mismo de siempre. Me folló una y otra vez.

Ahora estoy furioso.

—Hijo de puta...

—No. Es culpa mía. Cuando me marché del hotel, tenía muy claro que todo había terminado. Lo que sentía por él, no era amor. Era una especie de hábito, si eso tiene sentido. Era algo que había hecho tantas veces que lo asociaba al amor, pero eso no era amor para nada. Puede que empezara así, al menos para mí, pero se transformó en algo completamente diferente. Así que, cuando ha pasado esta mañana por aquí, me he ido con él solo para decirle que se había terminado, porque para mí se ha acabado, por fin. Evidentemente... a él no le ha sentado bien la noticia.

Le suelto la mano porque ahora estoy que echo chispas. Necesito deshacerme de la furia físicamente y no quiero estar cerca de ella cuando eso ocurra, así que salgo de la cama. Tengo los puños apretados y quiero golpear algo con mucha fuerza, preferiblemente la cara de Michael.

—Será cabrón... Ha sido él quien te ha hecho eso, ¿verdad? —Le señalo los moretones de la cara. Impaciente asiente y vuelve a tener lágrimas en los ojos. Yo me pongo a caminar por la habitación—. ¿Qué clase de capullo pega a una mujer? —Y entonces, me vuelvo hacia ella—. Necesitas un orden de alejamiento. Hace nada ha venido a buscarte.

Ella parece aterrada. Odio verla así.

—¿Qué? ¿Ha estado aquí?

Asiento.

—Cuando he ido a por el hielo, estaba aporreando la puerta, borracho como una cuba, buscándote. Le he dicho que te dejara en paz o le daría una paliza. Debería haberlo hecho. —Scout no dice nada esta vez. Tiene los ojos abiertos como platos—. ¿Dónde tienes el teléfono?

Mira primero en su mesita de noche. Siempre lo carga encima. No está

ahí.

—Creo que está en mi bolso.

Sale arrastrándose de la cama y coge el bolso, que está en el suelo, al lado de la puerta del baño. Rebusca en él. Cuando lo encuentra, teclea la contraseña y me lo pasa.

Tiene treinta y dos llamadas perdidas y cincuenta y tres mensajes de texto. Empiezo a mirar los mensajes; son todos de Michael. Juro que este tío es un psicópata. Durante las últimas horas, ha pasado de amenazarla a declararle su amor, a mandarla a la mierda y a arrastrarse. Una y otra vez. Y otra. Y entre una cosa y otra, también hay alguna foto de su polla, porque sí. Este tipo está enfermo.

Miro las llamadas perdidas e identifico su número. Las treinta y dos llamadas son tuyas. Señalo el teléfono con la cabeza.

—Este tipo debería tener ya una orden de alejamiento. Está loco. Ponte los zapatos. Vamos a urgencias y después a comisaría.

Scout niega con la cabeza.

—A la comisaría, no a urgencias.

Scout interpone una denuncia por maltrato. Primero, registran su declaración y le hacen fotos. Después, rellena el papeleo necesario para una orden de alejamiento. Volvemos a casa a las tres y media de la mañana. Nunca volverá a tocarla. Lo prometo.

Domingo, 5 de noviembre

Scout

Cuando abro la puerta de mi habitación al mediodía, encuentro un plato de galletitas saladas con mantequilla de cacahuete y un vaso de zumo de uva en el suelo. En la nota adhesiva de Gustov que hay en la puerta pone: «Si necesitas algo, dímelo».

Cojo la comida y la dejo en la mesita de noche antes de contestarle con otra nota. «Gracias. Por todo». La pego en la puerta de su habitación antes de volver a la mía, encerrarme y comerme la comida más detallista que he probado jamás.

Jueves, 9 de noviembre

Gus

Impaciente ha estado callada toda la semana. Los moretones están desapareciendo, lo que más me preocupa ahora es su estado de ánimo. Ya tenía mucho con lo que lidiar a nivel emocional. Lo que le ha pasado es traumático: física, emocional y psicológicamente. No olvidarme de ello. Ojalá pudiera, pero no es así. De modo que podrá contar conmigo, incluso si no quiere hacerlo. No va a rechazar nuestra amistad cuando más la necesita. Le dejo una nota en la puerta de su habitación antes de irme a dormir.

«Mancala. *Pizza*. Esta noche. Ven o Costillas y yo te perseguiremos y te obligaremos a jugar con nosotros. Eso haría que no fuera divertido. Así que, ¿qué te parece si nos lo pones fácil y nos vemos en el comedor a las siete?».

Viernes, 10 de noviembre

Scout

Jugar al mancala y comer *pizza* era justo lo que necesitaba. Gustov, Audrey, Paxton y yo nos turnamos para participar en un torneo despiadado. Nos quedamos despiertos hasta tarde. He sonreído por primera vez en toda la semana. No he pensado en Michael. No he pensado en nada, solo me he divertido. Ha sido la primera vez en mi vida que he sentido que podía ser yo misma, rodeada de personas que ni me juzgan ni lo harán, personas que no ven mis cicatrices, sino todo lo demás. Ha sido liberador de una manera que no puedo llegar a explicar.

Después de lavarme los dientes, le dejo una nota adhesiva a Gustov en la puerta, una provocación para hacerlo sonreír como él me hizo sonreír anoche. «Todavía se te da de pena el mancala. Gracias por la *pizza*».

Lunes, 13 de noviembre

Gus

Cada vez tengo más ganas de levantarme por la mañana solo para abrir la puerta y ver si hay un poco de ella al otro lado en forma de nota adhesiva. La primera vez que me dejó una nota en el autocar, pensé: «Esto es infantil e irritante de cojones». En retrospectiva, lo entiendo. Era un tren a punto de descarrilar; yo tampoco habría querido enfrentarme a mí mismo y, obviamente, no quería hacerlo; esa es la razón por la que estaba borracho todo el tiempo.

Ya estoy sonriendo cuando, al abrir la puerta, veo la nota adhesiva amarilla y cuadrada. La sonrisa se desvanece cuando leo sus palabras: «Accidente de coche = fuego = quemaduras = miradas de la gente = vergüenza + enfado + introversión + tristeza».

Mierda. Nunca ha sido tan sincera conmigo. Quiero coger las llaves e ir a buscarla al trabajo, alejarla de todo lo que está haciendo y simplemente abrazarla. Quiero hacer desaparecer todo su dolor, el del accidente y el de los capullos insensibles que no la han hecho sentir como el ser humano perfecto que es.

En lugar de eso, cojo un rotulador y notas adhesivas y escribo, como siempre hago. No sé si me contestará o si se cerrará en banda, pero tengo que intentarlo. Escribo algo breve, porque Impaciente se fija hasta en el más mínimo detalle de las cosas, a menos que los detalles tengan que ver con ella. Con los secretos que nunca ha compartido. «¿Qué edad tenías cuando sucedió?».

Martes, 14 de noviembre

Scout

«11. Mi padre estaba borracho. Por eso me fui a vivir con mis tíos».

Miércoles, 15 de noviembre

Gus

«¿Perdiste capacidad auditiva por culpa del accidente?».

Jueves, 16 de noviembre

Scout

«Eso fue parte de lo que me tocó en la lotería al nacer. No es para tanto».

Viernes, 17 de noviembre

Gus

Su mensaje me ha hecho sonreír. Creo que este partido de tenis se ha acabado por ahora, así que respondo: «¿Algo así como me ocurrió a mi con misentido del humor? Yo sí que gané la puta lotería al nacer».

Sábado, 18 de noviembre

Scout

«Si tú lo dices...».

Gus

Y de este modo, sé que las cosas entre nosotros van bien. Cuando una conversación termina con un comentario sarcástico por su parte, sé que está satisfecha, relajada, y así es como quiero que esté. Especialmente conmigo.

Domingo, 19 de noviembre

Gus

—Mamá, ¿quién es la señora que está delante de casa con un tacataca y una bata, la que nos está birlando el periódico? —Observo por la ventana de la cocina cómo una anciana de pelo gris violáceo con una bata rosa de flores nos roba el periódico a cámara lenta.

Mi madre se acerca y se pone a mi lado. Esboza una amplia sonrisa.

—Oh, es la señora Randolph. Su hija, Francine, se mudó a la casa de al lado el mes pasado. Se quedará unas semanas por Acción de Gracias. Tiene mucha energía. Te gustará.

—¿Energía? Es una maldita ladrona. Acaba de robarte el periódico. Creo que me he enamorado de ella. —Ya puedo decir que la señora Randolph es todo un personaje.

Ella se ríe.

—Os llevaréis bien. Y siempre lo devuelve antes del almuerzo y lo deja donde lo ha encontrado, así que en realidad no se puede decir que eso sea robar. Solo lo toma prestado por la mañana.

Estoy fuera fumándome un cigarro cuando la señora Randolph vuelve para devolver el periódico.

—Hola, señora Randolph —saludo.

Ella se asusta al oírme y se le cae el periódico. Se lleva la mano al pecho y me mira con irritación.

—Dios bendito, no me des esos sustos.

Podría responderle que estoy en mi propia casa, a menos de tres metros de ella, y que es ella quien se ha colado aquí, pero no lo hago. En lugar de eso, me acerco y me presento.

—Soy Gus Hawthorne. —Hago un gesto con el pulgar por encima del hombro—. Vivo aquí con mi madre, Audrey.

La señora Randolph mira con los ojos muy abiertos el cigarro y, justo cuando creo que me va a echar la bronca por fumar, dice:

—¿Tienes otro cigarro? —Levanta la vista hacia mí y me doy cuenta de que tiene la vista nublada. Cataratas, supongo. Me mira con los ojos entrecerrados—. ¿Cómo decías que te llamabas, chico?

—Gus —respondo mientras cojo el paquete del bolsillo y lo sacudo para sacar uno para ella.

—Ya no se me da bien recordar los nombres. Tendrás que perdonarme. —Lo toma y se lo lleva a la boca con una mano temblorosa. Entonces, me mira y habla con el cigarro colgando de los labios—. Bueno, ¿vas a quedarte ahí o lo vas a encender? No tengo todo el día.

Me hace reír. Cojo el mechero y se lo enciendo. La primera calada es tan débil que creo que no va a encenderse, pero lo hace. La señora Randolph echa el humo de inmediato. No hay mucho que soltar y me pregunto si en realidad le ha llegado algo a los pulmones. Ha sido la calada más débil que he visto dar a alguien nunca, pero ella continúa de la misma manera hasta que termina. Satisfecha, tira la colilla al suelo y la pisa para apagarla.

Saco el paquete y la apunto con el extremo abierto.

—¿Quiere uno para el viaje, señora Randolph?

Ella hace un gesto negativo con las manos y gira el tacataca hacia la casa.

—Chico, el tabaco te matará si fumas más de un cigarrillo al día. —No me mira mientras habla; solo avanza por el camino detrás del taca-taca—. Además, mi hija llegará pronto y me mataría si se enterara de que he vuelto a fumar a hurtadillas. —Vuelve la cabeza hacia mí y una sonrisa maliciosa se extiende por sus generosas y arrugadas mejillas—. Será nuestro secreto, chico. No deja que me divierta —añade con un guiño antes de girarse para terminar su camino de regreso a casa.

—Que tenga un buen día, señora Randolph — grito.

Pero ella ni siquiera responde.

Jueves, 23 de noviembre

Gus

Todos los días, alrededor de las doce, cojo el tabaco y salgo para encontrarme con la señora Randolph. Es muy puntual. Siempre nos devuelve el periódico a la misma hora. Además, cada vez que la veo, como hoy, me pide un cigarro, y yo se lo doy. Ella me dice, casi como si ladrara, que lo encienda, y yo obedezco. Es un ritual que me gusta mucho. A pesar de lo que ladra, no muerde. Lo supe la primera vez que hablé con ella, pero, cuantas más conversiones entablamos, más me doy cuenta de lo guay que es esta mujer. Le hago muchas preguntas y, aunque hace como si le molestara contestarme, sé que, en el fondo, lo disfruta, porque cada vez pasa más tiempo conmigo.

Me he enterado de que tiene ochenta y tres años (me echó una bronca monumental por preguntarle cuántos años tenía, inmediatamente después de decírmela, claro). Estuvo casada durante cincuenta y dos años con su amor del instituto, Fritz. Tuvo una larga carrera como militar y después se jubiló de los cuerpos de seguridad del Estado. Murió hace trece años. No lo dice, pero se le nota en la cara que lo echa de menos.

Hoy habla de su hija, Francine. Es enfermera. Trabaja cuatro días a la semana en un hospital de San Diego. Su turno normalmente es de tres de la mañana a tres de la tarde. Nunca le he preguntado su edad, pero supongo que tendrá cincuenta y pico según las historias que me ha contado la señora Randolph. Está orgullosa de Francine; no lo admite abiertamente, pero se hace evidente al oír sus comentarios.

—¿Francine trabaja hoy? —pregunto a pesar de saber que sí. Es jueves, y

trabaja todos los jueves.

—Sí. Siempre está trabajando. —De alguna manera, no parece feliz por ello.

—Pero le encanta lo que hace. —Me encontré con Francine hace unos días y hablé con ella de su trabajo. Le apasiona y apuesto a que se le da muy bien, porque es una persona muy agradable.

La señora Randolph resopla.

—Me alegra que le encante, pero eso no significa que se tenga que matar trabajando. No tiene un equilibrio. No descansa como debería. Y de ninguna manera se divierte tanto como debería. Antes me llevaba a jugar al bingo todas las semanas cuando vivía en Charlotte, pero no lo hemos hecho desde que llegué aquí. Creo que se ha olvidado de cómo divertirse.

La mención del bingo hace que sonrío. Apuesto a que esta mujer se convierte en una fiera en un salón de bingo. Bright Side, Gracie y yo íbamos a jugar de vez en cuando, y las señoras mayores eran como lobos con piel de cordero. Vestidas con su mejor ropa de domingo, el pelo en un moño y con aspecto dulce e inocente, parecían unas dulces ancianas... hasta que salía la primera bola y, entonces, se transformaban en tiburones en aguas sangrientas. Se ponían rabiosas. A pesar de eso, sonrío.

—Ya la llevaré yo a jugar al bingo.

La señora Randolph sonrío. Sonrío muy pocas veces y me encanta que lo haga.

—¿De verdad?

Asiento.

—Claro. Siempre estoy disponible para jugar al bingo. Conozco un sitio al que podemos ir. Comprobaré el horario y la avisaré.

Ella se despide y gira el tacataca por el camino, con la sonrisa todavía en la cara.

—Vale, chico. Te tomo la palabra.

—Que tenga un buen día, señora Randolph. —Despedirme con esas palabras se ha convertido en parte de nuestro ritual.

Y también que ella no responda nada.

No me importa. A veces hay que escuchar lo que la gente no dice.

Sábado, 25 de noviembre

Scout

Por la mañana, vuelvo de correr y me encuentro a Gustov y a Paxton en el sofá con la tele a todo trapo. Están viendo un partido de fútbol. Los comentaristas tienen un marcado acento británico. Toda la escena es extraña dado el volumen de la tele y el hecho de que no creo que ni Paxton ni Gustov sean fanáticos del fútbol. Sin embargo, lo más extraño es que hay una anciana sentada en el sillón y que lo han movido unos cuantos centímetros para que esté frente a la tele. Tiene el pelo de un tono lavanda pálido poco natural que brilla con la luz del sol que entra por la ventana y hace que parezca un poco metálico. Nunca había visto a nadie tan absorto en un partido de fútbol. Comenta las jugadas con una voz que imita el acento británico de la tele, insulta a los jugadores en voz alta con un deje tosco y sureño, y vitorea y anima cuando ocurre lo que quiere. Sé que estoy cansada de correr, pero esta mujer me agota solo con verla. Aun así, aunque necesito una ducha, me acerco al sofá para contemplar mejor la escena. Paxton me ve por el rabillo del ojo.

—Buenos días, Scout —dice, como si la escena fuera de lo más normal.

—Buenas.

Gustov se gira. Costillas está acurrucada en su regazo, dormida, aunque no sé cómo puede hacerlo con tanto ruido. Señalo con la cabeza a la anciana, preguntando sin palabras qué ocurre. No es que sea asunto mío, supongo, pero siento curiosidad.

Él sonrío.

—Es la señora Randolph, la madre de Francine, la vecina de al lado. Quería ver el fútbol —contesta en voz baja, haciendo el gesto de las comillas con los dedos—. Francine no tiene tele por cable. Se moría por verlo. Supongo que es del Arsenal. Le encanta un tal Olivier. Antes ha metido un gol y se ha vuelto loca. Esta mujer es genial.

Paxton asiente con una gran sonrisa en la cara. Está enamorado de esta mujer. Cuando vuelvo a mirarla, aún está viviendo el partido como si estuviera en el estadio. Lleva una camiseta de Giroud con el número doce en la espalda y está inclinada hacia delante.

—Siéntate, Scout. Tienes que ver el partido con nosotros. Hace solo quince minutos que ha empezado. —Paxton da golpecitos al sofá.

Normalmente no veo deporte en televisión pero esto es más que un partido. Es un espectáculo que siento que no puedo rechazar.

—Voy a ducharme. Vuelvo en diez minutos.

Diez minutos después, estoy sentada con la ropa limpia y el pelo mojado al lado de Paxton. Costillas se ha despertado cuando he entrado en la habitación y se ha estirado en el regazo de Gustov antes de acercarse y acurrucarse en el mío.

Gustov sacude la cabeza cuando la gata se pone cómoda.

—Debería haberla llamado chaquetera.

En el intermedio, la señora Randolph le quita el sonido a la tele.

—No puedo escuchar tantas tonterías. Mis chicos están jugando bien. Seguro que dicen que la van a cagar en la siguiente mitad del partido.

Está hablando consigo misma hasta que se da la vuelta. Cuando sus ojos se encuentran con los míos, los entrecierra. Entonces se levanta y se agarra al respaldo del sillón. Gustov se levanta de inmediato para ofrecerle la mano. Ella acepta y se acerca hasta estar de pie justo delante de mí. Mira con severidad a Gustov.

—¿Es que no tienes modales, chico? ¿No vas a presentarme a esta encantadora señorita?

Me sonrojo en ese preciso instante.

Gustov sonrío.

—Señora Randolph, esta es Scout MacKenzie. Es la prima de Paxton. Vive con nosotros. —Nunca había dicho mi nombre antes. Me encanta cómo

suenan con su voz.

Le ofrezco la mano a la anciana.

—Hola, señora Randolph. Encantada de conocerla. —Tiene la mano fría, pero me saluda con firmeza.

—Te veo correr todas las mañanas.

Asiento.

—Lo intento.

—Y te veo marcharte con Audrey todas las mañanas.

Asiento otra vez.

—Trabajo para ella. Soy su asistente. Compartimos coche.

—¿Te gusta trabajar para ella? —Las preguntas no cesan.

Asiento de nuevo. Me está interrogando, pero no de manera autoritaria. Por extraño que parezca, quiero obtener su aprobación.

—Sí. Me encanta. Me gradué en primavera y este es mi primer trabajo de verdad. Estoy aprendiendo mucho.

Finalmente, deja las preguntas cuando parece satisfecha con mis respuestas.

—Ese es el secreto. Encuentra lo que te gusta y ve a por ello. En la vida no hay que dejarse llevar; hay que pisar el maldito acelerador a fondo. Y hay que hacer lo mismo con el tiempo libre y el amor, no tienes que dejarte llevar. Hay que pisarlo a fondo. —Mira a Gustov, que aún le sostiene la mano izquierda para que mantenga el equilibrio—. Estoy lista para volverme a sentar. —Él la lleva de vuelta a la silla y la ayuda a sentarse; ella lo mira cuando está cómoda y sonrío—. Eres un buen chico.

Gustov sonrío.

—Gracias, señora R.

—Y ella es una buena chica —añade con un guiño antes de devolverle el sonido a la tele y centrar toda su atención en el estruendoso partido.

Domingo, 26 de noviembre

Gus

—Mamá. ¿Qué vamos a hacer por Acción de Gracias? ¿Lo de siempre?

La he pillado haciendo un pastel de calabaza. Está preparándose para el gran día del jueves. Lo hace todos los años. Empieza a cocinar pasteles de calabaza el fin de semana antes de Acción de Gracias y continúa hasta unas dos semanas después. Como pastel todos los días, por la mañana, al mediodía y por la noche. Para cuando pasa la fecha, tengo diarrea y no puedo ni mirar los pasteles. Hasta que vuelve a llegar el fin de semana antes de Acción de Gracias del año siguiente y estoy aquí de pie otra vez, como un puto adicto a la calabaza con síndrome de abstinencia, con temblores y todo, esperando a que salga el primer pastel del horno para coger la mitad, ponerle seis cucharadas de nata montada y comérmela. Sí, la calabaza me vuelve masoquista.

—Ese era el plan. Lo de siempre —dice como socarronamente—. ¿Te parece bien? ¿O quieres probar algo nuevo este año? —Casi percibo la esperanza que hay en su voz. Quiere que sugiera algo diferente para no tener que pensar en el típico día de Acción de Gracias que pasábamos con Bright Side y Gracie.

—Estaba pensando que quizás podríamos invitar a Keller y a Stella a pasar el día con nosotros.

Ella se gira hacia mí. Le gusta la idea; lo veo en sus ojos.

—¿Has hablado con Keller, Gus?

Niego con la cabeza.

—No, lo intenté hace unos meses, pero no hablamos. ¿Tú?

—Bueno, creo que es una idea fabulosa. —Acaba de evitar mi pregunta, lo que me dice que sí, que ha hablado con él. Por supuesto que sí, porque mi madre es un ser humano de diez.

—Genial. Voy a llamarlo.

Cuando por fin llego a mi habitación y busco su nombre en mi teléfono, tardo diez minutos en apretar el botón de llamada. Son las ocho y media en Minnesota. Espero no despertar a Stella si ya está en la cama.

Descuelgan al tercer tono. Tomo aire a la espera de oír su voz y de notar el torrente de emociones que estoy seguro que sentiré.

En su lugar, una vocecita dulce y somnolienta responde:

—¿Hola? —Es su hija, Stella.

—Vaya, hola, Stella. —Toda la tensión de mi cuerpo desaparece.

—¿Quién es? —pregunta, como si estuviera filtrando las llamadas de su padre.

—Soy Gus. ¿Me recuerdas, Stella?

—¡Papá, es Gus! —grita, y entonces dice, a un volumen normal—: Papá está en el baño. Solo va a hacer caca.

Me río y me siento muy bien.

—Ah, bueno, todos los hombres tienen que hacer eso de vez en cuando. ¿Qué tal estás, Stella?

—Bien. Ya voy a preescolar, Gus. Mi profesora se llama señorita Cooper. Es buena, pero huele a mermelada de albaricoque. No me gusta la mermelada de albaricoque. Pero a mi abuelo sí le gusta. Se la pone en las tostadas.

Eso hace que me ría un poco más. Me encantan los niños; todo lo que sale de sus bocas es inocente y no tienen filtro.

—¿Qué tal tu tortuga?

Se le anima la voz.

—La señorita Higgins está bien. Le encanta Minnesota. —Hace una pausa y escucho a Keller de fondo, hablándole—. Un minuto, papá. Aún no he terminado de hablar con Gus. —Y entonces, me habla a mí otra vez—. ¿Estás en California con tu mamá, Gus?

—Sí. Hace buen tiempo y mucho sol. Deberías venir a visitarme, Stella.

Ahora le habla a Keller.

—Gus dice que debería ir a visitarlo a California. ¿Puedo ir? Por faaaa.

Escucho débilmente a Keller intentando convencerla.

—Déjame que lo hable con Gus, cariño, y te lo diré. ¿Puedes darme el teléfono, por favor?

—Un minuto, papá. Tengo que decirle adiós. —Y entonces, se dirige a mí—. Papá tiene que hablar contigo, Gus. Adiós.

—Adiós, Stella. Saluda a la señorita Higgins de mi parte.

—Vale.

Keller suena un poco dubitativo cuando se pone al teléfono, aunque parece algo divertido.

—Eh, Gus. Gracias por dejar que Stella te entretenga unos minutos.

—Sí, me dijo que estabas plantando un pino.

Él suelta una risa que suena como un gruñido y parece aliviado y avergonzado, como si estuviera tan contento como yo de que esta conversación haya sido tan fácil hasta ahora.

—Por favor, dime que mi hija no ha usado esas mismas palabras.

—No, ha dicho que estabas en el baño haciendo caca.

Él suspira.

—Dios, eso no es mucho mejor, ¿no?

Y, gracias a esto, nos relajamos los dos.

—Es una niña increíble, Keller.

—Sí, lo es. Tengo que admitir que, llegados a este punto, soy casi inmune a la vergüenza. La sinceridad de los niños te endurece, amigo. No hay donde esconderse y aparece en los momentos más inoportunos.

Sonríó porque parece que está bien.

—Lo mejor es ser sincero.

—Entonces, ¿qué has estado haciendo, Gus? Pienso en ti todo el tiempo y quiero llamarte, pero entonces tengo deberes, o trabajo, o tengo que llevar a Stella a clase de *ballet*. Siempre surge algo. Siento que no hayamos hablado. —Lo dice de verdad.

—No te preocupes. Yo también estoy igual. En parte es por eso por lo que llamo. Mi madre y yo lo hemos hablado y nos preguntábamos si Stella y tú teníais planes para Acción de Gracias. Pensaba que quizás podríamos

reavivar nuestro amor en San Diego.

El año pasado le hice una visita sorpresa a Bright Side en Minnesota durante Acción de Gracias, con la ayuda de Keller. Él me llamó y lo planeó todo. La molesté diciéndole que iba a robarle a su hombre.

—Nuestra relación sin sexo. —Se detiene y vuelve a reír al recordarlo—. Maldita sea, es tentador. Eres un tío guapo. —No ha perdido su sentido del humor y me alegro por ello—. Pero creo que Stella y yo nos quedaremos en Grant. Puede que venga mi padre si tiene tiempo libre.

Vuelvo a intentarlo.

—Deberíais venir. Si es por el dinero, yo me encargo.

—Gus, tío, eso es muy amable por tu parte, pero no puedo aceptarlo.

—Claro que sí. Solo tienes que decir: «Sí, Gus, nos encantaría pasar Acción de Gracias con tu madre y contigo. Serían unas buenas vacaciones». Es tan fácil como eso. Y entonces me dices a qué hora quieres el vuelo y cuándo tienes que estar en casa, y dejas que me encargue de todo. —No sé por qué, pero necesito que acepte. Necesito verlo a él y a Stella para que me ayuden a sobrellevarlo.

—Gus, es demasiado. No puedo.

Suspiro.

—¿Y si te digo que vas a hacer llorar a mi madre si no ve a Stella por Acción de Gracias? Y me refiero a llorar hasta desgañitarse. No es broma, le dará un ataque y no será bonito, tío. Me veré obligado a grabarlo y a enviarte el vídeo. Probablemente te sentirás culpable hasta el fin de tus días. Será una culpa brutal que te desgarrará el alma. —Se queda en silencio; sé que está a punto de ceder—. Vamos, tío. Tenemos muchas ganas de veros. —No puedo ser más sincero.

Él suspira.

—No iremos a menos que dejes que te lo devuelva algún día.

Sonríó porque nunca aceptaría su dinero.

—Claro, lo que tú digas.

Vuelve a suspirar.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? Va a ser caro.

—No tengo otra cosa en la que gastarme el dinero, tío. —Es verdad.

Keller se queda en silencio y, entonces, cede.

—Vale. Nos encantaría. Me vendrá bien un respiro. —De repente suena exhausto.

—Excelente. Mándame un mensaje con las horas a las que te va bien pillar los vuelos y yo lo haré posible.

—Gracias, Gus.

«No, gracias a ti».

—Será genial veros.

—Nos vemos, colega.

—Nos vemos.

No sé por qué, pero siento que me he quitado un maldito peso de encima.

Lunes, 27 de noviembre

Gus

Hace frío esta mañana, así que estoy caminando por la playa en lugar de hacer surf. Me llega una notificación de un mensaje al móvil, que tengo en el bolsillo.

keller: «Acabo de ver el correo. Gracias por los billetes de avión. Mi padre ha llamado esta mañana y me ha dicho que tiene unos días libres. No quiero tirarlo todo por la borda, pero, ¿crees que a Audrey le importaría si él también viene a San Diego? No quiero incomodaros».

yo: «No hay problema. Cuantos más, mejor».

keller: «Gracias, Gus. ¡Nos vemos el jueves!».

Martes, 28 de noviembre

Gus

La partida de bingo con la señora Randolph empieza a las diez y media de la mañana. Insistió en que la recogiera a las nueve y media. Está solo a quince minutos en coche. Lleva una blusa púrpura y unos pantalones de vestir a juego. El conjunto hace que el tono lavanda de su pelo destaque. Tiene buen aspecto y sé que se ha tomado su tiempo en arreglarse y peinarse esta mañana. Se ha puesto furiosa porque he llegado diez minutos tarde y me ha dicho que lo había arruinado todo y que no quedarían sitios ni cartones buenos para cuando llegáramos. Le he asegurado que no pasaba nada. Es un maldito juego de azar; no hay cartones buenos. En cuanto a los sitios, hay pantallas por toda la estancia que muestran los números, así que en realidad tampoco hay asientos malos. Además, yo he estado ahí antes y ella no.

Cuando llegamos, me detengo frente a la entrada y la ayudo a salir de la furgoneta. Creía que iba a esperarme mientras aparcaba, pero, cuando vuelvo a la entrada, no la veo por ninguna parte. Me pongo histérico por un momento y me pregunto cómo voy a decirle a Francine que he perdido a su madre, pero entonces me doy cuenta de que lo más probable es que haya entrado ya y esté comprando el material.

Y ahí es exactamente donde la encuentro, en el cajero, comprando una pila de cartones y dos rotuladores. Saco unas monedas del bolsillo e intento pagar, pero ella me aparta la mano de un golpe.

—Guarda el dinero, chico. Invito yo.

Me río por el escozor que siento en la mano y vuelvo a guardarme los billetes. Tras pagar, observa atentamente el lugar y me dirige hacia una mesa

vacía en la esquina delantera. Yo señalo dos asientos libres de la mesa que está justo delante de nosotros.

—¿Por qué no nos sentamos ahí? —Intento ahorrarle caminar por toda la sala.

Se cubre con la mano para ocultar sus palabras.

—Esas tipas no parecen muy amables. —Luego mira sin disimular a las tres mujeres sentadas en la mesa, al otro lado de los asientos vacíos.

No parecen amables, no. Parecen estar defendiendo su territorio y nos miran mal. No nos sentimos precisamente bien recibidos. Así que la sigo a la esquina delantera y, cuando me aseguro de que está cómoda, miro el reloj: las diez y cinco.

—Tenemos tiempo antes de que empiece. —Me giro hacia la barra para ver qué tienen—. Parece que tienen una buena selección de donuts exquisitos y cafés deliciosos. ¿Quiere algo?

La señora Randolph está organizando los cartones frente a ella. Es meticulosa, como si fuera una ciencia. No levanta la vista cuando responde:

—No me vengas como un vendedor con eso de «exquisitos» y «deliciosos». No sabes lo que dices.

Me río.

—Tiene razón. Parece que tienen una pobre selección de donuts manidos y cafés de mierda. ¿Quiere algo?

Ella sonrío, pero sigue sin mirarme.

—Tomaré un donut rancio de chocolate y un café de mierda. Dos terrones de azúcar.

Me alejo riéndome para mis adentros. Me encanta esta señora.

Nos comemos los donuts, que estaban, para nuestra sorpresa, exquisitos, y nos bebemos el café de mierda lleno de azúcar mientras esperamos a que empiece la primera partida.

Cuando cae la primera bola, me doy cuenta de lo mal que tiene la señora Randolph la vista y la memoria a corto plazo. No ve las pantallas y entrecierra los ojos para leer los cartones, incluso con sus gafas de cerca. Tras verla sufrir con los primeros números y letras, empiezo a repetirlos después de que lo diga el empleado. Los digo en voz baja, como para mí mismo, pero lo bastante alto como para que ella los oiga.

—B diez, B diez —digo repetidas veces mientras observo mis cartones y los suyos como si necesitara el recordatorio mientras busco la casilla. Me doy cuenta de que a ella le va mucho mejor cuando lo hago, así que continúo.

La señora Randolph sale del bingo con cuatrocientos dólares en billetes. Durante el camino a casa, tiene una expresión de satisfacción y orgullo en la cara. Paro frente a su casa para dejarla ahí, apago el motor y rodeo el coche para abrirla la puerta y sacar el tacataca de la parte trasera de la furgoneta. Intenta darme la mitad del dinero.

—Toma chico, toma esto. No tienes un trabajo fijo. Todo el mundo necesita tener unos ahorros.

Sacudo la cabeza.

—No, no puedo aceptarlo. Se lo ha ganado usted. Quédeselo. ¿Y qué le hace pensar que no tengo trabajo?

—Casi siempre estás en casa. No vas a ninguna parte a menos que sea a la playa. Conduces una furgoneta vieja y no tienes una motivación, no tienes fuego en tu interior.

—Soy músico. Estoy en un grupo.

—¿Cómo? ¿Por qué no lo has mencionado antes?

Me encojo de hombros.

—Hace tiempo que no toco.

—¿Por qué no?

—No sé. Supongo que tienes razón. —Suspiro—. Quizás el fuego se apagó.

La señora Randolph me agarra de la mano y la sostiene firmemente. Tiene los dedos torcidos por la artritis, pero es muy fuerte.

—Escúchame, chico. Solo tienes una oportunidad en este circo al que llaman vida. No te quedes sentado entre la multitud viendo cómo transcurre. Da un paso adelante y sé el jefe. Así avivarás el fuego.

—¿Y si el fuego se apagó con alguien más?

Ella sacude la cabeza.

—No. Te diré algo sobre la vida, chico. Nos encontramos a mucha gente durante el viaje. Algunos son unos hijos de puta y otros son especiales. Cuando encuentre a alguien especial, no lo des todo por sentado porque

nunca sabes cuándo se os va a acabar el tiempo. Yo estuve más de cincuenta años con mi Fritz. Cincuenta maravillosos años. Cuando murió, estuve perdida durante varios meses. El fuego se apagó. Pero entonces me di cuenta de que la vida es corta y que tenía que hacer una elección: podía seguir sintiéndome fatal o encontrar la felicidad y volver a vivir. —Me aprieta la mano con más fuerza—. Si vas a hacer caso a algo de lo que te diga esta vieja loca, espero que sea esto: el único que puede avivar tu fuego, eres tú. —Me mira severamente con sus grises ojos nublados—. Tú eres quien hace que la vida suceda. —Ella sonrío, deja de apretarme las manos y las suelta—. ¿Entonces se te da bien?

—¿Qué?

Ella resopla.

—La música, chico.

—No se me da mal.

—¿No se te da mal? —Me mira como si me regañara—. Ten un poco de orgullo. Dime que se te da bien. Tengo la sensación de que es así. No tienes por qué ser modesto conmigo, ya somos viejos amigos.

Sonrío, asiento y le doy cuerda, porque, aunque me haya hecho pensar, no puedo ponerme serio.

—Se me da genial.

Ella pone los ojos en blanco por mi comentario sarcástico y me da de mi propia medicina.

—¿Quién te crees que eres?, ¿Elvis Presley? El Señor solo ha creado a uno así. —Saca el programa del salón del bingo de su bolso y empieza a abanicarse con él—. Ese hombre sí que tenía fuego en su interior —añade en voz baja.

Me río.

—Que tenga un buen día, señora Randolph.

Jueves, 30 de noviembre

Gus

Por la mañana mi madre está en la cocina, envuelta en un delantal rojo chillón, llena de restos de carne. Soy vegetariano desde los quince años, y Bright Side y Gracie también lo eran, así que hace años que no cocina pavo para Acción de Gracias. Este año los carnívoros me superan en número, a juzgar por el tamaño del pavo gigante. Está bien saber que va a preparar una gran cazuela de judías verdes y boniatos para acompañar al pastel de calabaza. Estaré en el cielo culinario toda la tarde.

Ella e Impaciente están en la cocina cuando entro.

—¿Necesitáis ayuda?

Mi madre sonrío. No la había visto tan feliz desde hacía mucho tiempo. Solo lleva el delantal cuando las cosas se ponen difíciles.

—Creo que no, cielo. Scout y yo lo tenemos todo controlado. Pero ¿podrías traer más nata montada cuando vayas al aeropuerto? —Me mira fijamente—. Alguien se la ha comido toda.

Levanto las cejas y me encojo de hombros, con fingida inocencia. Ella vuelve a sonreír.

—No quiero que Stella tenga que comer pastel sin nata.

—Compraré mucha. —Miro a Scout—. ¿Quieres venir conmigo al aeropuerto?

En realidad no sé por qué lo sugiero, porque sé que mi madre necesita que la ayude, pero no puedo evitar sentir que debo protegerla después de toda la mierda por la que tuvo que pasar la semana anterior. Además, me

gusta estar con ella.

Scout señala la puerta principal con la cabeza.

—Cuando terminemos con esto voy a ir a correr, pero gracias.

Asiento. Lo entiendo, pero me siento desilusionado.

Tras fumarme un cigarro rápidamente, cojo el coche de mi madre (no puedo llevarlos a todos en la furgoneta) y me dirijo al supermercado. Compro cuatro latas de nata montada y un Twix. Salgo y me pongo en marcha hacia el aeropuerto. El vuelo de Keller y Stella llega veinte minutos antes que el de su padre. Voy en busca de la plaza de aparcamiento más cercana, lo que en fiestas es como buscar una aguja en un pajar, y después me dirijo a la zona de recogida de equipajes. Llego temprano; es un milagro. Me siento y observo a la gente. El aeropuerto está repleto de gente con prisas. Las emociones que se reflejan en los rostros de la gente van de la irritación extrema a felicidad total. Se ve y se siente quiénes viajan por obligación y quiénes están emocionados por lo que les espera. Me gusta mirar a los que están contentos. Es casi terapéutico, como un recordatorio de que en la vida hay que quedarse con lo bueno y aprovechar los buenos momentos al máximo, incluso si estos son breves.

Mientras observo a las masas, me fijo en un adolescente. Probablemente tenga dieciséis años. Está de pie al lado de la cinta por donde sale el equipaje, con dos adultos que supongo que son sus padres. Mantiene la distancia, como si dijera: «Yo no los conozco», pero tengo la impresión de que son familia. Tiene puestos los auriculares y lleva una camiseta de Rook. Por un momento, pienso qué hacer a continuación. Me gusta pasar desapercibido. En el escenario, lo más importante es la multitud. Fuera del escenario, solo soy Gus. El chico mira en mi dirección con la boca abierta; acaba de reconocermelo, así que lo saludo con la mano. Mira hacia atrás como si yo le hubiera hecho gestos a otra persona. Cuando vuelve a mirarme, asiento, sonrío y vuelvo a hacerle gestos. Le dice algo a su madre y rápidamente me señala. Ella también se sorprende. El chaval tiene los ojos de su madre. Ella sonrío, asiento y veo que le dice «ve». El chico camina rápidamente hacia mí pero no tanto como para perder su aire guay. Los adolescentes saben cómo ofrecer una buena imagen las veinticuatro horas del día.

Cuando está de pie delante de mí, le ofrezco la mano para que me la

golpee con los nudillos.

—¿Qué pasa? Me gusta la camiseta. —Él baja la vista hacia el cuervo de su camiseta como si no supiera qué decir y se quita los auriculares de las orejas—. ¿Cómo te llamas, tío?

—Josh. —El chico deja de pavonearse y los nervios empiezan a apoderarse de él. Yo era este chaval no hace mucho tiempo.

—¿Qué escuchas, Josh?

Él sonríe. Intenta controlarse por el bien de su apariencia, pero está demasiado nervioso y emocionado. Juguetea con los auriculares que tiene en la mano.

—Rook —responde.

Yo vuelvo a sonreír.

—¿Te estás quedando conmigo?

Él sacude la cabeza, pero contesta rápidamente:

—En serio. Sois la hostia.

—Gracias, tío. ¿Estás de viaje con tu familia?

—Sí, vamos a ver a la abuela por Acción de Gracias. Vive en La Jolla

El chico mira hacia atrás; sus padres están de pie a cierta distancia, esperándolo con lo que parece ser todo el equipaje.

—Bueno, diviértete. Será mejor que te deje volver con la familia; creo que te están esperando.

Metó la mano en el bolsillo delantero y saco un puñado de monedas. Entre el cambio hay dos púas de guitarra. No sé por qué, pero desde que empecé a tocar siempre llevo algunas encima. Le doy una de las púas al chico.

Esboza una sonrisa de manera instantánea. Parece que tenga diez años en vez de dieciséis. Es gracioso cómo la felicidad hace que una persona parezca más joven.

—Gracias, Gustov.

Le doy una palmadita en el hombro.

—Llámame Gus, tío. Y de nada. Saluda a tu abuela de mi parte.

Él asiente, aún mirando la púa que tiene en la mano. Cuando levanta la vista de nuevo tímidamente, pregunta:

—¿Crees que podríamos sacarnos una foto juntos?

—Por supuesto.

Odio sacarme fotos, pero haría lo que fuera por mantener la sonrisa en la cara del chaval.

Él llama a su madre mientras saca el teléfono del bolsillo.

—Mamá, ¿puedes sacarnos una foto?

Ella casi corre, como si hubiera estado esperando este momento toda su vida, como si no hubiese nada que no fuera capaz de hacer por el chico. Me recuerda a mi madre. Sé la suerte que tienen de tenerse el uno al otro.

Le ofrezco la mano.

—Hola, madre de Josh. Soy Gus.

Ella acepta mi mano y la estrecha con fuerza.

—Oh, sé quién eres. Josh tiene pósteres de tu grupo por toda la habitación.

—¡Mamá! —protesta Josh, avergonzado.

Ella asiente a modo de disculpa y me sonrío.

Posamos para un par de fotos e incluso les pido que saquen una con mi teléfono. Cuando se marchan, me siento bien, pero no porque me hayan reconocido y halagado (ciertamente, no necesito los halagos); me siento bien porque acabo de hacer feliz a un chico. Le he dado la púa de guitarra y él, por su expresión, parecía que tuviese un lingote de oro en las manos. Bright Side siempre decía que nuestra música hacía que la gente sintiera algo. Creo que sé exactamente lo que quería decir porque ahora mismo lo siento.

Unos minutos más tarde, recibo un mensaje de texto.

keller: «Hemos aterrizado. Nos vemos en la cinta 23C, en la zona de recogida de equipajes».

gus: «No hay prisa. Estoy aquí».

Diez minutos después, Stella corre hacia mí y grita mi nombre.

—¡Gus!

Me levanto y la cojo en brazos cuando choca contra mis piernas. Ha crecido un montón desde que la vi en enero.

—¿Cómo está mi enana favorita?

Ella suelta unas risillas.

—Bien. Hemos volado en avión. Ha sido divertido.

Asiento.

—¿Te gusta volar?

—Sí —responde distraídamente, mientras me rodea el hombro con el brazo derecho y me agarra la coleta. La coge con la mano, tira de las puntas y, entonces, estira el cuello por encima de mi hombro para echar un vistazo—. Tienes el pelo muy largo, Gus. —Dice «muy» como si tuviera dos sílabas. Me río—. Es muy bonito.

Me siento como una de sus muñecas, pero acepto el halago.

—Vaya, gracias, Stella.

Por fin se acerca Keller; le falta el aliento, como si hubiera estado persiguiendo a su hija por todo el aeropuerto. Extiende la mano para que se la estreche y, entre jadeos, dice:

—Hola, Gus. Siento la emboscada. Me ha tocado una corredora.

Me río.

—No pasa nada. Una emboscada de Stella es el mejor tipo de emboscada.

Él se ríe conmigo. Parece algo cansado, pero tiene buen aspecto. Lleva el pelo más largo que la última vez que lo vi. De hecho, le sobresale bajo el gorro de lana.

—Solo tengo que recoger la maleta y la sillita para el coche de Stella.

—Tómate tu tiempo. Tengo todo el día, tío.

Me siento con Stella en el regazo y ella procede a ponerme al día sobre la señorita Higgins, su tortuga, y su vida en Grant mientras compartimos el Twix que le he comprado. Le encanta Grant, pero creo que le encantaría cualquier lugar en el que estuviera Keller. Idolatra a su padre. Sé cómo se siente; me pasa lo mismo con mi madre.

No pasa mucho tiempo antes de que Keller vuelva con sus cosas y, poco después, llega su padre. Stella se vuelve loca cuando lo ve. Chilla por la emoción y salta de mi regazo, pero antes de que pueda salir corriendo hacia él, Keller la agarra por la parte de atrás de la camiseta. Es rápido. Me mira y dice con una sonrisa:

—Ya lo ves, es toda una corredora.

Después de que el padre de Keller abraza a Stella, abraza a su hijo, lo

cual me relaja. Recuerdo que Bright Side me dijo que tenían una relación muy tensa.

Ofrezco mi mano para presentarme.

—Hola, doctor Banks. Soy Gus. —Lo vi en el funeral de Bright Side, pero no me quedé mucho como para hablar con la gente. Este es nuestro primer encuentro.

Me estrecha la mano y asiente con formalidad.

—Lo sé. Encantado de conocerte, Gus. He oído hablar mucho sobre ti.

Asiento y miro a Keller.

—¿Bien o mal? —pregunto—. ¿Qué le has contado?

Keller se ríe y me da una palmada en la espalda.

—Solo hablo bien de ti, colega.

La conversación durante todo el viaje de vuelta a casa la dirige la diminuta pelirroja de la sillita de atrás. Y no queríamos que fuera de otra manera.

—Papá, ¿podré hacer otra vez un castillo de arena cuando lleguemos a casa de Gus?

—Mañana, nena. Hoy es Acción de Gracias. Audrey está preparando mucha comida rica para todos. Quizás podamos jugar a un juego dentro, después de la cena, ¿vale?

—Vale. —Stella accede a todo siempre con mucha facilidad y no puedo evitar sonreír por lo simpática que es—. Gus, ¿quieres jugar conmigo mañana y hacer castillos de arena en la playa?

—Pues claro que sí, Stella.

—¡Sí! —vitorea y entonces canta—: ¡Vamos a jugar! ¡Vamos a jugar!

Cuando llegamos a casa, mi madre sale a recibirnos a la puerta con un abrazo, porque eso es lo que ella hace. Después de abrazarnos a todos, les hago gestos a Keller y a Stella para que me sigan por el pasillo hacia mi habitación. Impaciente sale de la suya cuando nos acercamos. Keller parece sorprendido cuando la puerta de la habitación se abre y sale alguien. Mira hacia el interior y no puedo evitar notar la tristeza en sus ojos. Está pensando en Bright Side.

Yo vivo aquí, pero Keller no ha estado en esta casa desde los últimos días de Bright Side. Tiene que ser impactante ver la habitación en la que ella murió después de tantos meses.

Stella rompe el silencio por todos nosotros.

—¿Quién eres? —pregunta con curiosidad.

Impaciente baja la vista y una sonrisa le ilumina los ojos mientras se agacha frente a Stella. Es una sonrisa que la transforma en una persona paciente y cariñosa. A algunas personas simplemente les encantan los niños. Yo soy una de ellas. Y ella también.

—Scout. ¿Cómo te llamas?

—Stella. —Tira de la pernera del pantalón de Keller—. Este es mi papá. Se llama Keller.

Tengo que reírme porque Stella es adorable, maldita sea.

Impaciente levanta la vista hacia Keller, pero no se levanta.

—Hola, Keller.

—Hola... Scout, ¿no? —Está siendo educado, pero aún parece estar a millones de kilómetros.

Ella asiente.

Le hago gestos a Keller para que me siga.

—¿Por qué no dejas todas tus cosas aquí? Podéis dormir en mi habitación.

Keller niega con la cabeza, pero sigue un poco aturdido.

—No quiero echarte de tu cuarto. Stella y yo podemos dormir en el sofá. Nos las apañaremos, solo son unos días.

Impaciente se levanta.

—Acabo de cambiar las sábanas de la cama. Entrad y quedaos con esta habitación. Yo puedo dormir en el sofá.

Keller parece muy afectado. Le acaban de ofrecer algo inimaginable. Tengo que arreglar la situación cuanto antes.

—No pasa nada —le digo a Impaciente, y entonces agarro a Keller del hombro hasta que me mira, hasta que me mira de verdad. Señalo con la cabeza la puerta de mi cuarto—. Vamos, puedes dormir en mi habitación. Yo también he cambiado las sábanas. Me daría mucha rabia haberlo hecho para nada. Creo que es la primera vez en todo el año que las he cambiado.

Él casi sonrío.

Miro a Impaciente, e intento suavizar las cosas.

—¿Por qué no vas a buscar al padre de Keller y le cedes tu habitación?

Ella asiente. Parece un poco confundida, un poco avergonzada y muy preocupada. Sabe que lo que está pasando no es normal. Stella estira el brazo y le da la mano a Impaciente.

—Iré contigo. Vamos a buscar al abuelo.

Cuando Keller deja la maleta en el suelo al lado de la cómoda, se vuelve hacia mí con una expresión vacía, como si estuviera intentando deshacerse de la tristeza pero no pudiera decidir con qué emoción reemplazarla. Me rompe el corazón verlo así. Sé lo difícil que es estar aquí, en presencia de su fantasma. Llevo meses lidiando con ello. He aprendido a vivir con ello. Se necesita tiempo. Además, él no había tenido que enfrentarse a la proximidad y, ahora, esto lo ha transportado meses atrás. Sé por lo que está pasando, así que hago lo único que puedo hacer: lo abrazo. Y él me corresponde. Al principio lo hace sin muchas ganas, pero enseguida siento que se le tensan los músculos. El apretón no es un abrazo; es un desahogo de emociones, una liberación del dolor. Le doy palmadas en la espalda.

—Siento lo que ha pasado, tío. Scout no sabe qué ocurrió en esa habitación. No iba con segundas.

Suelta el aire, larga y sonoramente, antes de soltarme. Sacude la cabeza para despejarse.

—No, yo sí que lo siento, Gus. Pensaba que estaba preparado para venir aquí. Que sería capaz de soportarlo. —Hace una pausa y baja la vista al suelo antes de volver a mirarme. Sé lo mucho que la quería. Ahora lo está reviviendo todo. Vuelve a sacudir la cabeza—. Simplemente, es muy duro. —Busca comprensión en mis ojos.

Yo asiento.

—No tienes que explicármelo tío, lo sé. Esto es duro.

Él sonrío.

—Gracias, colega. Vamos. Kate querría que aprovecháramos el día al máximo.

Me río.

—A Bright Side le flipaba Acción de Gracias. Espero que estés listo para

comer el doble de pastel de calabaza por ella.

Él se ríe y se frota la barriga.

—Creo que puedo hacerlo. No he comido nada desde anoche.

La mesa del comedor está llena de comida y gente. Nuestra mesa de Acción de Gracias siempre es una mezcla de inadaptados. Y no lo digo como insulto; es solo una valoración objetiva. Mi madre siempre invita a nuestras fiestas a gente que no tiene a donde ir. Su generosidad es legendaria. Las caras son diferentes todos los años, lo que hace que sea divertido. Nunca sabes con quién te vas a sentar o cuál va a ser el tema de conversación. Hoy la mesa está más de llena de lo normal.

Keller y yo nos sentamos en dos asientos vacíos en un extremo de la mesa. Mi madre está de pie en la otra punta, sonriéndonos.

—Esperábamos a una persona más, pero acaba de llamar para decir que le han cancelado el vuelo por culpa del tiempo y que va a llegar tarde, así que empezaremos sin él. Quiero daros la gracias a todos por compartir Acción de Gracias con Gus y conmigo. Tenemos mucha suerte de que esteis aquí. —Levanta su vaso—. Por la buena comida y la buena compañía—. Todos alzamos nuestros vasos y repetimos sus palabras. Ella sonríe—. Ahora a comer. Scout y yo hemos estado cocinando todo el día y hay mucho que degustar. No seáis tímidos.

Lo hacemos. Comemos y hablamos. El volumen de las conversaciones es muy alto, pero es un sonido reconfortante, bullicioso por la amabilidad y el aprecio. Miro la mesa y, me sorprende al ver las parejas tan extrañas que hay. Impaciente está sentada al lado del doctor Banks, hablando de Nueva York. Pax, Keller y Stella están hablando con la señora Randolph y Francine sobre gaviotas y sobre lo mucho que a la señora Randolph le gusta verlas volar sobre el mar. La mirada de mi madre se encuentra con la mía y sonríe; entonces me guiña el ojo. Yo pongo los míos en blanco como respuesta.

—Feliz Acción de Gracias. Te quiero —digo, sin emitir sonido alguno. Ella hace lo mismo.

Contemplo la escena a mi alrededor y pienso que la vida no es perfecta. Si lo fuera, Bright Side y Gracie estarían sentadas con nosotros, pero sé que eso es imposible. Y por primera vez, me doy cuenta de por qué Bright Side

decía que no se arrepentía de nada. Porque vivía en el presente, no en el pasado. No se daba la oportunidad de arrepentirse de nada porque hacía todo lo que podía con lo que tenía, aunque no fuera mucho. Nunca veía el lado negativo de las cosas, aunque se hacía patente en su vida a menudo. Buscaba una chispa de positivismo y la agrandaba hasta que era lo único que veía, hasta que hacía que todo lo malo desapareciera. Justo ahora, aquí sentado, la echo de menos. Siempre la echaré de menos. Sin embargo, hoy la echo de menos de una manera diferente. De una forma que me hace sonreír al recordarla. Echo un vistazo a mi brazo, a mi nuevo tatuaje, y comprendo el significado de las palabras. Todos los días ocurre algo épico si te esfuerzas lo bastante en encontrarlo. Cada día es una oportunidad para salir al exterior y hacer que sea grandioso. La clave es esforzarse. Ella lo hacía. Cada puto día. Todos deberíamos hacerlo. ¿Es más duro? Joder, sí. Es mucho más fácil quejarse... o autodestruirse... o no hacer nada en absoluto. Pero ¿dónde está la magia en vivir así? Es como me dijo la señora Randolph, animándome para que avivara otra vez la llama de la motivación. La señora Randolph y Bright Side habrían sido muy buenas amigas, estoy seguro.

Mientras observo a todos los que están en esta mesa, pienso que todos tienen su propia mierda, sus propios problemas, igual que yo, pero son felices porque viven en el presente. Es bonito de cojones. Esto es lo que realmente importa. La familia y los amigos. Y yo estoy rodeada de las mejores personas del mundo.

Viernes, 1 de diciembre

Gus

Keller y yo estamos sentados en las tumbonas de la playa viendo como Stella juega en la arena con Impaciente y Pax. El sol brilla sobre nosotros, pero hay una ligera brisa que enfría el aire.

—¿Cómo vas a quitarle la arena a Stella, tío? Se ha rebozado en ella. Lleva tres cubos solo en el pelo.

Hemos estado fuera las últimas tres horas y se lo está pasando en grande. Keller y yo nos acabamos de retirar del maratón de castillos de arena para sentarnos y descansar, cuando Impaciente y Pax se han puesto a jugar con ella.

Él niega con la cabeza.

—No tengo ni idea. Supongo que ya veré cuando llegue el momento. Quizás la meta en el agua con la ropa, a ver si así se limpia ella y lo que lleva puesto a la vez. O la cogeré por los tobillos y dejaré que la gravedad haga su trabajo.

Cuando termina de hablar, sonrío, porque no puede hacer otra cosa cuando se trata de Stella. Nos tiene, a él y a todos los demás, hechizados.

—¿Y qué tal la familia? Tus padres se divorciaron, ¿no?

Keller asiente lentamente, como si aún estuviera intentado procesar lo sucedido.

—Sí, ha sido una locura. Mi padre presentó los papeles del divorcio y se mudó de casa el año pasado, justo antes de Navidad. No me enteré hasta después del funeral de Kate. Mi madre es abogada... —Hace una pausa—.

Y, bueno, es mi madre, así que hubo bastante polémica. Se atrasó durante meses. —Eleva una ceja y me mira—. Es el tipo de persona que siempre quiere tener la razón y decir la última palabra, ¿sabes? Fue brutal para mi padre. Él solo quería escapar. Solo quería marcharse, incluso si era únicamente con lo puesto. Ella quería luchar porque es lo que mejor se le da.

—Fue horrible, ¿eh? —Me siento mal por ellos. Nunca he entendido cómo se puede terminar odiando a alguien a quien una vez has amado. Y odiarlo hasta el punto de querer destruirlo.

—Horrible se queda muy corto. Sin embargo, él tenía un buen abogado. Ella se quedó con la casa, pero él se quedó con bastante dinero para vivir bien.

—Qué mierda, tío. Lo siento.

Él niega con la cabeza.

—No lo sientas, ha sido lo mejor. Mi padre siempre vivía a la sombra de mi madre. Nunca tuve una relación con él por eso. Desde que se separaron, es una persona diferente. Es el padre que siempre quise y necesité. Es una mierda que tuviera que pasar por todo esto, pero al final es lo mejor que ha hecho. Por fin es feliz. No tienes ni idea de lo que es ver a un hombre de su edad ser él mismo. De verdad, es muy inspirador.

—¿Y dónde vive ahora?

—Ha alquilado un estudio a unas cuantas manzanas del hospital de Chicago. Es práctico y sencillo. Puede ir andando al trabajo. Le encanta.

—Eso es genial. Es un buen tipo. Siento no haber hablado con él cuando vino al funeral de Bright Side. Yo estaba un poco... afectado.

—No te preocupes. Todos lo estábamos. Venir al funeral de Katie fue un momento clave para él. Su vida empezó a cambiar ese fin de semana. Hubo un acercamiento entre nosotros. Conoció a Audrey. Su amistad lo ha ayudado a sobrellevar la peor parte de lo que ha ocurrido este año. Tu madre es genial, Gus.

—La mejor. ¿Sabes qué? No sabía que mi madre hablara con tu padre ni que fueran amigos hasta ayer. Sé que he estado fuera casi todo el año por la gira, pero ella nunca lo ha mencionado. Y, al verlos ayer a los dos, me di cuenta de que es como si fueran muy buenos amigos. Mola.

—Sé que hablan mucho por teléfono. Se llevan bien.

—¿Y qué tal va lo demás? ¿Cómo están los amigos de Bright Side? ¿Has

visto a los que vivían enfrente de ella en la residencia? ¿Clayton y el sumiso? No recuerdo su nombre.

Él me mira y se ríe.

—¿El sumiso?

Y ahora yo me río con él.

—Bright Side y yo bromeábamos con que le iba el sexo fetichista, los juegos de rol, el *bondage* y esas mierdas.

Y ahora se ríe más fuerte.

—Oh, por Dios, no. Yo creo que Pete es virgen y lo será hasta que se case. Y entonces, solo lo hará en la postura del misionero una vez al mes. Es un tipo muy reservado. No hay nada malo en ello, pero estoy seguro de que no le va el fetichismo. —Niega con la cabeza y sigue sonriendo—. De ninguna manera.

—¿Lo sigues viendo? —pregunto.

—Sí, los veo a él y a su novia de vez en cuando. A veces vienen al Grounds a tomar café. Es un buen chico. Le afectó mucho la muerte de Katie. No pudo decir su nombre durante meses.

—¿Y qué tal está Clayton? —Era un tipo interesante, extravagante, como Bright Side. Me caía bien.

—Está bien. Ahora vive en Los Ángeles con su novio. Va a la universidad allí y trabaja de camarero en un restaurante caro en West Hollywood. Hablo con él a veces. Le encanta Los Ángeles. Sé que lo pasó mal en Grant. Estoy contento de que haya encontrado un sitio al que pueda llamar hogar, un lugar en el que por fin sienta que puede ser él mismo.

Sé que Bright Side siempre se preocupaba por él, así que me alegra oírlo.

—Papá, ¡he encontrado una galleta de mar! —grita Stella mientras corre hacia Keller.

Él la coge con una sonrisa en la cara.

—Increíble, nena. Nos la llevaremos a casa y la pondremos en tu habitación, en tu estantería especial.

La sonrisa de Stella es la cosa más pura que he visto en mucho tiempo.

—Vale, papá. —Rápidamente, vuelve a reunirse con Pax e Impaciente en el castillo de arena.

—¿Y qué hay de su compañera de habitación? Sugar, ¿verdad? ¿Sabes algo de ella?

Keller asiente.

—Sí, Sugar. —Creo que no va a decir nada más, pero entonces continúa —: ¿Sabes que siempre fue una idiota con Katie?

—Sé que tenía el nombre, la reputación y la complexión de una *stripper*, pero no sabía que fuera una zorra. Era consciente de que ella y Bright Side no eran amigas, pero...

—Era una zorra —interrumpe Keller—. Pero algo pasó entre ellas ese cuatrimestre. No sé qué pero poco antes de que Katie volviera aquí, en diciembre, se llevaban bien. No diría que fueran buenas amigas, pero hablaban. Era como si Sugar por fin se hubiera dado cuenta de que tenía al lado a una persona increíble en su vida y quisiera que la guiara o algo. —Sacude la cabeza como si eso aún lo confundiera—. No sé, era raro. Algo bueno, pero raro. Y supongo que Katie no le contó que estaba enferma. Solo le dijo que iba a volver a San Diego. Sugar vino al Grounds llorando una mañana, unas dos semanas después de que empezara el segundo cuatrimestre, cuando todos habíamos vuelto a las clases. Dijo que había oído a alguien hablar de ella y quería saber si era verdad lo que contaban. Cuando le dije que sí, la chica rompió a llorar. A moco tendido. Fue duro verlo.

—¿La ves por ahí? —pregunto.

—Sí, a veces. En ocasiones viene con amigos a la cafetería. No soy amigo suyo, pero he notado un cambio visible. Se viste de manera diferente, lo cual es bueno. Deja más a la imaginación ahora. No parece un anuncio de sexo andante. Tiene el pelo castaño en lugar de rubio. Supongo que es su color natural. No sé, parece una de esas personas que han despertado. A veces es lo que provoca un puñetazo en la cara. Creo que se ha llevado unos cuantos.

Bright Side estaría sonriendo ahora.

—¿Y qué pasa con Duncan y Shelly? ¿Les va bien?

—Genial. Se graduaron en primavera. Dunc consiguió un buen trabajo. Trabaja en la capital de Minneapolis para el Gobierno, es una especie de asistente o secretario de alguien importante. No estoy seguro de cuál es su puesto, pero a él le encanta. Quiere en un futuro a tener un cargo público, así que se está moviendo y viendo cómo funciona todo. Y Shel sigue trabajando

en la floristería de su madre. Prácticamente ha tomado las riendas del negocio y su madre casi se ha jubilado. También ha empezado a dar clases de piano. La mayoría de sus alumnos son niños. Agotan su paciencia, lo cual es bueno. —Sonríe—. Shel no tuvo una vida fácil de pequeña, ¿sabes? Abusaron sexualmente de ella durante años. Un tío suyo. Es asqueroso y horrible. Dunc la ha ayudado muchísimo, pero conocer a Katie le cambió la vida. Lleva yendo al psicólogo un año. Va por el buen camino. Estoy orgulloso de ella. Y me ayudan mucho con Stella. Trabajo de camarero los viernes por la noche, así que ellos se la llevan a casa y pasan la noche con ella. A Stella le encanta. Y a ellos también. Tengo suerte de contar con ellos.

No me imagino cómo es su vida, intentando combinar las clases, el trabajo y criar a su hija.

—No sé cómo lo haces, tío. Debes de estar agotado.

Él se ríe y, aunque suena cansado, parece feliz y satisfecho.

—Estoy cansado y ocupado, pero, sinceramente, no querría que las cosas fueran de otra manera. Stella es mi vida. Es la razón por la que me levanto todos los días y hago lo que hago. Y las clases, hasta el trabajo... Todo me ayuda a enfrentarme a la pérdida de Katie, ¿sabes? Especialmente durante los primeros meses después de que se fuera. En cuanto tenía un momento libre, desesperaba. —Hace una pausa y se pasa la mano por el pelo mientras piensa—. Dios, a ella no le habría gustado nada verme así. ¡Me enseñó tantas cosas! A ser valiente, a vivir la vida al máximo y amar lo que haces totalmente... así era ella. Así que eso es lo que intento hacer todos los días para honrarla. Eso y ser espontáneo de vez en cuando. —Sonríe—. No sé por qué, pero me siento un poco más fuerte cuando lo hago.

Tengo que reírme por su sinceridad.

—Eres un rebelde, tío —digo.

Él se ríe conmigo.

—Lo sé. Soy un tipo duro.

—Lo eres, amigo mío. Lo eres.

Es cierto: es un padre duro y un amigo duro.

Domingo, 3 de diciembre

Gus

Oigo como llaman tímidamente a la puerta de mi habitación. Tímidamente como lo haría una persona que no quiere llamar o que quien esté dentro responda.

Son las nueve. Estoy despierto, pero sigo en la cama.

—¡Adelante! —grito.

La puerta se abre lentamente y Pax mete la cabeza por la ranura.

—Y, Gus. Buenos días.

—Buenos días. ¿Qué pasa? —Sigue fuera, asomando solo la cabeza. Le indico con una mano que entre.

Pax abre la puerta del todo, pero antes de entrar, pregunta:

—¿Puedo hablar contigo un momento?

—Por supuesto.

Pax no pierde el tiempo, cierra la puerta rápidamente al entrar y se sienta en una esquina de mi cama. Parece nervioso. Hacía semanas que no lo veía así.

—Tío, desembucha. ¿Qué pasa? —Verlo así hace que yo mismo me ponga nervioso.

No me mira a la cara y sus mejillas se ponen rojas a una velocidad alarmante.

—Tengo una cita con Mason —suelta. Luego expulsa todo el aire, intentando calmarse, y temo que empiece a hiperventilar.

Aplaudo para animarlo.

—Bien hecho, tío. Bien hecho.

Por fin me mira y sonrío, pero tiene una expresión de pánico en los ojos.

—Hemos estado hablando mucho en clase últimamente y le pedí su número el viernes. La llamé anoche. Le pregunté si quería salir hoy conmigo y me dijo que sí.

Sonrío.

—Genial. Entonces, ¿cuál es el problema?

Definitivamente hay un problema o, de lo contrario, no estaría aquí. Pax toma aire y el pánico vuelve a apoderarse de sus ojos.

—¿Qué se supone que debo hacer ahora? Nunca he salido con una chica.

—¿En serio? —Sabía que no tenía mucha experiencia con chicas, pero ya tiene casi dieciocho años. Pensaba que había estado en esta situación una o dos veces.

—Sí, nunca —confirma.

—Bueno, tío, nunca he sido de los que tienen citas, pero ¿por qué no la llevas a almorzar, al cine o a la playa? Tienes muchas opciones.

—Tenemos que ir a algún sitio al que podamos ir andando. Tiene el coche en el taller y, bueno, yo no tengo, así que...

—Pilla mi furgoneta —interrumpo—. Hoy no la necesito.

Abre los ojos como platos.

—¿En serio? ¿Me dejarías tu furgoneta de mierda?

—Claro. Tienes carné de conducir, ¿no? —Él asiente rápidamente, todavía boquiabierto—. Es tuya, pero pórtate bien con ella. No vale mucho, pero la quiero.

Él asiente; no ha dejado de hacerlo en ningún momento.

—Lo haré. Tengo que recoger a Mason a mediodía. Volveré a casa a las cinco.

Salgo de la cama y rebusco en los bolsillos de los pantalones que me puse anoche. Saco las llaves y se las tiro a Pax. Él intenta sonreír cuando las coge, pero aún sigue tenso.

—Gracias, Gus.

—De nada. —Y entonces, se me ocurre algo más y empiezo a rebuscar en el cajón de mi mesita de noche. Le tiro un puñado de paquetitos cuadrados.

Pax los coge, pero cuando se da cuenta de lo que sostiene, los deja caer al suelo. Entonces se agacha para recogerlos. Está claro que está perplejo y avergonzado.

Me río e intento que se relaje.

—Utiliza protección siempre, tío.

Él sacude la cabeza, mirando fijamente los condones que tiene en la mano.

—No los necesito.

Vuelvo a sonreír porque la inocencia del chaval me mata. Nunca ha salido con nadie y está claro que es virgen. Es como ver un unicornio dorado.

—Eso no lo sabes, tío. Puede que hoy no...

Me interrumpe.

—Sin duda hoy no pasará. —Juraría que tiembla de miedo.

Asiento e intento contener la risa.

—Vale. Hoy no, pero te acostarás con alguien en algún momento. Eres humano, por Dios. Cógelos. Guárdalos. Úsalos cuando estés preparado. Vuelve a por más si te da miedo comprarlos. No me meteré donde no me llaman, pero te daré suministros.

Tiene los ojos como platos, pero se mete los condones en el bolsillo.

—Vale. Gracias otra vez, Gus.

Camina hacia la puerta cuando lo detengo.

—¿Pax?

Él se vuelve con la mano en el pomo.

—¿Sí?

—Lo tienes todo controlado. Sé tú mismo. Eres increíble.

Él sonríe y, por primera vez en los últimos minutos, esboza una sonrisa auténtica.

—Gracias.

Cuando la puerta se cierra, no puedo evitar reírme. Los últimos cinco minutos han sido como una campaña de concienciación incómoda. Me encanta ese maldito chaval.

Lunes, 4 de diciembre

Gus

Estoy sentado frente al piano de mi madre porque esta mañana he cogido la guitarra por primera vez en semanas y me ha parecido que pesaba demasiado. He sentido una especie de rechazo. Como si la guitarra no quisiera que estuviera allí. Por eso la he devuelto a la esquina de mi habitación y he bajado al sótano.

Hacía un año que no me sentaba en la banqueta del piano. Rara vez compongo música con él. Casi siempre creo canciones con la guitarra, pero a veces me llega la inspiración y se me ocurre una melodía mientras toco el piano. Esperemos que esto funcione. Necesito suerte. Necesito música. Me siento vacío sin ella.

Las teclas de color marfil están frías. El piano está abandonado. Mi madre tampoco toca mucho ya.

Muevo los dedos por las teclas, deslizándolos para tocar unas escalas. Dejo que mi mente vague y toque lo primero que se le ocurra. Mis dedos se mueven siguiendo un patrón conocido y empiezo a tocar una pieza clásica. Mozart. Fui a clases cuando era pequeño y aprendí varios conciertos para piano. Mi madre insistió en que lo hiciera. A ella se le da genial; sin duda, el piano es su instrumento.

Una canción fluye hasta la siguiente y sale a borbotones de mi memoria. Me siento bien cuando toco. Me siento yo mismo mientras mis dedos recuerdan las teclas, los intervalos y el sonido del piano. Es una sensación acogedora. La casa está en silencio y tranquila, y la música inunda la habitación. Llena el espacio vacío como un espíritu, como si fuese un ser

vivo. Y, de repente, no me siento tan solo.

Creo que eso es lo que más me molesta de haber perdido a Bright Side. Con ella nunca estaba solo. Incluso cuando vivía a kilómetros de mí, nunca estaba solo. La sentía. Ella me llenaba, como la música inunda en este momento la habitación.

La pieza que estoy tocando es una de sus favoritas. Debussy. Bright Side solía decir que Debussy era *sexy*. Yo me reía de ella, pero tenía razón. Me pedía que le tocara esta canción una y otra vez. Le encantaba.

Así que ahora la toco para ella.

—Espero que estés escuchando, Bright Side —digo en voz alta. Sé que está por ahí. Sé que suena raro, pero, a veces, simplemente sé que está cerca. Es como un destello fugaz de consuelo... y, entonces, en un abrir y cerrar de ojos, desaparece.

La echo tanto de menos.

Mientras llego al *decrescendo* final, veo algo que se mueve por el rabillo del ojo. Me giro en la banqueta y veo a Impaciente de pie en la escalera, observándome.

—Ey —digo, un poco perplejo—. ¿Cuánto tiempo llevas espíandome?

Ella se encoge de hombros y esboza una pequeña sonrisa. Me encanta esa sonrisa, probablemente porque apenas tengo la oportunidad de verla.

—Un rato. —En esas dos palabras, dulces y simples, está el consuelo fugaz del que hablaba antes.

No estoy solo.

Asiento.

—¿Te gusta Debussy?

Ella también asiente.

—Si esa pieza era suya, sí. Es preciosa. No sabía que tocaras.

—Mi madre me obligó a aprender cuando era pequeño. Hablando de ella... ¿No deberías estar trabajando?

Scout sacude la cabeza, como para obviar la pregunta.

—Sí. Audrey necesitaba un archivo que se ha dejado aquí, en el escritorio. He vuelto para recogerlo y también he preparado una ensaladilla de huevo. He bajado para ver si querías un sándwich. Hay mucha ensaladilla.

—Siempre trata de alimentarme.

—Claro. Subiré en un minuto. Gracias.

Impaciente vuelve a sonreír. Cada vez soy más consciente de que hacer algo por alguien la hace feliz, incluso preparar un simple sándwich para el almuerzo. Por eso nunca le digo que no cuando me ofrece algo, aunque no tenga hambre. Me gusta hacerla sonreír.

Toco otra canción antes de subir porque aún noto una sensación de consuelo. Y yo me aferro a ella como si no hubiera un mañana.

Mientras toco, unas cuantas notas destacan sobre las otras. La manera en que se combinan me sorprende como nunca lo ha hecho antes. Dejo la canción y vuelvo a tocar esas notas. Luego las cambio por otras en un tono más grave. La mezcla revolotea en mi mente. Está ahí y, entonces, desaparece.

Empiezo de nuevo la canción y cuando llego a esas notas, me detengo. La nueva melodía reaparece en mi mente y toco una vez más esas notas.

Y luego unas cuantas nuevas.

Toco las notas bajas con la mano izquierda y el sonido adquiere cierta consistencia. Las toco otra vez.

Y, de repente, oigo algo en mi cabeza. Visualizo las cuerdas y el traste de mi guitarra y tarareo para mí mismo. No es un simple estribillo; es una melodía muy pegadiza. En realidad, suena bastante bien.

Sonríó mientras el estribillo se repite en mi cabeza. Una pequeña llama hace que el fuego de mi interior reviva. Supongo que a veces lo único que necesitas es un poco de inspiración. Y a veces la inspiración es la sonrisa de la persona apropiada, en el momento apropiado.

Martes, 5 de diciembre

Gus

Es la hora.

Después de ver a Keller y a Stella la semana pasada, sé que es la hora.

Tras experimentar el primer atisbo de inspiración musical en meses, sé que ha llegado el momento.

He estado mirando fijamente el disco que Bright Side me dejó durante todo el día. Lleva meses en mi habitación, sin moverse de ahí. Tiene polvo. No lo he tocado.

Hasta ahora.

Lo meto en mi portátil.

Contengo el aliento y le doy al *play*. Y, de repente, escucho su voz, como sabía que sucedería.

«Hola, amigui». Hace una pausa. No me había llamado así en años y me da tiempo para asimilarlo.

Entonces se ríe y el sonido me golpea con toda su fuerza justo en el corazón. Dios mío, cuánto he echado de menos esa risa. Se ríe porque sabe que yo odiaba que me llamara «amigui» cuando éramos pequeños. Siempre le decía que solo las chicas se llamaban así entre ellas. Hoy no puedo negar lo mucho que me gusta oírlo.

«Sé que estás escuchando esto meses después de que me haya ido», continúa. «¿Quién sabe? Puede que haya pasado un año ya». Me conoce. Sabía que pospondría este momento tanto como pudiera. «Y sé que todos estos meses han sido una mierda. ¿Cómo lo sé? Pues porque no puedo ni

imaginarme cómo sería si la situación fuera al revés. No puedo ni pensar cómo sería perderte. No sé qué haría sin ti, Gus. Has sido la persona a la que me he aferrado toda mi vida. Eres mi salvavidas. Cuando pensaba que la vida era demasiado difícil o que las cosas no podían ir a peor, lo único que tenía que hacer era pensar en ti o hablar contigo, y eso hacía que todo mejorara. Durante veinte años. Tú. Tu actitud despreocupada. Tu puto sentido del humor. Tu naturaleza cariñosa. Tu amor. Todo eso me salvó. Siempre. Me recordaba la bondad que hay en el mundo. Gracie, tú y yo nos comíamos el mundo juntos. Éramos un equipo. El mejor».

«Sé que Dios puso a ciertas personas en mi camino para que me enseñaran algo. No solo me enseñaste a nadar, a surfear, a tocar la guitarra, a conducir y a decir palabrotas». Hace una pausa y su preciosa risa vuelve a sonar por los altavoces.«También me enseñaste lo que era el amor incondicional. Sabía, sin ninguna duda, que durante toda mi vida estarías allí para mí, cuando y donde te necesitara. Ya fuera para ayudarme a componer una canción que me costaba, para ver la puesta de sol conmigo, para querer a Gracie tanto como yo lo hacía o solo para hablar, para abrazarme porque simplemente necesitaba un abrazo, o para darme la mano cuando me sacaban sangre o me ponían una vía, aunque odiaras las agujas. Siempre has sabido cómo hacerme sentir mejor, incluso cuando no sabías que lo estabas haciendo. Siempre ha habido una conexión entre nosotros. Sabía lo que ibas a decir antes de que lo dijeras porque sabía lo que pensabas. Lo veía en tus ojos, en tus expresiones. Lo escuchaba incluso cuando no lo decías en voz alta. Y sé que a ti te pasaba lo mismo. Acababas mis frases... y siempre eran más divertidas cuando lo hacías, joder. Echaré de menos la manera en que respondías al teléfono cuando te llamaba. Echaré de menos tu preciosa sonrisa perezosa. Echaré de menos que me llames Bright Side. Me encantaba que me llamaras así. Me hacía sentir como si pudiera hacer cualquier cosa, como si pudiera superarlo todo. Era una medalla de honor que llevaba con orgullo, porque significaba que yo era especial para ti. Y eso lo significaba todo para mí. Por favor, quiero que sepas tú te llevarías el premio al mejor amigo del mundo. Dominas el arte de la amistad. Eres un maldito *jedi* de la amistad. Podría vivir mil años y nunca tendría un amigo mejor que tú».

«Te quiero hasta lo más profundo de mi alma y más allá. Eres parte de mí. Probablemente, la mejor parte. Sé que tu madre siempre bromeaba con

que éramos gemelos a los que habían separado al nacer, pero creo que eso no es exacto. O sea, ni siquiera nos parecemos físicamente. Yo soy mucho más guapa que tú». Intenta reír, pero su voz se vuelve cada vez más dura. «En fin...» susurra. «Lo que trato de decir es que no creo que ni los parientes consanguíneos tengan la conexión que tenemos tú y yo. Fue un regalo. Tú fuiste un regalo. Un regalo que hizo que mi vida valiera la pena. Un regalo que me llenó de música. Un regalo que me llenó de amor. Un regalo que me inspiró para que viviera en el lado bueno de la vida».

«Gus, te conozco. Sé que estás superando el hecho de que me he ido, que lo estás aceptando; si no, no estarías escuchando esto ahora mismo. Sé que estás intentado averiguar qué hacer a partir de ahora. Quiero que sigas componiendo y actuando. Por favor, te lo suplico. A parte de estar en la tierra para ser un humano maravilloso, también estás aquí para compartir tu inconmensurable talento con nosotros, los meros mortales. Si necesitas que alguien te dé un empujón, abre mi portátil y échale un vistazo. Hay una carpeta con el nombre «La puta inspiración que Gus necesita». Eso es, sé que ahora lo más probable es que te cueste componer. Sé que te cierras en banda cuando te estresas e imagino que mi marcha te ha producido estrés. Por favor, deja que el estrés, la tristeza y el enfado desaparezcan. Es el momento de hacer que todo vuelva a ser épico otra vez, tío».

Echo un vistazo al tatuaje que tengo en el brazo derecho y sonrío.

«Escucha «La puta inspiración que Gus necesita» y deja que te inspire», continúa ella. «Hay unas cuantas canciones compuestas por mí que nunca has escuchado. Hay algunos estribillos para los que nunca compuse el resto de la canción. Hay algunos *riffs* para guitarra y arreglos para violín. Hay palabras y frases que por alguna razón se me quedaron en la mente. Intenté elegir lo mejor de lo mejor y lo guardé todo aquí para ti. Si solo escuchas los archivos de audio, no pasa nada, pero, por favor, escúchalos hasta el final. Te conozco. No te los saltes aunque te resulte difícil. Sé valiente, ponte los pantalones de niño grande y hazlo. Escucharás algo que tu mente funcione y te ayudará a componer. Y se convertirá en una canción de Rook de la hostia».

Tiene razón. Es la hora.

«Dos cosas más. Si todavía no estás fumando, sé que quieres un cigarro, así que voy a decirlo: deberías dejarlo. He intentado no ser una mandona o

una pesada de cojones, pero de verdad, necesitas dejarlo. Cuanto antes. Me gustas vivo y sano. No voy a decir esto porque quiera que te sientas culpable. Voy a decirlo porque es la verdad y solo quiero lo mejor para ti». Coge aire, lo que la ayuda a reforzar el mensaje que intenta transmitir. Estaba conectada al oxígeno cuando grabó esto, así que respira con dificultad. «El cáncer es una puta mierda, Gus. No te gustaría esto, tío. Yo no quiero que tú pases por esto. Por favor, déjalo». Vuelve a hacer una pausa. Yo necesito esa pausa.

Sus palabras son como un puñetazo en el estómago. Me dejan sin aliento. Ella no tiene intención de ser mala. No tiene intención de hacerme sentir culpable. Solo trata de que comprenda de una vez por todas que el me está matando. Es la primera vez en mi vida que quiero dejarlo, no que necesite hacerlo. Hay una gran diferencia. La diferencia es la motivación que hace que las cosas ocurran. Me llevo la mano al bolsillo, saco el paquete de tabaco que siempre llevo conmigo y lo tiro a la papelera. Antes de que toque el fondo, el pánico se apodera de mí a la velocidad de un rayo. En cuanto vuelvo a escuchar la voz de Bright Side, el miedo desaparece.

«Por último, pero no menos importante», dice con determinación renovada, «espero que encuentres a alguien a quien darle tu corazón. Si nuestra amistad es una muestra de tu capacidad de amar, la mujer con la que termines no sabrá lo que le ha tocado cuando te enamores de ella. Espero que la encuentres pronto para que tengas una vida entera para quererla y que ella tenga toda una vida para experimentar lo increíble que es Gus Hawthorne. Además, el mundo necesita bebés Hawthorne. Muchos. Los niños te adoran, Gus. Y vas a dejar en evidencia al resto de los padres cuando vayas al colegio el día de las profesiones en tercero de primaria. Imagínatelo: después de que el padre del pequeño Johnny se presente como un accionista estirado, tú puedes presentarte como el dios del *rock* de Rook. ¿Imaginas lo guay que sería? Yo estaré observando, porque no me lo perdería por nada».

Hay otra pausa. Intenta averiguar cómo acabar. La escucho sorber por la nariz y sé que trata de no llorar.

«Sé que esta es la parte en la que se supone que debería decir adiós, pero acordamos no decirlo más. Y la verdad es que no quiero dejarte. Así que en su lugar voy a decirte que siempre estaré contigo. Ya he hablado con Dios para que me asigne como tu ángel de la guarda». No dudo que haya hablado con Dios, como si fuera una persona de verdad que le fuera a contestar. Eso

siempre me hizo reír, pero también me gustaba la fe descarada que tenía en que de verdad iba a cambiar algo si hablaba con él. «Creo que le parece bien, así que, ya sabes, estaré cerca. Estaré observando y escuchando. Excepto cuando te acuestes con alguien; eso no es nada nuevo. Te he visto desnudo, tío». Escucho cómo su sonrisa pícaro le gana la batalla a las lágrimas inminentes. «Te dejaré tranquilo y te daré privacidad durante tus sesiones de amor». Me río en alto. Solo Bright Side hablaría sobre Dios, ángeles de la guarda y sexo al mismo tiempo. «Supongo que solo quiero darte las gracias, tío. Por todo y por más. Te quiero, Gus. Siempre te querré».

Siento una presión en el pecho, pero no estoy llorando. Pensaba que escuchar esto me destrozaría, que me llevaría al pasado. En su lugar, siento calma. Paz. Acabo de conseguir algo que creía que nunca podría tener. He conseguido cinco minutos con mi mejor amiga otra vez. He escuchado su voz familiar y su preciosa risa durante cinco minutos. Me ha animado para que sea una mejor persona durante cinco minutos. Para que haga algo épico.

No pierdo el tiempo y abro su portátil.

Y agarro mi guitarra.

¿Has tenido alguna vez la sensación de que algo increíble de cojones está a punto de pasar?

Pues así me siento yo ahora mismo.

Miércoles, 6 de diciembre

Scout

Gustov ha estado tocando mucho la guitarra acústica esta semana. Siempre cierra la puerta de su habitación, pero como la mía está al otro lado del pasillo, el sonido se filtra por las paredes. Incluso con la puerta cerrada y sin el audífono lo escucho ligeramente. No me quejo; es el mejor método que se me ocurre para dormir. Los recuerdos preferidos que tengo de mi padre son de cuando tocaba la guitarra y cantaba hasta que me quedaba dormida cuando era pequeña. No había pensado en ello desde hacía años, pero parece que esta semana todo ha salido a la superficie.

Son las diez y media y estoy tumbada en la cama. Debería estar durmiendo porque voy a ayudar a Audrey con una gran presentación que tiene mañana por la mañana en el trabajo. En lugar de eso, estoy escuchando. Gustov no ha bajado para cenar. No lo he visto en todo el día y me siento un poco mal por ello, como si no pudiera acabar el día sin verle la cara.

Y entonces, escucho algo que hace que me destape y ponga los pies en el suelo. Antes de darme cuenta, me he puesto el audífono y estoy en pijama en el pasillo, frente a su puerta.

Simplemente de pie.

Y escuchando.

Está cantando. Su voz apenas es audible, es un simple tarareo, pero está cantando. Me siento al lado de la puerta, con la espalda apoyada en la pared, y escucho.

El canturreo prosigue y se mezcla con la guitarra. Toca las cuerdas

continuamente, cambiando algo cada vez, afinando. Enseguida el canturreo da paso a las palabras. Un verso tras otro, pero juraría que es como escuchar la creación de algo mágico. Magia pura. Su voz me ha invadido. No solo escucho; lo percibo con los cinco sentidos. Es íntimo de una manera que no puedo ni empezar a explicar. No es la sensación táctil que suele asociarse con la intimidad, sino una experiencia cerebral. Está todo en mi mente. Me impregna y se desarrolla en mi interior. Todo eso se transforma y evoluciona hasta convertirse en una canción entera en cuestión de horas. Y cuando la música finalmente se apaga y se transforma en silencio, me siento afortunada de haber estado aquí para presenciar esto, para experimentarlo, para compartirlo con él. Aunque él no tenga ni idea.

Miro a través de mi puerta hacia el reloj que hay en la mesita de noche y los números rojos me advierten de que son casi las tres de la mañana. Tengo que irme a la cama, pero no quiero dejar pasar este momento. Quiero acurrucarme aquí mismo, en el suelo, al lado de su puerta, solo para estar cerca de él. Por eso, antes de levantarme, cierro los ojos y me doy unos segundos para aferrarme a la magia que se disipa.

Antes de volver a mi habitación, voy a la cocina. Hay algo que necesito hacer. Vuelvo a la puerta de Gus y dejo una nota adhesiva en el suelo junto con un plato y un vaso. Llamo a la puerta y doy los tres pasos que necesito para colocarme detrás de la puerta de mi habitación. Escucho como se abre su puerta justo cuando la mía se cierra.

Gus

Abro la puerta y me encuentro un plato lleno de galletitas saladas con mantequilla de cacahuete y un vaso de zumo de uva en el suelo del pasillo. Me ruge el estómago en cuanto lo veo. Está agradecido. No he comido desde el almuerzo. Cuando cojo el plato, veo una nota debajo, en el parqué. Sonrío. «Cómetelo. No has cenado. Y gracias. La canción me ha llenado el alma esta noche».

Impaciente ha estado aquí, escuchando, todo el tiempo. Quiero llamar a

su puerta. Quiero abrazarla. Quiero darle las gracias por compartir las últimas horas conmigo. No sé cómo explicarlo, pero por la manera en que se ha desarrollado la canción, sabía que no estaba solo. No he compuesto así desde que Bright Side estaba conmigo. Últimamente la siento siempre en mi corazón, porque es ahí donde vive. Camino por ahí con ella en mi interior todos los días y ya no siento el dolor que sentía antes. Pero la presencia que he sentido esta noche no estaba dentro de mí. Era algo físico. Tangible. Como si alguien estuviera en la habitación conmigo, alimentándome. No tenía ni idea de que ella estuviera al otro lado de la puerta.

Llenando mi alma.

Viernes, 8 de diciembre

Gus

Esta semana he estado componiendo sin parar. Echarle un vistazo al alijo que tenía Bright Side en su portátil ha hecho que mi creatividad vuelva a fluir. Hasta he usado algunas de sus melodías o estribillos como trampolín para empezar a componer. Otras canciones se han ido desarrollando a partir de los sentimientos que expresó en las letras que escribió. No a partir necesariamente de palabras, sino de la emoción que expresaban. Esas son mis favoritas.

También me estoy inspirando en las notas adhesivas que me deja Impaciente y que me encuentro por la mañana. La mayoría de las veces, ella se ha ido a trabajar o a correr cuando abro la puerta. Nunca escribe más de un par de palabras, pero me hacen saber que ha estado escuchando. Que no estoy solo. Que se interesa por lo que hago. O que a veces no. Probablemente debería invitarla una noche cuando esté trabajando, pero una parte de mí tiene miedo de que eso acabe con mi amuleto de la suerte. La otra parte tiene miedo de quedarse atascada en su presencia, porque ella es la única persona que quiero que me dé su aprobación, probablemente porque es muy difícil ganársela. No hace cumplidos sin más a todo el mundo; ella elige lo que dice y, cuando dice algo, lo dice de verdad. No miente. De momento, me gusta saber que está al otro lado de la puerta, escuchando. Su presencia es una fuerza palpable en la habitación que me hace trabajar más. Que me ayuda a hacerlo mejor. A hacerlo épico. No había sentido eso en mucho tiempo, así que, por ahora, tengo a mis dos chicas favoritas presionándome, acosándome, animándome con su existencia no física, con su presencia

emocional. Es espeluznante, pero funciona. Más que eso, me alimenta. La música es una experiencia visceral si lo haces bien. «Lo estoy haciendo de puta madre esta semana».

En la nota de Impaciente de hoy pone: «Canción 2. Estribillo. Ahora es perfecto». Cojo un bloc de notas adhesivas y un rotulador de la mesita de noche, donde los guardo ahora, y escribo una respuesta: «Gracias. Casi está».

Sábado, 9 de diciembre

Scout

Es temprano. Está amaneciendo. Voy a salir a correr. Cuando abro la puerta de mi habitación, la de Gustov también está abierta. Echo un vistazo desde el pasillo, pero no está dentro.

Entonces, entro en la sala de estar y descubro por qué. Está fuera, dando vueltas por la terraza. Lo veo a través de las puertas correderas de cristal. Camina de un lado a

otro sin parar. Y mueve los labios. Está hablando consigo mismo y parece tenso, consternado. Cuando me acerco más, escucho lo que dice.

—No lo necesitas. No lo quieres. No lo necesitas. No lo quieres.—
Murmura para sí mismo.

Confundida, abro la puerta.

—¿Gustov? ¿Va todo bien?

Lo saco de repente de su conversación interna. Levanta la cabeza para mirarme, pero no dice nada. Se mueve con nerviosismo. Nunca hace eso. Últimamente siempre parece despreocupado y bastante calmado.

—¿Qué pasa?

Él deja de caminar y se lleva las manos a las caderas. Inhala profundamente una vez y, entonces, deja caer la barbilla.

—He dejado de fumar hace un par de días.

—Eso es genial —comento.

Veo un destello en sus ojos. Parece un poco irritado y desamparado.

—No es tan genial, joder. Tengo muchas ganas de fumar. Muchas. —Y

vuelve a dar vueltas.

—Quizás necesitas estimulación oral. —Y en cuanto las palabras salen de mi boca, sé lo mal que ha sonado. Muy mal.

Él ha dejado de caminar y me sonrío con satisfacción.

—Dios mío. ¿Acabas de decir lo que creo que acabas de decir? ¿Cuándo hemos empezado a hablar sobre mamadas?

Bueno, al menos eso lo ha distraído de la abstinencia. Me arden las mejillas.

—Me refería a chicles, palillos... Ese tipo de estimulación. Como un sustituto. Cuando dejé de fumar, mascaba muchos chicles. Sé que suena estúpido, pero me ayudaba. Tengo algunos en el bolso. Te traeré uno.

Cuando vuelvo, acepta el chicle, lo desenvuelve y se lo mete en la boca.

—Gracias. Aunque a menos que esto esté lleno de nicotina, no creo que vaya a servirme una mierda.

Levanto las cejas.

—Te jodes como Herodes.

Él sacude la cabeza, pero sonrío.

—¿Es lo que hay?

Asiento y empiezo a bajar las escaleras hacia la playa.

—Eso es exactamente lo que hay. Si yo pude hacerlo, tú también.

—¡No puedo hacerlo! —grita.

—¡Sí que puedes! —respondo chillando.

Gus

Me he calmado un poco después de que se marchara Impaciente y mi deseo de fumar ha disminuido. No creo que haya sido por el chicle, pero he sido capaz de volver a la cama con Costillas y dormir unas cuantas horas más.

Cuando abro la puerta de mi habitación al mediodía, hay dos docenas de paquetes de chicles en el suelo, de todas las marcas y sabores imaginables. Además, hay una nota en cada uno de ellos. «Te jodes :)».

Esa maldita carita sonriente me provoca.

—Te jodes —repito. Y entonces, pongo la nota adhesiva en el espejo del baño como recordatorio.

Miércoles, 13 de diciembre

Gus

—Eh, mamón, ¿qué hay?

—Ven. Tengo dieciséis canciones completas.

Hay una larga pausa al otro lado de la línea.

—¿En serio?

Asiento teatralmente, aunque él no me ve.

—En serio.

Otra larga pausa.

—Llegaré en diez minutos.

Diez minutos después, estoy fuera deseando fumarme un cigarro, pero lo más importante ahora es no fumármelo porque estoy decidido a dejar esta mierda y ya ha pasado una semana. Entonces, Franco detiene la furgoneta delante de nuestra casa. Sale del vehículo con una sonrisa enorme, incluso tratándose de Franco. Los auriculares le cuelgan del cuello, tiene un par de baquetas metidas en el bolsillo trasero y lleva una caja de cervezas.

Señalo las cervezas.

—Veo que has traído el almuerzo.

—Yo lo llamo inspiración —dice.

La verdad es que es bastante creativo cuando bebe, pero no digo nada. Sabe que las mejoras y las puestas a punto son cosa nuestra. Yo confiaba en Bright Side para esta tarea. Franco sabe que tiene el listón muy alto, pero él escucha la música con el corazón. Le flipa. Lo necesito.

Paramos en la cocina de camino a mi habitación. Franco coge de la

encimera el recipiente que contiene las galletas caseras de Impaciente y dos naranjas del bol de frutas, lo coloca todo sobre la caja de cervezas y empieza a caminar. Yo me quedo mirando la mezcla de comida.

—¿Qué pasa, colega? —pregunta.

—Eso es asqueroso. ¿En serio vas a comer naranjas y galletas mientras bebes cerveza?

Él no pierde el ritmo.

—Sí.

Sacudo la cabeza.

—Tío, es una mala combinación. Es como mezclar pasta de dientes y zumo de naranja.

—Ni hablar. Las galletas de Scout van bien con todo.

—¿Seguro que no quieres un vaso de leche? Yo soy de los que mojan la galleta —digo mientras abro el armario y saco un vaso.

Él se ríe.

—Tío, eres una estrella del *rock* de la hostia. —Intenta ser sarcástico, pero tras ver cómo me sirvo un vaso de leche fría, se aclara la garganta y añade—: Ponme uno también.

Es mi turno de reírme.

—Eres una estrella del *rock* de la hostia —me burlo. Entonces, abro el cajón que hay al lado de la nevera, en busca de una pajita—. ¿Quieres una pajita, tío?

Se le ilumina la cara al ver la pajita azul y blanca. La expresión desaparece tan pronto como ha venido porque estaba mostrando demasiada emoción por una pajita. Vuelve a aclararse la garganta.

—Sí, claro. O sea, si tú quieres una.

Meto una en cada vaso y las doblo.

—Sí. Las pajitas son lo mejor, tío.

Cuando le doy el vaso, bebe de inmediato y esboza una de sus sonrisas características.

—Las pajitas son lo mejor. Ahora vayamos a hacer cosas de estrella del *rock*.

Tras terminarnos la leche y las galletas, nos ponemos a trabajar durante las siguientes dieciocho horas. El sol se pone y sale de nuevo antes de que

acabemos. La cerveza ha desaparecido. Las canciones son mejores que antes. Y Franco está flipando.

Me encanta cuando se queda alucinado. Siempre es directo conmigo, así que su entusiasmo también es una muestra de aprobación. Significa que estamos trabajando en algo importante. Me siento aliviado. He estado viviendo con el peso de mi propia decepción, la duda y el desprecio durante casi un año. Sé que aún no hemos terminado y que todavía tenemos que tocar esto ante el resto del grupo y el P. A. S., pero ya no siento que soy una carga. He vuelto a ser Gus.

Cuando Franco se marcha, me quedo solo en casa. Cojo un rotulador y un bloc de notas adhesivas, escribo en ella y la pego en la puerta de Impaciente antes de irme a dormir. «Canciones terminadas. No podría haberlo hecho sin ti. Gracias».

Jueves, 14 de diciembre

(Gus)

Cuando abro la puerta, veo dos notas. Es un mensaje largo que me hace sonreír. «Yo no he hecho nada. Escuché. Eso es todo. Tú, por otra parte, me hiciste sentir; sentir más de lo que probablemente he sentido nunca. Sentí felicidad, tristeza, miedo e ira, pero sobre todo esperanza. Escuchar a escondidas nunca había sido un honor hasta ahora».

No necesito cumplidos. Nunca los he necesitado. Siempre he sido más bien de los que lo dan todo, se esfuerzan al máximo y llevan al límite su creatividad.

Pero tocaría para ella todos los días para escuchar lo que ha escrito en la nota una y otra vez, para hacer que sintiera esperanza.

Sábado, 16 de diciembre

Gus

Llamo a la puerta con fuerza, la abro un poco y grito por la ranura:

—¡Quiquiriquí! ¡Arriba, Impaciente!

—¿Qué? —responde con la voz ronca, todavía dormida—. No se admiten gallos. Vete.

Abro un poco más la puerta y echo un vistazo para asegurarme de que está tapada con las sábanas y no avergonzarla.

—Eso no va a pasar. Alguien va a comprarse un coche hoy. Y su nombre es Scout MacKenzie. —Jadeo con fingida sorpresa—. Qué coincidencia, esa eres tú.

Ella abre los ojos y mira el despertador de su mesita de noche.

—¿A las siete y media de la mañana?

Asiento y sonrío.

—Sí. Tío, no me repliques. Métete. Hoy no vas a salir a correr. Te he encontrado un coche en Carlsbad. Tenemos que ponernos en marcha pronto. Franco va a recogernos y llevarnos hasta allí. Voy a despertar a Pax.

La verdad es que, en realidad, no he dormido mucho esta noche porque estaba demasiado emocionado con esto. Los estoy obligando a que se unan a mi misión.

—Te odio —gruñe. No voy a mentir; ha sonado muy *sexy*, especialmente porque lo ha dicho con una sonrisa.

—Lo sé. Muévete, perezosa.

Salgo de la habitación y cierro la puerta de inmediato, porque sé que no

saldrá de debajo de las sábanas si estoy mirando. Y no quiero escuchar sus respuestas de sabelotodo. Vale, ¿a quién pretendo engañar? Sí quiero escuchar sus respuestas de sabelotodo, así que vuelvo a abrir un poco la puerta justo a tiempo para oírle su respuesta:

—No vas a conseguir nada con cumplidos. Y perezoso lo serás tú.

Y, entonces, cierro otra vez antes de que continúe insultándome.

Una vez Impaciente y Pax se han levantado, nos ponemos en marcha. Franco ha pasado a buscarnos y nos dejará en el concesionario de camino a casa de Jamie y Robbie. Impaciente, Pax y Franco están un poco somnolientos y no conversan mucho durante el viaje, lo cual está bien. En su lugar, escuchamos un nuevo álbum que me descargué anoche. Royal Blood. Se salen. Un bajo y una batería: la banda sonora perfecta para comenzar un bonito día. Me gusta.

Impaciente y Pax tienen carné de conducir, pero nunca han tenido coche. Pax no necesitaba uno en el internado al que iba en Boston e Impaciente siempre había vivido en una ciudad donde usar el transporte público era lo normal. Aquí, en el sur de California, un coche es más bien una necesidad. Impaciente ha estado ahorrando para comprarse uno. Solo quiere gastarse ocho mil dólares. Ha buscado información sobre diferentes modelos y ofertas en internet durante semanas. Creo que solo está asustada de dar el paso porque le intimida el proceso. Ayer, mientras estaba trabajando y Pax estaba en el instituto, fui hasta el concesionario de Honda en Carlsbad y miré unos cuantos coches. Digamos que ya está todo pagado. Ella no lo sabe. Espero que mi plan se desarrolle sin ningún problema o volveremos a casa andando.

El empleado, Donovan, es un tipo muy guay para ser vendedor de coches. Pensaba que todos eran idiotas, pero nos llevamos bien. Nos está esperando cuando entramos. Después de las presentaciones, Donovan nos lleva al aparcamiento, hacia el coche que le pedí que me reservara. Impaciente lo conduce. Le encanta, lo sé. No es de las que se emocionan, pero ha sonreído durante los quince minutos que ha durado la conducción de prueba. Es genial. Le dice a Donovan que le gusta y que le gustaría negociar el precio. De camino a la oficina, Donovan me mira y yo asiento. Ayer practicamos esta situación. Los cuatro nos apelonamos en el pequeño despacho y él se vuelve hacia ella.

—Bueno, Scout, por ese modelo pedimos nueve mil dólares.

Ella parece confundida, pero se lo piensa antes de preguntar con educación:

—¿Nos disculpa un momento, por favor? —Cuando él se marcha de la oficina, Impaciente entrecierra los ojos. No entiende nada—. Tiene que tener algún defecto. —Por supuesto que desconfía—. Ese coche debería valer al menos quince mil dólares por lo que he visto en internet.

Me encojo de hombros y señalo los carteles que cuelgan por toda la sala de exposiciones.

—Están de rebajas. Supongo que es tu día de suerte. Además, ha dicho que es un coche de segunda mano certificado y que tiene una garantía de dos años. Ya han venido a verlo otras personas. Yo diría que es perfecto si lo quieres.

Ella respira profundamente, me mira a mí y luego a Pax, y después fija la vista en mí de nuevo. Lo quiere. Mucho. Está mordiéndose el labio inferior, mientras se lo piensa.

—No sé realmente cómo hacer esto. Solo tengo nueve mil y hay que incluir los impuestos y las tasas. No estoy segura de cómo negociar el precio.

Me encojo de hombros.

—No sé qué decirte. Le compré la furgoneta a un tipo en la playa por dos mil dólares y algunas clases de surf cuando tenía dieciséis años. No fue una transacción normal, pero sospecho que si vas directa al grano y le dices lo que quieres a Donovan y te mantienes firme, te dirá sí o no. O te vas a casa con coche o sin él.

Ella asiente. No pestañea. Está pensando. Mucho.

—Lo quiero de verdad.

Sonrío porque la manera en que lo ha dicho ha sido adorable. Adorable pero muy resuelta. Eso ocurre pocas veces.

—Lo sé.

Ella asiente con la cabeza y adquiere una expresión seria de nuevo.

—Hagámoslo.

Scout mueve la mano y hace gestos a Donovan a través del panel de cristal. Presenta su oferta como una jefaza. Él se marcha para consultar con el director, pero yo sospecho que solo ha ido al cagadero. Vuelve con un

papel en la mano con números escritos en él. Me resulta familiar; ayer practicamos lo mismo como si fuera un simulacro.

Aceptan su oferta. Ella está que no cabe en sí de lo contenta que está. Todos nos dirigimos a la oficina de finanzas, justo como hice ayer, e Impaciente firma el papeleo.

Cuando terminamos, le dan las llaves, ella las sostiene como si fueran sagradas y las mira todo el rato hasta que estamos en el aparcamiento. Al llegar a la parte trasera del coche, ella me mira y sonríe. Daría lo que fuera por detener el tiempo y ver esa expresión durante horas. Refleja tantas cosas buenas... seguridad, satisfacción, orgullo y felicidad total. Y no es solo por lo material, sino porque se siente realizada. Abre la boca para decir algo, pero me da un abrazo en su lugar. Me abraza con mucha fuerza durante unos diez segundos. Me está dando las gracias. Un millón de gracias. No tiene ni idea de que el coche, en realidad, costaba quince mil dólares, ni de que ayer pagué la mitad.

Y nunca lo sabrá.

Gané un montón de dinero con el primer álbum y casi no lo he tocado. No gasto mucho. No necesito demasiado. Me encanta compartirlo con la gente que me importa. Ella está muy orgullosa y feliz de sí misma. Ha negociado de escándalo, a pesar de que la compra estaba amañada. No parecía insegura cuando estaba concentrada en su tarea. Creo que siempre tiene su aspecto físico en mente. A veces en primera línea. A veces en la cola. Esta mañana no pensaba en ello. No se escondía. Y ha sido increíble.

—¡Me pido delante! —grita Pax.

Me llevo la mano al bolsillo, saco la llave y se la doy a Pax. Él la agarra y la mira dubitativo.

—Yo me pido delante, pero conduces tú, tío —respondo.

Scout niega con la cabeza.

—Nunca has ido de copiloto con él, Gustov. No va a conducir mi coche.

Yo sonrío y la chincho.

—Qué miedica eres. En serio, ¿tan malo es?

Ella no se ofende, pero pasa de negar con la cabeza a asentir.

—Sí.

Pax se señala a sí mismo.

—Estoy aquí. Y os oigo. —Es un recordatorio de que, aunque ella no está ofendida, él sí.

—Bueno, tío, intenta no matarme. O al menos no destroces tu coche nuevo.

Sus ojos se abren como los de un personaje de dibujos animados.

—¿Qué? —Lo dice muy alto, algo inusual en él. La gente que hay en el aparcamiento nos mira, asombrada.

Yo sonrío y señalo el coche que hay al lado del de Impaciente. Tiene quince años y un montón de kilómetros, pero es una buena chatarra y funciona bien. Ahora, además, es de Pax. Lo compré ayer.

—Es tuyo. Digamos que es un regalo adelantado de cumpleaños. —Su cumpleaños es mañana.

Está perplejo.

Impaciente también.

Esto no tiene precio.

Me encanta hacer cosas buenas por la gente, aunque sea un pequeño gesto. Vale, tengo que admitirlo, un coche es un poco excesivo. Hacer algo bueno por alguien me pone los pies en la tierra. Me recuerda que todos estamos juntos en este juego llamado vida. También es cíclico... das y recibes.

Yo he dado.

Y ahora, mientras los miro de pie, tan agradecidos y felices, me devuelven el gasto multiplicado por diez.

Pax me abraza. Y entonces, es el turno de Impaciente de abrazarnos a ambos. Estamos de pie, abrazándonos en grupo, prácticamente cantando canciones de campamento.

La gente del aparcamiento sigue mirándonos con los ojos como platos.

Me siento al lado de Pax y me voy a casa con él. Scout tenía toda la razón. A Pax le vendrían bien unas clases sobre señales de tráfico, como incorporarse a la carretera, el uso del freno, e incluso sobre cómo mantener el coche dentro del carril. No soy religioso, pero puede que haya rezado a Dios un par veces durante el viaje.

Pax entra antes que nosotros en casa y yo me quedo fuera un momento con Impaciente.

—Tienes razón. Conduce fatal. Este tío no tiene percepción de la profundidad, joder. Se pega al coche de delante como si estuvieran remolcándolo. He pisado el pedal de freno imaginario, literalmente. Lo he destrozado.

Ella sonríe con suficiencia.

—Te lo he dicho. —Y levanta el puño.

Le choco los nudillos.

—Necesito un puto chicle. Estoy de los nervios.

Miércoles, 20 de diciembre

Scout

—Ni siquiera han llamado, Scout. Es mi cumpleaños y no han hecho ni una maldita llamada. —Suena decepcionado, como si estuviera flotando solo en un mar de desilusión.

Asiento y libro una batalla en mi interior. Me pregunto si es el momento de contarle lo de su madre. Paxton se me adelanta y empieza a hablar antes que yo.

—No debería sorprenderme, la verdad. Estoy seguro de que mamá está borracha y papá está ocupado.

En ese momento tomo la decisión.

—Paxton, tu madre está en un centro de rehabilitación.

Está sentado en la esquina de mi cama, dándome la espalda casi por completo, pero se gira para mirarme. Se mueve lentamente, como si intentara decidir si me ha oído correctamente o no. Tensa el ceño por la confusión, pero sus ojos reflejan esperanza. Es una expresión contradictoria, como si le hubieran dado el regalo que siempre ha querido pero al abrirlo pudiera explotar.

—¿Rehabilitación?

—Ajá. Ella misma fue al centro hace unos dos meses. Por lo que yo sé, no puede contactar con nadie de fuera hasta que complete el programa. Estará allí otras dos o tres semanas. —Contengo el aliento mientras se lo cuento, porque no quiero que Paxton se decepcione si ella no finaliza el programa. Mi padre es un alcohólico de primera; sé lo que es estar en la

situación de Paxton. Yo aprendí a no tener esperanzas.

Él baja la vista. Está reflexionando, pero cuando sus ojos se elevan y se encuentran con los míos otra vez, la esperanza ha desaparecido y sacude la cabeza.

—Mi madre no es tan fuerte. Nunca lo conseguirá.

Mi corazón se contrae como si fuera un trapo que se retuerce.

—A veces no tiene que ver con ser fuerte, Paxton. El alcoholismo es una enfermedad.

—No. No lo hagas, Scout. Sé que tú también pasaste por algo así, pero mi madre elige levantarse cada mañana y beber. Lo antepone a mí. Todos los putos días de mi vida. —Respira profundamente y parece que la felicidad de estas últimas semanas se esfume ante mis ojos.

Sé lo que siente. El alcoholismo de mi padre es la razón por la cual no he vivido con él desde los once años. Es la razón por la que el tío Jim pensó que sería mejor que viviera con él y Jane. Es lo que ocurre con el alcoholismo: lo destruye todo, en muchos ámbitos y en diferentes niveles. Mientras Jane lo usa para atenuar sus sentimientos (la depresión, su incompetencia), mi padre era de los que buscaba pasar un buen rato. Lo hacía para convertirse en la persona que quería ser, la persona que pensaba que otros querían que fuera. El problema era que se olvidaba de quién era cuando estaba sobrio y, en su lugar, se aferraba a su versión borracha. Y cuando eso pasaba, no volvía a ver a mi padre. Estaba ausente. El padre borracho se interesaba por ciertas personas, perseguía cierto estilo de vida y se olvidaba de ser un padre. No es que se haya olvidado de mí por completo. Sigo hablando con él al menos una vez al año. ¿Me quiere? Claro. ¿Se le da bien demostrarlo? Para nada. Así es la vida. Lo he aceptado. Paxton aún no. No digo que debería hacerlo; solo tiene dieciocho años. Además, la depresión de Jane la deja completamente inmóvil. Eso, junto con el alcoholismo, es lo que alimenta el resentimiento de Paxton. Tiene los ojos llenos de lágrimas. Odio esta parte. Me mata verlo llorar. Lo he visto ya demasiadas veces. Él tiene un corazón enorme y ver cómo se le rompe una y otra vez es demasiado para mí.

—Ven aquí —digo amablemente.

Estoy sentada en la cama con la espalda apoyada en el cabezal. Él trepa por la cama hacia mí y, cuando me envuelve con los brazos, está sollozando. Yo lo abrazo y dejo que lllore, como siempre he hecho. Le rezo a Dios para

que Jane se ayude a sí misma, para no tener que ver llorar más a este chico. Cuando su respiración vuelve a la normalidad y solo tiene la mejilla apoyada en mi hombro, pregunto:

—¿Te lo has pasado bien en tu cumpleaños, Paxton? O sea, antes de que te contara esto. —Sé que sí. Él asiente contra mi hombro—. ¿Qué ha sido lo mejor? —Necesita centrarse en algo positivo.

Paxton sorbe por la nariz varias veces para despejársela.

—No lo sé. Las magdalenas estaban buenísimas. —Levanta un poco la cabeza para mirarme y se disculpa rápidamente—. Sin ofender, Scout. Tú también haces unas tartas buenísimas.

Me río.

—No me ofende. Estoy de acuerdo; las magdalenas de Audrey estaban mucho más buenas que mi tarta.

Él sonrío y vuelve a apoyar la cabeza en mi hombro.

—Creo que lo que más me ha gustado ha sido pasar el rato contigo, Gus y Audrey. Ha sido como tener una familia de verdad, ¿sabes? Sé que tengo dieciocho años y que no debería emocionarme tanto por una barbacoa, ver mi película favorita y comer magdalenas, pero ha sido así. Todos queríais hacerme feliz hoy.

—Por supuesto que queremos verte feliz, Paxton.

—Sé que tú siempre quieres verme feliz, pero ellos no tienen por qué. Simplemente son así. Y no solo en mi cumpleaños. Son así todos los días. Todos los días son muy buenos conmigo, Scout. Me gusta estar aquí. ¿Por qué no encontraste a Audrey y a Gus hace diez años?

Me río.

—Porque tenía catorce años. No buscaba un trabajo entonces.

Él también se ríe.

—Supongo que tiene sentido. —Se queda en silencio y, entonces, añade—: Me alegro de que las cosas no te fueran bien con ese capullo.

—¿Por qué lo dices? —Sé que nunca le gustó Michael. Siempre lo llamaba «el capullo», y eso fue después de haberlo visto solo una vez.

—Porque hay alguien que es perfecto para ti. Pero aún no te has dado cuenta.

—¿Crees que algún día conoceré al hombre de mi vida? —pregunto, con

una sonrisa.

—Creo que ya lo conoces. —Habla de Gustov.

Lo sé.

No respondo.

Viernes, 22 de diciembre

Gus

—¿Eres Joe, el propietario del infame Joe's Bar?

—Hola, colega, ¿eres Gustov Hawthorne, la leyenda del *rock* que viaja por todo el mundo?

—No, solo soy Gus. Pero estoy haciendo una compra de la hostia en este momento. Es lo más legendario que me ha pasado últimamente. —Estoy en mitad del supermercado, empujando el carrito por el pasillo de los cereales e intentando decidir si quiero cereales con fruta o normales.

Él se ríe.

—No te robaré mucho tiempo. Sé que Rook es la hostia ahora mismo y que mi bar se os queda algo pequeño, pero el grupo que se suponía que tocaría en Nochevieja acaba de cancelar la actuación. Me preguntaba si os gustaría venir a este tugurio y tocar un par de canciones. ¿Debería hablar con vuestro representante o algo? Como decía, sé que ahora sois la leche y podéis mandarme a tomar por culo, pero os echo de menos.

La ansiedad me atrapa al principio, pero no me lo pienso dos veces y pregunto:

—¿La semana que viene, entonces?

—Sí. Sé que os lo pido con poco tiempo. Lo siento, colega.

Y entonces, lo confirmo.

—Ahí estaremos. —¿Por qué coño he dicho eso? Tocar en mi habitación es una cosa. No sé si estoy preparado para actuar en público otra vez.

—¿De verdad? —Suenas asombrado.

—Déjame llamar a los chicos, pero sí, creo que podemos hacerlo. Te llamaré.

—Genial. Dime algo en cuanto lo sepas.

—Lo haré. Dame cinco minutos.

Les envío un mensaje a Franco, Robbie y Jamie. Todos responden de inmediato, lo que quiere decir que están emocionados. Y ahora yo también.

Llamo a Joe otra vez.

—Nos apuntamos, tío. ¿A qué hora nos quieres ahí?

—Podéis tocar a las once.

—Suena bien. Nos vemos el sábado.

En este momento, la emoción me controla. Espero que sea auténtica.

Sábado, 23 de diciembre

Gus

Me suena el móvil. Cuando veo el nombre en la pantalla, sonrío.

—Vaya, pero si es el macho de las tierras congeladas.

Keller se ríe al otro lado de la línea antes de decir nada.

—No, colega, el macho no. ¿Qué te parece el padre? Saludos desde la fría y nevada Grant.

Nunca pienso mucho en el tiempo, porque aquí no cambia demasiado a lo largo del año, pero siempre me han fascinado los cambios extremos que experimenta gran parte del país.

—Hace frío por ahí, ¿eh?

—Sí, hoy hace fresquillo. No creo que vayamos a subir de cero. Anoche el termómetro bajó hasta los menos veinte grados.

—Sería lo mismo vivir en el círculo polar, tío.

—Lo único que me deprime de que haga tanto frío es que Stella no pueda salir a jugar. Últimamente es como una máquina de hacer muñecos de nieve. Se imagina que es una princesa del hielo, como en una de sus películas. Canta toda la banda sonora hasta el final.

—Ah, la señorita Stella es de las que cantan. Es una artista natural. —Lo es. Tiene más personalidad y carisma que la mayoría de los adultos que he conocido.

—Dice que quiere cantar como Katie. Me parece bien, pero tengo que comprarle otra película porque escucho las mismas canciones hasta en sueños. Me persiguen. No puedo huir. —Se ríe y yo sonrío. Probablemente

escucharía todos los días esas canciones, durante el resto de su vida, si eso hiciese feliz a su hija. Esa es una de las cosas que más me gusta de Keller: siempre antepone los deseos de los demás a los suyos.

—¿Qué más se trae Stella entre manos?

—Se está preparando para la Navidad. Ahora le ha dado por las manualidades con papel, purpurina y pegamento, así que todas las superficies planas disponibles en el piso están adornadas con renos, campanas, muérdago, árboles, bolas y todo lo que te puedas imaginar de papel brillante. Stella jura que no ha sido ella, pero es algo sospechoso que hasta la señorita Higgins lleve un caparazón brillante esta temporada navideña. Stella echa la culpa a los elfos de Papá Noel, que, por lo que parece, nos hicieron una visita por la noche, cuando estábamos durmiendo. Al final he optado por creerme su historia, porque ella quiere con todas sus fuerzas que sea verdad.

Me río.

—¿Stella ha dejado a su tortuga deslumbrante?

—Ya lo creo. Probablemente haya violado algún tipo de derecho animal, así que no se lo digas a nadie.

—Seré una tumba. No quiero que Stella se pase la Navidad en la cárcel con un mono naranja. ¿Entonces vas a ir a Chicago en Navidad?

—No. Mi padre vendrá mañana y pasará unos días con nosotros. Iremos todos a casa de los padres de Shel el día de Navidad. Dunc va a pedirle por fin que se case con él. Hace meses que lo tiene planeado. No puedo esperar a ver qué cara pone ella. —Parece feliz.

—Eso es genial, tío. Son buena gente.

—Sí —lo dice con sinceridad. Esa es otra cosa que me gusta mucho de Keller: quiere de verdad lo mejor para los demás—. ¿Qué tal tú? ¿Qué vas a hacer en Navidad?

—Estaremos en casa con Pax y Scout. Les enseñaremos la tradición de los rollitos de canela matutinos en la playa.

—¿Sabes qué? Stella me preguntó si haría rollos de canela la mañana de Navidad. Se acuerda de que Kate nos los hizo el año pasado.

—¿Los harás?

—Por supuesto, pero no se me da bien la pastelería, así que compré la masa en el supermercado anoche. Solo hay que hornearla. No sabrán como

los caseros, pero sabrán mucho mejor que los que intente hacer yo.

—Eres un gran padre, tío.

—Lo intento, colega. En fin, la clase de *ballet* de Stella está a punto de terminar. Te dejo. Solo llamaba para desearte feliz Navidad. Díselo a Audrey también, si no te importa.

—Lo haré. Y feliz Navidad para ti y tu princesa de hielo.

—Gracias. Adiós, Gus.

—Hasta luego, Keller.

Y gracias a esta tontería, estaré contento durante toda la Navidad. Esa única e inesperada conversación me ha ayudado a reafirmar lo que ya sabía: que en la vida lo importante son las personas.

Antes de nada, entro en Amazon y le compro a Stella todas las películas de Disney que le gustaba ver a Gracie y con las que se ponía a cantar. No sé cuántas hay en el carrito cuando salgo de mi cuenta, pero al menos unas diez. También añadido unos cuantos discos de las bandas sonoras de las películas de Disney más recientes y un pequeño reproductor de CD púrpura para Keller. Además, pago las tasas de transporte extra para que llegue todo a Grant mañana.

Domingo, 24 de diciembre

Scout

Audrey mencionó ayer que hoy vendría alguien de fuera, así que no me sorprende ver un taxi delante de su casa cuando vuelvo de correr por la mañana. El taxista está sacando una maleta del maletero mientras un hombre alto y distinguido de mediana edad coge unos cuantos billetes del bolsillo. Se despiden y el recién llegado empieza a caminar hacia la puerta principal arrastrando la maleta.

Cuando llega a la entrada y levanta la mano para llamar al timbre, le digo en voz alta:

—No hace falta que llame. Usted debe de ser el amigo de Audrey. —
Estoy sudando y sin aliento, así que guardo las distancias.

Él se gira al oírme y me habla de una manera bastante formal.

—Sí, señorita. —Tiene un acento que parece extranjero, quizás de Europa del Este.

Me acerco a él y le ofrezco la mano. Él me la estrecha. Sus dedos delgados y largos envuelven los míos y me sacude la mano con firmeza. Son las formas de alguien que hace esto con frecuencia, con profesionalidad, pero, aun así, de manera amistosa. Sus cálidos ojos me tranquilizan. Siempre me pongo nerviosa cuando conozco a alguien nuevo.

Me aclaro la garganta.

—Hola. Me llamo Scout MacKenzie. Soy la asistente de Audrey.

Su cara se ilumina con una sonrisa y se le forman arrugas en el raballo de los ojos.

—Ah, Scout, claro. He oído hablar mucho de ti. —Debe de ser evidente que estoy nerviosa, porque añade rápidamente—: Todo bueno, querida. Todo bueno.

No puedo evitar sonreír por sus palabras; no sé si es el acento o si es que es tan encantador que el cumplido funciona el doble de bien.

—Bueno, entre, señor...

Él termina la frase por mí, porque no sé su nombre.

—Gustov.

¿Gustov? No es un nombre muy común. ¿Es una coincidencia?

Él se ríe al percibir mi confusión.

—Soy el padre de Gus.

De repente, los nombres y las personas a los que estos se refieren giran en mi mente. Este es Gustov y Gus es Gus.

—Encantada de conocerlo, Gustov —asiento mientras lo asimilo todo.

Siempre he pensado que Gustov (o sea, Gus) se parecía a Audrey. Los dos son altos y tienen el mismo pelo rubio, la misma nariz, los mismos labios y la misma presencia dominante, atenuada por una amabilidad inigualable. Sin embargo, al mirar a este Gustov, veo los mismos ojos marrones intensos de Gus, la misma estructura ósea de la cara, la misma complejión alta y ancha, la misma calidez... Y la misma habilidad impresionante para tranquilizar a todo el mundo.

Cuando abro la puerta, me sigue al interior. Espero a que se quite la chaqueta de *tweed* y la doble sobre la maleta que ha dejado apoyada en la pared. Justo cuando estoy a punto de decirle que voy a ir a buscar a Audrey, ella aparece por la esquina.

—¡Gustov! —exclama—. Me alegro de verte. —Esboza una amplia sonrisa.

—Mi Audrey. Ven aquí. —Esboza una sonrisa que rezuma calidez. Tal afecto debe de estar reservado solo para aquellos que son más cercanos a él, aquellos a los que quiere.

Y cuando se dan un abrazo, caigo en la cuenta: si este es el padre de Gus, debe de ser el exnovio o exmarido (no lo sé) de Audrey. Esto acaba de convertirse oficialmente en una situación extraña. Y se vuelve más extraño cuando Gus entra en la habitación y dice:

—El donante de esperma ha vuelto. ¿Qué tal va eso, maestro? ¿Qué tal el viaje desde Boston? —Y ahora, él también sonrío.

Tres personas.

Una familia.

Todos intercambian abrazos y sonrisas.

Siento que debería irme de la habitación porque sé que me he quedado mirando fijamente. Mi familia es de todo menos tradicional y tiene muchos trapos sucios, pero Audrey y Gus parecen normales. Excepcionalmente perfectos, a pesar de la falta de un padre. Siempre he pensado que ellos no necesitaban a otro hombre en la casa, que estaban completos juntos, solo los dos, que Gus debía de ser el producto de una concepción inmaculada.

Cuando intento escapar de esta situación tan incómoda, Gus me detiene:

—¿Quieres almorzar con nosotros? Pax también viene.

—Mmm, necesito ducharme.

—Me alegra no tener que ser yo el que te lo diga. —Me guiña el ojo.

—Gus —lo reprende Gustov, pero está sonriendo y sacudiendo la cabeza.

Gus se vuelve hacia él.

—Solo soy realista, tío. Es una corredora estupenda. Un gasto de energía ingente hace que las glándulas sudoríparas produzcan una cantidad de sudor bestial. —Se vuelve hacia mí—. ¿Cuántos kilómetros has corrido esta mañana, Impaciente?

—Veinte —respondo. Siento el calor en la cara por toda la atención que recibo.

Gus está delante de mí, de espaldas a Gustov y Audrey. Eleva las cejas y entonces sonrío y gesticula con la boca sin producir ni un solo sonido: «La hostia». Entonces, dice:

—¿Ves? Has corrido medio maratón esta mañana. Cualquiera apestaría si corriese tanto.

No puedo evitar sonreír y acepto la invitación.

—Vale. Iré a desayunar con vosotros. Dadme veinte minutos.

En la cafetería, mientras tomamos huevos y café, me entero de toda la historia. Gustov donó su esperma de verdad. Literalmente. Se mudó a San Diego con su familia desde Ucrania cuando tenía trece años. Él y Audrey

iban a la misma academia de música y se hicieron amigos rápidamente. Al principio lo que les unió era, sobre todo, el amor por la música. Audrey tocaba el piano y Gustov el violín, pero fueron otros intereses los que solidificaron la amistad. Cuando se graduaron, Audrey fue a la Universidad Estatal de San Diego, se graduó en *Marketing* y abandonó la música. Gustov estudió en Julliard, un conservatorio de artes de Nueva York, y terminó tocando muchos años en la orquesta filarmónica de Boston y, más recientemente, se convirtió director de orquesta. Siguieron siendo amigos durante muchos años. Cuando Audrey decidió que quería tener un niño, Gustov fue la persona en la que confió. Audrey es el tipo de mujer que sabe lo que quiere y no dejó que el hecho de ser soltera y de estar centrada en su trabajo se interpusiera en su camino. Ella y Gustov lo discutieron durante una de sus visitas a San Diego y él firmó sin reservas para darle a su mejor amiga lo que más quería en la vida: un hijo. Antes de que él se marchara de la ciudad, habían acordado que volvería para hacer la donación y que el proceso comenzara. Fue una fecundación *in vitro*.

Escuchar la historia y verlos a todos contarla de manera tan natural, con algo de humor por parte de Gus, es muy extraño. Es una situación poco convencional, contada por personas poco convencionales. Y entonces es cuando me doy cuenta: quizás lo no convencional esté bien. Puede que las familias no tengan que ser perfectas para existir. La de ellos seguro que no. Funciona a la perfección. Solo se ven una o dos veces al año. Audrey crio a Gus sola, porque así lo quiso, con todo su corazón y con el amor que le profesaba este a cambio. Simplemente, funciona.

Siempre me he sentido definida por lo no convencional. O sea, siempre he estado agradecida de que mis tíos me criaran, pero también me he sentido diferente, como un bicho raro. Porque no tenía una madre y un padre. O incluso solo una madre o un padre. Y antes de eso, cuando estaba con mi padre, era tan joven que apenas recuerdo haberme sentido normal. Porque la situación nunca lo fue, la verdad.

Pasar el tiempo hoy con esta gente ha sido como una terapia. Me aporta otra perspectiva y aunque probablemente ya me han presentado otras formas de ver las cosas a través de los años, nunca había tenido este tipo de epifanía. Mi familia no tiene por qué definirme. Tengo una madre. Tengo un padre. Tengo una tía y un tío. Los he aceptado como son y no les guardo rencor por

sus defectos. Todos los tenemos. Simplemente nunca he sido capaz de aceptar quiénes éramos juntos, como familia. Nunca me pareció que su actuación como padres fuera la correcta. Siempre quise que fuéramos la familia perfecta, pero quizás eso no exista.

Supongo que la mayor epifanía de todas es que, aquí, sentada, me doy cuenta de lo mucho que quiero a mi familia, a todos ellos, incluso si ellos no me quieren de la misma manera o tanto como yo. Puede que eso no sea tan importante. Quizás esto solo tiene que ver con mi corazón, con que me sienta satisfecha y acepte que el amor nunca es perfecto. Y si alguien se siente en paz de este modo, no pasa nada si ese amor es un poco no correspondido. Tal vez haya que ampliar la definición de familia para que también incluya a los amigos, porque los amigos son la familia que uno elige.

Lunes, 25 de diciembre

Gus

Me he despertado temprano. Es Navidad. Siempre me ha encantado la Navidad, pero el año pasado prácticamente pasé de ella porque la vida era una mierda y no tenía ganas de celebrar nada. Bright Side estaba muriéndose. Acababa de volver de una larga gira. Tenía la mente cansada y mi cuerpo estaba destrozado por llevarlo al límite a diario. Estaba fatal.

¿Pero hoy? Hoy es diferente. Hoy la celebramos. Hacía años que Gustov no nos visitaba durante las vacaciones de Navidad.

Estoy acostumbrado a salir fuera justo después de despertarme. Aunque ya no me fumo el cigarro matutino, sigo haciéndolo y, en su lugar, masco chicle. Cuando abro la puerta corredera, Gustov está sentado en el porche, en uno de los divanes, bebiendo una taza de café.

—Buenos días, maestro.

Él se gira hacia mí y sonrío. Siempre me ha encantado que me sonría así. Me hace sentir que está orgulloso de mí, orgulloso de que yo forme parte de su vida. Es la aprobación que necesito por las muchas cosas que me hacen dudar de mí mismo.

—Gus, buenos días. Y feliz Navidad.

—Feliz Navidad. —Señalo con la cabeza su taza—. Veo que ya te has preparado un café.

Él levanta la taza con una sonrisa traviesa.

—Claro que sí. Está bueno. Deberías tomarte una taza conmigo.

Siempre se trae su propio café cuando viene de visita. Es europeo, turco

creo, y fuerte, tan fuerte que tengo que añadirle media taza de leche y un montón de azúcar. Ni siquiera me gusta ponerle leche al café, pero es la única forma de hacer que sea tolerable.

—Paso, tío. No sé cómo esa mierda no te devora por dentro.

Gustov se ríe y, entonces, se queda en silencio unos minutos mientras contempla el amanecer.

—Kate era la única a la que le gustaba mi café.

Eso me hace sonreír. Tiene razón. Era la única.

—¿Gustarle? Le encantaba. Tú, amigo mío, eras una mala influencia para Bright Side.

Él parece ofendido.

—¿Por qué?

—La iniciaste en dos de sus vicios: el café y el violín. —Son dos cosas que asociaré para siempre con ella.

Él sonríe y asiente, pensativo.

—Aceptaré la culpa de ambos alegremente. —Es la sonrisa que siempre reservaba para Bright Side y Gracie. Aunque él no estaba mucho por aquí cuando yo era pequeño, cuando venía siempre se tomaba tiempo para visitar a Kate y a Gracie, para hacerlas sentir especiales. Su padre nunca estuvo con ellas y Gustov sentía debilidad por las dos—. Es extraño estar aquí sin ellas, ¿verdad?

Asiento.

—Sí.

Me mira y sé que está a punto de decir algo que necesito escuchar. Siempre ha tenido un alma sabia y envejecida, y creo que por eso a Bright Side le gustaba tanto.

—Todos tenemos nuestro propio camino. Cuanto más viejo me hago, más me gustaría creer que estoy aquí para ser un ejemplo para las generaciones más jóvenes... como la tuya. Pero lo que Kate, Gracie —dice mirándome intensamente para asegurarse de que tiene toda mi atención— y tú me habéis enseñado todos estos años es que yo soy el alumno, no el profesor. Los tres sois las personas más sinceras y apasionadas que he conocido nunca. La importancia que le das a la amistad es insuperable. —Se le dulcifica el rostro y vuelve a sonreírme—. Te pareces mucho a tu madre.

Sonrí. Es todo lo que puedo hacer porque ha sido una de las cosas más bonitas que me han dicho nunca. Él asiente y sonrío para indicar que entiende mi silencio como una aceptación de su cumplido.

—¿Dónde está el violín de Kate?

—En mi habitación. Me lo dejó. —Hago una pausa y luego añado—: Deberías quedártelo. Se lo diste tú.

Gustov sonrío y sacude la cabeza.

—Puede que se lo diese yo y que la animara a tocar, pero te pertenece a ti.

Llevo pensando en esto mucho tiempo.

—Quiero meterlo en una caja de cristal y ponerlo en la pared. ¿Qué te parece?

Asiente.

—Creo que sería una forma preciosa de recordar a una chica tan querida y con tanto talento.

En lugar de entristecerme, me siento decidido.

—¿Lo tocarías una vez más? ¿Hoy? Creo que a Bright Side le gustaría verte tocarlo una vez antes de que lo jubilemos.

Él mira al cielo y sonrío una vez más, al pensar en Bright Side.

—Sería todo un honor. —El silencio se cierne sobre nosotros durante unos minutos antes de que añada—: No te he visto fumar desde que estoy aquí. ¿Me estoy haciendo falsas ilusiones si asumo que lo has dejado?

—Lo he dejado. Me estoy aguantando. Ay, pero ahora soy adicto a los chicles. —Me señalo la boca para ilustrar lo que digo—. He cambiado un hábito asqueroso por otro.

—Bien. Y una cosa más, Gus. Sé que no hemos hablado mucho sobre tu profesión, pero siempre estoy vigilándote. A través de Audrey, claro, pero también sigo tus giras, los *rankings* de tu álbum, los comentarios y las entrevistas que hay en internet. Tengo la sensación de que aún no has llegado a la cima, no con el increíble potencial que tienes. Un talento así puede darte el éxito y el fracaso, dependiendo de cómo lo trabajes y lo alimentes. Aférrate a ese potencial. Creo que estás en un momento de tu vida en el que tienes que hacer las cosas de manera que te llenen. Y deseo que tengas todo el éxito que puedas soportar antes de que acabe contigo. Todo tiene un límite

y algunos ceden más rápido que otros, destruidos por la fama y el dinero. — Su expresión es intensa durante un momento. Entonces, vuelve a mirarme y sonrío amablemente—. Sé que nada de eso te llama y espero, por tu bien, que nunca lo haga.

—¿Quién ha dicho que no fueran listos? —me burlo, pero sus palabras resuenan en mi cabeza. Reafirman mucho mis esperanzas y miedos. Tiene razón. Siempre la tiene.

Mamá prepara dos bandejas de sus famosos rollos de canela. Estamos todos sentados en la playa, cerca del agua, envueltos en mantas porque hace fresco. Pax y yo nos comemos una bandeja entre los dos, como un par de salvajes hambrientos.

Mientras estamos comiendo recibo un mensaje de Keller. Cuando lo abro, veo un vídeo de Stella y él cantando. El pequeño reproductor de CD está en la mesa que hay a su lado. Stella le pone todo el empeño del mundo. Subo el volumen y todos miramos el vídeo. Cada uno de nosotros sonrío al verlo porque es felicidad y amor puro, y en eso consiste este día. Cuando terminan de cantar, los dos me desean una feliz Navidad y me dan las gracias por los regalos. No envié los regalos para que me lo agradecieran así, pero sé que nunca borraré el mensaje.

Cuando volvemos a casa, voy directo al árbol y les doy a todos mis regalos. Dar regalos (no recibirlos) es mi parte favorita de estas fiestas. Le he comprado a Pax unos auriculares, a Impaciente una primera edición de su libro preferido y a Gustov una botella de su vino favorito. Sin embargo, estoy más emocionado por el regalo de mi madre, así que lo dejo para el final. Bright Side y Gracie solían pasar la mañana de Navidad con nosotros porque su madre era algo perezosa con respecto a las obligaciones parentales. Nos dábamos regalos hechos por nosotros mismos. Bright Side y Gracie no tenían dinero, pero siempre conseguían regalarnos algo sincero y significativo, así que mi madre y yo intentábamos hacer lo mismo. Este año, voy a regalarle música: unos cuantos versos que Bright Side escribió, Dios sabe cuándo, acompañados por una pieza de piano que compuse la semana pasada. Lo escribí a mano en vitela e hice que lo enmarcaran. Le digo a mi madre que es un regalo de Bright Side y mío antes de que lo abra y las

lágrimas de felicidad le recorren la cara incluso antes de desenvolverlo.

Es un día espléndido.

Lo único que mejora aún más el día es escuchar al maestro tocar el violín de Bright Side. Estamos todos sentados en la sala de estar, después de la cena, cuando traigo el violín y se lo doy. Mi madre, Impaciente, Pax y yo nos sentamos en el sofá y Gustov se sienta en una silla a un lado. Siempre se pone en el borde del asiento cuando toca, como si estuviera preparado para saltar en cualquier momento. Como si tuviera un resorte y solo la música lo mantuviera pegado al asiento. Afina rápidamente el instrumento y le pone resina al arco. Y entonces empieza a tocar. Bright Side y él tenían estilos distintos. La delicadeza y la elegancia eran común en ambos, pero expresaban sus emociones de manera diferente. Bright Side tocaba con todo su cuerpo; era una reacción a la música. Si alguien se hubiese puesto tapones en los oídos y lo hubiese visto tocar, juro que aun así habría oído la canción. Y definitivamente la habría sentido. El maestro es todo energía cuando toca, es más vigor que emoción. Es como tensar una cuerda y después soltarla. Oírle tocar el violín es una manera adecuada y hermosa de terminar el día. Es como la coda de la canción de la vida de Bright Side. Por fin siento que esa parte de Bright Side puede descansar. La escucharé tocar para siempre en mi mente y con eso me basta.

Martes, 26 de diciembre

Scout

Estoy guardando el almuerzo para llevármelo al trabajo cuando Gus entra en la cocina. Paxton aún duerme y Audrey ha llevado a Gustov al aeropuerto esta mañana para que tomara su vuelo.

—Hay bizcocho de plátano, si quieres.

Él se detiene y piensa durante un minuto. Parece cansando. Entonces, asiente como si se hubiera decidido.

—Sí quiero.

Siempre tiene hambre. No puedo hacer mucho por él, pero me gusta darle de comer. Es algo que puedo hacer todos los días. Es una conexión garantizada. Me gusta hacer cosas buenas por él, porque él siempre es bueno conmigo.

—Me gusta Gustov.

Él saca tres trozos de bizcocho de la bolsa y le da un mordisco a uno antes de responder.

—El maestro es un buen tipo.

Tengo muchas preguntas y puede que este no sea el momento adecuado para hacerlas, pero voy a intentarlo.

—¿Te gustaría poder verlo más a menudo?

—Mmm... No lo sé. Es difícil de decir. O sea, siempre ha sido así, ¿sabes? Tiene su vida en la costa este y nosotros la nuestra aquí. Hablamos. Sé que siempre está ahí si lo necesito y, cuando lo vemos, es especial. Me gusta eso.

—Suenan como si él y Audrey siempre hubieran sido mejores amigos.

Él sonríe.

—Siempre.

—Y se quieren, eso está claro. Me pregunto por qué nunca salieron juntos. —No es asunto mío, pero me parece raro, dado que tienen muchas cosas en común.

Gus va por el segundo trozo y habla con la boca llena.

—Oh, sí que salieron juntos. Tuvieron algunas citas cuando estaban en el instituto, supongo. No funcionó.

—¿Por qué no?

Gus se encoge de hombros como si la respuesta fuera obvia.

—Gustov es gay. Eso impidió... un poco... que llegaran a tener una relación romántica.

—¿Gustov es gay? —No sé por qué estoy tan sorprendida. No importa. Es solo un giro más en la historia de su familia.

Gus asiente.

—Sí. Mi madre fue la primera persona a la que se lo dijo. Ella lo ayudó mucho, por lo que he oído. Creo que el hecho de haber pasado por eso juntos es la razón por la que tienen una relación tan sólida después de tantos años. Siempre se han cubierto las espaldas el uno al otro. —Da un último mordisco al bizcocho y va a buscar leche a la nevera. Ahí se termina la historia.

La singularidad y la compasión de esta familia me sorprende cada vez más.

Miércoles, 27 de diciembre

Gus

Hemos ensayado para el concierto de Nochevieja esta tarde en casa de Franco. Las primeras canciones sonaban fatal. Era como si mi guitarra estuviera peleando conmigo. Y mi voz también. Sentía que los nervios me ahogaban con cada acorde que tocaba. Creo que he acabado un paquete entero de chicles. Componer es muy diferente a actuar, eso seguro. Pero después de varios intentos, una vez me he relajado y he dejado que la música me llevara, todo ha encajado. Volveremos a ensayar mañana y pasado mañana. Estaremos preparados.

Domingo, 31 de diciembre

Scout

Estoy nerviosa. Paxton y yo estamos en el coche con Gus de camino a la actuación de Rook en un bar de la ciudad. Nunca lo vi tocar (a propósito, quiero decir) cuando estaba de gira con ellos. Siempre me decía que no lo hacía para alejarme de todo ese mundo. Lo odiaba. Solo tenía que tratar con Gus profesionalmente. Su lado artístico parecía demasiado personal, demasiado artificial, demasiado predecible, y no quería formar parte de ello. No quería verlo de esa manera porque pensaba que haría que me desagradara más. Ahora tengo miedo de que tenga el efecto contrario. El tiempo y la confianza han transformado por completo la opinión que tenía de él. Tras escucharlo componer y tocar en casa estas últimas semanas, me siento más atraída por él que nunca. Intento refrenar mis sentimientos, lo cual es difícil, porque todos los días descubro algo nuevo, algo sobre su personalidad que me atrae aún más. Así que estoy nerviosa.

—¿Con qué canción vas a terminar el concierto esta noche, Gus? — pregunta Paxton, entusiasmado—. Espero que sea *Killing the Sun*.

Gus asiente.

—Normalmente acabamos con esa, Pax.

Él también parece nervioso. No es propio de él.

Se detiene en un aparcamiento sucio que está lleno de coches y aparca detrás del bar, en un lugar claramente señalado con una señal en la que pone: «No aparcar». Paxton sale de un salto en cuanto la furgoneta está aparcada y empieza a sacar los estuches con las guitarras de Gus y los amplificadores de

la parte de atrás. Yo aprovecho este momento de privacidad para hablar con Gus.

—Oye.

Él está buscando algo en sus bolsillos, distraído. No me escucha.

—Ey, hablo contigo. —Meneo la mano para conseguir su atención.

Me mira.

—Dime

—¿Estás bien?

—Necesito un puto cigarro. —Ahora lo entiendo. Es la razón por la que ha estado rebuscando de forma automática en sus bolsillos, para coger el paquete que antes siempre llevaba encima. Un viejo hábito.

—No, no lo necesitas —le recuerdo.

—Necesito un puto chicle.

Busco uno en mi bolso y se lo doy.

—Aguanta.

Hace gestos con los dedos como si necesitara más.

—Dame tres.

Le doy dos más y los coge de inmediato, los desenvuelve y se los mete en la boca. Habla mientras mastica.

—No sé, Impaciente. Pensaba que quería hacer esto, pero, ahora que estoy aquí, no lo sé.

—Paxton está muy emocionado por veros tocar. —Es el único apoyo que le puedo dar que creo que podría servir de algo. Y funciona.

Esboza una sonrisa genuina.

—Está alucinando.

Asiento otra vez y sonrío.

—Probablemente esta sea la mejor noche de su vida. Y no lo digo por decir.

Él asiente otra vez.

—¿Y tú?

—Yo también estoy muy emocionada.

—No tienes por qué mentirme. —No parece herido; solo es sincero.

Insisto, aunque es difícil para mí.

—No te miento. —Y de repente, siento un montón de energía. Está intentando encontrarse a sí mismo y tengo que ayudarlo a que crea que puede hacerlo—. Quiero verte tocar la guitarra. Quiero oírte cantar. Este es mi primer concierto de Rook. Quiero que me impresiones. Demuéstrame lo que vales, estrella del *rock*.

Él sonríe.

—Eso parece un reto. —Guiña el ojo—. Me gustan los retos.

—Ah, ¿sí?

La sonrisa permanece, pero se transforma en algo mucho más *sexy*.

—Joder. Sí.

Me sorprende a mí misma cuando añado:

—A mí también.

Él me imita:

—Ah, ¿sí?

Asiento. Toda mi vida ha sido un reto. Pero ¿esto? Esto es una clase diferente de reto, uno que estoy empezando a aceptar a pesar de mis miedos.

Me mira fijamente durante varios segundos y, cuando sus ojos bajan hasta mis labios, lo único que quiero es que me bese. Eso es todo. Pero, entonces, se gira y pone los pies en el suelo, fuera de la furgoneta. Parece que va a marcharse y a dejar esta conversación sin terminar, pero se vuelve hacia mí y añade:

—Puede que sientas haber dicho eso, Impaciente, porque como decía, me encantan los putos retos.

Y dicho esto, cierra la puerta y camina hacia la parte trasera de la furgoneta para encontrarse con Paxton. Y me deja aquí, sentada y febril en el buen sentido. Puede que me haya metido en un lío.

El bar es pequeño por dentro. Gus dijo que cabían doscientas personas, pero no sé cómo. Por lo que parece, nunca lo han arreglado ni modernizado: tiene paredes de madera oscura, reservados de vinilo dispuestos por el perímetro de la sala y tablones desgastados y desiguales en el suelo. Huele como una fábrica de cerveza. No puedo ni imaginar cuántos litros se han derramado y filtrado en el suelo durante años. Este lugar es un auténtico antro. Resulta increíble pensar que Gus y Rook empezaron aquí cuando han tocado en los escenarios más famosos de Europa y Estados Unidos.

Paxton está en la gloria mientras ayuda al grupo a traer el equipo y a instalarlo todo. Lleva una de las camisetas de Rook que le dio Gus y sé que nunca lo había visto tan feliz como esta noche. Desearía que pudiera vivir este momento durante más de unas horas.

Escucho voces cerca de la entrada y veo a los porteros apartando a la multitud en la puerta. Todos quieren ver tocar a Rook. Paxton y yo íbamos a observar desde los bastidores, pero él quiere estar entre la gente, así que después de preparar el escenario, encontramos un hueco entre las masas, que ya se amontonan. Estar en medio de toda esta gente me hace sentir incómoda, pero haría lo que fuera para no borrar la sonrisa de la cara de Paxton.

Cuando Rook sale al escenario, todo el mundo se vuelve loco. Nunca había oído nada así. Si la adoración tuviese un equivalente sonoro, sería este. Es amor. Están locamente enamoradas de este grupo. Y me hace sonreír. Paxton salta, grita y aplaude. Nunca lo había visto tan feliz. No es que necesitemos vivir siempre en un estado de excitación así, pero quiero que Paxton viva así cada minuto del día.

Gus se aclara la garganta mientras se acerca al micrófono y sonríe, pero hay algo que no va bien. Sus ojos buscan algo entre la multitud y su mirada intensa no concuerda con su sonrisa.

—¡Hola, San Diego! —grita—. ¡Es genial volver al Joe's! —Sus ojos aún siguen buscando—. Vamos a tocar unas cuantas canciones para vosotros esta noche, pero antes de que empecemos, quiero que me soportéis un minuto.

Una mujer que está cerca de la primera fila se quita la camiseta y le da vueltas como si fuera un lazo por encima de su cabeza. Franco se ríe detrás de la batería y señala a la mujer con la baqueta, que ahora solo lleva sujetador.

—No ese tipo de soporte, pero me encanta tu entusiasmo, chica.

La multitud se ríe, pero Gus aún parece absorto. No ve ni oye nada de lo que sucede a su alrededor. Sus ojos recorren metódicamente la habitación y entonces grita:

—Pax, ¿dónde estás?

Pax empieza a mover las manos por encima de la cabeza. Normalmente le daría vergüenza este tipo de atención, pero creo que la emoción ha

eclipsado su timidez. Cuando Gus lo ve moviendo las manos, sus ojos se posan en los míos y nos señala antes de doblar el dedo e indicarnos que nos acerquemos.

—Quiero que os apartéis y dejéis que el hombretón con la camiseta de Rook y la chica guapa que va con él se acerquen hasta primera fila.

Paxton me agarra de la mano y empieza a tirar de mí a través de la multitud. Me choco con los hombros de todo el mundo y todos me miran fijamente, lo que a menudo es una pesadilla. Sin embargo, aunque me siento algo avergonzada, no puedo dejar de sonreír mientras me arde la cara... porque Gus acaba de llamarme guapa. Me ha llamado guapa en una habitación llena de gente. Sé que no debería darle tanta importancia. La belleza está en el interior, bla, bla, bla. Lo sé. Creo en ello. Es mi mantra. Me lo he repetido a mí misma durante años. Repetir una cosa y creerla, no obstante, son dos cosas diferentes. Cuando has crecido sin sentirte guapa, algo como esto... tiene una importancia enorme.

Cuando nos detenemos justo delante de él, al lado del escenario, levanto la vista. Me está mirando a mí y su mueca se ha transformado en una sonrisa de verdad. Es la sonrisa que esboza después de haber surfeado, de jugar con Costillas, de ver la puesta de sol o de abrazar a Audrey. Es una felicidad que siente en el alma. Esta es mi versión favorita de Gus. Le respondo con otra sonrisa para hacerle saber que estoy a su lado y que estoy orgullosa de él. Y entonces digo:

—Gracias. Demuéstrame lo que vales.

Se le ensancha la sonrisa y me guiña un ojo.

—Acepto el reto, Impaciente —dice por el micrófono.

Toca las cuerdas de la guitarra dos veces, mira a Franco y asiente. Y, de repente, empiezan a tocar. Durante la hora siguiente observo como Gus se apodera del escenario. Reto aceptado, desde luego. Desde mi posición, cerca del escenario, estoy asombrada. Siento como el bajo y la batería laten en mi cuerpo y estoy tan cerca que, si estirara el brazo, podría tocar a Gus. Siento el calor de las luces del escenario y el sonido de la música parece derramarse sobre mí. Mis ojos recorren cada centímetro de Gus, se fijan en todo. Esta experiencia es una sobrecarga sensorial.

Lo veo mover los pies de un lado a otro del escenario mientras toca la guitarra, antes de detenerse frente a mí, en el soporte del micrófono, y cantar.

Y cuando canta, las palabras parecen introducirse por todos los poros de mi piel y me llenan completamente. No las escucho; las siento. Siento cada palabra, cada sílaba. Su voz y su expresión me atrapan. La emoción que hay en su voz hace que mi corazón sienta que va a explotar. Es muy apasionado. Y, madre mía, es *sexy*.

A medida que continúa el concierto, me doy cuenta de que estoy mirándole el culo, en esos vaqueros, cada vez que se aleja de nosotros. No puedo creer que lleve viviendo al lado de ese culo durante meses y que no haya notado hasta ahora lo espectacular que es. Además, la manera en la que su pecho llena a la perfección la camiseta que lleva, con los bíceps presionando y estirando las mangas, me parece totalmente nueva. Veo sus antebrazos tatuados tensarse y flexionarse.

Y sus manos. Sus manos. Ver cómo sus dedos tocan la guitarra, se doblan de placer, consigue hacerla gritar... o cantar. Sé que la música es algo visceral, pero mi imaginación se desata al mirarle las manos. Al pensar en cómo sería sentir las manos en mi piel. En lo que podrían hacerme. Joder, de repente siento que voy a perder la cabeza. Pensaba que antes había atracción, pero ahora le miro sin disimular el bulto de sus pantalones y fantaseo. El deseo se apodera de mí. Por completo. Tanto que necesito desahogarme.

Y cada vez que mis ojos vuelven a encontrarse con su cara, es como si un imán tirara de ellos. Me doy cuenta de que él me mira fijamente y que la expresión de sus ojos es pecaminosa, juguetona... y muy, muy traviesa. Enardece a la multitud.

Y me enardece a mí.

No sé cuánto llevan tocando. Podría ser ya el día siguiente y no lo sabría, y no miento si digo que estaría aquí de pie toda la noche mirándolo. Cuando se quita la correa de la guitarra por la cabeza y se separa de ella, su camiseta está empapada en sudor. Se la quita y todas las mujeres del público silban y gritan mientras él hace un corro con el grupo donde está la batería de Franco. La multitud continúa coreando mientras hablan y, aunque no oigo lo que dicen, sus rostros adquieren una expresión seria. Cuando se separan, Gus camina hasta el borde del escenario, agarra una banqueta y la guitarra acústica y vuelve al micro. Tras ajustar el soporte, se sienta y toca las cuerdas de la guitarra varias veces antes de hablar. Mientras habla, afina la guitarra sin pensar.

—Grabamos esta canción hace mucho tiempo, pero nunca la hemos tocado en directo. —Se encoge de hombros mientras lo dice. Suena como una confesión y una disculpa al mismo tiempo—. Joder, ni siquiera la hemos tocado en privado desde hace mucho tiempo, así que vamos a hacer lo que podamos para no cagarla, pero no os enfadéis si lo hacemos. ¿Trato hecho?

La multitud grita para mostrar que está de acuerdo. Sus ojos pasan del mástil de la guitarra (cuando está satisfecho con el sonido) hacia mí y sonrío nerviosamente. Busca apoyo.

—Demuéstrame lo que vales —grito, y sonrío.

Él asiente y su sonrisa se vuelve cálida cuando le habla al micro.

—Esta canción se llama *Finish Me*.

Inclina la cabeza hacia atrás, hasta que está mirando el techo, y respira profundamente antes de decir algo que nadie oye. Entonces, baja la barbilla y empieza a tocar la guitarra. Ahora está solo y el sonido es alucinante. Es lento, pasional y casi espeluznante. Para cuando el resto de la banda se une, me pierdo en la canción. Y cuando él canta, me ahogo. Me ahogo en las profundidades de la emoción que sale a borbotones de Gus. Es salvaje, dolorosa, y es amor, puro y valiente. Me arrastra adentro. Estoy en el interior, inmersa en esta tormenta de emociones. Agarro a Paxton del brazo y me aferro a él con ambas manos, como si el maremoto de emociones fuera a arrastrarme. Y cuando está Gus solo, tocando la guitarra otra vez y el sonido desaparece poco a poco, me doy cuenta de repente. Su dolor me golpea. Esta canción es sobre Kate, por eso no la habían tocado antes.

No podía tocar esta canción, pero lo acaba de hacer.

Y ha sido lo más hermoso, intenso y poderoso que he escuchado nunca.

Pero sus ojos brillan. Percibo cierto alivio en ellos. Y orgullo. Y amor. Tanto amor que no puedo evitar sonreírle.

Él me responde con una sonrisa y, cuando lo hace, sé que estará bien. Este era un paso que necesitaba dar. Y no solo ha dado el paso... lo ha bordado. Lo ha hecho fenomenal.

Y lo mejor de todo es que... él lo sabe.

La multitud aplaude. Vitorea con entusiasmo y el ruido invade el lugar. Gus sonrío, se seca la frente y quita la banqueta del escenario. Cambia de guitarra y vuelve a colocarse delante del micro para ajustar la altura. Parece más ligero de lo que lo he visto nunca. Está erguido. Mira a la multitud y sus

ojos escudriñan toda la habitación. Mientras lo hace, una sonrisa aparece en su cara y sus ojos se llenan de luz. Se muerde el labio inferior, como si quisiera contener una sonrisa aún más grande, mira hacia arriba y dice:

—Esto era para ti, Bright Side. Espero que estuvieras mirando, mierdecilla.

El resto del grupo aplaude y ríe con él. Él se gira y mira a Franco, y ve cómo sus hombros se elevan y caen mientras respira profundamente. Los vítores han disminuido y le oigo decir: «Joder, qué bien me siento», antes de darse la vuelta y dirigirse a la multitud.

—Tenemos una última canción para vosotros esta noche. Y voy a necesitaros a todos. —Gesticula hacia la audiencia con las dos manos—. Y me refiero a cada uno de vosotros tenéis que cantar conmigo. Esto es *Killing the Sun*.

La canción final hace que se desate el caos entre la multitud, y cada segundo me encanta. No me sé la letra de la canción, pero a juzgar por el ruido ensordecedor, soy la única. Todos en la sala están cantando. Durante esos tres minutos, me siento parte de algo grande. Y por primera vez, el tatuaje de Gus tiene sentido. Porque esto... todo lo que veo... todo cuanto oigo... todo lo que siento... es épico.

Gus.

Rook.

Ellos lo hacen épico.

El concierto termina justo cuando el reloj señala la medianoche y Gus dice:

—Gracias por venir esta noche. Sois el mejor público para el que hemos tocado en mucho tiempo, joder. Ahora, que empiece la fiesta, colegas. ¡Feliz Año Nuevo!

Paxton y yo vamos a por unas Coca-Colas mientras Gus y los chicos hablan con los fans después del concierto. Firman autógrafos y se sacan fotos durante una hora. Después, desmontan el equipo y lo meten en los vehículos. Durante el viaje a casa solo habla Paxton. Nunca lo he visto así, tan animado y con tanta energía.

Cuando llegamos, la casa está más silenciosa de lo normal. Audrey está en Chicago celebrando el Año Nuevo con el doctor Banks. Paxton abraza a Gus y vuelve a darle las gracias por quinta o sexta vez y se retira al sótano a

dormir. Son las dos de la mañana. Debería estar cansada, pero mi cuerpo y mi mente no se calman. Si no fuera tan tarde, probablemente saldría a correr, pero, en lugar de eso, me ofrezco a prepararle algo de comer a Gus. Quiere un sándwich de queso, así que hago cuatro sándwiches y sirvo dos vasos de leche mientras él se ducha. Vuelve solo con unos pantalones cortos y nos sentamos a comer en las banquetas de la isla de la cocina.

Mis orejas zumban ligeramente en el silencio. Me molestaría si no fuera un recordatorio de lo que acabo de experimentar. Todos los recuerdos pasan por mi mente: los sonidos, las imágenes, las emociones... El silencio parece ofrecer a Gus un descanso después de una noche agitada, así que, mientras comemos, le doy tiempo para reflexionar o para no pensar en nada, si eso es lo que necesita. Sin embargo, mientras nos terminamos los sándwiches, rompo nuestro momento de paz.

—Gracias.

Él me mira y habla mientras mastica su último bocado.

—¿Por qué?

—Porque Paxton estará feliz un año entero.

No se le da bien aceptar los cumplidos. Baja la vista al plato, pero una sonrisa tímida se abre paso en su cara.

—Sí que se lo ha pasado bien, ¿verdad?

—Te lo digo en serio: esta ha sido la mejor noche de su vida. Pregúntale mañana; te lo dirá. —Sonrío solo de pensarlo.

Gus me mira con preocupación.

—¿Y tú? ¿He superado el reto?

Me humedezco los labios.

—Con creces.

De repente, estoy nerviosa. Está sentado a mi derecha. Nunca dejo que la gente se siente a mi derecha, porque desde ese lado se ven bien mis cicatrices. Me giro del todo sentada en la banqueta para mirarlo.

Antes de empezar a hablar, me pone una mano en cada rodilla y vuelve a colocarme como estaba antes, mirando hacia delante.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque nunca veo esta parte de ti. —Me toca con delicadeza la mejilla, y recorre la cicatriz con el dedo.

Aunque intento no encogerme, cierro los ojos con fuerza de manera instintiva y las lágrimas hacen que me escuezan los párpados. Bajo la barbilla, aprieto los labios entre los dientes y muerdo para mantener a raya la emoción que sé que está al llegar. Cuando ya no siento su tacto, respiro hondo y abro los ojos.

Me mira fijamente sin juzgarme, y sus ojos no reflejan asco ni pena.

—Te he mostrado una parte diferente de mí esta noche. Es tu turno — dice con una voz suave y amable. Más amable de lo que imaginaba posible.

Le ofrezco una media sonrisa falsa.

—Nuestras otras partes son muy diferentes.

Él mira hacia abajo, pensando durante un momento antes de estirar los brazos, agarrarme de las rodillas y girarme hacia él otra vez, de forma que estamos frente a frente. Cuando se mueve hasta el borde de su banqueta, no me suelta las rodillas. Tiene las piernas abiertas. Sus rodillas tocan las mías por fuera. Yo miro hacia abajo, hacia sus manos, que me tocan, y hacia nuestras piernas, que ejercen presión, cuando dice mi nombre para que levante la vista de nuevo hacia él.

—Scout.

Cuando dice mi nombre, suena como una promesa. Y todo mi cuerpo reacciona, tanto física como emocionalmente.

Gus busca mi cara e, instintivamente, vuelvo a desviar la vista de él.

—Mírame —dice.

Lo hago, aunque tengo que luchar con todas mis fuerzas para no mirar a otro lado.

—Llevo mucho tiempo evitando subir al escenario, escondiéndome de esa otra parte de mí. —Sacudo la cabeza para rechazar sus dudas, porque él nació para actuar—. ¿Qué?

Yo sigo sacudiendo la cabeza con rotundidad.

—No deberías esconderte. Lo que he visto esta noche...

—Suspiro, porque me estoy emocionando al pensar en ello. Sé que él duda demasiado de sí mismo, así que tengo que decir lo que pueda para convencerlo—. Verte sobre el escenario. Dios... ha sido increíble. Tu voz, tu música... tu sola presencia... ha sido algo asombroso. Me has preguntado si habías superado el reto... pero, joder... —Dudo—. Me has dejado flipando.

Él sigue observándome fijamente, sin sonreír. Cuando se inclina un poco hacia delante, la presión que siento en las rodillas aumenta y, con ello, siento que el ambiente a nuestro alrededor cambia. Baja la mirada hacia mi boca antes de volver a encontrarse con mis ojos.

—Quizá ves mi otra parte de manera diferente a como la veo yo. Lo que acabas de describir... —Niega con la cabeza—. No puedes estar hablando de mí.

Inclino la cabeza hacia un lado, incrédula.

—¿Por qué no?

—Porque siempre dudo de mi talento. Siempre me pregunto si soy lo bastante bueno. Joder, ni siquiera he podido componer un álbum nuevo en un año.

Quiero sacudirlo, pero, en lugar de eso, cierro los puños.

—¿Cómo puedes decir eso? Eres la persona con más talento que he conocido nunca. Y acabas de componer un nuevo álbum.

Él me coge los puños con las manos y los abre con cuidado.

—Así que, básicamente, ¿lo que dices es que debería mandar a la mierda todas las dudas porque soy mejor de lo que creo?

Lo miro directamente a los ojos y asiento.

—Sí. Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

Él me aprieta las manos y eleva las cejas, para dar énfasis a lo que va a contestar.

—Eso es exactamente lo que pienso de ti.

Mientras reflexiono sobre lo que acaba de decir, repasando las palabras en mi mente, pone una mano en cada uno de mis muslos y me eleva las piernas hasta que tengo los pies alineados con el asiento. Entonces, él junta las suyas y apoya mis pies sobre ellas.

—Tú no ves a la mujer que veo yo.

Me separa las piernas con sus manos y las baja hasta que mis rodillas tocan las suyas por fuera. Intento escuchar, pero solo presto atención a lo que dicen sus manos. La historia se desarrolla a través del tacto. Vuelve a tocarme las rodillas, pero esta vez desliza las manos despacio por mis muslos, hacia arriba. Cuando llega a la mitad, van hacia fuera, hacia mis caderas. Pero no se detiene ahí, sino que me agarra por detrás y hace que me

incline hacia delante, hasta que estoy sentada encima de él con las piernas abiertas.

Y ahora, el corazón me late rápidamente. Nunca he sido tan consciente como en este momento del tacto y de cómo puede poner a funcionar los cinco sentidos. Quiero asimilar todo sobre él, todo lo que ocurre, pero no sé por dónde empezar. Mantengo los ojos entornados y me centro en la sensación de sus manos moviéndose arriba y abajo por mi espalda... arriba y abajo... Son unas caricias lentas y relajantes. El movimiento repetitivo hace que cierre los ojos. Tan pronto como me sumerjo en la oscuridad, una necesidad se despierta en mi interior. Necesito tocarlo más de lo que he necesitado nada en mi vida, así que pongo las manos en sus costados. No lleva camiseta y tiene la piel cálida por la ducha. Mis ojos siguen cerrados, pero siento que él se acerca hasta que nuestros pechos se tocan y me roza la oreja con la boca. Y la conversación, una combinación persuasiva de palabras y tacto, continúa:

—No podría haber tocado esta noche sin ti. He entrado en pánico cuando he subido al escenario y no te encontraba entre el público. Por eso os he pedido a ti y a Paxton que os acercarais. Me siento diferente cuando estás cerca. Me siento mejor, como si pudiera enfrentarme a toda la mierda. No sé qué tienes, pero haces que quiera ser Gus otra vez. Ambas partes. Me he divertido mucho esta noche. No tocaba así desde hacía un año.

Escuchar eso, escuchar la mejora y la esperanza que transmite su voz, hace que el corazón me dé un vuelco.

—No tienes ni idea de lo feliz que me hace que digas eso—respondo contra su hombro.

Él sigue cerca de mi oreja.

—Gracias. El mérito es tuyo.

Sus manos vuelven a subir por mi espalda, continúan hasta llegar a cada lado de mi cuello y apoya los pulgares en mi barbilla. Me inclina la cabeza hacia la izquierda con los pulgares, exponiendo totalmente mis cicatrices. Entonces, dice:

—Lo que he dicho antes iba en serio. —Me besa con delicadeza la mejilla llena de cicatrices y mantengo los ojos bien cerrados—. Eres guapa. Y preciosa. —Un nuevo beso me acaricia otra cicatriz—. Eres... —Me besa de nuevo—...completamente... —Y otra vez—...perfecta... —Este otro cae

en la parte inferior de mi cuello—. Perfecta, joder.

Me marea que me toque así, por lo que abro los ojos y giro la cabeza para mirarlo de frente.

Gus

Cuando abre los ojos, están más oscuros y brillantes. Me mira como antes, cuando estaba en el escenario. Sus ojos transmiten un deseo sexual sin diluir, puro y radiante, pero también hay algo más. Me está mostrando su parte más vulnerable y no va a dar marcha atrás. Su valentía es increíblemente *sexy*.

No puedo esperar otro segundo sin sentir su boca sobre la mía, así que le agarro la cara, al tiempo que ella coge la mía. En cuanto mis labios tocan los suyos, quiero estar dentro. Mis dientes dirigen el viaje de exploración y tiran de su labio inferior mientras lo acaricio con la punta de la lengua. Ese movimiento hace que ella abra los dedos y los arrastre por mi pelo, hasta que sus palmas me cubren las orejas. Solo oigo el fuerte latido de mi corazón. Refleja mi desesperación.

Le suelto el labio y me sumerjo; está lista para mí. Nuestras lenguas se tocan suavemente al principio, pero solo pasan unos segundos antes de que el deseo crezca y nos peleemos dentro de su boca. Es el duelo más hermoso que he vivido nunca.

—¿Gus? —Dice entre jadeos.

Es la primera vez que me llama Gus. Y, maldita sea, suena como si por fin aceptara lo que está ocurriendo. Al fin me ha abierto su corazón.

—Vuelve a llamarme Gus.

—Gus —susurra.

Nos besamos y volvemos a enredarnos momentáneamente antes de que responda:

—¿Sí?

Sus labios anuncian su intención al mismo tiempo que me agarra del pelo por la nuca.

—Te necesito... —Suenas más como una confesión que como una exigencia.

La interrumpo con otro beso, porque, Dios mío, su voz... esa confesión jadeante y débil... me ha hecho eloquecer. Y eso por no hablar de la sensación que me provocan sus manos, enterradas, en mi pelo. Eso siempre me pone.

Sus caderas se mueven otra vez y se encuentran con las mías, presionando mi erección contra ella. Todo su cuerpo se tensa y me agarra el pelo con más fuerza. Gruño porque, joder, me encanta esta sensación. Necesito sacarnos de aquí antes de que terminemos follando en la isla de la cocina, que es lo que pasará dentro de dos minutos si nos vamos a mi habitación. Con sus brazos aún alrededor de mi cuello, me levanto y ella me rodea con las piernas. Me alegro de saber cómo es mi casa en la oscuridad, porque no pienso separar mi boca de la suya para ver por dónde voy. Confío en mi memoria y en el instinto para salir de aquí, porque el resto de mi persona está muy ocupado.

La suelto cuando llegamos a nuestro destino. Doy dos pasos dentro de la habitación, cierro la puerta y me quito los vaqueros. Ella está trasteando con el botón de sus pantalones cuando levanta la vista y me ve desnudo frente a ella. Exhala, asombrada... y por el deseo que se ha apoderado de ella. Mucho, muchísimo deseo.

Me acerco a ella, le aparto las manos y yo me hago cargo. Ella me deja, así que le bajo los pantalones y las bragas. Cuando agarro el borde de su camiseta, la miro inquisitivamente. Ella nunca deja que se le vean las cicatrices que sé que tiene debajo, y sé que en este momento, las cosas podrían tomar dos caminos. Y me parece bien. Solo quiero que se sienta cómoda con lo que me ofrece. Por eso, cuando asiente y levanta los brazos, para permitirme que le quite la camiseta, vitoreo por dentro. Aplaudo su valentía. Solo tiene cicatrices en el lado derecho y en el brazo. No me asombra, es lo que esperaba. Y es ella, y ella es preciosa. Vuelve a mirar hacia abajo. Le levanto la barbilla y me señalo los ojos.

—Los ojos aquí. —Nuestras miradas se encuentran.

Y veo en la suya que los nervios amenazan su seguridad.

—Nadie me ha visto así nunca.

—Qué suerte para mí, porque eres preciosa. —Me siento especial y estoy

exultante, ya que es evidente que ni al puto Michael le dieron este regalo—. Gracias.

Sonríe aliviada, ha recuperado la seguridad en sí misma.

—Gracias. —Entonces, su sonrisa se convierte en deseo.

Contemplo su cuerpo. Está de pie delante de mí, solo con el sujetador blanco de algodón. Maldita sea, pensaba que antes sufría de deseo, pero ahora esto lo ha convertido en dolor. Dirijo las manos a su espalda, desbrocho el sujetador y, antes de que se deslice del todo por sus brazos, tengo sus pechos en mis manos. Le rozo suavemente los pezones con los pulgares, que se endurecen al tacto. Es una reacción inmediata que siempre consigue excitarme.

Su respiración ha vuelto a acelerarse y cada aliento está lleno de urgencia, como si intentara reprimir su reacción al placer que está experimentando.

Recorro su cuerpo con la mirada una vez más; son unos preliminares visuales. Su cuerpo es despampanante. Y entonces, la miro a los ojos.

—¿Estás bien? —Está muy callada, lo que contrasta con todo lo que su cuerpo dice.

Ella asiente.

—Da la impresión de que no hago las cosas bien últimamente, pero te juro por Dios, Scout, que haré que te sientas increíblemente bien. Solo tienes que decirlo.

Me mira con ojos suplicantes y me acaricia ansiosamente la parte baja de la espalda. Es un gesto reprimido que señala la promesa de que va a dejarse llevar y a desinhibirse.

—Por favor.

No pierdo el tiempo, la envuelvo en mis brazos y la acerco a mí. Joder, su piel... Es toda piel: una piel hermosa, cálida, sensible, llena de nervios... La siento. No he sentido a nadie desde hacía muchos meses. Las mujeres solo eran cuerpos para satisfacer mi necesidad. Sin embargo, a Scout la siento. Siento todo su cuerpo. La llevo a la cama hasta que la curva de sus rodillas chocan con ella y la tumbo. Nos acercamos a las almohadas. Ella está bocarriba y yo sobre ella. Mi cuerpo no se ha alejado del suyo. No quiere. Cada vez que levanta las caderas para colocarse en la cama, voy a su encuentro con las mías y nos movemos con fluidez como si fuéramos uno,

como olas, una marea que se alza y se hace más contundente, más exigente. Y cada ola crea una expectativa y hace que un gruñido de placer salga de mí, acompañado de su silencio.

—No tienes que ser silenciosa, cariño. Siente esto conmigo.

Esa es toda la persuasión que necesitaba.

—Mmm. —El gemido refleja alivio y éxtasis, y lo sigue una exhalación. Es uno de los sonidos más sensuales que he oído en una mujer, como si hubiera perdido todo el control. Se deja llevar, como sabía que ocurriría.

Ahora tiene la cabeza apoyada en una almohada. Rozo las caderas contra ella, con ella. Cada vez me aferra más a su cuerpo, como si estuviera asustada de que fuera a desaparecer si me soltase. Estamos mirándonos a los ojos cuando vuelve a emitir ese maldito gemido tan *sexy*.

—Háblame, Scout. Dime lo que necesitas. —Quiero escucharlo todo.

Ella jadea.

—Ahora. Te necesito ahora, Gus. No puedo esperar más.

Yo tampoco. La beso y me deslizo hasta la mesita para pillar un preservativo. Lo abro bruscamente y me lo pongo en un tiempo récord.

Ella no intenta tomar la iniciativa o cambiar de postura, así que me acomodo entre sus piernas, de rodillas. La hostia, hacía mucho que no estaba tan cachondo. Me había olvidado de lo que se sentía. Quiero ir despacio. Quiero lamer cada centímetro de su cuerpo. Quiero tocarla y provocarla. Quiero que esto dure. Sin embargo, ella está lista, y mentiría si dijera que yo no estoy igual. Joder, estoy listo.

Me levanto de rodillas ante ella, y la miro. Es preciosa. Su pelo oscuro ese extiende alrededor de su cabeza. Tiene los ojos brillantes y fijos en mí. Su pecho sube y baja con cada respiración y tiene los pezones hinchados y duros.

Desciendo y me siento, con el culo apoyado en los talones. Estiro los dedos, con los pulgares en los huesos de su cadera. La agarro con firmeza, la acerco a mí, y la subo por mis muslos. Maldita sea, su piel está otra vez sobre la mía. Voy a explotar.

Tiene las piernas dobladas por las rodillas a cada lado de mí y su perfecto culo apoyado en mis muslos. Me coloco en su entrada y tengo que admitir que no puedo evitar mirarnos... mientras nos tocamos. Nuestras partes más íntimas están a punto de encontrarse, a punto de convertirse en una. Lo único

que quiero es ver cómo me acoge en su interior y me envuelve por completo.

La acerco más a mí al tiempo que empujo con las caderas para penetrarla. Lo hago exageradamente despacio y ella jadea cuando estoy dentro. Es una descarga de aire, de satisfacción desinhibida, de deleite.

Siento que tiene las piernas tensas y su cuerpo va en busca del mío cada vez que me muevo. Tiene los ojos cerrados y su rostro parece relajado por el placer y tenso por la concentración. Esta no es la Scout que conozco desde hace meses. Esta es la Scout del sueño que escuché a escondidas. Esta es la verdadera Scout, que se deja llevar y cede a los antojos de su cuerpo. Cede ante lo que está recibiendo de mí. Y me lo está dando todo. Está disfrutando muchísimo. Y yo también.

Yo también, joder.

Bajo la vista adonde estamos conectados. Me deslizo hacia fuera y hacia dentro de ella. Una y otra vez. Las sensaciones crecen y se acumulan. También lo siento en ella.

Cambio de postura sin romper nuestra conexión, de manera que estoy tumbado sobre ella. Piel con piel. Nuestros cuerpos están en contacto otra vez. Sus brazos y piernas me rodean. Tengo la boca en la suya. El movimiento de sus caderas hace que mi mundo dé un giro de ciento ochenta grados, en el mejor de los sentidos. Siento una presión muy placentera... Siento como late a mi alrededor.

—Eso es, cariño, déjate llevar —jadeo.

Lo hace. Dios, sí que lo hace. Son gemidos y sonidos ininteligibles y sensuales y palabras distorsionadas por el placer.

Ya está. Estoy a punto de correrme. Ya casi estoy. Casi. Casi.

—Oh, joder. Joder —grito.

Ella sigue retorciéndose debajo de mí y lo último que sale de su boca es:

—Bésame, Gus.

Lo hago.

Otra vez.

Y otra.

Lunes, 1 de enero

Gus

Antes de abrir los ojos, sé que ella ya no está en la cama conmigo. Ayer se durmió con el brazo a mi alrededor, la cabeza en mi almohada y las piernas entrelazadas con las mías. Yo no he podido dormir. O, para ser exactos, solo he dormido un par de horas esta mañana.

Simplemente me he quedado tumbado con ella.

Y conmigo mismo.

Me sentía en paz.

Hacía tanto tiempo que no me sentía así que no quería rendirme al sueño por miedo de que la sensación hubiese desaparecido al despertarme.

Tenía razón.

No está aquí.

Ella no está aquí.

Y sé que no está lejos. Probablemente solo haya salido a correr o quizás esté desayunando. Pero no está aquí. Su cercanía me da paz. Y ahora que la he sentido, la ansío. La necesito, como el puto tabaco.

El sonido de mi móvil, vibrando en la mesita de noche, me saca de mis pensamientos.

—Joder, ¿quién llama a estas horas de la...? —Iba a decir mañana, pero cuando miro el reloj veo que son casi las doce, así que me relajé y acabo la frase—: ¿... del mediodía? —Es el P. A. S.. Me aclaro la garganta y respondo—: Feliz Año Nuevo, *kimosabi*.

—Feliz Año Nuevo a ti también, Gustov.

—¿Qué pasa en el mundo esta mañana? —pregunto mientras salgo arrastrándome de la cama y busco unos calzoncillos o, al menos, unos pantalones cortos.

—Dicen que tocaste en un bar anoche.

—Maldita sea, las noticias vuelan. Sí, es cierto.

—Las buenas noticias vuelan. También he oído que tienes unas canciones preparadas.

Recojo los pantalones de donde los dejé anoche y me los pongo.

—Mierda, eso es un montón de información. ¿A quién has estado pagando para que me vigile?

Él sabe que bromeo. P. A. S. y yo nos llevamos bien desde que nos conocimos.

—A nadie. He hablado con Franco esta mañana.

—Ah. Bien pensado, ir directamente a la fuente.

—Es lo que me va —responde. Es un tipo bastante serio, así que cuando trata de hacerse el moderno, siempre me hace reír. Al final termina siendo divertido, lo cual probablemente sea mejor. Me gusta la gente divertida.

Me río.

—¿En serio? Ve al grano, tío. ¿De qué quieres hablar?

—Estudio, Los Ángeles, mañana por la mañana. Lo hemos alquilado todo el mes. Y también un piso en el mismo complejo de la otra vez. Os necesito allí a las diez.

Se me remueve el estómago y, literalmente, veo como los restos de la paz que sentí anoche salen por la maldita ventana. Grabar el último álbum fue estresante. No quiero estar estresado ahora mismo, no cuando por fin me he librado de esa sensación. Pero digo lo que tengo que decir.

—Estaremos ahí. Y, tío...

—¿Sí, Gustov?

—Con esto de que hemos empezado un nuevo año y tal, ¿puedes llamarme Gus? Tengo que hacer este álbum y la gira como Gus, no como Gustov.

—Claro, Gus. —Cuando lo dice, hay algo en su voz que no soy capaz de identificar. Suena como aprobación, como cuando eres pequeño y haces algo que emociona mucho a tus padres y, entonces, te dicen: «bien hecho». Así es

como suena.

Llamo a Franco, Jamie y Robbie. Están eufóricos.

Y preparados.

Ojalá yo lo estuviera. O sea, lo estoy, pero al mismo tiempo no. No sé qué hacer conmigo mismo, así que saco la mochila del armario y empiezo a meter ropa. Mis movimientos parecen robóticos. Estoy acostumbrado a llevar mi vida en una maleta. Sin embargo, ahora mismo lo único en lo que pienso es en llevar conmigo lo único que no puedo llevarme.

A ella.

Scout

Esta mañana me he levantado temprano y he ido a correr un buen rato. La adrenalina de anoche no había desaparecido del todo y ha hecho que me exigiera más velocidad y distancia. Me sentía diferente esta mañana. Me sentía aceptada. Segura de mí misma. He corrido con una camiseta de manga corta. No dejaba mis brazos al descubierto desde antes del accidente, pero hoy me ha dado igual que la gente me mirara, porque sabía que la única persona que me importa piensa que soy preciosa.

He comido y me he duchado. Estoy de pie en la puerta de su habitación, en pantalones cortos y con una camiseta de manga corta de Rook que le he robado a Paxton. Justo cuando voy a llamar, se me hace un nudo en el estómago. Y empiezo a dudar de mí misma, otra vez. ¿Qué digo? ¿Cómo me comporto? Ahora, todo es diferente.

Sin embargo, tomo aire y llamo de todas formas, pues si algo he aprendido de la noche anterior es que, si no haces nada, nunca obtendrás una recompensa. Los resultados son la consecuencia de participar de manera activa en la vida. Porque nunca me había sentido tan viva como anoche.

Cuando él abre la puerta, parece cansado. Tiene el pelo recogido en una coleta y los pantalones cortos le cuelgan de las caderas. Dios, es tan guapo... Esboza una gran sonrisa, pero no parece feliz como hace unas horas.

—Hola —susurro.

Él busca mi mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—Hola —susurra él. Apenas lo oigo. Me sostiene los dedos con suavidad y me acaricia el dorso de la mano con el pulgar—. Bonita camiseta. —Y entonces, sí que sonrío un poco. Es una sonrisa sincera.

Yo también sonrío.

—Sí, los vi tocar una vez en directo. No están mal. —Le guiño un ojo para hacerle saber que estoy chinchándole y su sonrisa se ensancha—. ¿Quieres algo de comer? —pregunto—. Puedo hacerte unos huevos.

Él sacude la cabeza y me abraza. Me estrecha con fuerza. Pasa algo. Como no oigo bien, siempre presto atención a las otras formas en las que se comunica la gente. Su abrazo me dice que tiene miedo.

—¿Qué pasa? —pregunto, sin estar segura de si quiero saber la respuesta. Se me rompe el corazón al pensar en cualquiera de las posibilidades, en ninguna de las cuales aparezco yo. Puedo soportar que me hieran; lo han hecho toda mi vida. Él no puede aguantar más dolor.

Gus nos gira, hasta que veo su maleta sobre la cama, llena de ropa. He visto antes esa maleta: es la que llevaba en el autocar de la gira. Es la maleta con la que viaja, la que se lleva cuando no está en casa.

Cuando no está en casa.

—Te marchas. —No es una pregunta. Siento que solo digo lo obvio.

Él sigue abrazándome con fuerza.

—¿Otra gira? —No puede irse gira.

—Me voy a Los Ángeles durante un mes para grabar el nuevo álbum.

Y ahora, mi corazón late a toda velocidad en el buen sentido. Esto es lo que él necesita. Sus fans necesitan oír las nuevas canciones de Rook.

—Eso es genial.

Él resopla al escuchar la emoción de mi voz y parece divertido.

—¿Qué? ¿Me conviertes en tu esclavo sexual una noche y ahora estás lista para que me vaya?

Me río porque estoy muy aliviada de que haya roto el hielo con respecto a lo que ocurrió anoche.

—No, eso no es lo que quería decir para nada. Solo quería decir que estoy muy emocionada de que vayáis a grabar canciones nuevas. No deberían quedarse confinadas en esta casa, en esta habitación. El mundo

necesita oír las. —Él no parece tan emocionado como debería—. ¿Qué pasa?

Se encoge de hombros.

—Estoy muy contento con que vayamos a grabar de nuevo. Es solo que no quiero marcharme otra vez. —Justo entonces el gato sale por la puerta, maullando—. Además, ¿quién va a darle de comer a Costillas?

—Puedes irte a crear magia, y yo cuidaré de Costillas.

—Gracias. Eso me recuerda que tengo que ir a la tienda y comprarle su comida. Come por la mañana y por la noche, dale solo media lata. No tiene límites. Si le pones más, su indigente interior emergerá de nuevo. En serio, engulle y luego vomita. Además, solo le gusta esa mezcla de marisco apestosa.

Asiento.

—Lo sé. —Sí que apesta. Cuando observo a Gus darle de comer, se tapa la nariz con el cuello de la camiseta antes de abrir la lata. Y si no lo hace, le dan arcadas.

—Ah, y se enfada cuando no le limpias la cajita de arena todos los días. La muy mandona te perseguirá y regañará como si fueras una sirvienta, maullando palabrotas.

Contengo una sonrisa porque va muy en serio con la gata.

—Te tiene bajo su poder, ¿sabes? —lo chincho.

Él sonríe.

—Ya lo creo. Es como Napoleón, una dictadora diminuta. Me encanta esa maldita gata. —Es verdad.

Pasamos la tarde abasteciéndonos de productos esenciales para gatos y personas, y luego cenamos una *pizza* con Audrey y Paxton. Cuando volvemos a casa son las nueve. Audrey y Paxton se van a sus habitaciones y nosotros nos quedamos de pie en la sala de estar.

Gus está a unos centímetros de mí y solo me mira. Ya no parece triste; parece resuelto. Me encanta lo decidida que se muestra ahora.

—Pareces cansada —dice.

Lo estoy.

—No estoy cansada.

Él sonríe porque sabe que es mentira y me responde con otra mentira.

—Yo tampoco. —Cuando está agotado, le salen ojeras. Lo traicionan.

Me tiende la mano; es una invitación.

La aceptan y lo sigo por el pasillo en la oscuridad. Juro que lo seguiría adonde fuera. Cuando entramos en su habitación, me suelta la mano y cierra la puerta. No se ve la luna fuera y la habitación está tan oscura que ni siquiera sé dónde está. Además, hay tanto silencio que solo oigo mi propia respiración.

Cuando las puntas de sus dedos me rozan las muñecas, lo primero que siento son ganas de tocarlo, pero me quedo quieta y espero. Sus manos se deslizan por mis brazos hacia arriba de manera simultánea, desaparecen bajo las mangas de mi camiseta y vuelven a rozarme las manos. Gus está de pie detrás de mí. No siento su cuerpo, pero el calor que irradia es palpable.

—Me gustas, Scout. Me gustas de verdad. —Entrelaza sus dedos con los míos—. No sé qué significa eso pero siento que no puedo irme mañana sin decirlo. Y no quiero dormir solo. ¿Te quedas conmigo? —Su voz encuentra el camino a mi interior, y una vez allí, me consume.

—No querría estar en otro sitio esta noche. —Lo digo en serio. Dios, muy en serio.

—Gracias.

Me besa en la nuca. Es un beso cariñoso y dulce, respetuoso. Gus no esconde sus sentimientos. Nunca. Su vida no es lo que pasa fuera, hay más que el Gus que todos vemos y percibimos. No vive la vida; la siente. Lo he visto. He visto cómo el dolor le ahogaba y la felicidad le hacía brillar con una intensidad casi cegadora. Eso es lo que hace que Gus sea tan especial. No es su talento ni su aspecto. Es lo mucho que es capaz de sentir.

Tras quitarnos la ropa hasta quedarnos solo con la interior, pone la alarma del móvil, me quita el audífono y nos metemos en su cama. Me rodea con los brazos y me acerca a él por la espalda. Tiene la piel cálida y gran parte de ella al descubierto. Tocarlos así debería darme miedo, porque solo estamos acurrucados. No es algo sexual; es íntimo y humano. Nos concentramos en el contacto. Gus siente mis cicatrices, todas ellas y su tacto, la manera en que me sostiene completamente, hace que mi corazón rebose de felicidad. Suelto un largo suspiro. He estado tensa, he sido cautelosa desde hace una eternidad, pero estar tumbada así con él es como dejar escapar el aliento que llevo conteniendo durante años. Siento sus caricias en mis músculos y huesos, y sé que soy maleable en sus brazos, como si por fin

fuera yo, la persona que había estado buscando. La persona que sabía que era en mi interior pero que estaba distorsionada por las paredes que me protegían del exterior. Sonríó mientras las lágrimas me caen por las mejillas hasta la almohada.

—Solo quiero abrazarte esta noche. No es que no quiera arrancarte el sujetador y las bragas y dominarte con mi virilidad hasta que grites mi nombre... porque quiero. —Él presiona su erección contra mi trasero para ilustrar sus palabras—. Joder, quiero hacerlo. Pero quiero que esta noche solo sea sobre nosotros y esta loca e imparable necesidad que tengo de estar cerca de ti, a tu alrededor. De ser tu amigo. De hacerte sonreír. De hacerte reír. De hacerte feliz. De protegerte. Quiero saberlo todo sobre ti, Scout. Tu pasado. Tu presente. Tu futuro. Pero tenemos tiempo para eso mañana y pasado mañana. Esta noche solo quiero dormir contigo. Y mañana por la mañana quiero despertarme contigo. Estoy practicando eso de vivir el momento, y ahora... esto es lo único que quiero.

Hay tantas cosas que quiero decirle, pero me siento tan abrumada por todo lo que acaba de acontecer que sé que lo expresaría mal. No podría hacerle justicia, así que, en su lugar, le agarro la mano que tiene apoyada en mi cadera, me llevo la palma a la boca y la beso. Y le digo:

—Yo también, Gus.

Y no le suelto la mano; la sostengo contra mi pecho, sobre el corazón. Y nos quedamos dormidos. Y duermo como nunca antes lo había hecho. Es un sueño profundo, apacible y reparador.

Sábado, 6 de enero

Scout

—No necesito un puto cigarro. Dime que no necesito un puto cigarro. —
Esto es lo que oigo cuando respondo al teléfono. Parece estresado.

—No necesitas un puto cigarro.

—Lo necesito. —Suena un poco raro, como si tuviera la boca llena.

—No lo necesitas. ¿Cuántos chicles estás mascando?

—Cinco —responde.

—Buen chico. Aguántate.

Él toma aire varias veces.

—Gracias, Scout. Tengo que volver al estudio. Les he dicho que necesitaba una pausa para mear, pero en realidad solo necesitaba que me convencieras. Te llamaré otra vez esta noche.

—No lo necesitas —repito—. Lo tienes controlado. —Lo digo con firmeza.

—Lo sé. *Bye*.

—Adiós.

Jueves, 18 de enero

Gus

Llamo a Scout todos los días. Me pone los pies en la tierra, porque lo que hacemos en el estudio parece irreal. No lo digo en el mal sentido. Considero que este álbum es muy diferente al primero. Con el primero no teníamos ni idea de lo que estábamos haciendo. A ver, yo no era un monigote inútil, pero le confiamos el proyecto al P. A. S. y dejamos que él lo dirigiera. Ahora soy yo quien dirige. Aún me apoyo en él porque tiene mucha experiencia, pero soy yo quien está a cargo.

Scout responde al tercer tono.

—Hola, Gus. —Mi corazón se hace pedazos cada vez que oigo su voz cuando la llamo. Está sonriendo; lo noto. No es una sonrisa nacida de la emoción sino de la satisfacción. Es la sonrisa que más me gusta.

—¿Qué pasa esta noche en *chez* Hawthorne? —Son las diez, así que probablemente se esté preparando para irse a la cama.

—He hecho galletas de crema de cacahuete.

Se me hace la boca agua.

—Mmm... Me encantan las galletas de crema de cacahuete.

—Lo sé. Son para ti. Te las haré llegar enseguida.

—Deberías traerlas personalmente. Me gustaría probarte a ti y a las galletas. Tengo un apetito enorme y tengo la sensación de que han pasado semanas desde que... quedé satisfecho.

A ella siempre le da un poco de vergüenza cuando hago un comentario sexual por teléfono. Es adorable. En parte, lo hago por eso. La otra parte de

mí desea que ella termine por abrirse.

Se queda en silencio.

—Scout, ¿estás ahí?

—Sí, estoy aquí. Estaba intentando decidir si debería encargarme de las galletas o ir a mi habitación y masturbarme.

¿Qué coño acaba de decir?

—¿Puedes volver a repetir eso..., por favor?

—Me has oído. —Sigue sonriendo.

Alto y claro.

—Quizás sí, quizás no. Tengo que oírlo otra vez para asegurarme.

—He dicho que estaba pensando en ir a mi habitación, quitarme las bragas y tocarme.

Joder. Ahora la tengo dura. Dura de cojones.

—Dios, sigue.

—Estoy pensando en ti. Pensando en nosotros. En lo mucho que me gusta sentirte en mi interior. Y eso me pone cachonda. A veces necesito desahogarme. Como ahora.

—Fóllame —digo entre dientes. Cierro la puerta de la habitación y me bajo la cremallera de los pantalones cortos—. Por favor, dime que estás en tu habitación. Dime que estás tumbada en tu cama. —Necesito ver esa puta imagen en mi cabeza porque está a punto de desatarse el caos.

—¿Ahí es donde quieres que esté?

—Sí. Joder, sí. —Me he deshecho de los pantalones y de la ropa interior y ahora estoy tumbado en la cama. Con la polla en la mano.

—¿Dónde estás? —Respira con más dificultad. Es sutil, pero lo oigo.

—Estoy tumbado en mi cama.

—¿Te estás tocando? —Maldita sea, ni siquiera parece tímida.

Suspiro porque sí, estoy haciendo mucho más que tocarme.

—Gus, quiero que sientas lo mojada que estoy.

—Scout, me estás matando, joder. —¿Quién diría que esta chica tenía un lado tan travieso?

—Estoy lista para ti.

—¿Qué quieres que haga? —Estoy disfrutando de esta fantasía al cien por cien.

Escucho el timbre de la puerta, pero no voy a parar de ninguna manera. Soy el único aquí y quienquiera que esté en la puerta tendrá que largarse. Prefiero el sexo telefónico a tener una visita.

—No has respondido, Scout. Necesito instrucciones.

El timbre vuelve a sonar.

Estoy esperando su respuesta mientras me concentro en el éxtasis que siento justo donde está mi mano. Estoy a punto de correrme en cualquier momento y ni siquiera me importa el desastre que voy a tener que limpiar, porque no voy a colgar

el teléfono para recoger la ropa interior del suelo.

Vuelve a sonar el timbre.

—¡Me cago en la puta! —grito—. Estoy a punto de correrme. ¡Largo!

—¿Me estás hablando a mí? —pregunta, aunque no suena ofendida. Aún suena muy cachonda.

—¿A ti? Dios, no. Hay alguien tocando el timbre y no se va. Supongo que no se da cuenta de que ahora mismo estoy haciéndome una paja con una mujer *sexy* al teléfono.

—Abre la puerta, Gus. —Suena contundente.

De ninguna manera.

—Joder, no. Sigue hablando.

—Escúchame. He conducido dos horas y media. Llevo pensando en ti todo el día. No he dejado de pensar en acostarme contigo desde que te fuiste. Estoy tan cachonda que no puedo procesar ningún pensamiento coherente a parte de lo que quiero que me hagas. Me he puesto un vestido y ya me he quitado las bragas en el coche y las he metido en el bolso. Por favor, déjame entrar antes de que me masturbe en la entrada de tu piso.

Hago una pausa, pero solo durante un segundo, antes de colgar el teléfono, saltar de la cama y correr desnudo a la puerta de la entrada. Trasteo con las cerraduras porque mis manos no pillan los mensajes que mi cerebro les envía, están demasiado concentradas en el sexo. Abro la puerta. Está aquí. Está de pie en la entrada con un pequeño vestido negro de tirantes, un bolsito en una mano y una bolsa gigante de galletas de mantequilla de cacahuete en la otra. Está para comérsela. Puede que lo haga.

—Bonito vestido. Estás increíble —digo, y le miro fijamente los

hombros, desnudos.

—Gracias. —Me mira la polla y sonrío. Levanta la bolsa de galletas sin quitarle la vista de encima a mi miembro.

Levanto la mano y agarro la bolsa.

—Gracias, chica Scout. —Y entonces, la cojo de la otra mano—. Probablemente deberías entrar y dejar que te mancille antes de que nuestros vecinos vean mi erección y llamen a la policía por exhibicionismo.

Ella entra sin dudar.

En cuanto se cierra la puerta, Scout deja caer el bolso y yo las galletas. Mis labios se posan sobre los de ella, o los de ella sobre los míos. No estoy seguro de lo que ha pasado primero. Nuestros movimientos son febriles y apurados. No llego a saciarme de su boca, de sus labios.

—Te he echado de menos —digo entre besos.

Me araña la espalda con las uñas.

—Yo a ti también. Muchísimo.

Empiezo a agarrarle los bajos del vestido con una mano, levantándolo ligeramente, mientras que, con la otra, le agarro un pecho. No lleva sujetador y ya tiene el pezón duro cuando lo pellizco a través de la tela. Cuando mi mano se encuentra con la piel debajo del vestido, sonrío contra sus labios.

—Sí que tienes las bragas en el bolso.

Ella asiente.

—Pensé que nos ahorraría tiempo.

La agarro de los muslos y la siento sobre la pequeña mesa que hay a su espalda, al lado de la puerta. Levanto la tela, la aparto y la veo completamente abierta ante mí.

—¿Te tomas la píldora? —Asiente—. ¿Te parece bien hacerlo sin condón? Aquí no tengo.

Vuelve a asentir.

No pierdo el tiempo, acerco rápidamente su culo al borde de la mesa y me sumerjo en su interior. Un jadeo, casi de pánico, surge de su boca y ella me rodea la espalda con las piernas. Le sostengo las caderas y la penetro, antes de salir casi por completo y sumergirme en ella otra vez. Con cada embestida, mis muslos hacen que la mesa golpee la pared. Sin duda, la mesa o la pared van a romperse, quizás las dos. El ritmo es brutal, pero ella pide

más.

—Más rápido, Gus.

Su boca está en mi cuello, en mi pecho. Cuando tira de mi pezón con los dientes, un placer intenso me recorre el cuerpo.

—Desnúdate. Ahora.

Scout se desviste rápidamente, quitándose el vestido por arriba. Respira con dificultad, con esfuerzo, con pasión; es jodidamente *sexy*. Muevo las caderas más despacio, me inclino hacia abajo y le paso la lengua alrededor del pezón antes de metérmelo en la boca. Jugueteo con la punta y lo chupo, lo presiono contra mi paladar y lo muerdo con cuidado.

Gime y me sujeta la cabeza con las manos, para que me quede quieto. Continúo explorando su pezón derecho antes de darle la misma atención al izquierdo. Scout se retuerce en la mesa, intentando aliviar el anhelo que la consume.

—¿Vas a correrte, Scout?

—Sí.

Tiene los ojos cerrados y la boca entre abierta. Respira profundamente, contiene el aliento y lo suelta a la fuerza, lenta y sonoramente. Lo repite y cada vez suena con más intensidad y sus rasgos se tensan. Estoy llegando al clímax y observo el mismo placer intenso reflejado en su expresión.

—Ya casi estoy.

Me alejo un poco, manteniendo mi punta dentro de ella y, luego, vuelvo a penetrarla despacio. Cuando estoy dentro, le pido que se recueste un poco, le sostengo el culo con las manos e inclino sus caderas para penetrarla aún más profundamente. Con un empujón final, accedo a ella por completo y suspira. Estoy tan adentro como me es posible.

—Joder, me encantas —susurro mientras repito el movimiento. Es la hostia.

Tiene los ojos cerrados cuando responde:

—Joder, sigue. —Entonces emite un tenue gemido que crece y crece hasta que dice—: ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Me gusta! ¡Sí!

Y entonces me corro. Es un orgasmo poderoso y muy satisfactorio, como si hubiera estado almacenándolo durante años. Hay tantas cosas que quiero decir... que quiero gritar. Por alguna razón me aguanto y todo lo que sale de

mí es una vibración que viene de mi pecho, que magnifica la conexión que hay entre nosotros.

—Hola —susurra, y sonrío. Quiero ver esa sonrisa todos los días del resto de mi vida. Es como un *frame* de satisfacción—. Creo que me gusta Los Ángeles.

Le devuelvo la sonrisa.

—Hola. Echo de menos mi casa, pero el sexo aquí es la hostia —añado con un guiño.

Scout se queda otra hora. Nos sentamos en la cama, hablamos y nos comemos las galletas con un gran vaso de leche que compartimos para mojarlas, lo cual debería parecer aburrido después de nuestra sesión de sexo salvaje, pero no lo es. Me encanta hablar con ella. La transformación que se ha producido desde que la conocí es asombrosa. Antes se escondía del mundo y vivía dentro de sí misma. Era como si estuviera interpretando dos roles: en su interior era segura de sí misma, fuerte y se sentía realizada; pero por fuera era como si algo se hubiera perdido por el camino.

—Háblame de tus padres —digo. No sé si lo hará o no, pero me siento lo bastante cómodo como para preguntárselo.

Tiene la boca llena de galleta, así que espera a tragar para responder.

—No hay mucho que contar, la verdad. La última vez que supe algo de mi madre estaba en la India. Eso fue hace unos años. Mi padre vive en Brooklyn. No lo he visto desde hace un año o así.

No parece triste. Cuenta la historia como si recitara la lista de la compra, así que insisto:

—¿Cómo fue tu infancia? Asumo que tus padres están divorciados.

Scout niega con la cabeza.

—Mis padres nunca se casaron. Mi padre era músico. Tocaba en bares pequeños de Brooklyn y en la calle, para ganar lo justo y, según tengo entendido, todavía lo hace. En realidad no es un mal tipo, pero no se le da bien eso de vivir en el mundo real. Ya sabes, donde se te pide estar más sobrio que borracho. —Eleva una ceja para aclarar lo que quiere decir—. Bueno, supongo que mi madre era una de sus *groupies*. Salieron un par de

veces. Se quedó embarazada. Estuvieron juntos hasta que nací y, después, mi madre se marchó.

Lo primero en lo que pienso es en mi madre. Me protege ávidamente y piensa en todos los demás como en sus hijos. Sé que todas las madres no son como ella, pero no puedo imaginar que alguien abandone a sus hijos.

—¿Se marchó? ¿En plan que se marchó de marcharse?

Ella asiente.

—Sí, siempre he pensado en ella como en una trota mundos. Creo que nunca ha tenido un trabajo. Sé que tampoco tiene casa. Solo vaga por el mundo. Hace amigos y tiene amantes. Ellos la acogen hasta que siente la necesidad de ir a su siguiente parada. Supe de ella hace unos años. Nunca la he visto en persona; solo la he visto en una foto que tiene mi padre.

—Mierda, eso es terrible, Scout.

Scout se encoge de hombros como si estuviera de acuerdo conmigo y al mismo tiempo no.

—Prefiero no tenerla en mi vida que tenerla y sentir que soy una carga para ella. Mi padre me crió y aquí estoy.

—¿Cómo es tu padre? —Casi tengo miedo de preguntar, porque sé que no ha vivido con él desde el accidente.

Pestañea un par de veces, como si tratara de recordarlo.

—Siente devoción por el alcohol, la música y por mí. En ese orden.

Sé que hablar no es fácil para ella, así que le hago una pregunta para que siga:

—¿Creciste en Brooklyn?

—La mayoría del tiempo, sí. Mi padre nunca tuvo su propia casa, así que íbamos de un lado a otro. Nos quedábamos con amigos suyos, novias... a veces el dueño de un bar nos preparaba una habitación encima del local durante un mes o dos como pago por tocar por la noche... Yo no conocía otra vida, así que para mí era normal. Estaba mucho tiempo sola, pero eso me enseñó a ser independiente.

—¿Y qué pasó después del accidente?

Tiene la mirada perdida.

—El accidente. —Hace una pausa—. Mi padre consiguió un curro en el norte de Nueva York. Tomó prestado un coche y fuimos hasta allí. Yo me

sentaba en los bastidores mientras él tocaba... Recuerdo leer *La casa de la pradera* mientras esperaba. —Sonríe levemente al recordarlo—. Una noche, después de tocar, se quedó bebiendo durante unas horas. Yo leí un poco más. Cuando vino a por mí y me dijo que era el momento de ir a casa, me di cuenta de que estaba borracho. —Se encoge de hombros—. Siempre estaba borracho, así que no sabía que debía asustarme. Nos subimos al coche. Estaba nevando y recuerdo el frío que

hacía en la parte trasera cuando me tumbé en el asiento. No llevaba puesto el cinturón. Ni siquiera lo pensé. Solo había montado en coche unas cuantas veces. Siempre íbamos en metro. La cuestión es que me quedé dormida y me desperté en medio de escombros y un incendio. —Se queda mirando al infinito con los ojos brillantes. Habla en voz baja, pero con tanta intensidad que me atrapa y no puedo hacer nada más que escuchar—. Hacía tanto calor... eso es lo que más recuerdo, incluso más que el dolor... el calor. —Se pasa la lengua por el labio antes de continuar—: Estaba atrapada en el coche. Mi padre había conseguido salir. Lo vi caminar. Le grité y le grité y entonces, me desmayé.

—¿Volvió a por ti?

Ella asiente.

—Sí. Habría muerto si no llega a hacerlo. Supongo que la ambulancia y el camión de bomberos aparecieron poco después y nos llevaron al hospital. Él no estaba herido, solo tenía unos cuantos cortes. A mí me transfirieron a la Unidad de Quemados. Pasé semanas allí. Me operaron muchas veces y me hicieron injertos de piel. Mi padre fue a la cárcel por conducir bajo los efectos del alcohol y por poner en peligro la vida de un menor. Los servicios sociales y mis tíos se hicieron cargo de mí. El resto es historia. Me fui a casa con ellos y se convirtieron en mi nueva familia.

Scout es fuerte. Muy fuerte. No puedo imaginar todo el dolor y sufrimiento por el que pasó.

—¿Ves a tu padre?

—Lo veo o sé de él aproximadamente una vez al año, pero nunca es algo planeado. Siempre ocurre de repente. Se siente culpable, lo sé. Creo que le resulta difícil mirarme. —Se señala las cicatrices de la cara y del cuello, y eleva las cejas. El desprecio que siente por sí misma y la vergüenza intentan apoderarse de ella.

Le pongo la mano en la mejilla y le giro la cabeza para que me mire a los ojos.

—Eres preciosa. No dejes que los demás te hagan sentir de otra forma. Y si lo hacen, dímelo y les daré una paliza.

Scout sonrío y la vergüenza desaparece.

—Gracias, tipo duro.

La beso en la frente antes de apartar la mano de su mejilla.

—Cuando quieras, chica dura. Entonces, ¿Pax y tú crecisteis juntos?

Su sonrisa se amplía cuando habla de Pax.

—Sí. Él era la única persona que nunca me hizo sentir como un bicho raro. Nunca mencionó mis cicatrices y siempre me miraba a los ojos cuando me hablaba. Me cambié de colegio cuando fui a vivir con mis tíos y lo cierto es que nunca tuve amigos. Vivíamos en Manhattan. La mayoría de los niños eran de familias con dinero. Podían ser crueles. Me molestaban, me ponían motes y, cuando crecimos, simplemente me ignoraban, lo que fue un alivio. Prefiero que me ignoren a que se rían de mí. Para cuando fui a la universidad, ya se me daba muy bien ocultarme y pasar desapercibida. Era reservada y cursé tantas asignaturas a distancia como pude. —Vuelve a encogerse de hombros, pero es casi como una disculpa—. A mí me funcionó.

Le sonrío porque no puedo lamentarme por su pasado ahora, no cuando por fin se está convirtiendo en la persona que se supone que tiene que ser.

—A mí me funciona estar contigo.

Me devuelve la sonrisa y eleva las cejas a modo de pregunta. Está flirteando conmigo.

—¿Ah, sí?

Asiento, quito la bolsa de galletas que está en la cama entre nosotros y la pongo en la cómoda. Scout está medio sentada, recostada en un par de almohadas. Las aparto para que se tumbe en la cama.

—No las necesitaremos. —La ayudo a quitarse el vestido—. Ni esto. —Me quito los pantalones y la ropa interior—. Ni esto.

—Gus, tengo que irme pronto. Hoy trabajo. —Ya es más de medianoche.

—Lo sé. Solo deja que te haga sentir bien una vez más antes de que te

vayas.

Me coloco entre sus piernas y la saboreo. Joder, sabe genial. Tiembla primero por la presión de mi lengua y después, unos minutos más tarde, cuando la penetro. Ambos estamos completamente satisfechos. Otra vez.

No quiero que se vaya, pero sé que tiene que hacerlo. Me pongo los bóxers mientras la observo ponerse el vestido por la cabeza y las bragas, que estaban en el bolso. Sé que a cada persona le ponen cosas diferentes, pero verla sacar las bragas del bolso y ponérselas es muy *sexy*.

—¿Scout?

—¿Sí? —responde mientras se ajusta la goma de las bragas de encaje y suelta el vestido para cubrirse.

—¿Podrías llevar las bragas en el bolso a partir de ahora, por favor?

Ella se ríe.

—¿Por qué?

—Creo que nunca me cansaré de ver cómo las sacas y te las pones. Es *sexy* de cojones.

Ella guiña el ojo.

—Lo recordaré.

—Más te vale. Las fantasías realizadas son el mejor tipo de fantasías.

—Tienes razón. De eso iba esta noche. —Me sonrío con picardía.

Caminamos hacia la puerta de entrada.

—¿Por qué no me habías dicho que tenías un lado picante? Me gusta.

—No lo tenía hasta que te conocí. Eres una mala influencia —me dice sin girarse, pero escucho su sonrisa de suficiencia.

Le rodeo la cintura con los brazos y la beso en la nuca.

—Soy el mejor tipo de mala influencia.

Ella se gira cuando llegamos a la puerta y coincide conmigo.

—El mejor.

Y entonces, me besa. Hay calor en ese beso, pero dura poco. Y entonces, demasiado rápido, abre la puerta para irse.

—¿Estás segura de que estás lo bastante despierta como para conducir hasta casa?

Cuando sonrío, recibo dos respuestas en una.

—Creo que nunca he estado más despierta. Gracias por lo de esta noche.

—Sé que no solo se refiere al sexo.

Asiento.

—Gracias por confiar en mí totalmente. —Ella sonrío y vuelve a abrazarme—. Llámame o envíame un mensaje cuando llegues.

—Lo haré. Dalo todo mañana en el estudio.

Sonrío.

—Ese es el plan. Dalo todo mañana en el trabajo.

Ella ríe mientras se aleja.

—Ese es el plan. Buenas noches.

—Buenas noches.

Me quedo de pie en la puerta mientras observo como entra en el coche y se aleja antes de cerrarla. Necesito otro vaso de leche y más galletas antes de irme a la cama. Cuando salgo de la cocina, los chicos entran por la puerta principal. Están riendo. Me gusta verlos felices.

Franco se quita la chaqueta y dice:

—Deberías haber venido con nosotros esta noche, tío. He conocido a una rubita salvaje del norte de Inglaterra. Se llama Gemma. Le gusta el estampado de leopardo, You Me At Six y el *gin-tonic*. Es perfecta. Tengo su número. Todos hemos pasado un buen rato.

Sí, estoy de acuerdo. Yo también.

Sonrío al pensarlo y, antes de que pueda decir nada, empieza a olfatear como un puto perro de caza.

—Huele a galletas caseras. ¿Por qué huele a galletas caseras? —Se muestra receloso y, entonces, pregunta—: ¿Scout ha estado aquí? ¿Dónde están las galletas?

—La hostia, ¿qué le ha pasado a la mesa? ¿Y a la pared? —dice Jamie.

Me encojo cuando veo que la esquina de la mesa ha hecho un agujero en la pared de yeso, pero no puedo esconder una sonrisa. Doy un sorbo de leche antes de responder.

—Puede que Scout se haya pasado por aquí esta noche para traerme unas galletas.

Franco sonrío con astucia.

—Eso no explica los daños materiales.

Levanto el vaso de leche hacia ellos y me encojo de hombros mientras

me marchó a mi habitación.

—Digamos que eran unas galletas muy buenas. Excelentes, incluso. Probablemente las mejores que he probado.

Sábado, 20 de enero

Gus

Cuando me levanto por la mañana, no puedo decir que me sienta triste. Más bien siento que me falta algo. Siento un peso en el pecho. Hoy se cumple un año de la muerte de Bright Side. Me quedo tumbado durante varios minutos, pensando en ella, recordando cómo fue crecer a su lado. Repaso en mi mente veinte años de recuerdos, acompañados de una banda sonora de violín, y, al terminar, me quedo mirando el tatuaje de mi brazo, sonriendo. Juraría que la oigo decir: «No llores por mí. Cuando pienses en mí, sé feliz».

Así que no lloro. En su lugar, agarro el teléfono y llamo a Keller. Cuando responde, escucho un piano desafinado de fondo.

—Hola, Gus. —Parece que está bien. Me alegro, pues no sabía qué esperar.

—¿Qué pasa, papi Banks? Parece que están torturando un piano para que cuente sus secretos.

Él se ríe y el sonido del piano desaparece cuando oigo una puerta que se cierra.

—Estoy en la clase de *ballet* de Stella. Creo que están torturando más al público que al piano. Supongo que para eso se inventaron los tapones para los oídos. ¿Qué tal te va hoy, colega? Iba a llamarte cuando llegáramos a casa. Sé que aún es temprano en California.

—Es pronto, sí. Estamos en Los Ángeles y tengo que estar en el estudio dentro de una hora. Estamos trabajando en el segundo álbum y casi lo hemos terminado.

Me siento aliviado. Han sido unas semanas muy largas, pero hemos trabajado duro y estoy orgulloso de cojones de lo que hemos creado. He aprendido mucho durante este año y medio, desde la primera vez que hicimos esto. Y se nota. Todo es más maduro: la música, las letras y también nosotros como grupo.

—Eso es genial, Gus. Enhorabuena. Tengo muchas ganas de escucharlo. ¿Cuándo saldrá?

Parece realmente feliz por mí. Es extraño cómo hemos estrechado lazos. Nuestra amistad se desarrolló a partir de nuestro amor mutuo por Bright Side, lo cual debería habernos hecho enemigos por culpa de los celos. Sin embargo, como siempre ocurría con Bright Side, lo imposible funcionó. La amistad de Keller significa mucho para mí.

—Dicen que a finales de marzo. Están preparando una gira para abril.

Y en cuanto lo digo en voz alta, se hace real. Estoy emocionado de verdad. Emocionado de volver a la carretera y tocar frente al público. Emocionado por hacerlo bien esta vez. Emocionado por aprovecharlo al máximo y vivirlo, en lugar de simplemente soportarlo, como hice la última vez.

—Genial. ¿Volveréis a Minnesota? Me encantaría ir a otro concierto. — Es cierto; lo sé.

—Aún no he visto el programa, pero me encargaré de sugerirlo. Conozco a gente que conoce a gente. —Me encantaría tocar en Grant otra vez, como una especie de homenaje a Bright Side.

Él vuelve a reír.

—Apuesto a que sí.

—¿Qué has estado haciendo últimamente, tío? —Tengo que saber que está bien.

—He estado ocupado. Me gradué en junio, asumiendo que no se vayan al traste las prácticas de profesor que empiezo esta semana. —Suena un poco estresado pero encantado al mismo tiempo.

—¿Prácticas? Eso es genial. En el instituto, ¿verdad?

—Sí, daré clases Inglés en el instituto de Grant. He tenido suerte; no podría ser más perfecto. El centro está a casi dos kilómetros de mi piso y el colegio de Stella pilla de camino. Es ideal.

—Los chavales van a adorarte.

—No lo sé, pero estoy preparado. Muy preparado. —Suenas cansado.

Bright Side me lo contó todo sobre Keller. Sé que su madre quería que fuera abogado y que se cabreó mucho cuando él cambió de carrera para seguir a su corazón y convertirse en profesor. Creo que aún no se hablan. Lo bueno es que él y su padre han recuperado su relación.

—Apuesto a que sí. Dentro de poco terminarás la universidad y lo dejarás todo atrás. Deberías traer a Stella a San Diego en otoño y conseguir un trabajo de profesor aquí.

—Oh, colega. ¿Te imaginas a Stella viviendo en San Diego con acceso a la playa todo el tiempo? Nunca conseguiría que entrase en casa. Probablemente deberíamos levantar una tienda de campaña frente a tu casa y vivir allí. Estaría totalmente satisfecha mientras estuviese rodeada de kilómetros de arena y agua para construir castillos.

—Por mí bien. Sé que a mi madre tampoco le importaría.

—Maldita sea, si las cosas siguen así entre tu madre y mi padre, quizá seamos hermanastros para entonces.

Me río porque tiene razón. Mi madre ha estado pasando muchos fines de semana con el doctor Banks. Es feliz. Joder, nunca la había visto salir con nadie antes, así que su relación con él es prodigiosa.

—¿Ahora somos amigos íntimos? —le grito imitando a Will Ferrell. Es una cita de la película *Hermanos por pelotas*. No sé si pillaré la referencia. Sin embargo, cuando él contesta «Sí» con entusiasmo, continúo citándola—: ¿Quieres que hagamos kárate en el garaje?

—Sí —responde, y los dos nos empezamos a reír.

No me había reído tanto en mucho tiempo y me hace sentir bien.

—Gracias, tío. Lo necesitaba.

Él sigue riéndose.

—Yo también. —La risa se vuelve más suave, pero aún suena feliz—. Bueno, colega, parece que el piano acaba de pasar a mejor vida. Eso quiere decir que se ha terminado la clase. Será mejor que vaya a por Stella. Gracias otra vez por llamar. Echo de menos a Katie, Gus, y la querré siempre. No hay día que no piense en ella, pero ahora es diferente a hace unos meses. Ahora ya no duele; ahora me siento feliz. Vivo mi vida por ella. Vivo con un

propósito, y Stella y yo nos divertimos por el camino. Nada de esto habría sido posible sin ella. Me enseñó a vivir. Y a querer. No tengo intención de desperdiciar esa oportunidad.

Asiento como si me viera.

—Me alegro. Y lo mismo digo. Que tengas un sábado fantástico, tío. Y saluda a la señorita Stella de mi parte.

—Lo haré. Cuídate, Gus.

—Tú también. Hasta luego.

—Adiós.

En cuanto cuelgo el teléfono, llamo a mi madre. Está de camino al cementerio con tulipanes y chocolatinas Twix y, al igual que Keller, parece que está bien. Está sobrellevando este aniversario con elegancia y recordando a Bright Side con alegría, que es la única manera en que debería ser recordada. Le digo que acabo de hablar con Keller e incluso le cuento la parte de los hermanastros, a lo que ella responde con una risa, pero no hace nada por desmentir los rumores. Quizás van en serio; cosas más extrañas han pasado.

Cuando termino con las llamadas de teléfono, tengo el tiempo justo para ducharme y enviarle un mensaje a Scout. «Buenos días, chica Scout». Tres pares de ojos preocupados me miran cuando entro en la sala de estar para irnos a trabajar. Franco es el primero en hablar.

—Buenas. ¿Estás bien, hombretón? —Parece preocupado por mí.

Asiento.

—Estoy bien, tío. —Sé que están preguntándose si estoy destrozado por lo de Bright Side—. Siempre la voy a echar de menos, pero está justo aquí. —Me doy un golpecito en el pecho—. Lo que me hace pensar... Sé que hoy íbamos a terminar *Judgment Day*, pero creo que deberíamos improvisar en memoria de Bright Side. Deberíamos tocar sin más. Ver qué nos sale. Sabéis que ha estado observándonos en el estudio. —Siento que está con nosotros todos los días—. Así que hagamos algo que a ella le encantaba.

A Bright Side le gustaba simplemente tocar. Era muy creativa. Era como si tuviera toda la música en su interior y cada vez que componía algo nuevo dejara que solo una parte de ella saliera a la luz. Siempre estaba componiendo canciones nuevas.

Todos sonríen y asienten. Franco ya está en la puerta.

—Hagámoslo. Declaro oficialmente este día el Día de Kate. —Sostiene la puerta mientras todos pasamos por ella hacia el aparcamiento—. Es curioso que menciones que has notado que Kate estaba en el estudio con nosotros. Pensaba que era el único. A veces, cuando estoy disfrutando y todo fluye, juraría que la oigo susurrarme al oído, diciéndome que soy una bestia *sexy* cuando toco y que siempre fui su favorito.

Sacudo la cabeza y sonrío porque ha dicho todo eso para hacerme reír.

—Cierra la boca, tío. Eres una bestia sexi cuando tocas, pero nunca fuiste su favorito.

En su cara se dibuja una expresión de dolor fingido mientras abre la furgoneta y todos nos subimos. Se gira y me mira. Estoy sentado en el asiento de atrás.

—Eso duele, piltrafa. Joder, duele mucho. —Sonríe de oreja a oreja en cuanto deja de intentar hacerme sentir mal—. ¿Quién quiere café? —pregunta mientras sale del aparcamiento—. Voto por que empecemos bien el Día de Kate, con un café por ella.

Tras pasar por la ventanilla para coches del Starbucks y gastar aproximadamente doscientos dólares en cuatro cafés, nos dirigimos al estudio. Cuando le contamos al P. A. S. nuestros planes del día, aunque sé que va en contra de su buen juicio dejarnos el día libre, accede. Él también lleva a Bright Side en el corazón. Yo empiezo a tocar primero, solo con la guitarra acústica, y me doy cuenta de que el P. A. S. me está grabando. No todo el tiempo, pero cuando le gusta lo que oye, lo graba. Está pasando, y siento de verdad que ella está en la habitación conmigo. Escucho el inicio de una canción que cobra forma en mi cabeza y cambio la guitarra acústica por la eléctrica. Me lleva un minuto ajustar los pedales de efectos y conseguir el *delay* exacto. En mi mente, las notas dan vueltas hasta que mis dedos pillan el ritmo y les dan vida.

El comienzo, incluso con la demora, es nítido. Las notas son distingibles, aunque suenan algo perezosas. Practico varias veces y los demás están meneando las cabezas; todos estamos dándolo todo. Asiento hacia Franco.

—Oye, tío, dame un poco de ritmo. Pero tiene que ser rápido. *Downbeat*. No vayas a la par que yo. Que sienta la presión. Yo me retrasaré, pero tú sigue. Funcionará, hazme caso. Solo *rimshot*.

Lo hace. La primera vez nos peleamos. Intenta seguir mi tempo, pero no

quiero que lo haga. Él es quien lleva el ritmo, pero se apoya en mí porque aún no lo oye. Tocamos unas cuantas veces más y hablamos. Para cuando llegamos al final, él me adelanta y deja que me quede atrás, y funciona. Funciona, joder.

Durante la media hora siguiente, Jamie y yo componemos una línea de bajo alucinante. Siempre he dejado que sea la guitarra la que lleve la voz cantante, pero, a veces, lo mejor es que lo haga el bajo. Este resuena como el latido de un corazón y te atraviesa hasta llegar a los huesos.

Con la línea de bajo hecha, Robbie está de acuerdo en que él solo tiene que seguir a Jamie y dejar que el bajo dirija el estribillo. A Franco lo devora la impaciencia por dejarse llevar y volverse loco; tendrá su oportunidad.

Asiento hacia Franco.

—¿Estás preparado?

Gira las baquetas en las manos y pisa el pedal del bombo unas cuantas veces. Está ansioso. Solo quiere tocar, dejarse llevar. Franco es un batería y un músico fenomenal, pero lo mejor es su entusiasmo. Le encanta tocar. Tocaría todo el día, todos los días, si pudiera.

—Nací preparado, colega.

No es mentira. Nació preparado.

—Jamie, vuelve a tocar la parte del bajo. Franco, síguelo. Que sea todo caja y bombo, nada de *tom*. Y toca el platillo suavemente al final de cada compás. Robbie, tú sigue a Jamie, ve con él. Yo voy a tocar por encima de todo. Solo ignoradme y dejadme hacer.

Disminuyo el *delay*, aumento la distorsión y tocamos varias veces. El P.A.S. está apoyado en la silla, con una sonrisa de satisfacción en la cara. Esa sonrisa es buena, significa que le gusta lo que escucha. Que le gusta de verdad. También ha estado callado. Eso siempre es buena señal.

—Vale, hagámoslo, desde el principio hasta el final. P.A.S., ¿lo grabas? Quiero escucharlo otra vez, para trabajar en la letra.

Sin dejar de sonreír, levanta de forma perezosa el pulgar. Excelente. Esa combinación, en el idioma de un productor, significa: «Es la hostia».

—Voy a empezar. Dame unos compases de ventaja, Franco, y luego te unes. *Downbeat*, solo *rimshot*. Dejados solos unos compases y luego os unís todos a mi señal para el estribillo. Repetid hasta que os indique que paréis. Eso deja la línea de bajo de Jamie y a Franco en la segunda estrofa.

Haré la transición y repetiremos otra vez el estribillo. Entonces, terminaremos con la tercera estrofa, que será una repetición de la segunda, solo con Jamie y Franco. ¿De acuerdo? —Todos asienten. Miro a Jamie—. No te sientas presionado, pero sabes lo mucho que le gustaba a Bright Side una buena línea de bajo. Haz que se sienta orgullosa, tío.

Él levanta su brazo tatuado y sonrío.

—Yo siempre lo hago épico. —Guiña el ojo—. Lo tengo controlado.

Tras ajustar mis pedales de efectos, toco la guitarra dos veces. Es un hábito. Lo hago antes de empezar todas las canciones. Miro al P. A. S.. Tiene los cascos puestos, levanta el pulgar y presiona el botón para empezar a grabar. Tocamos hasta el final y sale decente, pero las transiciones no son perfectas. La segunda vez que lo hacemos, todos saben cuánto esperar y lo hacemos bien.

Cuando escuchamos la grabación, me dan escalofríos. Eso sucede pocas veces. Me encanta. Solo unas pocas canciones lo han conseguido. Y la letra ya está cobrando forma o en mi mente. Miro el reloj de la pared. Es solo mediodía.

—¿Por qué no descansáis una hora? Id a almorzar algo. Dadme tiempo para trabajar en la letra. Casi la tengo toda. Solo necesito escuchar esto un par de veces y apuntarla.

P. A. S. se levanta.

—¿Quieres que me quede?

Sé que me está dando la oportunidad de pedir ayuda si la necesito, pero también confía en que lo haga solo.

—Lo tengo todo controlado. Hazme un favor y tráeme algo sin carne para comer. Necesito energía. Quiero grabar esto y tengo la sensación de que va a ser un día largo.

Él asiente y apenas contiene la sonrisa.

—Lo haré. Estás trabajando en algo bueno. Algo genial. Sigue tus instintos, Gus. Aún no te han fallado. —Se marcha antes de que pueda responder.

Ninguno de nosotros se marcha hasta las dos de la mañana y, para entonces, estamos totalmente agotados. No obstante, la canción está terminada. Grabada. Con la letra y todo. Se llama *Redemption*. Y los chicos aún no lo saben, pero también tengo el título del álbum. *Redemption*, es

decir, «redención». Eso es lo que ha pasado hoy. No en el sentido religioso, sino en el sentido de «soy mejor persona que antes». Y hace que me sienta bien de cojones.

Jueves, 25 de enero

Scout

—Los Ángeles te echa de menos, chica Scout. —Así es como Gus responde al teléfono.

—Yo echo de menos Los Ángeles. Y a ti. Feliz cumpleaños, Gus.

—¿Ya es hoy? ¿Cómo lo has sabido? —Parece sorprendido.

—Está en el calendario de Audrey. Soy su asistente. Estoy al tanto de todas las cosas importantes.

—Desde luego que sí. —Eso ha sido una insinuación sexual—. Gracias. Y, hablando de cosas importantes, el sábado habremos terminado por aquí. ¿Te importaría traer a Pax al estudio ese día por la mañana? No quiero que el chaval conduzca por Los Ángeles con tanto tráfico. Nos hemos estado escribiendo mensajes todo el mes y le he mandado vídeos de lo que hemos estado haciendo, pero sé que le gustaría verlo en persona. Todavía tengo que grabar la guitarra de la última canción y lo he dejado para el final, con la esperanza de que él estuviera aquí para verlo.

—Por supuesto que lo llevaré. Le encantará.—Gus lo es todo para Paxton. Sé que le resta importancia a la influencia que ejerce sobre él, pero la verdad es que tener a Gus cerca ha sido lo mejor que le ha pasado. Gus es una figura paterna, un hermano, un profesor y un mejor amigo. Paxton siempre ha sido un buen chico, pero los cambios que he observado en él estos últimos meses son enormes. Tiene más seguridad en sí mismo. Es más extrovertido. Está más comprometido con el instituto y más centrado en sus intereses.

—Bien. Gracias, *baby*.

—¿A qué hora nos quieres ahí?

—Sé que es temprano, pero me gustaría empezar a las ocho. No debería llevarme mucho tiempo, quizás una hora o así. Después seré libre y podremos volver a casa. ¿Te importa si me uno? También podrías traer galletas, meter las bragas en el bolso y podríamos volver juntos al piso.

—Me encantaría llevarte galletas y meter las bragas en el bolso, pero ¿qué pasa con Paxton?

—Cierto. ¿Cuándo se ha convertido Paxton en un aguafiestas? Pensaba que era de los míos. —Ríe.

Y ahora yo también río.

—Será mejor que vaya al trabajo. Hablamos esta noche, cumpleañosero. Que tengas un buen día.

—Siempre. Tú también, cielo.

Me encanta cuando me llama así. Cada vez que lo dice, su voz se suaviza. Es el equivalente verbal a un abrazo. Hace que me sienta cálida por dentro y que mi corazón revolotee en mi pecho literalmente. Es una reacción física.

—Adiós.

—*Bye, my friend.*

Sábado, 27 de enero

Gus

Scout ha traído a Pax al estudio esta mañana. El chaval estaba alucinado. Me ha llenado de energía. Y ahora la pista final de guitarra está grabada. Es épica.

Vuelvo con ellos a casa y llegamos poco después del almuerzo. Mi madre ha preparado magdalenas y tacos vegetarianos solo para mí. Dios, amo a esta mujer. Ella, Scout, Pax, su novia Mason y yo celebramos un cumpleaños tranquilo y tardío.

Y para finalizar un gran día, Scout me ha mostrado su cuerpo como vino al mundo.

Y yo también le he enseñado el mío.

Los hemos aprovechado al máximo.

Y entonces, me ha dejado abrazarla toda la noche.

Me encanta estar en casa.

Domingo, 28 de enero

Scout

Hay una nota adhesiva en el espejo del baño cuando salgo de la ducha. «Me encanta acostarme contigo en San Diego». Hace que me sonroje al pensar en la noche anterior. A mi también me encanta acostarme con él en San Diego.

Domingo, 4 de marzo

Gus

He observado cómo la relación entre mi madre y el doctor Banks se ha vuelto sólida, adorable y estable en los últimos meses. Durante todo ese tiempo, he mantenido la boca cerrada, pero siento que tengo que hablar con ella y con más detalle que cuando me pone al día de sus viajes y salidas.

—Hola, mamá.

—Hola, cielo. —Me la encuentro sentada en el porche, leyendo un libro y bebiéndose su taza de café matutino.

—¿Puedo hablar contigo un minuto?

Ella marca la página y deja el libro en la mesa.

—Claro. ¿Qué pasa?

Parece intranquila. No quería preocuparla. A veces me olvido de que, aunque sea un adulto, ella siempre pensará en mí como en su hijo pequeño. Así que cuando me acerco a ella así, su mente siempre se pone a solucionar problemas, como si activase el modo «qué puedo hacer para mejorar esto».

Niego con la cabeza, me inclino hacia delante y la beso en la frente antes de sentarme a su lado.

—No pasa nada. —Sonrío—. Sobre el doctor Banks...

Ella me interrumpe.

—Puedes llamarlo Eric.—Me recuerda con amabilidad.

Sonrío al oír el amor que se percibe en su voz y asiento.

—Me gusta más doctor Banks. Es más guay. —Ella quiere reírse, pero solo me ofrece una sonrisa divertida. Continúo—: Sobre Eric... ¿Te gusta de

verdad?

—Sí —contesta, y sé que es cierto.

—¿Lo quieres? —Su corazón es importante para mí y quiero que se lo entregue a alguien que se lo merezca de verdad.

—Sí —vuelve a responder con sinceridad.

—Vas a casarte con él, ¿verdad?

La luz que brilla en sus ojos es la única respuesta que necesito.

—Hemos hablado de ello. —Debe de merecerse su amor, porque nunca se lo había planteado hasta ahora.

No sé por qué me fascina tanto. Supongo que porque ella siempre ha sido muy dura. Es de las que pueden hacer lo que quieran, de las que hacen que las cosas sucedan. Durante toda mi vida, he visto cómo ayudaba a todo el mundo, cómo ha querido a todo aquel que conocía, pero siempre ha sido independiente. Lo que todos estos años he sospechado queda claro ahora: dejó de lado su vida amorosa para dedicarse a mí, para criarme y darme toda su atención. Es totalmente altruista.

—¿Es eso lo que quieres?

Ella asiente.

—Es un buen hombre, Gus. Creo que encontrar al compañero perfecto tiene que ver tanto con encontrar el momento oportuno como con la persona en sí misma.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que creo que las personas se encuentran unas a otras cuando están preparadas, cuando más se necesitan. Es en momentos de necesidad cuando las relaciones más fuertes se forman.

Pienso en Scout. Siempre pienso en Scout. La necesito. No es una necesidad de las que hacen que te duela el corazón. Es una necesidad que me completa. Es una necesidad que no solo hace que recuerde quién soy, sino que me hace querer ser más. Hacer más. Por mí. Por ella. Por nosotros. Es una necesidad liberadora, porque no tengo dudas de que, cuandoquiera o dondequiera que surja esa necesidad, ella estará allí para mí. Como ha dicho mi madre, todo se reduce a encontrar a esa persona en el momento oportuno. Ambos estábamos en nuestro peor momento. Heridos. Afligidos. Y juntos nos sanamos, el uno al otro, sin ni siquiera darnos cuenta. La miro a los ojos.

—Creo que la quiero, mamá.

Ella esboza esa sonrisa suya que tan bien conozco.

—Yo no lo creo, cielo... lo sé.

Martes, 27 de marzo

Scout

Gus sigue durmiendo, así que dejo unas cuantas notas en su puerta antes de irme a trabajar. «Me he bajado el nuevo álbum de Rook esta mañana en iTunes. Deberías escucharlo. La voz del cantante es muy *sexy*. ;) En serio, lo he escuchado mientras corría. Tu talento me asombra. Deberías estar orgulloso de ti mismo».

La verdad es que esta mañana he dado un paseo porque no podía correr. Estaba flipando con lo que salía de mis auriculares, así que me he puesto a caminar. De vez en cuando, incluso me sentaba y escuchaba. Hace unos meses, escuché a Gus componer las canciones y tocarlas con la guitarra acústica en su habitación. Fue mágico. Sin embargo, escuchar hoy esas discretas canciones, transformadas en las pistas de un álbum con todo el grupo, me ha dejado anonadada. He entrado en la habitación de Gus esta mañana cuando he vuelto de correr. Estaba tumbado en la cama bocabajo, cubierto solo por una sábana por debajo de la cintura, durmiendo profundamente. Sé que estaba desnudo porque así es como lo he dejado por la mañana a primera hora. Su masculinidad absoluta es lo que siempre me atrapa primero cuando lo miro. Hay una atracción pura que es innegable. Gus es absolutamente despampanante. Sin embargo, cuando lo he mirado esta mañana, me he sentido abrumada y asombrada. Es un hombre insoportablemente guapo, divertido, amable, dulce, protector, *sexy* y muy, muy cariñoso, y tiene un talento inimaginable. Es difícil creer que una persona pueda poseer ese tipo de don y que a la vez sea tan humilde. No tiene ni idea de lo especial que es. Su humildad es tan bonita como él.

Sábado, 31 de marzo

Gus

Tengo un mensaje cuando echo un vistazo al teléfono por la mañana.

clare: «¡Enhorabuena por el nuevo álbum! Lo compré ayer y lo escuché anoche. ¡Es fenomenal! ¡Buen trabajo!».

yo: «Gracias. ¿Ya has dejado de fumar?».

clare: «Sí. Hace dos semanas, pero no quería contártelo y gafarme. Me está costando mucho. ¿Y tú?».

yo: «Sí. Estoy de acuerdo, es difícil de cojones. Aguanta. Y no tendré en cuenta lo de la apuesta. Quédate con el dinero y compra chicles».

clare: «¿Chicles?».

yo: «Sí. Ayudan. No me preguntes cómo, pero ayudan».

clare: «Lo intentaré. Cuídate y buena suerte».

yo: «Gracias. Tú también».

Jueves, 5 de abril

Gus

La gira empieza mañana. Volaré temprano a Phoenix, a las once. El coche de la discográfica me recogerá a las ocho y media. Ya tengo hechas las maletas y las he dejado al lado de la puerta principal, junto a las guitarras. Scout me ha ayudado a hacerlas: hemos metido pantalones y camisetas para una semana. Hasta me ha comprado calcetines nuevos y calzoncillos de repuesto, por si no encuentro una lavandería. Está tumbada en la cama conmigo. Estamos cara a cara sobre mi almohada. Nuestros cuerpos se tocan, aún disfrutan de la intimidad que hemos compartido hace unos minutos. El sexo con ella nunca es aburrido. Mi cuerpo la desea, joder. Y cuando conectamos, me siento completo. Es una experiencia satisfactoria tanto emocional como físicamente. Scout parece tener sueño. Es tarde. Le retiro el pelo de la mejilla. Me encanta que ya no dude cuando le toco las cicatrices. Es una mujer con una increíble seguridad en sí misma. Estoy muy orgulloso de ella.

—¿Scout?

—¿Sí, cariño? —Es la primera vez que no me llama Gus. Estoy seguro de que acaba de encender un fuego en mi interior. Esta mujer me mata.

—Te quiero. —Lo digo en serio, con todo mi ser.

Sus labios se crispan y los presiona un poco. Tengo miedo de que vaya a llorar, porque tiene los ojos brillantes, pero cuando la primera lágrima le recorre la mejilla, esboza la sonrisa más dulce que he visto nunca.

—No sabes cuánto tiempo he deseado oír eso. Yo también te quiero. Muchísimo.

No puedo evitar besarla. Es un «Te quiero» y un «Gracias».

—Voy a echarte de menos.

Estaremos fuera cinco meses. Han juntado las giras de Estados Unidos y de Europa. Pasaremos tres meses aquí antes de volar a Europa, donde estaremos otros dos meses. Tocaremos en escenarios más grandes que en la gira anterior, excepto por el auditorio de Grant. Insistimos en volver allí por Bright Side.

—Yo también te echaré de menos, pero iré de visita. Conozco a alguien del grupo. Es una persona bastante importante. —Se encoje de hombros—. Me ha conseguido entradas. —Le he conseguido entradas para todos los conciertos del país que tienen lugar un sábado. Se las di anoche, junto con todas las reservas de los vuelos para que vaya a verme—. Gracias. Me encanta poder compartir esto contigo.

—Ese álbum no existiría si no te hubieses sentado al otro lado de la puerta.

—Creo que me enamoré de ti en ese momento. Me has ido enamorando durante mucho tiempo, poco a poco, pero esa semana... Cuando me revelaste tu alma, me hiciste tuya. Totalmente tuya.

—La verdad, creo que tú me hiciste tuyo en cuanto nos conocimos. Vivimos momentos difíciles, pero ahora que lo pienso, creo que estábamos destinados a estar juntos desde el principio. Quizá fueron todas las putas notas.

—Te encantan mis notas.

—Sí. El autocar de la gira no será lo mismo sin ti y tus mensajes.

Viernes, 6 de abril

Gus

Esta mañana ya es perfecta: me acuesto con Scout antes del amanecer, hago surf cuando sale el sol con algunas de las mejores olas que he visto en mucho tiempo y desayuno con Scout, mi madre y Pax. Esta mezcla de serenidad me ha puesto los pies en la tierra antes de este viaje.

Me despido de todos cuando se marchan. Ha sido triste, pero no era el tipo de tristeza que esperaba. Estaban muy emocionados por mí, pero, lo que es más importante, estaban orgullosos de mí. Hace que sienta que esta vez he aprendido de alguna manera. Me he partido el lomo para hacer que este álbum sea épico y voy a dar todo lo que tengo en esta gira. Todas las putas noches.

Estoy esperando el coche de la discográfica con el equipaje para que me lleve al aeropuerto. El sol brilla con fuerza esta mañana y absorbo su calor. Cuando el conductor aparece, Franco ya está en el coche. Al salir, abre los brazos. Es un saludo cursi, como el de las chicas de los concursos de la tele. Cuando veo su camiseta, me echo a reír. Él intenta mantenerse impassible, pero no puede.

—Es verdad, cabrón. Me pones cachonda.

En su camiseta pone: «Gus, me pones cachonda».

—¿De dónde coño has sacado eso? —digo mientras ayudo al conductor a colocar el equipaje en el maletero.

Él se encoge de hombros y se gira.

—Es un nuevo producto de promoción para la gira. —En la espalda

aparecen el logo de Rook y todos los conciertos que daremos.

No puedo dejar de reír.

—Esto no puede ser verdad. Solo hay una, ¿no?

—Oh, no, es en serio —confirma.

—¿Qué coño...? ¿Cómo es que no lo sabía?

Mientras se sube al coche, sacude la cabeza como si fuera obvio.

—Porque habrías rechazado la idea, señor Humilde. A las chicas les pones. Tan solo afirmamos lo evidente. Saben que las pones cachondas, hombretón. Es ingenioso de cojones. Se venderán como churros.

Me siento a su lado.

—Necesito una para Scout.

Franco se frota las manos con malicia y sonrío.

—Ya estoy en ello. Deberían tener la suya lista para esta noche. Es un pedido especial, una camiseta única. En la suya pondrá: «Gus, te pongo cachondo».

Aplaudo y vuelvo a reírme.

—Muy ingenioso. Y cierto. Haré que se ponga esa mierda en todos los conciertos.

Chocamos los nudillos. Me encanta este cabrón.

Sábado, 23 de junio

Scout

Paxton y yo estamos de pie en la acera, fuera de la zona de recogida de equipajes. Aquí son las nueve y media de la mañana y el aire en Minneapolis es cálido y pegajoso.

Le envío un mensaje a Gus mientras esperamos. «Acabamos de llegar a Minneapolis. ¿Dónde estás?». Me responde inmediatamente: «Estaremos en Grant a mediodía. Puede que quieras meter las bragas en el bolso ya. Para ahorrar tiempo».

yo: «Ya lo he hecho. Soy eficiente. ;)».

gus: «Y estás cachonda».

yo: «Sí».

gus: «¿Y húmeda?».

yo: «Eso también».

gus: «Yo también. Te quiero».

yo: «Yo también te quiero».

Paxton no deja de ajustarse las asas de la mochila. No sé si solo está emocionado por ver tocar a Gus y Rook esta noche o si está nervioso porque va a ver a su padre otra vez. No han hablado desde hace meses. Paxton ya no responde a sus llamadas de teléfono.

Escucho un rugido pesado de motor antes de ver como un todoterreno verde, viejo y destrozado se detiene en la cuneta. Debe de ser Duncan. El

coche es exactamente como lo describió Keller: oxidado, gastado y con una puerta roja. Lo saludo con la mano para que sepa que somos nosotros. Él responde al saludo y se detiene cerca. Me subo al asiento delantero y, justo cuando voy a presentarme, Paxton grita desde atrás:

—¡Genial! ¡Pufs!

Sé que no he escuchado bien, así que continúo:

—Duncan, ¿no?

Él sonríe.

—Sí. Y vosotros debéis de ser los infames Scout y Paxton.

—Su pelo desordenado es del mismo rojo vívido que el de Stella.

—Sí.

Entonces me giro y miro a Paxton. No ha escuchado una palabra de lo que hemos dicho. Está mirando sonriente algo que creo que no había visto desde que tenía siete u ocho años. Y, efectivamente, no está sentado en un asiento.

Levanta la vista y su sonrisa crece cuando repite lo que yo pensaba que no había escuchado correctamente la primera vez.

—Pufs. Esto es genial.

—¿Verdad? —comenta Duncan mientras se incorpora al tráfico—. Mucho más cómodos que los asientos tradicionales.

Paxton se remueve en el asiento como si quisiera demostrarlo.

—Mucho más cómodos —coincide.

El viaje hasta Grant no dura mucho. La conversación fluye entre los tres y, antes de darme cuenta, hemos aparcado delante de una cafetería.

Duncan apaga el motor.

—Keller no llegará a casa hasta dentro de media hora, cuando termine la clase de *ballet* de Stella, así que vamos a matar el tiempo. Entrad. Os invito a un café.

—Me vendría bien un poco de cafeína esta mañana. Gracias. —No sé si estoy cansada porque no dormí mucho anoche o si es la adrenalina que llevo acumulando durante toda la mañana lo que me tiene abatida. Sea como sea, necesito cafeína.

Cuando Duncan empuja la enorme puerta de madera, suena una campana. El sonido es muy escandaloso y me sobresalto.

—¿Qué coño...? —No quería decir eso en alto, pero Duncan se ríe a carcajadas.

—La gente de Minnesota siente cierta fascinación por las campanas. — Se encoge de hombros.

Me río, asombrada, porque es imposible que una campana tan pequeña haya hecho tanto ruido. Me señalo la oreja derecha.

—No oigo nada por este lado y estoy segura de que lo he oído.

Él suelta una risilla a modo de presentación.

—Bienvenida al Grounds.

Es acogedor. Hay un pequeño sillón para dos enfrente de una chimenea, que apuesto a que es genial durante el invierno, y unas cuantas mesas pequeñas y sillas. El edificio es viejo y tiene personalidad. Es atractivo. El tipo de lugar en el que te gustaría sentarte y pasar el rato.

—Este sitio mola.

Duncan asiente.

—Sí. Hace que te sientas como en casa. Keller trabaja aquí por las mañanas, y él y Stella viven en la habitación de la parte trasera.

—Duncan, veo que has traído a tus amigos —dice una voz amistosa con un fuerte acento que llama mi atención. Es el hombre que está detrás del mostrador.

—Rome, ¿cómo te va el día?

El hombre hace un saludo militar a Duncan antes de responder:

—Bien, ¿y a ti?

—Fenomenal, amigo. Genial. —Y cuando lo dice, tengo la sensación de que lo dice en serio. Algunas personas son tan sinceras que te das cuenta de ello cuando las conoces. Duncan es de esas personas. Es un chico muy agradable—. Son mis nuevos amigos: Scout y Paxton. Han venido de visita desde California.

—Ah, California. Es preciosa. Debéis de ser amigos de Keller. Dijo que hoy esperaba compañía. Soy Romero.

—Encantada de conocerte, Romero. Sí, hemos venido para el concierto de esta noche —comento.

—Claro. Keller lo mencionó. El grupo del amigo de Kate, ¿verdad?

Mira a Duncan en busca de una confirmación y este asiente.

—Sí, son buenos, colega. Deberías venir con nosotros.

Romero sonrío tímidamente.

—Soy demasiado viejo para eso, niño, pero los he escuchado. Keller me ha puesto algunas canciones. Kate cantaba y tocaba el violín en algunas. Era especial, ¿verdad? Era única. Fue una pena.

Siempre que alguien dice algo sobre Kate, hace que desee haberla conocido. Cuando la recuerdan, la gente solo tiene bonitas palabras de amor. Sé que su amistad es una de las razones por las cuales Gus es el hombre que es y no podría estarle más agradecida.

Duncan asiente.

—Sí, lo era. Y conquistó el corazón de Keller.

Romero sonrío con cariño.

—Esa chica cambió a Keller. Lo despertó. Estoy muy orgulloso de él —dice. Suena como un padre.

Duncan coincide con él. Es muy agradable ver cómo los amigos se apoyan entre sí.

—Yo también, Rome. —Duncan nos mira—. Elegid qué veneno queréis tomar. Pago yo. Rome sirve el mejor café de la zona. La mezcla de la casa es muy popular.

Sigo el consejo de Duncan y pido un café pequeño de la mezcla de la casa mientras Paxton mira el menú. Se decide por un moca *macchiato* y parece muy feliz mientras se lo bebe. No llevamos mucho tiempo sentados en el sillón doble cuando Stella entra saltando desde detrás del mostrador.

—¿Dónde está Gus? —grita.

Me giro. Observa la abarrotada cafetería.

—Hola, Stella. No está aquí, pero llegará pronto.

Se acerca corriendo y tras chocarle los cinco a Duncan, se sube a mi regazo.

—Hola, Scout.

Dios, es lo más adorable que he visto en mi vida.

—Hola, Stella. ¿Qué tal la clase de *ballet*? —Aún lleva puestas las medias y las mallas rosas.

—La señorita Toler se puso como un gorila enfadado porque Amy y Ashley no se habían puesto sus orejas de escuchar. Otra vez. —Pone los ojos

en blanco—. Es mucho más fácil para los demás cuando hacen lo que se les dice.

Duncan sonríe e intenta contener la risa.

—Las gemelas se han vuelto a portar mal, ¿eh?

—Me frustran, tío Duncan. Ojalá crezcan ya.

Él sigue sonriendo, pero habla en un tono serio.

—En todas partes hay ovejas negras. Así es la vida, grandullona. Bienvenida al mundo real.

—No me gustan las ovejas negras —murmura mientras se baja de mi regazo y me da la mano—. Vamos a ver a la señorita Higgins.

La sigo por detrás del mostrador y entro por una puerta, con Paxton y Duncan detrás de nosotros. El piso de Keller está al otro lado. Es pequeño pero acogedor. Keller nos saluda con la mano cuando entramos; está hablando por teléfono.

Después de conocer a la señorita Higgins y de que Keller cuelgue el teléfono, Gus me envía un mensaje. «Estamos a veinte minutos. ¿Nos vemos en el auditorio?». Sé que lo vi hace solo seis días, pero mi corazón ya late con fuerza solo de pensar que voy a estar cerca de él. Respondo: «Vale».

Gus: «Te quiero».

Scout: «Yo también te quiero».

Yo voy en el coche de Keller, y Stella y Paxton en el todoterreno de Duncan. Cuando entramos en el aparcamiento, no sé quién está más emocionado por ver a Gus, si Stella, Paxton, Keller o yo.

Gus es el primero en salir del autocar y Stella ya está ahí para saludarlo. Verlo con ella en sus brazos me reconforta el corazón. Los niños lo adoran y él es muy bueno con ellos. Es gentil y amable. Los atrae. Será un padre estupendo algún día.

Tras dejar a Stella en el suelo, abraza a Paxton. Estoy tan cerca que oigo parte de la conversación.

—He estado hablando con tu padre, tío. Sé que él no es perfecto, pero te quiere. Tienes que hablar con él. Escucharlo. Sabe que la cagó.

Paxton asiente antes de soltar a Gus.

Ahora, sus ojos están puestos sobre los míos y esboza esa sonrisa que solo reserva para mí.

—¿Qué tal te ha tratado Minnesota, cielo?

Prácticamente me acurruco en sus brazos.

—Hace mucho calor.

Me interrumpe.

—¿Intentas seducirme? Funciona.

—En realidad es muy agradable estar aquí. Hay mucha gente encantadora. Esto va a ser épico.

Keller es el siguiente en la cola y, cuando se abrazan, no es un abrazo típico entre hombres. Se toman su tiempo. Es el tipo de abrazo que se parece más a una conversación, en el que las palabras vienen y van, y en el que hay un entendimiento entre dos personas que comparten lazos. Y cuando ese lazo es el amor, todo se vuelve más intenso.

—Viajas con estilo, por lo veo —dice Keller, señalando el autocar.

—No tengo quejas, tío. Aunque la litera que hay frente a la mía está un poco vacía. —Me mira y me guiña el ojo.

—Te agradezco que hayas venido. Me alegro de verte. ¿Necesitáis algo antes de que vayamos a comer? ¿Queréis ducharos o tomar un café? Podemos parar en mi casa de camino.

Gus se huele las axilas.

—No, estoy fresco como una lechuga, tío. Vayamos a comer. Me muero de hambre.

Paxton y el grupo se suben al coche de Duncan, porque el encanto de los pufs es demasiado poderoso como para ignorarlo. No has vivido hasta que eres testigo de cómo cuatro hombres adultos están totalmente embelesados por sentarse en unos pufs que hay en la parte trasera de un vehículo. Lo grabo en vídeo. Podría hacerse viral.

Jim, Gus y yo nos subimos al coche de Keller. Gus parece muy relajado con Jim, lo cual es un cambio agradable en comparación con el verano pasado, cuando estar en la misma habitación era complicado. Entonces, el desagrado que sentían el uno por el otro era tan evidente que era casi insoportable. Creo que ambos han cambiado.

Jim me pone al día de todo lo que ocurre con Jane. Cuando hablo con ella últimamente, no quiere decirme nada de su recuperación y yo no insisto, así que está bien enterarse de los detalles que me han estado preocupando. Está

mejor, gracias a la terapia y a una orientación intensiva. Eso hace que me sienta en paz.

Terminamos en un bar llamado Red Lion Road. Keller trabaja aquí de camarero los viernes por la noche, así que conoce a todo el mundo. Ya nos han colocado varias mesas para todos en la parte de atrás. Tras pedir *pizzas*, cervezas y refrescos para mí, Paxton y Stella, todos empiezan a hablar sobre cosas sin importancia.

Durante las siguientes horas, el grupo aumenta. La primera en unirse a nosotros es una mujer alta, de mi edad. Cuando entra por la puerta, no le puedo quitar los ojos de encima. Es despampanante y tiene el pelo negro, los ojos oscuros y un cuerpo curvilíneo. Sin embargo, lo primero que notas en ella es su gran presencia. Resulta casi intimidante, como si supieras que lo mejor que puedes hacer es respetar a esta mujer. Es por la manera en que se desenvuelve.

Duncan se levanta y va a su encuentro antes de que ella llegue a la mesa. La besa y, cuando lo hace, ella sonrío y todo su ser se dulcifica. Debe de ser su prometida, Shelly. Antes de sentarse con Duncan al otro lado de la mesa, saluda con la mano:

—Hola a todos. —Tiene la voz áspera y profunda; le va a la perfección.

Gus levanta la cerveza a modo de saludo.

—¡Shelly! Bebe, chica. Esta noche he apostado por ti. Distancia. Lo importante es mantener las distancias.

Ella se sonroja.

—Hola, Gus. Hoy voy a limitar la ingesta de alcohol a un nivel razonable, tío.

—Bueno, joder. Ya no eres divertida. Pensaba que la cosa estaba a punto de ponerse interesante —la chincha.

Ella sonrío con suficiencia.

—Oh, no he dicho que no vaya a divertirme. Solo voy a hacerlo de manera que no acabe lanzando proyectiles de vómito en el aparcamiento cuando termine la noche.

Gus separa la silla de la mesa y levanta la cerveza.

—Quisiera hacer un brindis. Corre el rumor de que habrá boda en un futuro no muy lejano. Enhorabuena, Duncan y Shelly.

Todos levantan sus vasos y se unen con sus felicitaciones. Shelly mantiene su vaso levantado.

—Y enhorabuena a Rook por el nuevo álbum. Es la hostia. Os habéis superado. Me muero por ver el concierto de esta noche. —Es fan del grupo; no lo dice por aparentar. Me gusta esta chica.

Antes de que haya tiempo de hacer las presentaciones, dos personas más se unen a nosotros. Un chico pequeño y adorable con ropa extravagante y un hombre alto, negro y bien vestido entran de la mano. A pesar de sus obvias diferencias (parecen totalmente opuestos), hacen buena pareja. Son perfectos. Al ver lo cómodos que están juntos, sonrío. Con ellos hay un chico más joven, de aspecto conservador, y su novia, que parece algo tímida. Son normales. No es que ser normal sea malo, pero debido al grupo de personas que me rodea, en este momento lo normal destaca. Los dos son muy callados pero simpáticos. Se presentan. Clayton y Morris han venido en avión desde Los Ángeles para el concierto. Peter y Evelyn estudian aquí, en la misma universidad que Keller. Me entero de que Clayton y Peter eran compañeros de habitación y vivían enfrente de Kate en la residencia de estudiantes, y que Shelly trabajaba con Kate en una floristería.

Entonces empiezan las historias. Este día es sobre Kate y su recuerdo. Todos los de la mesa, excepto yo, Paxton y Jim, la conocían y la querían. Es reconfortante escuchar lo que cuentan e increíble pensar que algunos de ellos solo la conocieron durante unos pocos meses, especialmente Keller. La amistad entre todos los presentes y Kate era profunda e importante, y el amor, muy real. Las risas son auténticas y constantes, y las sonrisas no dejan de crecer mientras cada persona comparte sus recuerdos. No hay tristeza; todo es positivo, alegría pura. Llegó al corazón de mucha gente.

Jim anuncia a regañadientes que son las cuatro y que es la hora de la prueba de sonido. El tiempo vuela. Me quedo estupefacta. No quiere acabar con toda la diversión. Sé que se siente un poco mal por ello, pero hay que hacerlo. Tienen que volver al trabajo. Keller deja que Gus, el grupo y yo cojamos su coche para ir al auditorio. Paxton y Jim se quedan hablando. Me alegro. Ya era hora.

Durante la prueba de sonido, me arrepiento de no haber aprovechado el verano pasado cuando estaba de gira con ellos. Ahora siento que perdí una oportunidad. Pero ya no pierdo oportunidades. Jamás lo volveré a hacer. La

vida consiste en vivir cada momento, en hacer lo que quieras y necesites. Basta de esconderse. Basta de dudas. Solo hay que vivir.

Gus para a mitad de una canción para responder el teléfono, lo cual es extraño. Habla solo unos segundos y entonces me llama por el micrófono.

—Scout, hay un VIP en la puerta principal. ¿Puedes pedirle a alguien que lo deje entrar?

Asiento y salto de la barandilla en la que estaba sentada. Cuando llego a la puerta y aviso a un empleado para que la abra, me encuentro con Gustov de pie frente a mí, con un violín en su funda en una mano y una pequeña mochila de viaje en la otra.

Deja ambas cosas en el suelo y me abraza.

—Scout. Me alegro de volver a verte, jovencita.

—Hola, Gustov. No sabía que vendrías.

Él se ríe.

—Bueno, ha sido algo improvisado, pero no podía decir que no, ¿verdad? Será una noche especial.

Gus

Ver a Gustov subir al escenario con el violín me provoca una sensación de ahogo. No es tristeza, sino felicidad por ver a un viejo amigo. Todo lo que puedo decir es:

—Gracias por venir, maestro.

—Es un honor, hijo. Era evidente desde hacía tiempo que acabaríamos tocando juntos. Haré lo que pueda para hacer justicia a su recuerdo.

Llamé a Gustov la semana pasada y le pregunté si querría venir a Grant y tocar el violín en *Missing You* y *Finish Me*. Aceptó sin dudar, incluso si eso significaba no poder actuar esa noche en Boston. Nunca ha tocado con nosotros, así que no pierdo el tiempo y practicamos varias veces cada canción. Nunca deja de asombrarme cómo toca este hombre. Lo hace a la perfección. Me siento pequeño al estar aquí, a su lado.

Nos quedan cinco minutos para empezar el concierto y estoy nervioso. Por primera vez en toda la gira, estoy nervioso. Esta es una gran noche. Es, con mucha diferencia, el público más pequeño que hemos tenido. Son solo unas quinientas personas, pero todos están muy emocionados. Va a ser divertido. Estoy oculto entre las sombras, justo fuera del escenario, mirando a la multitud, básicamente buscando a Scout. Está en primera fila con su camiseta de «Gus, te pongo cachondo», con Paxton a su lado y rodeada de Keller y todos los amigos de Bright Side. Scout no ha dejado de sonreír en todo el día. Últimamente siempre sonrío, cosa que me encanta, pero su sonrisa de hoy es diferente. Sabe lo importante que es para mí esto y quiere apoyarme. No siente ni un ápice de celos. Sabe lo mucho que quería a Bright Side, pero también sabe que eso no disminuye el amor que siento por ella. Mi corazón es lo bastante grande para las dos. Bright Side me ayudó a ser el hombre que soy y Scout me ha ayudado a recordar el hombre que era, a volver a ser el de antes. La quiero mucho.

Alguien me pone la mano en el hombro.

—¿Estás bien, hombretón? —Es Franco.

Asiento.

—Estoy bien, tío. Estoy muy bien.

Me ve mirar a Scout.

—No es justo, ¿sabes?

Me giro y lo miro.

—¿Qué no es justo?

Señala a Scout con la barbilla.

—Que un gilipollas como tú se lleve a todas las chicas guais.

No puedo evitar reír.

—Lo sé, ¿verdad? Soy un gilipollas con suerte.

Y entonces se pone serio.

—No eres un gilipollas, Gus. Eres mi mejor amigo y la mejor persona que conozco. Los tíos guais atraen a las chicas guais. Sois perfectos el uno para el otro.

Jim nos interrumpe . He dejado de llamarlo Hitler, ahora que ha dejado

de comportarse como un idiota de primera. Tiene demasiados problemas y está intentando mejorar, así que trato de apoyarlo.

—Tenéis menos de un minuto antes de que empiece

—dice—. Os deseo un buen concierto, chicos.

Cojo la guitarra que me pasa Slim, uno de los miembros del equipo. Lleva una camiseta de «Gus me pone cachonda». Creo que Franco le ha pagado para que lo haga, solo para avergonzarme.

—Enséñales cómo se hace, Gus. —Siempre dice eso antes de cada concierto. Me gusta escucharlo.

—Me esforzaré al máximo, tío. —Es la respuesta que siempre doy. Y lo digo en serio. Siempre—. Hagámoslo —grito al resto del grupo y, entonces, subimos al escenario.

La multitud ya está embravecida, emocionada gracias a los teloneros y lista para la fiesta. Cuando las luces del escenario se encienden, estallan los vítores. Observo con atención la primera fila y, al ver todas las caras familiares, me siento protegido. Cuando llego a Scout, guiño el ojo. Entonces, me dirijo a las masas.

—¡¿Qué pasa, Grant?! —Vitorean con más fuerza, si es que es posible—. Estamos muy contentos de estar aquí de nuevo. Ha pasado mucho tiempo. ¿Qué os parece si recuperamos el tiempo perdido y nos divertimos un poco esta noche?

Comenzamos con *Redemption*. La multitud se mete en la canción. La conocen. Cantan conmigo. Qué manera tan genial de empezar la noche... Tocamos durante las siguientes dos horas. Normalmente nuestra actuación dura la mitad de tiempo, pero esta noche es especial y lo damos todo. Incluso tocamos versiones de canciones que le gustaban a Bright Side. Dejamos a Gustavo para el final. Le hago gestos a la multitud para que escuchen en silencio.

—¿Cuántos de vosotros estuvisteis con nosotros la última vez que tocamos en este auditorio? —Los gritos me dicen que alrededor de la mitad—. Bueno, si estuvisteis en ese concierto, tuvisteis el privilegio de ver actuar a mi mejor amiga con

nosotros. Kate Sedgwick era una mujer con un talento increíble. Cantaba fenomenal y tocaba el violín como nadie. La perdimos hace un año y medio por culpa del cáncer, lo cual es una puta mierda. Sé que ella está aquí esta

noche con nosotros, en espíritu. Está observando y escuchando, así que solo quiero decir que te echamos de menos todos los días, Bright Side. ¿Y lo de esta noche? Ha sido todo por ti. Todo para ti. Alguien muy especial ha hecho un largo viaje esta tarde para tocar con nosotros las siguientes dos canciones. Maestro, sube al escenario.

Gustov camina desde la parte izquierda del escenario y se sienta en el borde de una silla que le han colocado detrás del micrófono. Parece tan sereno y profesional como siempre. Cuando está cómodo, asiente hacia mí y sonrío. Esto es increíble. Me alegro de que esté aquí.

Señalo a Gustov.

—Este tío juega en otra liga, pero haremos lo posible por seguirle el ritmo. —Levanto la vista—. Bright Side, van por ti. Te quiero.

Gustov toca en solitario el principio de *Finish Me*. Llena todo el escenario con una melodía inquietante y triste. Me transporta. Siento como si estuviera de nuevo en el estudio con Bright Side cuando grabamos esta canción, pero sin la angustia. Tengo puestos los pantalones de niño grande y tocar y cantar la letra es como una experiencia extracorporal. Estar así de inspirado es poco común. Me dejo llevar y me entrego a la música. La canción se transforma paulatinamente en *Missing You*, y Gustov está que se sale. Hace que el instrumento cante conmigo. Es increíble y me arranca todas las emociones hasta desangrarme de felicidad (y por voluntad propia) en el escenario. Cuando su violín deja de sonar y termina la canción, necesito respirar hondo un par de veces, tanto para estabilizar la adrenalina que fluye por mi cuerpo como para calmar el ritmo de mi corazón. Gustov asiente, primero en mi dirección y luego hacia el público.

—Gracias por permitirme formar parte de esto. Kate era una joven muy especial. Espero haber estado a la altura. —Entonces, se levanta y hace una reverencia. La multitud estalla.

—Guau. —Tengo que decirlo en alto porque estoy alucinando. Estos últimos siete minutos de mi vida serán algo que no olvidaré nunca. Sacudo la cabeza para despejarme—. Démosle otro aplauso a este puto genio.

Gustov vuelve a hacer una reverencia y sale del escenario. Miro a Franco. Sigo anonadado, perdido en el estado de ensoñación en el que hemos actuado.

—¿En serio acaba de pasar esto?

Franco parece tan asombrado como yo. Asiente despacio, lo que da paso a una risa a la que no puedo evitar unirme. ¿Conoces esa sensación cuando pasa algo y es mucho más de lo que te esperabas, ese tipo de cosa que te deja sin palabras y pensado «¿Qué coño ha pasado?» y lo único que puedes hacer es reírte porque estás tan pasmado que no sabes qué más hacer? Eso es exactamente lo que siento. Y agradezco que Franco sienta lo mismo. Si no fuera así, pensaría que he perdido la cabeza.

Cuando dejo de reír, me vuelvo hacia el público.

—Tenemos una canción más —digo—. Vamos a matar el sol con *Killing the Sun*. Necesito ayuda. Quiero que gritéis lo más alto que podáis y que cantéis conmigo. En serio, quiero despertar a los estados vecinos. Así que usad vuestros pulmones a tope, joder. —Miro a Pax y sonrío—. Esta va por ti, Pax.

Lo que sigue a continuación son quinientas personas que se unen. El volumen es ensordecedor. Creo que todas las personas del lugar cantan conmigo. Este ha sido, con diferencia, el mejor público de la gira y, quizás, de todos los tiempos. Alargo el solo de guitarra porque no quiero decir adiós a esta noche aún. Estoy viviendo la canción, viviendo lo que representa, deseando poder matar el sol y simplemente permanecer en este momento eternamente.

Cuando terminamos, la multitud vitorea durante diez minutos enteros. Es una enorme muestra de amor. La pandilla de Bright Side me sigue a la zona de atrás, donde está el autocar. Les doy las gracias a todos por venir y festejar con nosotros y nos despedimos. Es casi medianoche, pero nuestro transporte no se va hasta el mediodía. Le supliqué a Jim que nos dejara estar más tiempo aquí y aceptó. Mañana por la noche tocamos en Des Moines, que solo está a un par de horas de Grant.

Tras darle las gracias a Gustov de nuevo, le pido un taxi y lo pago de antemano para que lo lleve al aeropuerto y pueda tomar su vuelo nocturno a Boston. Keller es el último en abrazarme.

—Gran concierto, colega. De verdad, lo digo en serio. Sois los mejores. Katie habría estado orgullosa de vosotros.

—Gracias por estar ahí, tío.

Me deja las llaves del coche en la mano.

—Duncan me llevará a casa. Paxton viene con nosotros y se quedará en

mi piso. Te he reservado una habitación en el Hampton Inn, en Grant. Sé que probablemente no hayas estado mucho tiempo a solas con Scout estos últimos meses. Lo necesitáis. Dile que venga a mi casa tras dejarte aquí por la mañana. Llevaré a Scout y Paxton al aeropuerto.

Miro las llaves que tengo en la mano y a mi generoso amigo. No sé qué decir. Diría muchas cosas, pero no tengo palabras... ni tiempo. Así que contesto:

—Gracias, tío. —Y lo digo en serio. Dios, claro que lo digo en serio.

Scout parece confundida cuando solo nosotros nos metemos en el coche de Keller, pero no dice nada. Se confunde todavía más cuando llegamos al hotel. Sigue sin decir nada.

—Vamos, cielo. Keller nos ha reservado una habitación.

Ella sonríe dubitativa, como si tuviera miedo de creer que es verdad, porque tiene muchas ganas de que sea así.

Nos registramos en el mostrador, me dan la tarjeta y nos dirigimos a la habitación. Scout se detiene, pensativa. Cuando estamos en la habitación por fin habla.

—¿Gus?

—¿Sí?

—He aprendido mucho sobre la vida durante estos meses. Vivir la vida... vivirla de verdad... es como un trabajo. Es agotador si lo haces bien. Si sales a aprovechar cada día al máximo. Cada minuto. Cada segundo. Porque, en medio del caos, se encuentra la belleza. Ahí está la recompensa. Y verte esta noche, cariño, ha sido increíble. Ha sido precioso. Estaba anonadada. Impresionante... O sea, siempre eres asombroso, pero esta noche ha sido especial. Todos lo han sentido.

Sonrío para mis adentros.

—Y que lo digas... es como un trabajo. Pero así nace la belleza. Se manifiesta cuando se hace un esfuerzo. Yo me esfuerzo, chica Scout. Ahora estoy viviendo al máximo. Esta noche ha sido diferente, sin duda, diferente hasta el punto de que probablemente haya sido algo que solo viviré una vez. Estoy encantado de que me hayas acompañado. —Le echo la cabeza hacia atrás para probar sus labios—. Y solo para que lo sepas, tú eres mi recompensa. —El beso se intensifica rápidamente porque no puedo contenerme. Pero, tras unos segundos, me alejo—. Necesito una ducha. He

sudado como un cerdo esta noche.

Scout sonrío contra mis labios.

—El sudor te hace *sexy*.

Y eso me hace sonreír.

—Estoy más *sexy* desnudo.

Me ayuda a quitarme la camiseta.

—Cierto.

Agarro la suya por el borde y le devuelvo el favor.

—Bonita camiseta —digo antes de quitársela.

Ella levanta las cejas de manera seductora.

—Son buenos. Probablemente debería decirte que me gusta el cantante principal. Me he quitado las bragas y las he metido en el bolso con la esperanza de tropezarme con él.

Le desabotono los pantalones, le bajo la cremallera y, en efecto, veo que no lleva bragas.

—Joder. ¿Quieres decir que llevas así todo el día y yo sin enterarme? Mierda. —Le bajo los pantalones y saca las piernas.

Scout responde con lo que se ha convertido en una broma privada entre nosotros.

—Pensé que nos ahorraría tiempo.

Cuando a mí solo me queda la ropa interior y ella está frente a mí solo con un sujetador de color marfil, me paro, entrelazo mis dedos con los de ella, la miro a los ojos y hablo con el corazón.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, cariño. —Cada vez que me llama así, me quita el aliento.

—Quiero que vayamos despacio. Quiero disfrutarlo. ¿Puedo abrazarte unos minutos antes de meterme en la ducha? Te echo de menos.

Le agarro los brazos y los pongo alrededor de mi cuello. Cuando su cuerpo se junta con el mío y su oreja se apoya en mi clavícula, siento que todo va bien en el mundo. Coloco las manos en sus caderas, simplemente porque quiero tocarla. Tengo las palmas cálidas. Las cicatrices de su lado derecho proporcionan una sensación diferente a la piel lisa de la izquierda, pero ambas me encantan. En unos segundos, su piel lisa se eriza y eso hace

que sonría, porque sé que no tiene frío; es una reacción a mi tacto. Mis manos viajan hacia la base de su espalda. Una vez allí, trazo con los dedos la curva de su culo y Scout tiembla contra mí. Vuelvo a subir mis palmas por su cuerpo. Cuando las puntas de mis dedos se encuentran con un obstáculo, me detengo. Tocaban la tela del sujetador. Cierro los puños y respiro hondo para luchar contra la urgencia de desabrochárselo ya. Despliego los dedos, los deslizo bajo las finas tiras y continúo hacia arriba, hacia los omóplatos. La tira me impide seguir el camino, así que voy hacia abajo, arrastrando las manos, añadiendo más presión. Scout es todo músculo cubierto por una fina y femenina capa de suavidad. Le acaricio todo el cuerpo con la mano, especialmente la parte derecha, la cicatrizada. Primero con suavidad, pero luego, cuando se relaja, lo hago con más intensidad. Intento mostrarle, sin decir una palabra, que cada parte de ella es perfecta.

Muevo las manos rápidamente hacia su culo y, aunque tengo muchísimas ganas de quedarme ahí mucho tiempo, continúo hacia la parte trasera de los muslos, hasta que la agarro bien y la levanto. Me rodea la espalda instintivamente con sus largas piernas. Yo la envuelvo con mis brazos, con una mano sosteniéndole las nalgas y con la otra la base del cuello. Estoy tan empalmado que siento un dolor placentero. Ella me besa. Y ese beso es...

Dios mío.

Su lengua flirtea con mis labios antes de sumergirse en mi interior y, cuando lo hace, me provoca. Chupa un poco antes de retirarse, dejándome que la persiga. Le separo los labios y, sin perder tiempo, le hago saber mis intenciones. Voy a ser suyo esta noche. Su guarida. Su protector. Su amigo. Y su amante.

Voy a ser suyo.

Las caricias posesivas de su lengua, los mordiscos que me da en el labio inferior, los suaves besos seguidos de los tirones pecaminosos que me da en el cuello... me hacen sentir que estoy en el cielo. Estoy tan concentrado en su boca y en la cantidad de cosas increíbles que está haciéndome que me lleva un segundo adaptarme cuando sus caderas empiezan a moverse en un ir y venir, como las olas.

Maldita sea, me gusta.

Tiene las manos en mi pelo. Me había hecho una coleta, pero Scout me ha quitado el coletero y ahora mi pelo está enredado en sus manos. Sabe que

es una de las cosas que más me pone. Me encanta cuando me lo retuerce con sus dedos como si fueran riendas y se pone al mando. Es muy *sexy*.

El ritmo de todo ha aumentado. Su respiración. Sus caderas. Sus gemidos. Su intensidad. Está muy cerca y no quiero hacer otra cosa que verla desatarse en mis brazos.

Cambio la manera de sostenerla, de forma que tengo una mano alrededor de la parte baja de su espalda y la otra se desliza hacia abajo por detrás. Mi dedo corazón la separa y la recorre de delante a atrás. Delante, atrás, delante, atrás... hasta que me suplica.

—Necesito sentirte dentro de mí, cariño. Por favor.

Le chupo el cuello, provocándola, antes de besarla suavemente.

—Paciencia, Impaciente. Tenemos toda la noche.

Se remueve bajo mi tacto. Está a punto, pero no se deja llevar.

—Por favor, Gus.

Me estoy tomando mi tiempo, porque esto es muy sensual. Aún tengo el pelo enredado en sus puños. Ella está al borde de un orgasmo maravilloso. Me suplica que la penetre mientras le mordisqueo el lóbulo de la oreja. Entonces, introduzco los dedos en ella.

—¿Mejor?

—Oh... Dios... —responde entre jadeos.

El placer pone en marcha su mano. Serpentea entre nosotros, bajándose la ropa interior hasta que los primeros centímetros de mi miembro están expuestos contra su estómago. La sensación de mi piel contra su piel es... maldita sea.

—Joder. —Mis dedos siguen el ritmo que pide su cuerpo.

—Fóllame, Gus. —Eso no ha sido una súplica. Ha sido una orden. Si hubiera algo como follar verbalmente, sería esto. Su tono, sus palabras, su fuerza, el sonido de su voz...

Ahora, sus pechos tienen toda mi atención. Sobresalen de su pequeño sujetador. Mientras la levanto en mis brazos y sin perder el tiempo, separo el triángulo de tela de la izquierda con los dientes y tiro de él hasta liberar sus pechos. Estoy a unos segundos de acariciarle los pezones, duros y tersos, con la lengua y los dientes, cuando ella llega al clímax.

Abre la boca como si fuera a gritar contra mi hombro, pero como aprieta

los labios contra mí, no hace demasiado ruido... pero siento cada onda atravesarme, resonando en mi interior, reverberando. Es como música.

Cuando se queda quieta en mis brazos, sonrío con timidez.

—¿He sido muy escandalosa?

Puedo imaginarme lo que ha sentido con ese grito, porque hasta yo he sentido que me atravesaba. Sacudo la cabeza.

—¿Escandalosa? No. ¿*Sexy*? Joder, sí.

La bajo y dejo caer mi ropa interior hasta los tobillos, antes de quitarle el sujetador.

De camino al baño, ella dice:

—No puedo creer que podamos quedarnos aquí esta noche.

Es una declaración inocente pero cargada de emoción, que la hace parecer más pequeña. Totalmente despreocupada. Es adorable.

—Lo sé, me encantan las fiestas de pijamas —la chincho, aunque sí que me encantan con Scout.

Se ríe de mí.

—Especialmente si no duermes.

Se vuelve a reír, pero pronto se le pasa. Sus ojos se fijan en mí más que evidente lujuria, que me provoca un dolor palpitante en la entrepierna. Me giro hacia ella hasta que nuestros cuerpos se tocan, pero no abrazo. En su lugar, acerco la boca hasta su oreja y hablo. No susurro. Ni siquiera bajo la voz.

—Voy a tomarte la palabra ahora.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a hacer exactamente, señor Hawthorne?

Joder, puede que sea el diablo en persona. Eso ha sido muy *sexy*.

—Dijiste que querías que te follara. Voy a llevarte conmigo a la ducha y vamos a follar. Entonces, te haré el amor en esta cama hasta que salga el sol.

Esboza una media sonrisa.

—Suena agotador. Menos mal que corro maratones. Tengo mucha energía.

Llevo su mano a mi polla cuando entramos en la ducha.

—Él tiene energía suficiente. Créeme.

Mientras abro el grifo, Scout se agacha, lo cual nunca había hecho antes y, joder, las cosas que puede hacer con la boca... Y como me siento tan bien,

quiero más de ella. Saco el miembro, la apremio para que se levante y la hago retroceder hasta la pared, presionándola. Dios, cómo me gusta esta chica...

Scout me rodea el cuello con los brazos, levanta una pierna y la pone a mi alrededor. La penetro en cuestión de segundos. No nos contenemos con eso. Hacemos ruido. Exigimos. Nos entregamos al placer físico. Scout vuelve a tener mi pelo enredado en sus manos. Hace semanas que no estábamos juntos así, con este tipo de privacidad. Normalmente echamos un polvo rápido en el autocar después del concierto, antes de que ella vuelva a casa. Pero esta noche voy a adorarla una y otra vez.

Sus caderas y las mías están hechas para esto. Scout conoce mi cuerpo como nadie. Sabe lo que me gusta. Presta atención a mis reacciones cuando prueba algo nuevo y puede hacer que mi puto cuerpo cante.

Y yo siempre hago lo mismo por ella.

Cuando no podemos aguantar más, caemos en el olvido juntos. Mi explosión es profunda. Tiemblo en su interior y ella me tiene atrapado con fuerza con su propio orgasmo.

Cuando nos separamos, me sonrío, aún jadeando.

—Creo que me acabo de enamorar de Grant.

No puedo evitar devolverle la sonrisa.

—Mi corazón sigue perteneciendo a San Diego, pero estoy seguro de que Grant es mi nuevo sitio favorito del planeta. Me encanta. El sexo en la ducha es fenomenal. Si hasta viene con sexo oral incluido.

Tras secarnos, la llevo a la cama y la beso una vez. El beso es una promesa de lo que está por venir.

—Túmbate bocabajo.

Sin dudar, lo hace. Es tan confiada. Tan abierta. Tan segura de sí misma.

Me muevo por la cama, me siento a horcajadas sobre ella, en sus muslos. Aguanto casi todo mi peso en los brazos, uno a cada lado de ella.

—Eres preciosa...

Scout tiene la mejilla apoyada en la colcha y me mira por el rabillo del ojo, a través del pelo. Le aparto el mechón de la mejilla.

—Muy amable —dice, aceptando el cumplido.

—También soy una bestia en la cama.

—¿Eso es una amenaza o una promesa? —Basta de charlas. Scout va en serio.

—Oh, es una promesa. Cierra los ojos. Solo quiero que me sientas, porque voy a venerarte.

Le beso la mejilla y empiezo a besar y masajear lentamente cada centímetro de su espalda. Ella mantiene los ojos cerrados. Sé que está concentrada en el momento. Cuando desciendo sobre su cuerpo, centro toda mi atención en su oreja y en su cuello. Trazo un camino de besos arriba y abajo. Mordisqueo, chupo, lamo y muerdo su cuerpo. Tengo la polla en el pliegue de su culo y no puedo evitar moverme, porque la fricción me encanta. Muevo las caderas como si estuviera dentro de ella. Paso la mano por debajo de Scout y gime cuando mis dedos encuentran el lugar adecuado.

—Estás tan húmeda, joder. Me encanta.

Ella responde, aunque no con palabras. Me rodea con el brazo, me agarra la parte superior del muslo y aprieta. Entierra las uñas con deseo y desesperación en una súplica física.

Es un «por favor».

Un «sí».

Un «ahora».

«Ahora mismo».

Le saco la mano de debajo y me siento. Estoy planeando mi siguiente movimiento y al mismo tiempo admiro su despampanante cuerpo. Dentro de mi se enciende la llama de la excitación cuando le abro las piernas a la altura de la rodilla y no puedo resistirme a tocarla otra vez, y deslizo los dedos dentro y fuera dentro de ella. Eleva las caderas, buscando la penetración. El hecho de que se involucre en su propio placer y que lo aumente hace que lo memorice para utilizarlo cuando estemos separados. Tiene la calidad de una fantasía.

—¿Seguro que estás preparada para esto?

Sigue con los ojos cerrados mientras se resiste al éxtasis.

—Sí —dice sin aliento.

Saco el dedo y lo dirijo a la entrada de su vagina.

—Mantén los ojos cerrados. —Empujo con la punta y ella gime—. Voy a

hacer que te sientas muy bien. —Cuando la penetro, ella jadea y todo lo que puedo decir es—: Mmm... —Es un murmullo contenido en lo más profundo de mi pecho.

Cuando pasa la increíble sensación inicial, la apremio:

—Cierra las piernas.

—Pero no podrás...

La interrumpo.

—Confía en mí. Podré.

Tras encontrar un ritmo lento que funciona para los dos, me acuesto sobre su espalda. Necesito sentir su piel más cerca.

—Voy a ir despacio porque, joder, la sensación es increíble. Pero cuando estés a punto de correrte, dímelo, porque quiero que nos corramos a la vez.

—Vale, cariño. —Es la respuesta sin aliento de una compañera totalmente involucrada y satisfecha.

Mantenemos el ritmo mientras la beso en los hombros y la espalda. Ocasionalmente le digo lo que siento, lo que me hace sentir o lo que siento por ella. Normalmente no me reprimo, pero el sexo con ella es como el suero de la verdad. No censuro nada. Estoy totalmente expuesto.

Y entonces, dice:

—Voy a correrme, cariño.

Le cojo las manos, entrelazo los dedos con los de ella y las coloco a cada lado de su cabeza sobre la cama.

—Entendido, cielo. Soy todo tuyo.

Me aprieta las manos y la presión es toda la confirmación que necesito, pero Scout añade:

—Eres mío.

Todo se acelera: el deseo, la pasión, la atracción... La embisto y ella pide más. Y más. Con las piernas juntas, la fricción es mayor. Y siento todo con muchísima intensidad ahora mismo. Todo lo que quiero hacer es darle placer. Eso es lo único que quiero. Cuando ocurre, ella entierra la cabeza en la colcha y empieza a murmurar mi nombre. Es todo cuanto necesito. Pronuncia mi nombre mientras disfruta de un éxtasis puro. Y yo digo su nombre como si fuera una plegaria.

—Scout. Scout. Eres mi mundo, Scout.

Y entonces tengo un orgasmo que no se parece a nada que haya experimentado antes. Es como si estuviera pegado a un cohete y lo hubieran lanzado al cielo. Como fuegos artificiales, satisfacción, deseo y amor.

Amor.

Muchísimo amor.

Miércoles, 22 de agosto

Gus

Mi madre responde al primer tono, lo cual es extraño.

—Hola, cielo.

—Hola, mamá. ¿Alguna novedad en el país?

Ahora estamos en Budapest. Es la última noche de la gira. Nos vamos a casa mañana por la mañana. Ha sido genial. El público ha sido genial. Tocar ha sido genial. Sin embargo, estoy listo para volver a casa y descansar. Y comer tacos. Muchos tacos.

—Es curioso que preguntes, porque hay algunas novedades. —Parece emocionada.

Lo que hace que yo también me emocione.

—Bueno, no me dejes en ascuas. ¿Qué es?

—Iba a esperar a que volvieras a casa mañana para decírtelo. —Sé que me lo va a decir, de lo contrario no habría sacado el tema.

—No. No te permito que hagas esto, mamá. No puedes decirme que tienes novedades con tanta emoción y luego contenerte. Eso es cruel. Desembucha. —Sabe que lo digo medio en broma—. En serio, mamá, no podré concentrarme en el concierto de esta noche si sé que me ocultas algo.

—Eric me dio una sorpresa y apareció por aquí anoche.

—Eso es muy guay. —No es una novedad. Ella y el doctor Banks han estado pasando mucho tiempo juntos, viajando de un sitio a otro para verse.

—Me propuso matrimonio.

—¿Y? —No sé por qué contengo el aliento, pero lo hago.

—¡He dicho que sí! —chilla. Es algo absolutamente genial.

Y ahora tengo lágrimas en los ojos. Lágrimas de felicidad, porque mi madre se merece esto. Se merece ser amada y tener un compañero con quien envejecer.

—Enhorabuena, mamá. —Me seco una lágrima que me cae por la mejilla —. Desearía que hubieras esperado a decírmelo en persona, porque me gustaría poder abrazarte ahora mismo. Me alegro mucho por ti. El doctor Banks es un tío con suerte.

—Gracias, Gus. ¿Te parece bien esto? O sea, él te cae bien, ¿no?

—Por supuesto que me parece bien. Es un buen tipo.

Ella suspira aliviada.

—Bien.

—Además, con este trato gano un hermano que es la hostia.

Ella se ríe.

—Y una sobrina.

Tengo que hacer una pausa cuando lo dice.

—Joder. No había pensado en eso. Seré el tío de Stella. ¿No es fantástico? No te ofendas, mamá, pero puede que sea lo que más me guste de este asunto.

—No me ofendo. Será mi nieta. Lo entiendo. —Es verdad. Mi madre adora a Stella.

—¿Y cuándo será la boda?

—No hay fecha aún, pero pronto. Haremos una pequeña ceremonia aquí, en casa.

—Eso suena perfecto. Supongo que el doctor se mudará a San Diego, ¿no?

—Sí. Llega dentro de dos semanas. Ha conseguido un puesto en la unidad de urgencias del Hospital General de San Diego.

—Eso es genial. —No puedo evitar pensar en lo diferente que será que haya otro hombre en la casa. También pienso que sería mejor si les dejara algo de espacio. Se merecen empezar su nueva vida juntos. Y yo merezco empezar la mía. Ha llegado la hora.

—Gracias, cariño.

—¿Keller lo sabe? —Siento que necesito llamarlo y darle la bienvenida a

la familia.

—Sí, Eric lo ha llamado esta tarde. Se alegra mucho por nosotros.

—Apuesto a que sí. Él gana una madrastra que es la hostia.

Vuelve a reírse.

—Bueno, cariño, tengo que dejarte. Debo volver al trabajo. Buena suerte esta noche. Me muero de ganas de verte mañana. Te quiero.

—No necesito suerte. Tengo a Franco, Jamie y Robbie. Yo también tengo ganas de verte. Te quiero.

—Adiós, cielo.

—Adiós, mamá.

Llamo a Keller de inmediato, pero salta el contestador. Estoy seguro de que está trabajando, así que le envío un mensaje. «¡¡hermano!!». Él me devuelve la llamada justo cuando estamos subiendo al autocar después del concierto para dirigirnos al aeropuerto.

—¡Hermano! —respondo.

—Hola, hermanito. Es una locura, ¿verdad? —Suena tan feliz como yo.

—Sí, una puta locura. Pero es una buena locura.

—Sin duda. Mi padre es un hombre distinto desde que se divorció. Audrey ha hecho que sacara lo mejor de sí mismo. Es genial.

—¿Lo sabe tu madre? —pregunto.

—Lo dudo. Aún no nos hablamos. Probablemente debería llamarla un día de estos. El resentimiento ha ido desapareciendo. Es la hora.

—¿Qué piensa Stella de todo esto? Sabe que va a tener el mejor tío de la historia, ¿verdad?

Él se ríe.

—Está al tanto de ese hecho. Creo que es su parte favorita.

—¡Sí! La mía también.

—Yo también tengo buenas noticias. Tengo una entrevista de trabajo el lunes. Ya he hecho dos por teléfono y quieren que vaya en persona para la entrevista final. Estoy un noventa y nueve por ciento seguro de que los tengo en el bote.

Debe de ser un alivio para él. Estoy seguro de que se siente muy presionado por encontrar un trabajo ahora que se ha graduado.

—Muy bien. ¿Dónde? ¿En el mismo colegio en el que hiciste las

prácticas?

—No. En San Diego. —Sonríe, lo sé.

—¿Qué? ¡No me jodas! —¿No sería increíble que Keller y Stella vivieran cerca de nosotros?

—Sí. Ha sido algo de última hora. No hay vacantes en Minneapolis y tendría que hacer de sustituto este año, así que empecé a buscar en San Diego, pero no esperaba encontrar nada, la verdad.

—Mañana vuelvo a casa, así que estaré ahí cuando vengáis. Os haré de chófer. Lo que necesitéis. Saldremos por ahí y lo celebraremos.

—Suená bien. Mejor te dejo, colega. Sé que allí es tarde o, para ser más exactos, temprano.

—Vale. Te veo en nada, hermano.

—Vale, hermano. Hasta pronto.

—Adiós.

Toda mi vida ha cambiado en un solo día. Y lo mejor de todo es que yo me apunto, totalmente. Estoy listo. Tengo mucho que hacer cuando llegue a casa.

Jueves, 23 de agosto

Scout

Escucho su voz antes de verlo.

—¿Quién es esta belleza que ven mis ojos?

Cuando levanto la vista del escritorio, Gus lleva un jarrón de rosas rojas y esboza una sonrisa que refleja cansancio y satisfacción al mismo tiempo.

—Podría decir lo mismo. Hola, cariño.

Madre mía... Incluso con ojeras sigue estando guapísimo.

Coloca el jarrón en mi escritorio y me envuelve en un abrazo que me hace sentir que no hay nadie más en el mundo, que hay un muro que nos separa a los dos del exterior. Presiono la cara contra su camiseta, cierro los ojos e inhalo su aroma. No solo su aroma masculino, sino... a él. Todo él.

—Te he echado mucho de menos.

Me besa la frente.

—No tanto como yo a ti, cielo.

Cuando levanto la vista para mirarlo, sus ojos se encuentran con los míos.

—Has llegado antes.

—He tomado un vuelo en Nueva York que salía más temprano. No podía esperar para ver a una persona. También le pedí al piloto que fuera más rápido.

Por su sonrisa, de oreja a oreja, no tengo duda de que sí lo hizo.

Le beso, y tengo que recordarme que estoy trabajando y que estoy rodeada de personas. Personas que, con toda seguridad, nos observan ahora

mismo.

—¿Nos están mirando todos? —le susurro a Gus al oído. Él responde sin bajar la voz:

—Con mucha atención. Les resultará muy emocionante cuando lleguemos a la siguiente fase. —No puedo contenerme y estallo en carcajadas—. Echaba de menos esa risa.

Le doy un beso justo debajo de la oreja antes de soltarlo.

—Tienes que ir a casa y dormir.

—Contigo, sí. —Eleva las cejas para dar énfasis a sus palabras.

—¿Has venido en taxi? —Asiente—. Puedes llevarte mi coche. Yo volveré con Audrey. Saldría antes del trabajo para ir contigo, pero tenemos una reunión con un cliente importante esta tarde.

Salimos por la puerta trasera hacia el aparcamiento.

—Podríamos hacerlo en el coche.

—La reunión empieza en diez minutos.

—Soy la hostia bajo presión. —Si no estuviera tan cansado, le creería. Joder, le creo de todas formas.

Le doy un beso cuando llegamos al coche. Me agarra el culo.

—Gracias por las flores. Son preciosas.

Él ya está detrás del volante y pone el coche en marcha.

—Como tú. Voy a entrar en coma durante unas horas. Esta noche habré descansado lo bastante para ti. Volveré a llevar esa resistencia tuya de los maratones al límite. Mete las bragas en el bolso antes de venir a casa.

Le guiño el ojo.

—Ya lo he hecho. Ahora vete a casa y mima a Costillas. Te ha echado de menos.

Lleva mi resistencia al límite. Es la una de la mañana. Gus me abraza y yo estoy tumbada con la cabeza en su pecho.

—Me encanta el sexo de San Diego —dice, y me recorre el brazo con los dedos de arriba abajo.

—A mí también. Creo que es mi favorito —respondo.

—Solo hay una cosa que podría mejorarlo.

Pico el anzuelo.

—¿Qué?

—Hacerlo en nuestra propia cama. En nuestra propia casa.

Me alejo de su pecho y apoyo la cabeza en la almohada, a su lado. Hay luna llena y veo su cara gracias a la luz que entra por la ventana. Creo que entiendo lo que me quiere decir, pero quiero asegurarme. Quiero oírsele decir.

—Me voy a mudar y quiero que vengas conmigo —dice, más serio que nunca.

—¿Quieres vivir conmigo?

Él asiente.

—Todos los días. ¿Qué dices?

Asiento.

—Digo que sí.

Me besa la punta de la nariz.

—Yo digo «gracias».

Viernes, 31 de agosto

Scout

Esta semana ha sido una locura. Todo ha ocurrido a la vez.

Keller ha conseguido el puesto de profesor en San Diego. Empieza la semana que viene. Gus tomó un vuelo a Minneapolis para ayudar a Keller a conducir el coche y el camión de mudanzas hasta aquí. Entre todos les hemos ayudado a instalarse en un piso cercano.

Eric se ha ido a vivir con Audrey y ha empezado a trabajar en el hospital.

Paxton se ha mudado a la residencia de la Universidad Estatal de San Diego. Empieza las clases el lunes.

Gus y yo nos hemos mudado a una pequeña casa en la playa, no muy lejos de la de Audrey. Hemos firmado un contrato de seis meses. Gus quiere comprar una casa, pero a mí me da miedo gastar tanto dinero. No me asusta comprometerme con él a hacer algo así, sino las responsabilidades económicas. Trato de ser valiente en todos los aspectos de mi vida, así que sé que, al final, se saldrá con la suya. Siempre lo hace. No puedo decirle que no.

Sábado, 20 de octubre

Scout

—¿Recuerdas cuando nos conocimos y me odiabas? —pregunta.

Estamos sentados fuera, en un diván que hay en la terraza de nuestro nuevo hogar, envueltos por la oscuridad de la noche. Yo estoy sentada cómodamente entre sus piernas, con la espalda apoyada en su pecho. Comemos galletitas saladas con crema de cacahuete y bebemos zumo de uva.

—No te odiaba. Es que no me caía bien nadie entonces. No era nada personal. No había conocido a ningún hombre bueno.

—Hemos hecho un largo recorrido, chica Scout —dice, recordando. Gus es un chico muy profundo. Y todo lo hace con el corazón.

—Ya lo creo. —Eso es quedarse corto—. Soy una persona completamente diferente gracias a ti.

—¿Alguna vez piensas en el pasado y te preguntas «¿Cómo coño he llegado aquí?» o «¿Cómo es que he tenido tanta suerte?»?

Le rozo el muslo con la palma de la mano.

—Todos los días, cariño. Nunca me imaginé que tendría alguien como tú a quien darle mi amor. Alguien que me correspondería.

—¿Scout? —Me besa la nuca. Es un gesto cariñoso que siento de la cabeza a los pies.

—¿Sí?

—Quiero tener bebés contigo. Muchos bebés. ¿Tú quieres hijos? —La sinceridad de su voz acaba de hacer que se me encoja el corazón, en el mejor

de los sentidos—. O sea, sé que perdiste un bebé, y no puedo imaginarme lo difícil que fue para ti. No quiero presionarte; solo quiero que seas sincera conmigo. ¿Estarías dispuesta a intentarlo otra vez? ¿Conmigo?

Tengo los ojos llenos de lágrimas. No porque esté pensando en el pasado..., sino porque pienso en el futuro. Un futuro con él. Una familia con él. Pienso en ello, y es la cosa más perfecta que podría imaginar. Me giro y cambio de postura en sus brazos para mirarlo a los ojos.

Él levanta la mano y me seca las lágrimas que me caen por las mejillas.

—No llores, cielo. Lo siento. No quería hacerte llorar.

Sonrío porque este hombre es muy dulce.

—No lloro porque esté triste, Gus. Llora porque estaba preguntándome cómo coño he llegado aquí..., contigo. Cómo he tenido tanta suerte.

Él sonrío.

—Lo eres todo para mí, Scout. Todo. Te quiero con todo mi ser. Con todo lo que seré. Eres mi futuro, cielo.

Y las lágrimas continúan cayendo.

—Tú también lo eres todo para mí. Te encontraste a una chica rota y asustada y la convertiste en alguien que no sabía que podía ser. No puedo agradecértelo lo suficiente. Y el amor que siento por ti... Dios, es infinito, cariño. Te querré hasta el día en que muera.

Él vuelve a sonreír.

—¿Eso quiere decir que vamos a tener bebés? —Me acaricia el estómago con la mano—. Quiero que esta barriga crezca con mi pequeñín.

Asiento. Estoy tan emocionada que apenas puedo hablar. Tener un hijo con él me haría muy feliz. Me haría sentir completa.

—Sí.

—Voy a tirar tus pastillas en cuanto volvamos dentro.

Me giro y vuelvo a mi sitio, a su pecho.

—Vale. ¿Quiere decir eso que vamos a acostarnos muy a menudo?

Él me aprieta.

—Sí. Por la mañana, por la tarde y por la noche. Quizá será mejor que no lleves bragas nunca. Yo dejaré de usar calzoncillos. Podríamos decirle a mi madre que vas a tomarte un año sabático. Nos tomaremos unas vacaciones, nos olvidaremos por completo de la ropa e iremos por ahí desnudos hasta

que te quedes embarazada.

—No creo que Audrey vaya a darme vacaciones para que me dejes preñada.

Se ríe con todas sus fuerzas.

—Si supiera que ganaría un nieto con el trato, entonces te las daría seguro. Ya la has visto con Stella. Es la «abu» definitiva.

Me río porque tiene razón. El hijo de Gus será el nieto más querido de la historia.

Nos quedamos mirando las olas a la luz de la luna durante varios minutos. Todo está en silencio. Solo oigo el ruido de las olas rompiendo en la orilla.

—Hay algo más. —Su voz se dulcifica. La excitación ha desaparecido y solo percibe su respeto y su adoración.

—¿Sí? —pregunto. La emoción de su voz hace que mi corazón lata el doble.

—¿De verdad me amarás para siempre? —Sabe que lo haré. Me acaricia el cuello, justo por debajo de la oreja, con la barba incipiente que le cubre la barbilla.

—Por siempre jamás —respondo.

Me besa el cuello antes de rozarme el lóbulo de la oreja.

—Quiero que seas la señora Hawthorne.

Me giro rápidamente y me siento a horcajadas sobre él, porque es imposible que lo haya escuchado bien. Le agarro la cara con mis manos temblorosas.

—¿Puedes repetirlo? —Las lágrimas se arremolinan en mis ojos—. Soy muy dura de oído.

Me sonrío. Es una afirmación. Entonces, lo repite en voz alta:

—Te estoy pidiendo que te cases conmigo. Quiero que seas la señora Scout Hawthorne.

Es imposible disimular la felicidad que me recorre el cuerpo. Sonrío tanto que me duelen las mejillas.

—¿Quieres casarte conmigo?

Él sonrío y me mira con una expresión seria.

—¿Te casarás conmigo, cielo?

Gus

Scout sonríe, llora y asiente al mismo tiempo. Todo su cuerpo responde sin ninguna duda: «S . S . S , me casar  contigo». Y la siento. Estoy en paz. Si muriera ahora mismo, mi vida estar  completa. No voy a morir, por supuesto, y eso es lo mejor de todo. Tengo que vivir esto, aunque no sepa cuánto tiempo vaya a durar, pero voy a amar y a vivir mi vida al máximo.

La beso.

Es una promesa.

Que nos lleva al sexo. Justo aquí, en el diván. En nuestro porche.

También es una promesa.

Scout ya est  dormida, así que cojo el bloc de notas adhesivas y el rotulador que guardamos en el baño, escribo una nota y la pego en el espejo para que la vea cuando se despierte por la mañana. «El sexo como promesa de amor eterno, en la terraza de nuestra casa de San Diego, estando prometidos y con el objetivo de tener bebés, se acaba de convertir en mi nuevo tipo de sexo favorito».

Estoy en el momento decisivo de una transformación que comenzó hace meses. De una decisión deliberada que puse en marcha, y eso me hace sentir muy bien. Me he dado cuenta totalmente de que mi felicidad y mi vida dependen solo de mí. Nadie va a hacer las cosas por mí. Yo soy quien las hace o las destroza.

Es una elección.

Una elección que exige acción a cambio de una recompensa. La inactividad y la indiferencia solo llevan a la mediocridad. A veces actuar es una puta batalla, pero, entonces, el premio es mayor.

Entonces suceden grandes cosas.
No cosas buenas... sino épicas.
Y me he enamorado de lo épico.
Es la única manera de vivir.

Agradecimientos

No me veis, pero estoy sonriendo. La sonrisa es enorme porque esta es mi parte favorita del libro, donde puedo dar las gracias a todas las personas increíbles que me habéis ayudado a hacerlo posible. Sentaos y poneos cómodos, porque tengo mucho amor que repartir y puede que esto me lleve un rato.

Gracias a mis correctoras, que se llaman a sí mismas «La Legión de las Cachondas». Sois cinco mujeres increíbles que me habéis hecho sonreír y reír durante el último mes, un mes duro. Habéis despedazado el libro de manera cariñosa y meticulosa para ayudarme a convertirlo en algo que me enorgulleciera entregar a mi editora. Vuestra amistad, vuestro apoyo, vuestro humor constante, vuestra inteligencia y vuestro amor han marcado la diferencia. Me sacasteis de mi bloqueo artístico hasta el punto de que finalmente me enamoré de esta historia. Os debo más de lo que sabréis jamás. Así que, Lindsey Burdick, Amy Donnelly, C. M. Foss, Gemma Hitchen y B. N. Toler, os doy las gracias. Todas me ponéis...

Gracias a Debbie Clark. Has estado a mi lado y me has animado durante los últimos años para hacer mi sueño realidad. Gracias por tu apoyo constante y tu amistad en todos los aspectos de mi vida, no solo como escritora.

Gracias a Brandon Hando, un diseñador con un talento impresionante. Has creado, de nuevo, una cubierta que me ha enamorado. Además, siempre tienes paciencia conmigo y haces magia cada vez que te pido otro diseño para una camiseta, un marcapáginas, una pegatina o... lo que sea. Gracias por ver siempre la imagen que tengo en la cabeza, a veces incluso antes que yo misma. Tienes todo mi corazón.

Gracias a Monica Parpal, una editora muy guay. Ninguno de mis libros se habría publicado sin ti. Colaborar contigo es un honor; haces que mis historias cobren vida. Mi respeto por ti crece con cada libro en el que trabajamos juntas (y eso es decir mucho, porque el respeto que sentía por ti ya era inmenso hace dos libros). En el caso de *Gus*, te apoderaste de este proyecto y te comprometiste aunque tu boda estuviera cerca. No puedo agradecértelo lo suficiente.

Gracias a Amy Donnelly, de *Alchemy of Words*, una editora y diseñadora muy guay. No solo corregiste, editaste y revisaste el libro por mí, sino que creaste un tráiler precioso de *Gus*. Por no mencionar que me has apoyado en todas las firmas de libros, que has sido una tía para Phoenix (estoy muy contenta de haberte añadido a nuestra familia) y que me has dejado darte la lata. Lo haces todo. No sé qué haría sin ti, en serio. Me inclino ante ti ahora mismo.

Gracias a Josh Harris, de Yerk Design, diseñador web y un tío inteligente en general. Has hecho mi página web, la mantienes en funcionamiento, añades cualquier cosa cuando te lo pido y me has aconsejado durante todo el camino. Gracias por tu disposición a ayudarme y por revisar el libro, lo cual va más allá de tu deber.

Gracias a Seth King, voz de la razón y amigo. Estuviste conmigo en las malas, al final de este proyecto, y me ayudaste a conservar lo que quedaba de mi cordura. Además de escribir, creo que aconsejar se te da bien. Eres un tío sabio, sincero y preocupado. Y divertido. Y por todo eso te estaré eternamente agradecida.

Gracias a Colleen Hoover, mentora y amiga. Eres una de las personas más amables que conozco. Gracias por responder siempre a mis preguntas y ser mi guía en todo lo relacionado con los libros, siempre que lo he necesitado, sin excepción. Siempre serás mi autora favorita, pero tu corazón es lo que te hace tan especial. Gracias... por todo.

Gracias a los grupos que tanto escucho, por crear magia pura e inspirarme con vuestra música. No habría sido capaz de escribir sin vosotros. Y un agradecimiento masivo a mi grupo favorito, Sunset Sons. Cuando me estaba costando terminar este libro, Gemma Hitchen entró gritando, literalmente, que vuestro grupo era el Rook de la vida real. Me enamoré al instante de vuestra música y la escuché sin parar mientras escribía los

últimos capítulos y durante todo el proceso de edición. Fuisteis mi musa. Fuisteis mi Gus y mi Rook. Solo tengo palabras de amor para Sunset Sons.

Gracias a mi madre y a mi padre. Por todo lo que han hecho durante los últimos cuarenta y dos años. Os quiero.

Gracias a B. y a P., mis chicos. Es un honor ser vuestra esposa y madre. Es mi misión en la vida. Punto. Os quiero mucho, mucho, mucho a los dos. Hasta el infinito y más allá.

Gracias al grupo de Facebook «Bright Side Support Group». No estoy segura de cómo ocurrió eso, pero cientos de las personas más buenas y positivas del planeta se han reunido en un sitio. Todos compartimos el amor por los buenos libros, pero lo más importante es que compartimos el amor por las personas. Tengo mucha suerte de formar parte de este increíble grupo. Gracias por ser tan maravillosos.

Y por último, pero no menos importante, gracias a todos los lectores, autores y bloggers con los que he entablado amistad y que me han apoyado. He podido perseguir mi sueño y hacer lo que me gusta gracias a vosotros. Eso es un regalo incalculable. Este libro no estaría en vuestras manos ahora si no fuera por vosotros. Millones de gracias.

Una cosa más y prometo que termino.

Os quiero.

Eso es para todos los que he mencionado arriba. Vuestra amistad es un regalo. Gracias por ser vosotros mismos.

La *playlist* de Gus

The Weeknd - Huglife Remix (Coeur de Pirate) - *Wicked Games*

AFI - *I Hope You Suffer*

The National - *I Need My Girl*

Manchester Orchestra - *Cope*

The 1975 - *Me*

Sunset Sons - *Medicine*

Broods - *Killing Me*

Brick + Mortar - *Bangs*

Royal Blood - *Figure It Out*

Coldplay - *The Scientist*

Catfish and the Bottlemen - *Homesick*

Sunset Sons - *Loa*

Buddy Guy - *Baby Please Don't Leave Me*

You Me At Six - *Love Me Like You Used To*

Bear Hands - *Giants*

Flyleaf - *All Around Me*

Balance and Composure - *Tiny Raindrops*

Twin Atlantic - *Fall Into the Party*

Sunset Sons - *On the Road*

Ed Sheeran - *Kiss Me*

Sobre la autora



Kim Holden siempre ha sido una enamorada de las letras. Le encanta escribir y le apasionan las novelas *Young Adult* o *New Adult*. Entre sus cosas favoritas también se encuentran su marido, su hijo, su bicicleta (que su marido le hizo a mano), el café con hielo con sabor a avellana o la música.

Kim también es una gran soñadora. Hasta hace unos años, escribir libros no era más que un sueño para ella. Pero un día decidió ponerse manos a la

obra y hacerlo realidad. *Gus* es la esperadísima continuación de *Bright Side*.
El secreto está en el corazón.

También de Kim Holden



KIM HOLDEN

**BRIGHT
SIDE**

EL SECRETO ESTÁ EN EL CORAZÓN

OZ
EDITORIAL

«¡Tenéis que leer este libro!
Es precioso y conmovedor.»

COLLEEN HOOVER



AUTORA BEST SELLER
DEL NEW YORK TIMES

erin watt

EL PRÍNCIPE ROTO

Oz
EDITORIAL



LOS ROYAL
LIBRO 2

El príncipe roto

Watt, Erin
9788416224685
288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Secretos. Traición. Enemigos. El mundo de los Royal se viene abajo. Reed Royal lo tiene todo: es guapo, está forrado y es popular. Las chicas hacen cola para salir con él, y los chicos sueñan con ser él. Pero a Reed solo le importa su familia... hasta que Ella Harper llega a su vida. El odio que siente hacia la joven se convertirá en un sentimiento completamente distinto... Reed quiere a Ella. La necesita. Sin embargo, un estúpido error hará que todo su mundo se desmorone. Ella no quiere estar con Reed. Dice que se destruirán el uno al otro. Y tal vez tenga razón... SI REED QUIERE RECUPERAR A SU PRINCESA, TENDRÁ QUE DEMOSTRAR QUE ES DIGNO DE ELLA.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Monica Murphy
Segundas
oportunidades

SERIE UNA SEMANA CONTIGO #2



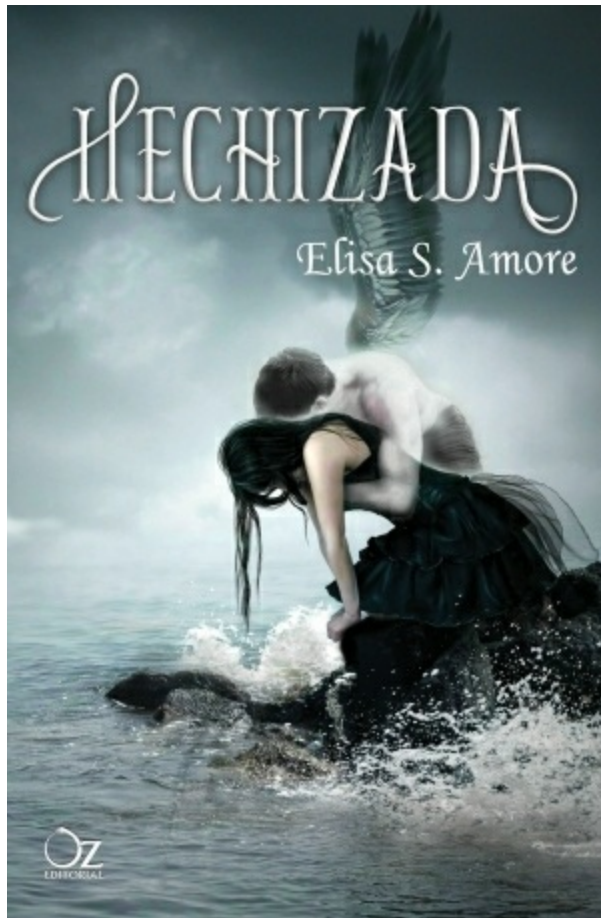
Segundas oportunidades (Una semana contigo 2)

Murphy, Monica
9788416224364
320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Atrévete a darle una segunda oportunidad al amor Drew ha apartado a Fable de su vida porque cree que no la merece, pero no puede olvidarla. Fable ha intentado pasar página y seguir con su vida. Su madre sigue siendo un problema constante y es ella quien tiene que cuidar de su hermano Owen. Para poder pagar las facturas, Fable encuentra otro trabajo en The District, el nuevo bar de moda de la ciudad, que dirige el misterioso Colin. Pero cuando el equipo de fútbol de Drew elige celebrar un cumpleaños en The District, el corazón de Fable da un salto al pensar que volverá a verlo... Segundas oportunidades vuelve a montar a Drew y a Fable en una montaña rusa de emociones. De la alegría más desbocada a la pena más oscura, Drew y Fable son dos almas que se enfrentan al dolor de su entorno con el poder del amor y la pasión que hay entre ellos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



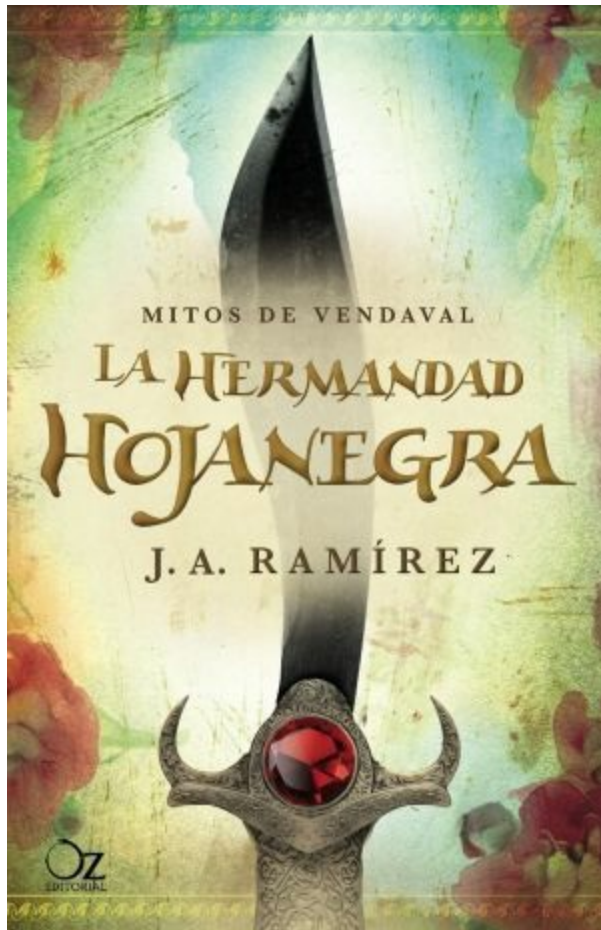
Hechizada

S. Amore, Elisa
9788416224111
432 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué estás dispuesta a sacrificar cuando la única persona que puede salvarte es la misma que debe matarte? Evan es un ángel de la muerte y su misión es garantizar que el destino de los habitantes de la Tierra se cumpla tal y como está escrito. El tiempo de Gemma está a punto de acabarse y Evan es el elegido para asegurar que muera y acompañar su alma al otro mundo. ¿Pero qué sucede cuando entra en juego el amor? ¿Puede un ángel de la muerte renegar de sí mismo y desafiar al destino? Evan tendrá que enfrentarse a las leyes del cielo y del inframundo si quiere salvar a la chica de la que se ha enamorado perdidamente.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La hermandad Hojanegra

Ramírez, Jose Antonio

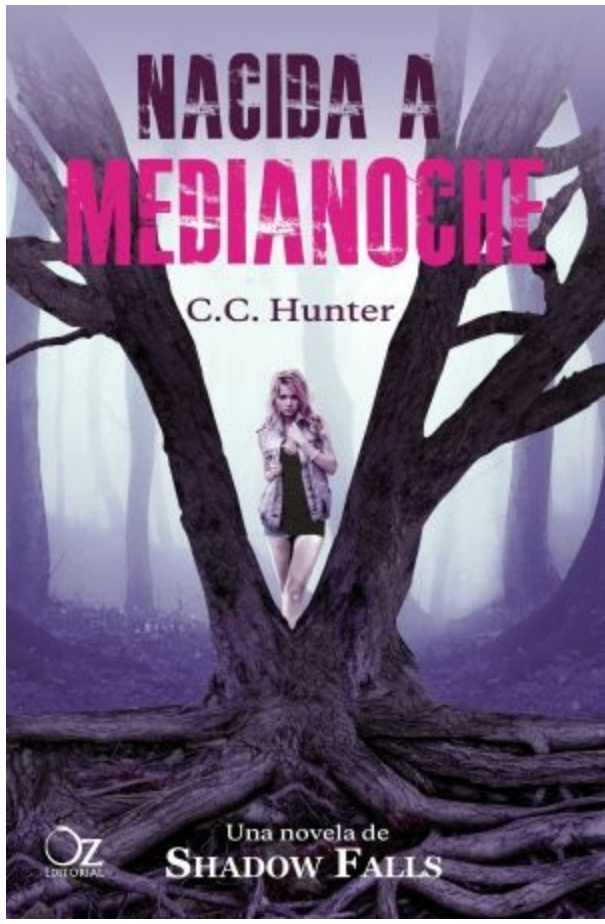
9788416224050

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Toda una población arrasada en un solo día. Más de diez ciudades en una semana. Nadie sabe de dónde viene la Plaga y mucho menos cómo detenerla. Si los cuatro reinos de Vendaval no dejan atrás las guerras y sus conflictos, no quedará nada por lo que luchar. ¿Dónde estás, Noah Evans? Los cuatro reinos de Vendaval viven en alerta máxima. La Plaga lo devasta todo, sembrando la muerte a su paso. Noah, un adolescente de Manchester, descubre la existencia de este misterioso mundo a través de sus sueños. Cuando los demonios del reino de la Discordia secuestran a su padre, Noah viaja hasta Vendaval para rescatarlo. Con la ayuda de dos soldados de la legendaria Hermandad Hojanegra, emprende una peligrosa búsqueda en la que descubrirá que su vida está ligada a Vendaval de un modo que nunca habría imaginado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



**NACIDA A
MEDIANOCHÉ**

C.C. Hunter

Oz
EDITORIAL

Una novela de
SHADOW FALLS

Nacida a medianoche

Hunter, C.C.

9788416224012

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En Shadow Falls nada es lo que parece Kylie va a pasar el verano en el campamento Shadow Falls para adolescentes con problemas. Allí no tardará en descubrir que todos sus compañeros poseen poderes sobrenaturales: vampiros, hombres lobo, cambiaformas, brujas y hadas aprenden en el campamento a controlar sus habilidades para poder convivir con los humanos. Pero Kylie no tiene ningún poder. ¿O sí? En Shadow Falls conoce a Derek, un fae dispuesto a todo con tal de conquistarla, y a Lucas, un fascinante hombre lobo con quien comparte un secreto. Derek y Lucas son muy diferentes, pero ambos luchan por su corazón. Cuando Kylie por fin comprende que Shadow Falls es el lugar al que pertenece, el campamento corre el riesgo de ser destruido por una amenaza mayor.

[Cómpralo y empieza a leer](#)